

# Los Profetas y LOS REYES



## **Los Profetas y los Reyes**

Autor: Marlise Schneider

Traducción al Español: Marlise Schneider

Diseño y Portada: Leandro Pena

Maranathamedia.net (*Maranatamedianet@gmail.com*)

Agosto 2026

Impreso en Argentina Por NARDO PURO (*denardopuro@gmail.com*)

HISTORIAS DE LA BIBLIA PARA NIÑOS

4

# *Los Profetas y* **LOS REYES**

HISTORIAS PADRE DE AMOR

**MARLISE SCHNEIDER**



Dedicado a mis hijos amados, Lukas y Sarah

Quisiera agradecer en forma especial a Daniel Bernhardt (mi esposo), Kevin Mullins, Carlos Hernández y Ben Kramlich por sus ideas y sugerencias, que fueron de mucha ayuda mientras se escribía este libro.

Marlise Schneider

# Índice

---

|                                      |    |
|--------------------------------------|----|
| ÍNDICE                               | 5  |
| INTRODUCCIÓN                         | 8  |
| 1. SALOMÓN ESTABLECE SU REINO        | 11 |
| 2. SALOMÓN ELIGE LA SABIDURÍA        | 15 |
| 3. SALOMÓN, EL REY SABIO             | 18 |
| 4. EL NUEVO TEMPLO                   | 21 |
| 5. LA CAÍDA DE SALOMÓN               | 25 |
| 6. LOS ENEMIGOS DE SALOMÓN           | 29 |
| 7. SALOMÓN SE ARREPIENTE             | 33 |
| 8. EL MEJOR CANTO DE SALOMÓN         | 36 |
| 9. SE DIVIDE EL REINO                | 40 |
| 10. EL REY ROBOAM                    | 43 |
| 11. UNA MANO SECA, UN LEÓN Y UN ASNO | 47 |
| 12. LOS REYES TIBIOS DE JUDÁ         | 52 |
| 13. LOS REYES MALVADOS DE ISRAEL     | 57 |
| 14. LA SEQUÍA EN ISRAEL              | 60 |
| 15. LA FE DE LA VIUDA DE SAREPTA     | 64 |
| 16. ¿JEHOVÁ O BAAL?                  | 68 |
| 17. ¡JEHOVÁ ES EL DIOS!              | 72 |
| 18. DIOS CONSUELA A ELÍAS            | 76 |
| 19. EL SILBO APACIBLE                | 81 |
| 20. DIOS BUSCA AL REY ACAB           | 85 |
| 21. EL VIÑEDO ROBADO                 | 90 |

|                                                           |     |
|-----------------------------------------------------------|-----|
| 22. EL ERROR DE JOSAFAT                                   | 94  |
| 23. EL EJÉRCITO QUE CANTÓ                                 | 98  |
| 24. EL REY OCOZÍAS ELIGE A UN ÍDOLO                       | 101 |
| 25. ELÍAS Y ELISEO                                        | 105 |
| 26. CUANDO EL VALLE SE VOLVIÓ ROJO                        | 109 |
| 27. DOS REYES LLAMADOS JORAM                              | 113 |
| 28. EL JOVEN REY JOÁS                                     | 117 |
| 29. EL CUIDADO DE DIOS HACIA LAS ESCUELAS DE LOS PROFETAS | 121 |
| 30. RESPETANDO AL PROFETA DE DIOS                         | 125 |
| 31. LA BONDADOSA MUJER SUNAMITA                           | 128 |
| 32. NAAMÁN                                                | 132 |
| 33. MISERICORDIA HACIA SIRIA E ISRAEL                     | 136 |
| 34. ELISEO, LOS REYES Y EL AMOR DE DIOS                   | 141 |
| 35. JONÁS                                                 | 145 |
| 36. LOS ÚLTIMOS PROFETAS A ISRAEL                         | 150 |
| 37. LOS ÚLTIMOS REYES DE ISRAEL                           | 154 |
| 38. LA CAUTIVIDAD DE ISRAEL                               | 157 |
| 39. TRES REYES BUENOS DE JUDÁ                             | 160 |
| 40. DIOS LLAMA A ISAÍAS                                   | 165 |
| 41. EL VIÑEDO Y EL CONOCIMIENTO DE DIOS                   | 168 |
| 42. EL REY ACAZ Y SUS ÍDOLOS                              | 171 |
| 43. EL PROFETA MIQUEAS                                    | 175 |
| 44. SE ABRE EL TEMPLO                                     | 178 |
| 45. CUANDO EL RELOJ RETROCEDIÓ                            | 182 |
| 46. SALVADOS DE ASIRIA                                    | 185 |
| 47. DOS LÍDERES DIFERENTES                                | 189 |
| 48. EL REY MÁS MALVADO DE JUDÁ                            | 193 |

|                                           |     |
|-------------------------------------------|-----|
| 49. EL REY JOSÍAS OYE LAS ESCRITURAS      | 196 |
| 50. EL REY JOSÍAS COMPARTE LAS ESCRITURAS | 200 |
| 51. MENSAJES DE CONSUELO                  | 203 |
| 52. ABDÍAS Y JOEL                         | 207 |
| 53. DIOS LLAMA A JEREMÍAS                 | 211 |
| 54. LOS HIJOS DEL REY JOSÍAS              | 214 |
| 55. LA VASIJA DE BARRO                    | 218 |
| 56. ESTE TEMPLO SERÁ COMO SILO            | 222 |
| 57. UNA PARED DE BRONCE                   | 226 |
| 58. LOS FIELES RECABITAS                  | 230 |
| 59. JOACIM RECHAZA LOS ROLLOS DE DIOS     | 234 |
| 60. UN YUGO PARA JUDÁ                     | 238 |
| 61. LOS EJEMPLOS PRÁCTICOS DE JEREMÍAS    | 242 |
| 62. CARTAS A LOS CAUTIVOS                 | 246 |
| 63. LIBERTAD PARA LOS ESCLAVOS            | 250 |
| 64. JEREMÍAS EN LOS CALABOZOS             | 254 |
| 65. UN PRISIONERO COMPRA UN TERRENO       | 258 |
| 66. LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN           | 262 |
| REYES Y PROFETAS DE ISRAEL Y JUDÁ         | 267 |
| ÍNDICE TEMÁTICO                           | 269 |

# Introducción

---

**L**a Biblia es, mayormente, la historia de muchas personas diferentes que vivieron en épocas distintas y venían de trasfondos variados. La Biblia también es la historia de cómo Dios intenta alcanzarnos a todos los seres humanos, sin importar nuestra crianza y nuestro contexto. Es más, la Biblia nos enseña que cuando Dios escriba los nombres de cada uno de sus hijos, también tomará registro de dónde vino cada uno (Salmo 87). ¡Y cuán precioso será para muchos de ellos el ver que tuvieron padres amorosos que los guiaran al reino de Dios! ¡Y cuán glorioso será para los padres y los maestros de los niños el saber que cumplieron un rol importante en las decisiones que más tarde esos niños tomaron, las cuales los llevaron a recibir salvación! Cuán gozoso será para aquellos que enseñaron a los niños, al ver que las largas horas de esfuerzo, oración, y a veces frustración, han por fin producido su fruto eterno.

Marlise, en su búsqueda por bendecir a nuestros hijos Lukas y Sarah, comenzó a tomar nota de las historias que les contaba a nuestros hijos. Pronto, a medida que esas notas se multiplicaron, se hizo claro que también podrían ser de gran valor para todos aquellos padres que enfrentaran desafíos similares. Así, estas notas se transformaron en un proyecto, del cual éste es el cuarto volumen. La historia del pueblo de Israel, desde el rey Salomón hasta que fueron exiliados, están llenas de lecciones valiosas para todos nosotros, y especialmente nuestros niños.

Este volumen continúa desde la ascensión de Salomón al trono, luego pasa por su hijo Roboam, la división del reino en dos, y los diferentes reyes y sus rebeliones. Se llega al punto en el cual, como lo describe la Biblia, ya no hubo más remedio (2 Crónicas 36:16). En estas historias aprendemos de las nefastas consecuencias de elegir nuestros caminos en lugar de los del Señor. Y mientras que el pueblo escogido por Dios rechazó la elevada vocación de ser una luz para el mundo, Dios todavía enviaba mensajero tras mensajero, profeta tras profeta, para guiarlos hacia los caminos que llevan a la paz y la vida. Dios tuvo compasión para con ellos, pero lamentablemente, el corazón humano es perverso, y ellos se burlaron de los mensajeros de Dios, los despreciaron y los mataron, al punto de que Dios tuvo que permitir que cosecharan en pleno las consecuencias de sus decisiones. Y en todas estas tristes historias, leemos cómo Dios aún obraba por medio de Elías, Eliseo, Isaías, Jeremías y muchos otros, trayendo luz, esperanza y vida. Todas estas historias contienen lecciones muy valiosas para todos, especialmente nuestros niños, para que podamos conocer y recordar las consecuencias de abandonar a Dios. Pero si nos aferramos a su mano y oímos y atesoramos su palabra, incluso cuando parecería que todos, incluso el pueblo de Dios, lo están abandonando, Dios nunca nos dejará ni nos abandonará, incluso en las circunstancias que parecen más desalentadoras.

Al preparar estas historias, se ha prestado especial atención en asegurar que están basadas en la comprensión de los pactos de acuerdo con el mensaje de justificación por la fe. Estas historias claramente demuestran cómo los seres humanos no somos conscientes de la profundidad de nuestra pecaminosidad, nuestra autosuficiencia, y nuestra falta de confianza en Dios. En las muchas

historias bíblicas dentro de este volumen, vemos manifestadas estas realidades, además del constante anhelo de Dios de que la humanidad reciba y atesore su palabra – que reciban a Cristo.

Cada lección contiene un versículo bíblico, el cual, según el punto de vista de la autora, presenta la esencia de la historia. Además, se proveen referencias bíblicas para cada historia, además de referencias a los escritos de Elena G. de White para aquellos que quisieran leer más. Al final del libro se ha provisto de un índice temático para que sea más fácil la búsqueda de historias específicas.

El deseo de Marlise es que este material sea de tanta bendición para ti y tu familia como el prepararlo lo ha sido para nuestra familia. Que Dios te bendiga en tu tarea de ser padre y maestro para aquellos a los cuales pertenece el reino de los cielos.

Daniel E. Bernhardt

# 1. Salomón establece su reino

---

**Estas cosas hiciste, y yo he callado;  
Pensabas que de cierto sería yo como tú;  
Pero te reprenderé, y las pondré delante de tus ojos.  
Salmo 50:21 (RVR60)**



*1 Reyes 2:12 - 3:1*

**S**alomón era ahora el nuevo rey de Israel. ¿Lo respetarían los israelitas como rey? Tantos hombres habían estado en contra de David, y en contra de que Salomón fuese hecho rey. ¿Permitirían ahora que él reine? Salomón estaba preocupado por estas cosas, y decidió hacer lo que suelen hacer los reyes terrenales: comenzó a deshacerse de cualquiera que fuese una amenaza para su reino.

Mientras David seguía vivo, Salomón había perdonado a los hombres que habían estado en contra suya: había perdonado a su hermano Adonías, al sumo sacerdote Abiatar, y al comandante Joab. Les había dicho, “Si no causan problemas, no morirán.”

Pero lamentablemente, hubo problemas. Adonías, el hermano de Salomón, todavía creía que él tendría que haber sido rey. Habló y actuó de una manera que demostró que estaba tratando de obtener lo que había sido del rey David. Claramente no aceptaba que era justo que Salomón fuese rey. Entonces, Salomón decidió que el comportamiento de su hermano era un peligro para su reino. Le dijo

a Benaía, uno de los hombres valientes de David, “Mata a Adonías.” Y Benaía lo hizo.

Si Adonías había sido una amenaza, entonces los demás hombres que le habían ayudado también lo serían. Salomón pensó en qué hacer. “Abiatar el sacerdote ya no será sacerdote,” decidió. Le dijo a Abiatar, “Tú traicionaste al rey David, y deberías morir. Pero no te mataré, porque cargaste el arca del Señor, y sufriste con mi padre cuando pasó por dificultades. Pero ya no serás sacerdote. Zadok tomará tu lugar como sumo sacerdote.”

Ahora había que lidiar con Joab. Joab había sido muy cercano al rey David, pero lo había traicionado al final. Además, Joab había matado a dos hombres inocentes (Abner y Amasa), y David no lo había castigado por ello. “Es tiempo de darle muerte,” decidió Salomón.

Cuando Joab escuchó que Adonías estaba muerto, sabía que él sería el siguiente. Sintió tanto miedo que corrió al tabernáculo, fue hasta el altar del sacrificio y agarró los cuernos del costado del altar. Esto es lo que hacían los israelitas cuando sentían que sus vidas corrían peligro. Creían que, si se aferraban a los cuernos del altar, estarían a salvo. “¡No me iré de este lugar!” declaró Joab. Como Joab no se iba del tabernáculo, Salomón le dijo a Benaía, “¡Mátalo allí mismo!” ¡Salomón le estaba pidiendo que matara a Joab allí mismo, en el tabernáculo! Es triste, pero Benaía obedeció a Salomón, y Joab murió. Salomón pensaba que era correcto que Joab muriese.

Ahora había que lidiar con un hombre más: Simei. Simei era pariente del rey Saúl. Cuando David se estaba escapando de Absalón, Simei lo había insultado y le había arrojado piedras<sup>1</sup>. Pero Simei

---

<sup>1</sup> Ver el Volumen 3, *La conquista y los jueces*, historia 54, “La rebelión de Absalom.”

había pedido perdón, y David lo había perdonado. Salomón decidió, “Simei debe vivir. Pero todavía podría causar problemas si está libre para andar entre la gente que vive fuera de Jerusalén. Podría planificar algo en contra mío con esa gente.” Salomón le dijo a Simei, “Debes mudarte a Jerusalén. No puedes irte de Jerusalén. Si dejas la ciudad, morirás.”

Simei estaba aliviado que el rey Salomón le permitía vivir. Se mudó a Jerusalén, y por un tiempo, todo estuvo bien. Pero un día, dos de sus sirvientes se escaparon a otra ciudad, la ciudad de Gat. “¡Tengo que recuperarlos!” pensó Simei. Le puso montura a su asno, y salió hacia Gat para recuperar a sus sirvientes.

Pronto el rey Salomón se enteró que Simei se había ido de Jerusalén. “¡Sabías que no se te permitía hacer eso!” le dijo el rey Salomón, seriamente, a Simei. Entonces Salomón le ordenó a Benaía que le diera muerte a Simei, y Benaía lo hizo. Ahora todos los hombres que habían sido una amenaza para David y Salomón estaban muertos. Salomón se sentía más seguro y poderoso.

Para fortalecer aun más a su reino, Salomón se hizo amigo del faraón de Egipto, y se casó con la hija del faraón.

Hasta ahora, Salomón estaba haciendo lo que le parecía mejor. Cualquier rey terrenal hubiera hecho lo que él hizo: matar a los hombres que le eran una amenaza a su reino, y casarse con la hija de otro rey poderoso. ¿Hubiera querido Dios estas cosas para Salomón? No; él hubiera hecho las cosas en forma diferente. Todas estas muertes causadas por Salomón no fueron decisión de Dios, sino que fueron la manera en que los hombres hacen las cosas. ¿Cómo pudo Salomón matar a su propio hermano, Adonías, y a su propio primo, Joab, a pesar de lo malvados que fueron? Dios no hubiera querido esto. Pero los israelitas habían estado matando a sus enemigos por

cientos de años ya; era imposible que Salomón viese que esta no era la manera en la cual Dios hace las cosas.

Aunque esta no era la forma en que Dios hace las cosas, él tuvo que permitirlo, porque no podía proteger a Joab, a Adonías ni a Simei. Estos hombres hacía mucho que se habían ido del cerco protector de Dios. Salomón ahora podía hacer lo que quisiera con ellos, porque estaban desprotegidos. Sin embargo, aunque Salomón no estaba haciendo las cosas como Dios hubiera preferido, él *sí* estaba tratando de seguir a Dios. Adoró a Dios según lo que entendía, y Dios aceptó eso. Si Salomón continuaba siguiendo a Dios, entonces Dios podría cambiarlo y mostrarle cómo hacer las cosas desde allí en adelante.

¡Hay tantas cosas que hacemos que pensamos que está bien hacerlas, pero en realidad no son la manera en que Dios hace las cosas! La única forma de descubrir la manera de Dios es si pasamos tiempo con él para conocerlo. Pídele a Dios que te ayude a conocerlo; pídele que te guíe, para que puedas tomar decisiones que siguen completamente su forma de hacer las cosas.

## 2. Salomón elige la sabiduría

---

**Sabiduría ante todo; adquiere sabiduría;  
Y sobre todas tus posesiones adquiere inteligencia.  
Proverbios 4:7 (RVR60)**



1 Reyes 3:2-28; 2 Crónicas 1 | PR Capítulo 1

Salomón ahora era el nuevo rey. ¿Qué debía hacer ahora? Mientras pensaba, recordaba las palabras de su padre: “Salomón, sigue a Dios. Desarrolla buenas cualidades de carácter. Siempre ten a Dios en primer lugar.” Salomón pensó, “Esto es lo que haré primero: adoraré a Dios.”

El rey Salomón llamó a todos sus consejeros y a los líderes de Israel, y fueron a la carpa del tabernáculo. Juntos ofrecieron sacrificios en el tabernáculo, y se consagraron a Dios. “Necesitamos la guía y la sabiduría de Dios para gobernar al pueblo,” dijeron, “Queremos entregarnos a Dios y seguirlo.”

Dios estaba complacido que Salomón y el resto de los líderes le estaban pidiendo que los guiara. Tenía tantos planes maravillosos para Salomón e Israel, pero solo podía darles esas bendiciones si ellos lo seguían. Esa noche, Dios vino a Salomón en un sueño.

Dios dijo, “Salomón, ¿qué quieres que te dé? Pídemelo.” Salomón pensó cuidadosamente y contestó, “Señor, has sido tan bueno con mi padre David, y ahora me has hecho rey. Pero Señor, soy como un niño – no sé cómo hacer esta tarea. Dame sabiduría,

para que pueda distinguir entre lo bueno y lo malo. Quiero juzgar al pueblo correctamente.”

Dios estuvo complacido con el pedido de Salomón. Salomón podría haber pedido tantas cosas: fama, riquezas, una vida larga, y un reino más grande, pero no pidió ninguna de estas cosas. Pidió sabiduría para ser un buen rey. Dios le dijo a Salomón, “Pediste sabiduría en lugar de riquezas, honor y una larga vida. Por eso, te daré tal sabiduría que nadie más tenido antes, y nadie más tendrá después de ti. Y también te daré lo que no me pediste: riquezas y honor, más que cualquier otro rey ha tenido antes de ti, y más que cualquier rey tendrá después de ti. Y Salomón, si me sigues como lo hizo tu padre David, y guardas mis mandamientos, te daré una larga vida.”

Dios cumplió su promesa. Muy pronto, los israelitas se dieron cuenta de cuán sabio era su rey. Incluso las naciones que los rodeaban se dieron cuenta que Salomón era mucho más sabio que cualquiera de los demás reyes. Todos respetaban al rey Salomón porque era tan sabio. Los israelitas sabían que Dios le había dado esta sabiduría a su rey, y las naciones que los rodeaban también lo notaron. “El Dios de Israel ha hecho muy sabio a su rey,” decían. Mientras Salomón reinó, las naciones alrededor de Israel tuvieron la oportunidad de conocer al maravilloso Dios de Israel. Esto era exactamente lo que Dios deseaba: quería que cada nación lo conociese y tuviese la oportunidad de seguirlo. A través del rey David, varias naciones habían tenido esta oportunidad, y ahora la volvieron a tener por medio de Salomón.

Los primeros años del reinado de Salomón fueron buenos. Usó la maravillosa sabiduría que Dios le dio para aprender, estudiar y crear. Llegó a saber mucho acerca de la naturaleza, los animales, las

plantas, las aves, los insectos y los peces. Llegó a conocer a Dios en mayor profundidad. También escribió cantos y proverbios (dichos cortos que están llenos de sabiduría). A través de sus proverbios, enseñó a la gente a vivir correctamente.

El rey Salomón había pedido sabiduría antes que otras cosas, y Dios con gusto se la dio. Nosotros también necesitamos sabiduría antes que otras cosas. La sabiduría, según la Biblia, es Jesús, porque Jesús es “la sabiduría de Dios”. Solo Jesús nos puede ayudar a tomar las decisiones correctas y a hacer todas las cosas buenas. Si deseamos la sabiduría de Dios, él nos podrá bendecir con todo lo demás que necesitamos para vivir una buena vida. ¿Le pedirás a Dios hoy su sabiduría, como lo hizo Salomón?

# 3. Salomón, el rey sabio

---

**Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová.**

**Jeremías 9:23, 24 (RVR60)**



*1 Reyes 3:16-28; 4:29-34; 10:1-13; 2 Crónicas 9:1-12, 23. | PR Capítulo 4*

**D**ios cumplió su promesa a Salomón; le dio gran sabiduría. Un día trajeron a dos mujeres al rey. Ellas tenían un problema muy difícil, y querían que el rey Salomón se lo resolviera.

Una de ellas dijo, “O rey, esta otra mujer y yo vivimos en la misma casa. Yo tuve un bebé, y tres días más tarde, ella también tuvo un bebé. Pero durante la noche, ella se acostó sin querer encima de su bebé mientras dormía, y él murió. Entonces se llevó mi bebé mientras yo dormía, y me colocó su bebé muerto al lado mío. Ahora dice que el bebé es suyo.”

La otra mujer le respondió, enojada, “¡No, este bebé es mío! ¡El muerto es tuyo!” Ambas mujeres comenzaron a discutir frente al rey.

¿Cómo podría el rey Salomón saber cuál era la verdadera madre? Dios le dio la sabiduría. El rey dijo, “Traíganme una espada.” Cuando trajeron la espada, el rey ordenó, “Ahora, corten al bebé por la mitad. Denle una mitad a una madre, y la otra mitad a la otra.”

La madre verdadera del bebé se sintió terrible. Le rogó al rey Salomón, “O rey, por favor, dale el bebé a *ella*. ¡Por favor no lo mates!” La otra mujer no se sintió mal para nada. Con crueldad, dijo, “El bebé no debería ser ni mío ni de ella; divídanlo.”

Por supuesto que el rey Salomón no iba a matar al bebé, pero ahora sabía quién era la verdadera madre. La madre real amaba tanto al bebé que estuvo dispuesta a darlo, si es que eso significaba que él podría vivir. “Esta mujer es la madre del bebé. Entréguele el niño, y no lo maten,” ordenó el rey.

La gente escuchó esto, y todos respetaron al rey Salomón. “Dios realmente le ha dado sabiduría,” decían. Los reyes y reinas de otros países también oyeron de esto. Pronto, el rey Salomón estaba recibiendo visitas de reyes y reinas de varios países. Esta gente quería aprender de la sabiduría de Salomón para gobernar con sabiduría.

Una de las visitas reales que recibió el rey Salomón fue la reina de Sabá. Ella viajó de su país lejano y trajo camellos cargados de regalos de oro, especies y piedras preciosas para el rey Salomón. Ella pasó tiempo hablando en profundidad con él y le hizo preguntas difíciles. Se maravilló que el rey Salomón pudo contestarlas a todas. Él sabía tanto de tantos temas, pero más que nada, le habló acerca de los secretos de la naturaleza, y del Dios que creó toda la naturaleza.

La reina de Sabá le dijo al rey Salomón, “Cuando mis sirvientes me dijeron de tu riqueza y sabiduría, no creí que podría ser así. Tuve que venir y verlo antes de poder creerlo. En realidad, tu riqueza y sabiduría es aun más de lo que me dijeron mis sirvientes. Tus siervos, que están frente a ti todo el día y oyen tu sabiduría, son muy bendecidos.” También dijo, “Bendito sea el Señor tu Dios, que se deleita en ti y te colocó sobre el trono de Israel.”

Esta reina regresó a su país con el conocimiento del verdadero Dios del cielo. Y así como ella, otros reyes también llegaron a conocer a Dios por medio de Salomón. Todos estos reyes y reinas sabían que la sabiduría de Salomón venía de Dios, porque el rey Salomón les señaló el camino hacia Dios. Comprendieron que el Dios de Salomón era el Dios que tenía toda la sabiduría.

Por medio de la sabiduría del rey Salomón, miles de personas llegaron a conocer al Dios sabio del cielo. Dios quiere usarte también a ti, para que otros puedan conocerlo a través de ti. Pídele la sabiduría para conocerlo más y para señalarle a otros el camino hacia él en tus acciones y conversaciones.

# 4. El nuevo templo

---

**Yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos. Isaías 56:7 (RVR60)**



1 Reyes 6; 8; 9:1-9; 2 Crónicas 2-7. | PR Capítulo 2

El rey Salomón se había entregado a Dios y le había pedido sabiduría. Ahora era el momento de hacer lo que su padre David le había pedido hacer: había llegado el momento de construir el templo del Señor. El rey Salomón quería que este templo fuese el más hermoso y especial que alguna vez se hubiese construido. Juntó todos los materiales y trabajadores para este enorme proyecto, y pronto comenzó la obra.

Le llevó a Salomón siete años construir el templo. Los trabajadores nivelaron el terreno y colocaron los fundamentos. Trajeron la mejor madera del Líbano, y prepararon la piedra. El templo fue construido sobre el monte Moria, donde Abraham había traído a Isaac para el sacrificio tantos cientos de años antes. Este era un lugar santo. Por eso, el rey Salomón quiso que los trabajadores fuesen silenciosos y reverentes mientras trabajaban. Les pidió que cortaran la piedra en otro lugar, antes de traerla al sitio de construcción. Los trabajadores hicieron su tarea en silencio, colocando las piedras y la madera con cuidado. Ninguno usó un hacha ni un martillo, y así el lugar de construcción estaba silencioso y se sentía especial y santo.

Se eligió a un hombre llamado Hiram de Tiro para que construyese el mobiliario para el nuevo templo. Dios le dio talento especial para esto. Fue muy habilidoso al trabajar con madera, oro, plata, bronce, hierro, piedra y lino, y construyó el bello mobiliario.

Cuando se completó el templo, era de una belleza deslumbrante. “Quiero que esta sea la casa de Dios,” dijo el rey Salomón, “Por eso, tendremos una ceremonia especial de dedicación.” Realizó esta ceremonia durante la fiesta de Tabernáculos, cuando estaría allí la gente de todo Israel.

Cuando comenzó la ceremonia, todos se reunieron allí. El rey Salomón miró a la enorme multitud. Los líderes de Israel y de otras naciones también estaban allí, vestido con sus mejores ropas. Primero el rey Salomón pidió que trajeran el arca al nuevo templo. Mientras se traía el arca, los levitas tocaban música y cantaban. Cada seis pasos, el rey Salomón ofrecía un sacrificio. Su padre David había ofrecido sacrificios así varios años antes, cuando trajo el arca a Jerusalén<sup>2</sup>. Luego trajeron el resto del mobiliario y lo colocaron en su sitio correspondiente dentro del templo.

Mientras sonaba la música, algo hermoso sucedió: el templo se llenó de una nube. ¡Esto significaba que la gloria del Señor había llenado el templo! Dios había aceptado este templo, y quería estar allí con su pueblo. El rey Salomón se paró sobre una plataforma, alzó sus manos y bendijo a la gente. Luego se arrodilló y pronunció una hermosa oración de dedicación a Dios; la gente también se inclinó durante esta oración. Oró pidiendo que el pueblo siempre se acercara a Dios, y que las demás naciones también quisieran venir a adorarlo aquí. Al terminar la oración, fuego descendió del cielo y quemó los

---

<sup>2</sup> Ver el volumen 3, *La conquista y los jueces*, historia 49, “Traen el arca a Jerusalén”.

sacrificios y ofrendas. ¡El templo estaba tan lleno de la gloria de Dios, que los sacerdotes no podían entrar allí! La gente estaba maravillada y muy feliz de saber que Dios estaba con ellos. Durante los siguientes siete días, disfrutaron de una gozosa fiesta de Tabernáculos.

El rey Salomón había hecho todo lo que pudo para acercar al pueblo a Dios. Esa noche Dios le habló y le dijo, “He oído tu oración, y he escogido este templo. Si la tierra tiene pestilencia o sequía, pero el pueblo viene a mí y se arrepiente, los perdonaré y sanaré a la tierra. Además, aceptaré a la gente de toda tierra que quiera venir a adorarme en esta casa.” Dios también dijo, “Salomón, si me sigues como lo hizo tu padre, entonces alguien de tu familia siempre estará sobre el trono. Pero si me dejas, tendrás muchos problemas. Si el pueblo me deja, este templo tal vez no dure.” Dios sabía que si los israelitas lo dejaban y elegían ídolos en su lugar, no podría ya protegerlos de lo que Satanás les quería hacer; tendría que respetar la elección de ellos de estar sin su protección.

Dios estaba complacido que Salomón había construido el hermoso templo y lo había dedicado. Si el rey Salomón continuaba enfocándose en Dios y guiando al pueblo hacia Dios, entonces Dios podría hacer cosas maravillosas, no solo para Israel, sino también para otras naciones. El templo sería una gran parte de esto: les daría un bello lugar para venir a orar, dar ofrendas y aprender más de Dios. El bellísimo templo despertaría en la gente la curiosidad acerca del Dios del cielo, y ellos aprenderían más acerca de este Dios bondadoso.

Sin embargo, había algo aún más importante que el bello templo: los corazones del pueblo de Dios. ¿Permitirían Salomón y el resto de los israelitas que Dios entre en sus vidas y corazones? Sus vidas, ¿mostrarían a los demás cuán maravilloso es su Dios? Los israelitas

podían adorar todo lo que quisiesen en el templo, pero no sería suficiente al menos que sus *vidas* demostrasen que Dios era lo más importantes para ellos. Si la gente de otras naciones veía el bello templo, y luego se encontraba con gente bondadosa y pacífica dentro de ese templo, querrían adorar a Dios con ellos, ¿no es así?

¿Tienes un lugar donde adorar? ¿Qué ve y qué siente la gente cuando entra allí? ¿Sienten el amor y la paz de Jesús? ¿Crees que las visitas desean regresar después? Pídele a Dios que te ayude a conocerlo tan bien que tu vida y acciones puedan ayudar a que otros también lo conozcan.

# 5. La caída de Salomón

---

**Adquiere sabiduría, adquiere inteligencia;  
No te olvides ni te apartes de las razones de mi boca.  
Proverbios 4:5 (RVR60)**



1 Reyes 9:10-28; 10:14-29; 11:1-8; 2 Crónicas 8:1-11, 17, 18; 9:13-28. | PR  
Capítulos 3, 4

**D**urante los primeros años en que Salomón fue rey, él se enfocó en Dios. A medida que Dios le dio gran sabiduría y muchas riquezas, le agradeció a Dios por ellas y ayudó a la gente a ver que Dios le había dado todo esto.

Pero lamentablemente, al pasar el tiempo, el rey Salomón dejó en enfocarse en Dios. Comenzó, en cambio, a mirarse a sí mismo. Sabía que no había otro rey más sabio ni más rico que él, y lentamente, de a poquito, se volvió orgulloso. Comenzó a tomar decisiones que lo alejaron más y más de Dios. Y a medida que se alejaba, el pueblo de Israel también comenzó a alejarse de Dios.

Salomón conocía las instrucciones que Dios le había dado a los futuros reyes israelitas en Deuteronomio 17. “Un rey no debe tener muchas esposas,” Dios había dicho. Pero Salomón no hizo caso. Tuvo muchísimas mujeres. Se casó con ¡cientos de mujeres! Muchas de ellas eran princesas de otros países. Salomón pensaba que, si se casaba con ellas, entonces Israel sería amiga de los países de estas mujeres. Pensaba que así traería paz a Israel. Los reyes solían hacer esto, por eso Salomón no se puso a pensar que el casarse con tantas mujeres idólatras era una necedad.

La primera esposa extranjera de Salomón fue la princesa de Egipto. Cuando ella se casó con Salomón, dejó sus ídolos egipcios y comenzó a adorar a Dios. “Si me caso con otras mujeres, ellas también dejarán sus ídolos y escogerán a Dios,” pensó Salomón, “Soy tan sabio que puedo convencerlas que adoren al Dios del cielo.” Pero lamentablemente, sus otras esposas idólatras no eligieron a Dios. En cambio, convencieron a Salomón que construyera santuarios para sus ídolos. Pronto hubo santuarios en todo el bosque cerca de la casa de Salomón. Él dejó de mirar hacia Dios, y en cambio miró a sus mujeres hermosas. Comenzó a adorar los ídolos de ellas, y pronto, muchos de los israelitas siguieron el ejemplo de Salomón y comenzaron a adorar estos ídolos, también.

Salomón también sabía que en Deuteronomio 17, Dios había dicho, “Si los israelitas tienen un rey, él no debería comprarse caballos de Egipto, ni debería juntar plata ni oro para sí mismo.” Los caballos, el oro y la plata harían que el rey confiara en sus riquezas y en su ejército en lugar de confiar en la protección de Dios. Pero Salomón no hizo caso. No estaba satisfecho con las grandes riquezas que Dios ya le había dado. Compró caballos de Egipto, porque estos caballos fortalecerían su ejército. Juntó tanta plata y oro que hizo que el oro y la plata fuesen tan abundantes como las piedras. Luego, por si no le alcanzaba su riqueza, comenzó a cobrar impuestos elevados al pueblo, para así poder vivir en un palacio bien caro con todas las comodidades que una persona pudiera tener. Podría haber usado sus riquezas para ayudar a los huérfanos, las viudas y los enfermos, o a los que necesitaban ayuda. Pero en cambio, usó sus riquezas para vivir con lujos. Incluso se construyó un trono de los dos materiales más caros: marfil y oro. Todos los vasos de la casa de Salomón eran de oro, y cada tres años él recibía enormes barcos llenos de oro,

plata, marfil, monos y pavos reales. Salomón era tan rico que jamás se había visto a alguien más rico que él.

Era avaro y egoísta que el rey viviera en tanto lujo y cobrara impuestos tan elevados, y el pueblo lo notó. “No nos gusta lo que está haciendo el rey Salomón. No es justo. Los impuestos nos resultan muy difíciles,” se quejaron. Ahora que Salomón se había alejado de Dios, sus acciones ya no eran sabias, porque la sabiduría solo puede venir de Dios.

Otra cosa que hizo el rey Salomón fue que, cuando construyó el templo, no pensó en preguntarle a Dios quién haría el trabajo. En cambio, él mismo eligió el artesano: Hiram de Tiro. Tiene sentido que Salomón lo escogiera, porque este hombre era descendiente del hombre que había construido el mobiliario del tabernáculo en el desierto. Además, Hiram era el hombre más habilidoso y el mejor de aquella época. Pero lo que Salomón no sabía era que a Hiram no le importaba tanto el servicio a Dios. En cambio, hizo el trabajo porque quería hacer dinero. Cobró muchísimo dinero por su trabajo. Sí, Hiram era muy talentoso y uno de los únicos hombres que podía hacer este trabajo, pero si el rey Salomón le hubiera consultado a Dios, Dios le hubiera dado habilidades especiales a otro hombre, a uno que estuviera dispuesto a hacer el trabajo porque amaba a Dios, y que no lo haría por el dinero. El resto de los obreros vio cuánto cobraba Hiram, y ellos comenzaron a cobrar caro, también. No se pusieron a pensar que el rey David y los ancianos habían *donado* los materiales de construcción como un regalo, y que los obreros también deberían haber visto su trabajo como una ofrenda. Pronto, en todo Israel la gente estaba cobrando más caro de lo que era justo para hacer un trabajo. Dios miró lo que sucedía. Cuando el templo se

terminó, él lo aceptó, pero estaba triste que la gente se había vuelto tan avara durante la construcción.

Cuando primero se construyó el templo, el rey Salomón había dicho, “Este es el templo de Jehová.” Guio a la gente hacia Dios, para que cuando vieran el templo, pensarán en él. Pero a medida que se volvió más orgulloso, permitió que dijeran, “Este es el templo de Salomón.” Ahora, cuando miraban el templo, pensaban en su rey en lugar de Dios.

Los comerciantes de otras naciones pasaban por Israel en camino a otros países. El rey Salomón debería haber pensado, “¿Cómo puedo ayudar a que estos comerciantes extranjeros conozcan a Dios? Si aprenden de Dios, ¡llevarán este conocimiento a sus propios países!” En cambio, pensó, “¿Cómo puedo hacer negocio con esta gente y hacer más dinero?” Pensaba tanto en dinero que perdió la oportunidad de traer a esta gente a Dios.

Dios se sentía muy triste al ver cómo Salomón lentamente se alejaba. Tenía tantos planes maravillosos para Salomón y para Israel, pero no podía cumplirlos si lo abandonaban y elegían adorar ídolos. Sin embargo, siguió llamando a Salomón y a los israelitas para que regresaran a él. Los amaba y no los dejaría. ¿Se daría cuenta de esto el rey Salomón? ¿Se arrepentiría?

El rey Salomón recibió todo lo que alguien pudiera desear, pero aun así pecó al ser orgulloso y al dejar a Dios. Cada uno de nosotros ha recibido bendiciones de Dios, también. Cada una de estas bendiciones están para que veamos el cuidado y el amor de Dios. ¿Le agradecerás a Dios por todo lo que te ha dado? ¿Le pedirás que te ayude a ser agradecido y a estar satisfecho con lo que te ha dado? ¿Le pedirás sabiduría, y que sea tu guía hoy y en tu vida?

# 6. Los enemigos de Salomón

---

**¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre! Deuteronomio 5:29 (RVR60)**



1 Reyes 11:14-40. | PR Capítulo 5

Dios siempre había querido proteger a Salomón. Le había dado toda la riqueza, sabiduría y fama que un rey pudiera desear – y aún más. Y por medio de Salomón, Dios había querido bendecir a todo Israel y hacerlo el país más pacífico y próspero del mundo.

Pero con tristeza, Dios vio cómo Salomón lentamente lo dejó. Una mala elección detrás de otra llevó a Salomón cada vez más lejos de Dios. Y a medida que el rey Salomón se alejaba de Dios, también dejaba el cerco de protección de Dios.

Dios siguió tratando de alcanzar a Salomón en cada oportunidad. Pero también respetó su elección. Eso significó que, después de un tiempo, ya no podía proteger ni a Salomón ni a Israel.

Durante los primeros años del reinado de Salomón, mientras él había seguido a Dios, Israel había estado completamente en paz, y todos los reyes de los países que los rodeaban querían ser amigos de Salomón y de Israel. Pero después que Salomón comenzó a adorar ídolos, cada vez se lo respetó menos. De a poco, Salomón comenzó a tener problemas con otros reinos.

Uno de los reyes que le causó problemas a Salomón fue Rezón, rey de Siria. Este rey sirio tenía una historia similar a la de David: había pasado años escondiéndose del rey anterior de Siria. Finalmente, había reunido un grupo de hombres que lo hicieron rey de Siria. Cada vez que podía, Rezón le causaba problemas a Israel.

Después estaba Hadad, de la tierra de Edom. Hadad odiaba a Salomón. Cuando Hadad era un niño, el padre de Salomón, David, junto con su comandante Joab, había matado a todos los hombres de Edom, incluyendo el padre de Hadad. Hadad había huido a Egipto. El faraón lo protegió y se hizo amigo de él. Cuando Hadad creció, el faraón le dijo, “Puedes casarte con la hermana de mi esposa.” Así, Hadad y el faraón fueron cuñados, y sus hijos crecieron juntos en el palacio del faraón.

Hadad vivía como un príncipe en Egipto, pero todavía estaba enojado con los israelitas por matar a su padre. Cuando escuchó que David y Joab, los hombres que habían matado a su padre, estaban muertos, le dijo al faraón, “Déjame regresar a mi país.” A Hadad le gustaba Egipto y estaba feliz allí, pero quería estar más cerca de Israel para causarles problemas.

Ni Rezon ni Hadad podrían haber molestado a Israel si Salomón hubiera sido fiel a Dios. Es más, estos hombres podrían haber tenido la oportunidad de conocer a Dios y sentir su amor y cuidado por ellos, si tan solo Salomón y los israelitas hubieran seguido los planes de Dios para ellos. Los israelitas podrían haberles mostrado a todas las naciones cuán bondadoso y compasivo es su Dios, y cuánto ama a todas las personas – pero no hicieron esto.

Mientras continuaba la infidelidad de Salomón, Dios vio con gran tristeza que tendría que hacer con Salomón lo que había hecho con Saúl: tendría que darle su reino a otro. Permitiría que casi todo el

reino (pero no todo) fuese a un hombre valiente llamado Jeroboam. Él ya era uno de los oficiales de Salomón.

Dios permitió que un profeta llamado Ahías le avisara lo que iba a suceder. El profeta Ahías encontró a Jeroboam en un campo. El profeta tenía puesta una capa nueva. Cortó esta capa en doce pedazos, y le dijo a Jeroboam, “Toma diez pedazos. El Señor dice que quitará el reino de Salomón y te dará diez tribus, porque están adorando ídolos. La familia de Salomón se quedará con una tribu, por causa de David.<sup>3</sup> Tú serás rey de Israel. Si sigues los mandamientos y estatutos de Dios, él estará contigo y te fortalecerá.”

A Salomón no le gustó cuando se enteró que un día Jeroboam recibiría su reino. Al principio quiso matarlo, igual como el rey Saúl había intentado matar a David tantos años antes. Jeroboam tuvo que huir y esconderse en Egipto. Vivió allí hasta que Salomón murió. Pero con el tiempo, el rey Salomón aceptó la decisión de Dios que el reino sería dividido, y comenzó a preparar a su hijo, el siguiente rey, para que aceptara lo que Dios había dicho.

Dios amaba a cada uno de los hombres de esta historia. No hubieran sufrido tanta guerra y pelea si el pueblo de Dios hubiera escuchado su consejo y lo hubiera seguido desde el principio. Pero Dios respetó la elección de cada uno, y tuvo que permitirles vivir las consecuencias naturales de sus decisiones. Incluso después de sus malas decisiones, Dios siguió intentando alcanzarlos.

---

<sup>3</sup> La tribu número doce, que Ahías no mencionó, es la tribu de Benjamín, que decidió quedarse con Judá y la familia de David. También están los levitas, que vivían en diferentes ciudades en todo Israel porque eran una tribu especial – sus miembros trabajaban en el servicio del santuario. Esta tribu no era dueña de porciones de tierra, y vivían tanto en Judá como en Israel. El resto de las tribus se unió a Jeroboam y formaron el reino de Israel. Pensarás que se unieron nueve tribus a Jeroboam, pero no olvides que los descendientes de José formaron dos media-tribus (Efraín y Manasés). De esta manera, Israel termina teniendo diez tribus.

Dios está siempre tratando de alcanzarnos a ti y a mí, también. Quiere que lo conozcamos personalmente. Quiere guiarnos y cuidar de nosotros, pero solo lo hará si lo aceptamos y le permitimos hacerlo. ¿Aceptarás su cuidado y guía hoy?

# 7. Salomón se arrepiente

---

**Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento.**

**Eclesiastés 12:1 (RVR60)**

 1 Reyes 11:9-40. | PR Capítulo 5

**D**ios estaba triste. Vio cómo el rey Salomón, de a poquito, se alejó de él. ¡Dios había hecho tanto por Salomón! Dos veces le había hablado, prometiéndole, “Te bendeciré a ti y a tu reino si me sigues y te mantienes humilde y fiel.” Ningún otro rey había recibido alguna vez tanta riqueza, honor, fama y sabiduría como Salomón. Pero Salomón comenzó a pensar que todas estas cosas eran *suyas*, y se olvidó que venían de *Dios*. A medida que dejó el consejo de Dios y se volvió hacia los ídolos, comenzó a tomar decisiones que no eran sabias para nada.

No hay nada de malo en tener comodidades y riquezas; Dios quiere que disfrutemos de las cosas que nos ha dado. Pero Salomón se interesó tanto en sus riquezas que se volvió egoísta y avaro. Cobró impuestos al pueblo solamente para poder tener más comodidades en su palacio. Construyó casas, más de las que necesitaría, y plantó viñedos y jardines solo para sí mismo. Juntó más plata y oro de lo que se había visto antes. Traía músicos y cantantes para que le hicieran música en su palacio cada vez que lo deseaba. Todos los reyes a su alrededor lo respetaban y admiraban. Salomón tendría que haber estado satisfecho con todo lo que tenía, pero no fue así. Había

abandonado a Dios, y ahora nada podía llenar la sensación vacía que tenía por dentro. Se sentía triste y ansioso, y ninguna de sus riquezas lo hacía sentir mejor. Adoraba a los ídolos con la esperanza de que esto le hiciera sentir mejor, pero se sintió más preocupado e inquieto después de eso.

A medida que Salomón abandonó a Dios, también dejó su cerco de protección. Dios se quedó con Salomón lo más posible, pero tuvo que permitir que Salomón tomara sus propias decisiones. Pronto Salomón no tuvo más paz en su reino. Un enemigo tras otro lo empezó a atacar.

Finalmente, Dios envió un profeta con un mensaje para el rey Salomón. ¿Escucharía ahora? “Salomón, no has guardado mi pacto ni mis estatutos. Por lo tanto, te quitaré el reino y se lo daré a tu siervo Jeroboam. Permitiré que tu hijo se quede con una tribu, por causa de tu padre David. Además, por causa de tu padre David, esto no sucederá mientras todavía estés vivo.”

Salomón prestó atención. Al escuchar las palabras del profeta, su cuerpo y mente se sintieron débiles. Se sintió muy mal al darse cuenta de cuán terrible era lo que él había hecho. Se había lastimado a sí mismo, a su familia, y ¡a su país entero! ¿Lo perdonaría Dios?

Salomón sintió un profundo arrepentimiento. Se dio cuenta que había arruinado por completo los planes que Dios tenía para él como rey, y que no merecía el perdón de Dios. Pero recordó lo que había aprendido cuando era un rey más joven y más sabio: Dios *sí* podía perdonar, y Dios podía ayudarlo. No solo eso, sino que Dios *deseaba* ayudarlo, porque su misericordia es para siempre. Dios siempre había estado allí, esperando y con ansias de ayudarlo.

El rey Salomón decidió creer en el amor y el perdón de Dios. “He pecado. No he hecho las cosas a tu manera,” confesó. A medida que volvía a Dios, recibió más sabiduría, y escribió un libro donde cuenta cuán necio es vivir una vida alejado de Dios. Podemos encontrar este libro, Eclesiastés, en la Biblia.

Desde ese momento en adelante, el rey Salomón hizo todo lo posible para enseñarle al pueblo a regresar a Dios. Les dijo a los jóvenes, “No cometan mi error; manténganse cerca de Dios.” Ser rico y famoso no le ayudó a Salomón; solamente Dios lo hizo. El rey Salomón pudo ayudar a muchos de los israelitas a regresar a Dios, y sus escritos nos ayudan a nosotros hoy, también. Pero lamentablemente, Salomón no pudo deshacer todo el daño que causó su mala influencia. Después de la muerte de Salomón, ninguno de los demás reyes llegó a ser tan sabios ni prósperos como lo fue Salomón. Es más, muy pocos de los reyes después de él siquiera obedecieron a Dios. Dios perdonó libremente a Salomón, pero no se pudo hacer nada con la gente que, durante el tiempo de Salomón y después, decidió quedarse con sus ídolos, lejos de Dios.

Salomón siempre decía, después que se arrepintió, “Acuérdate de tu creador en los días de tu juventud.” Si te quedas con Dios siempre, desde tu juventud, él te ayudará a tomar buenas decisiones. Te ayudará a vivir la vida que ha planificado para ti. ¿Te acordarás de Dios hoy? ¿Elijes seguirlo desde hoy en adelante?

# 8. El mejor canto de Salomón

---

**Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos. Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor, de cierto lo menospreciarían. Cantares 8:7 (RVR60)**



*Cantar de los Cantares*

**E**l rey Salomón escribió 1005 cantos. Uno de estos cantos se ha preservado para que lo leamos hoy: es el Cantar de los Cantares<sup>4</sup>. Es el mejor canto del rey Salomón. Es una canción de amor: la historia del amor entre Salomón y una chica Sulamita que él amaba. Pero también es una canción que nos ayuda a entender el amor que Jesús tiene por nosotros.

El rey Salomón tuvo muchas esposas, pero a la mayoría no las amó realmente. ¿Por qué se casó con ellas? Porque era un rey, y una de las formas en que los reyes mantenían buenas relaciones con las demás naciones era casándose con princesas de esos países. No fue sabio que Salomón se casara con todas estas mujeres; no era parte del plan de Dios para su vida ni para su familia. Pero sabemos que hubo una mujer que Salomón realmente amó de la manera en que Dios quería: la Sunamita, el verdadero amor de Salomón.

¿Qué tipo de mujer elegiría un rey? ¿Querría una chica adinerada, una princesa? Eso es lo que muchos pensaban. Pero

---

<sup>4</sup> También hay dos salmos que probablemente están entre esos 1005 cantos: el salmo 72 y el 127.

Salomón se enamoró de una chica de campo que trabajaba todo el día al rayo del sol, cuidando de los viñedos de su familia. Parece que su padre había muerto, y sus hermanos mayores estaban a cargo y la obligaban a hacer ese trabajo. Ella sentía que no era hermosa porque estaba quemada por el sol, porque había trabajado al rayo del sol tanto tiempo. Pero Salomón no vio su piel quemada; vio una chica bella y dulce, y comenzó a visitarla. Al principio, ella pensaba que él era solamente un joven pastor de ovejas, pero después se enteró quién era él realmente: ¡el rey!

Una mañana de primavera, Salomón vino a ver a la Sulamita. “Salgamos a caminar juntos,” la invitó, “Ya se fue el invierno, y ya no está lloviendo. La tierra está llena de flores, y las aves están cantando. ¡El aroma de los árboles frutales es maravilloso!” Ella aceptó su invitación. Era un hermoso día para salir a caminar, y disfrutaron este bello día juntos.

Una noche, la Sulamita tuvo un sueño. En su sueño, ella no sabía dónde estaba Salomón. Comenzó a buscarlo en las calles. Les preguntó a los guardias, “¿Han visto a Salomón?” Finalmente, ¡lo encontró! Ella estaba tan feliz de haberlo encontrado que lo abrazó fuerte y no lo soltó hasta volvieron a la casa.

Otra noche, ella tuvo un sueño diferente. En su sueño, ella estaba en su casa. Escuchó que Salomón le tocaba la puerta. “¡Déjame entrar!” él llamó. Al principio, ella no lo quería hacer entrar. Ya estaba acomodada cómodamente en su cama. Luego Salomón pasó su mano por un agujero en la puerta. Cuando ella vio su mano, se sintió mal por no dejarlo entrar. Se levantó y le abrió la puerta. Pero cuando ella abrió la puerta, ¡el ya no estaba allí! ¿Dónde estaba? “¡Salomón!” lo llamó, pero no hubo respuesta. Ella salió a buscarlo, pero no lo podía encontrar. Los guardias la agarraron y le quitaron el

velo para ver quién era. ¿Porqué estaba ella afuera en las calles a esta hora? Se sintió avergonzada. También se dio cuenta que amaba a Salomón - ¿porqué lo había ignorado? Por fin, lo encontró en su jardín. Cuando se volvieron a ver, Salomón no estaba enojado para nada. No la regañó por dejarlo afuera. Estaba feliz de verla y la trató como si no hubiera pasado nada malo. ¡Ella no quería volver a perderlo!

Después de estos sueños, el rey Salomón le pidió a la Sulamita que se casara con él, y ella aceptó. El día de la boda, Salomón se puso una corona de bodas que le dio su madre, y anduvo en un carro lujoso, decorado con oro y púrpura, para buscar a su novia y llevarla a la fiesta. Su boda fue gozosa, llena de cosas ricas para comer y beber. ¡Cuán felices estaban los novios! Estaban llenos de gozo al empezar su nueva vida juntos.

Después de la boda, la Sulamita quiso ir de visita a su aldea. Junto con Salomón, fueron a los lugares donde primero se habían conocido. “¿Recuerdas cuando primero te hablé bajo este manzanero?” le preguntó él. ¡Por supuesto que ella lo recordaba! Entonces ella le dijo, “Mira tu anillo, el que tiene el sello; es importante para ti. Quiero ser tan importante para ti como lo es este anillo.” Salomón era un rey, y siempre tenía su anillo con él. Ella quería estar tan cerca de él, siempre como su anillo.

El resto de las mujeres del pueblo se dieron cuenta de la relación cercana que la Sulamita tenía con Salomón, y la admiraron por ello. Cuando dos personas se aman, los demás se dan cuenta, porque están tan felices y en paz. ¡Todos desean tener esta clase de amor! Si la gente pudiera dar dinero a cambio de amor, lo haría – pero el verdadero amor no puede ser comprado con dinero; es un regalo.

Este es el Cantar de los Cantares. Los israelitas disfrutaban de este canto porque sabían que no solamente hablaba de Salomón y su esposa Sulamita. Es un canto que nos dice cuánto nos ama el Hijo de Dios, y cuánto anhela estar con nosotros. Así como Salomón buscó a esta chica hasta que ella lo aceptó, Jesús nos busca hasta que lo aceptamos. A veces rechazamos a Jesús y lo entristecemos, como cuando la Sulamita, en su sueño, no dejó que Salomón entrara en su casa. Pero si nos arrepentimos, él está feliz de recibirnos, así como lo hizo Salomón. Jesús es amoroso y perdonador, y nos ama plenamente. Nos mantiene junto a él como un anillo, así como la Sulamita le pidió a Salomón que hiciera. Y, así como el resto de las mujeres del pueblo se dieron cuenta de ese amor, la gente que nos rodea se dará cuenta cuando tenemos una relación cercana con Jesús.

La elección es nuestra. ¿Deseamos una relación cercana con Jesús? Él te está invitando. ¿Lo aceptarás?

# 9. Se divide el reino

---

**Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento.**

**1 Timoteo 6:6 (RVR60)**



*1 Reyes 11:41 – 12:24; 2 Crónicas 9:29-11:4 | PR Capítulo 6*

**E**l rey Salomón había muerto. Uno de sus hijos, Roboam, sabía que había sido elegido para ser el siguiente rey de Israel. Viajó a la ciudad de Siquem, donde esperaba que el pueblo lo coronara rey.

Alguien más viajó a Siquem, porque esperaba encontrarse con Roboam para hablar con él. Este hombre era Jeroboam, uno de los mejores oficiales de Salomón. Jeroboam era el mismo al que el profeta le había dicho, “Tú serás rey de diez de las tribus de Israel.” Pero Jeroboam no tenía planes de ser rey todavía. Tal vez Roboam, el hijo de Salomón, escucharía el pedido de Jeroboam. Entonces el reino no necesitaría dividirse.

Jeroboam, el hombre valiente, le dijo a Roboam, el hijo de Salomón, “Antes de que todas las tribus te acepten como rey, queremos que nos prometas que nos cobrarás menos impuestos que tu padre Salomón, y que nos pedirás menos servicio.” El pueblo no estaba feliz, porque Salomón se había vuelto cada vez más rico, mientras que ellos se habían empobrecido y tenían que trabajar más que nunca, solo para que el rey siguiera siendo rico. Estaban cansados y querían que esto terminara.

Roboam decidió pensar en esto. Durante tres días habló con sus consejeros y pensó en qué hacer. Los consejeros mayores le dijeron,

“Roboam, sé bondadoso con el pueblo. Trátalos bien y háblales en forma agradable, y ellos estarán felices de tenerte como rey. Te servirán siempre.” Pero los consejeros más jóvenes tenían otras ideas. Dijeron, “Sé duro y estricto con el pueblo. Muéstrales desde el principio que eres el jefe y estás a cargo, y que ¡siempre se harán las cosas a tu manera!”

¿A quién le haría caso Roboam? Lamentablemente, escuchó el consejo necio de sus consejeros más jóvenes. Le gustó la idea de ser severo y mandón; le hacía sentir importante. Dios no evitó que Roboam tomara esa decisión. Permitió que el pueblo viera exactamente cómo era Roboam, para que no lo quisieran como rey. No era la voluntad de Dios que el rey tratara al pueblo así; lo mejor para Israel sería que el reino se dividiera, para que ningún rey volviera a tener tanto poder sobre el pueblo.

Los israelitas estaban tan exhaustos de los impuestos elevados de Salomón que ya no podían soportar la situación. Desilusionados y enojados, dijeron, “Ya no tendremos nada que ver con la familia de David.” Diez de las tribus abandonaron a Roboam y se fueron con Jeroboam. Querían que Jeroboam fuese su nuevo rey. Solo las tribus de Judá y Benjamín se quedaron con Roboam. El reino de repente quedó dividido. Ahora Roboam era el rey de Judá, y Jeroboam era el rey de Israel.

El rey Roboam estaba enojado. Su padre Salomón le había dicho que esto sucedería, pero Roboam no quería aceptarlo. “¡Todavía son parte de mi reino!” dijo testarudamente, “¡Enviaré a un hombre que cobre los impuestos de esta gente!” Envío a un hombre llamado Adoram para que cobrara los impuestos, pero el pueblo no le quiso pagar. En cambio, le tiraron piedras y lo mataron. El rey Roboam

sintió terror cuando escuchó esto; se subió a su carro y viajó lo más rápido posible a Jerusalén, para escaparse de la gente enojada.

Luego dijo enojado, “Juntaré un gran ejército. ¡Atacaré a las diez tribus por su rebelión!” Pero antes que Roboam pudiera salir a la batalla, recibió una visita especial. Semaías, un hombre de Dios, vino a verlo. Le dijo, “Roboam, tengo un mensaje de Dios para ti. Él dice que no pelees contra las diez tribus. Estos hombres son tus hermanos. Deja que los hombres de tu ejército regresen a sus casas. Esta división del reino viene de Dios. No luches contra ella.”

Roboam le hizo caso a Semaías. Permitió que los hombres regresaran a sus hogares, y no luchó contra las diez tribus. Aceptó que, de ahora en más, él y su familia tendrían un reino más pequeño. Dios nunca había querido que el reino se dividiera, pero como el rey Salomón y el pueblo habían elegido a los ídolos durante tanto tiempo, y porque el rey se había vuelto tan avaro, era lo mejor para el pueblo. Dios todavía haría todo lo posible para alcanzar a cada uno de los reinos. Los dos reyes nuevos, ¿escucharían a Dios? ¿Le enseñarían a su gente a adorarlo?

Por un tiempo, Salomón había preferido la riqueza y los ídolos en vez de Dios. Su hijo Roboam eligió el poder y el dinero en lugar de Dios. Si hubieran elegido a Dios, no hubieran sentido la necesidad de tener toda esa riqueza y poder; hubieran estado satisfechos con lo que Dios les daba. ¿Estamos agradecidos y satisfechos por las cosas que tenemos? Agradécele a Dios hoy por todo lo que te ha dado, y pídele que te ayude a ser feliz con lo que tienes. Pídele que te ayude a hacer de él la parte más importante de tu vida.

# 10. El rey Roboam

---

**Los que rinden culto a ídolos son estúpidos y necios. ¡Las cosas a las que rinden culto están hechas de madera. Jeremías 10:8 (NTV)**



*1 Reyes 14:21-31; 2 Crónicas 11:5-12:16 | PR Capítulo 6*

**E**l reino de Israel ahora estaba dividido en dos: el hijo de Salomón, Roboam, era rey de Judá y Benjamín; Jeroboam era rey del resto de las tribus. El reino de Roboam ahora era muy pequeño, comparado con el reino grande y próspero que su padre Salomón había tenido.

Por un tiempo, el rey Roboam intentó seguir a Dios. Su padre Salomón le había dicho cuán importante era obedecer a Dios y mantenerse lejos de los ídolos. Había visto a su padre volver a Dios después de adorar a ídolos por muchos años. Pero la madre del rey Roboam nunca había adorado a Dios; ella era idólatra. Roboam había pasado más tiempo con su madre que con su padre mientras crecía, y ella le había enseñado a adorar a los ídolos en lugar de Dios.

Al principio, Roboam le hizo caso a su padre y se esforzó lo mejor que pudo para seguir a Dios. Mientras lo hizo, Dios pudo derramar bendiciones sobre él. Roboam fortaleció su reino construyendo ciudades amuralladas para defenderse. También llenó grandes graneros con granos y vino, para asegurarse que, si había problemas, su pueblo por lo menos tendría alimento por un largo tiempo. Se volvió bastante poderoso, pero esto solo fue posible porque él y su pueblo eligieron adorar a Dios. El pueblo de Roboam no eran los únicos que adoraban a Dios: muchos de las otras diez

tribus también eligieron adorarlo. Venían de todo Israel para adorar a Dios en el bello templo en Jerusalén.

Durante tres años, Roboam y su reino disfrutaron de seguridad y prosperidad bajo el cuidado y la protección de Dios. Esta era la oportunidad para que Roboam fuese un buen rey y gobernara con justicia y bondad. Pero lamentablemente, pronto dejó de enfocarse en Dios y se volvió orgulloso. Pensó que era tan poderoso que ya no necesitaba del Dios de Israel. Recordó los ídolos que su mamá le había enseñado a adorar, y se volvió a ellos en lugar de Dios. ¿Por qué no aprendió de los errores de su padre Salomón? Su padre le había advertido que se mantuviera lejos de los ídolos, pero a Roboam no le importó.

Cuando Roboam dejó a Dios, abandonó también el cerco de protección de Dios. Con gran tristeza, Dios tuvo que permitir que Roboam tomara su propia decisión. Demasiado pronto vinieron problemas al reino. En el quinto año del reinado de Roboam, Jerusalén recibió un ataque. Sisac, el faraón de Egipto, vino con doce mil carros, sesenta mil soldados a caballo, y miles de soldados a pie. El rey Sisac tomó las ciudades de defensa que Roboam había construido, luego vino a Jerusalén.

El rey Roboam y todos sus líderes se reunieron en Jerusalén y se preguntaban cómo protegerse del rey Sisac. De repente, Roboam recibió una visita: era Semaías, el mismo hombre que le había dicho, “No pelees contra las otras diez tribus.” Ahora Semaías tenía un nuevo mensaje de Dios. Dijo, “El Señor dice, ‘me has dejado, por lo tanto te he dejado en manos de Sisac.’”

Roboam sabía que Semaías tenía razón. Los líderes de Judá también sabían que tenía razón. Se humillaron, y dijeron, “Jehová es justo.” Comprendieron que se habían equivocado, y que Dios estaba

siendo justo. Ellos habían abandonado a Dios, entonces ¿cómo podía él protegerlos?

Ahora Semaías regresó con un nuevo mensaje. Dijo, “El Señor dice que como se han humillado, él los salvará, pero permitirá que sean sirvientes de Sisac. Ahora sabrán la diferencia entre el servicio de Dios y el servicio de otros reinos.”

Dios protegió sus vidas, pero ellos vieron cómo Sisac se llevó todos los tesoros del templo y de la casa del rey. El rey Salomón había hecho unos brillantes, pesados y caros escudos de oro, y Sisac se los llevó a todos. Roboam no tenía suficiente oro para hacer nuevos escudos, así que hizo unos más baratos de bronce para reemplazar a los que Sisac se había robado. ¡Qué triste y humillado se habrá sentido! Pero él comprendió que tenía la culpa de lo que había pasado.

Por un tiempo después de esto, Roboam y su reino fueron humildes y adoraron nuevamente a Dios, y el reino comenzó a prosperar otra vez. Lamentablemente, pronto la gente se volvió a olvidar de Dios, y regresaron a sus ídolos. ¿Acaso no habían aprendido nada de su experiencia humillante? ¡Qué triste que Roboam no usó esta lección difícil para entregarse a Dios completamente! Hubiera podido pasar el resto de su vida disfrutando de un reino próspero y en paz bajo la guía y la protección de Dios, pero no lo hizo. Por el resto de su reinado, hizo lo malo. Nunca volvió a seguir a Dios. ¡Qué triste fin tuvo su historia!

¿Qué acerca de nosotros? ¿Estamos dispuestos a poner a Dios en primer lugar, a adorarlo, y a alejarnos de las cosas que nos separan de él? Tal vez no tengamos ídolos de oro o de madera, pero hay otras cosas que nos podrían mantener lejos de Dios. Pídele que te ayude a

conocerlo y amarlo más, para que lo desees solamente a él, y pierdas interés en las cosas que te alejan de él.

# 11. Una mano seca, un león y un asno

---

**El que encubre sus pecados no prosperará;  
Mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia.  
Proverbios 28:13 (RVR60)**



1 Reyes 12:25 – 14:20; 15:1-6. | PR Capítulo 7

**J**eroboam ahora era el rey de Israel, el rey de las diez tribus del norte. Había sido un buen líder mientras trabajaba para Salomón. ¿Seguiría trabajando bien después de convertirse en rey? ¿Acercaría a la gente a Dios?

Es muy triste decirlo, pero en cuanto Jeroboam se volvió rey, se olvidó quién le había dado el reino. En lugar de confiar en Dios para que lo guiara y protegiera, comenzó a pensar, “Ya no quiero que la gente vaya a Jerusalén para adorar. Si lo hacen, van a querer que Roboam sea su rey. ¡Debo evitar eso!” Decidió construir dos lugares de culto: uno en Betel y otro en Dan. Y por si eso no fuera suficiente, hizo algo aún peor: construyó dos becerros de oro, uno para cada lugar. Tenía la esperanza que estos ídolos le ayudaran a la gente a sentir la presencia de Dios. ¿Cómo podría haber pensado que estaba bien hacer esto?

Luego Jeroboam les habló a unos levitas y dijo, “Quiero que sean sacerdotes en mis nuevos lugares de culto.” Pero los levitas no quisieron hacerlo; sabían que esto estaba mal. Finalmente, Jeroboam consiguió hombres de otras tribus, hombres que no amaban a Dios,

para ser sacerdotes en estos lugares. Los hombres de Israel que eran fieles a Dios estaban preocupados cuando vieron lo que Jeroboam estaba haciendo. Muchas familias, especialmente las familias levitas, se mudaron a Judá después de esto. Querían adorar a Dios correctamente, lejos de los ídolos.

Después que Jeroboam construyó sus lugares de culto, inventó su propia fiesta. En lugar de permitir que la gente fuera a Jerusalén para festejar la fiesta de Tabernáculos el día quince del séptimo mes como Dios había indicado, Jeroboam anunció, “Vamos a tener una fiesta religiosa el día quince del mes octavo.” Durante esta semana, él estaba quemando incienso sobre el altar cuando llegó un hombre de Dios de Judá. Este hombre de Dios habló fuerte y firmemente, diciendo, “O altar, altar, esto es lo que dice el Señor: ¡La familia de David tendrá un hijo llamado Josías, y sobre este altar, Josías ofrecerá a los falsos sacerdotes que queman incienso aquí! Para que sepas que el Señor ha hablado, ¡el altar será destruido, y sus cenizas serán derramadas!”

En cuanto el hombre de Dios terminó de hablar, el altar se rompió y sus cenizas se derramaron. Esta era la oportunidad para que Jeroboam se diera cuenta que Dios le estaba advirtiéndole que estaba en peligro. Podría haberse arrepentido, pero en cambio, se enojó con el mensajero e intentó atacarlo. “¡Agárrenlo!” ordenó, y estiró su mano para herir al mensajero. Pero de repente, su mano extendida se volvió seca y desvalida. Con horror, se dio cuenta que ¡no podía usar su mano para nada! Jeroboam miró al mensajero, aterrado. “Por favor, ¡pídele a Dios que sane mi mano!” le rogó.

El hombre de Dios podría haber dicho, “No, esto es lo que mereces – ¡tu mano puede quedar así como está!” Pero no dijo esto. Con bondad, oró y le pidió a Dios que sanara la mano de Jeroboam, y

Dios lo hizo. El rey Jeroboam estaba aliviado de tener su mano sana otra vez, pero no estaba arrepentido de haber traído ídolos a Israel. Nunca los quitó, ni siquiera después que Dios había sido tan bondadoso y amoroso con él.

Jeroboam ahora quería tratar al mensajero de Dios con bondad. Le dijo, “Ven a mi casa. Come y descansa, y te daré una recompensa.” El mensajero de Dios no necesitaba ninguna recompensa; no necesitaba ningún pago. ¡Lo único que quería era que Jeroboam escuchara el mensaje de Dios y se arrepintiera!

El mensajero contestó, “No iré, aunque me des la mitad de tu casa. Dios me dijo que no comiera ni bebiera nada hasta que llegue a casa.” Después de decir esto, se subió a su asno y comenzó el viaje a su casa.

Después que se fue, un viejito que era un falso profeta se enteró de lo que había sucedido. Decidió encontrarse con el mensajero. Se subió a su asno y lo encontró en el camino. El viejito le dijo al mensajero, “Ven a mi casa; te daré algo para comer y beber.” “No, Dios me dijo que no lo hiciera,” contestó el mensajero. Pero el hombre mayor insistió, “Yo también soy profeta. Un ángel me dijo que te trajera a casa y te diera de comer.”

Esto no era verdad, y el mensajero tendría que haberlo sabido. Si Dios ya le había dado instrucciones, entonces ¿por qué obedecería a alguien que le dijera de hacer lo opuesto a lo que Dios había indicado? Pero el mensajero tenía hambre, estaba sediento y cansado. *Quería* creer que Dios le había dicho esto al viejito, así que no paró para preguntar, “Señor, ¿realmente le dijiste eso a este hombre?” Fue con él y disfrutó de una deliciosa comida en su casa.

Mientras comían, Dios utilizó al hombre mayor para darle una advertencia al mensajero. El viejito dijo, “El Señor dice que, porque lo has desobedecido, morirás, y ni siquiera estarás enterrado donde enterraron al resto de tus familiares.”

Este era un mensaje terrible – ¡tan terrible como lo que el mensajero le había dicho al rey Jeroboam! ¿Se arrepentiría? No, no lo hizo. Sabía que lo que hizo estuvo mal. También sabía que Dios estaba dispuesto a obedecer. ¿Acaso Dios no había perdonado al rey Jeroboam y sanado su mano? Todavía había tiempo para que este hombre regresara al cerco de protección de Dios. Pero lamentablemente, no le pidió a Dios que lo perdonara; dejó pasar la oportunidad que Dios le estaba dando. Simplemente terminó de comer, y luego se subió a su asno y continuó su viaje.

Mientras el mensajero andaba en su asno, apareció un león. El león lo atacó y lo mató. Luego sucedió algo raro: el león y el asno quedaron parados allí, al lado del hombre muerto. El león ya no atacó a nadie. La gente pasaba por allí y veía esta vista rara de un hombre muerto con un asno y un león a su lado. El viejito (el profeta falso) buscó al hombre y lo enterró.

Ahora la gente podía ver cuán serio era el abandonar a Dios. ¡Ni siquiera el mensajero de Dios estaba seguro, si él dejaba el cerco protector de Dios! El rey Jeroboam podría haber visto esta historia como otra invitación para venir a Dios, pero no lo hizo. Continuó adorando a los ídolos que hizo, y guio al pueblo a la idolatría.

El rey Jeroboam pensó que su familia siempre estaría en el trono. Pero no sería así. Uno de sus hijitos, Abías, se enfermó. “Deberíamos ver al profeta Ahías,” dijo Jeroboam. Pero Jeroboam había sido tan rebelde para con Dios, que pensó que Ahías no querría hablarle. Le dijo a su esposa, “Tú ve. Pero disfrázate, para que él no sepa que eres

mi esposa.” El profeta Ahías ya estaba viejo y casi ciego, así que Jeroboam pensó que su esposa podría disfrazarse fácilmente.

Pero Dios le dijo al profeta Ahías que la esposa de Jeroboam estaba en camino. En cuanto ella llegó, Ahías le dijo, “¿Por qué te estás disfrazando, esposa de Jeroboam? Tengo malas noticias para ti. Tu hijo morirá cuando llegues a tu casa. Y en cuanto a tu marido, Dios lo hizo rey sobre diez tribus. Pero no ha guardado los mandamientos como lo hizo David. No ha seguido a Dios con todo su corazón. Ha hecho ídolos. Por lo tanto, su familia no podrá seguir en el trono. Israel terminará destruida por los pecados de Jeroboam, porque él hizo que Israel pecara.”

Con tristeza, la esposa de Jeroboam regresó a su casa. En cuanto llegó, su hijito murió<sup>5</sup>. El resto del reinado de Jeroboam fue malvado y triste. Nunca se arrepintió. Su reinado podría haber sido tan diferente, ¡si tan solo hubiera confiado en Dios y lo hubiera seguido!

Este capítulo está lleno de historias de hombres que no siguieron a Dios, y que no le pidieron perdón incluso después que él les mostró su pecado y les dio la oportunidad de arrepentirse. Es una historia triste y podría sucedernos a cualquiera de nosotros si dejamos a Dios y nos colocamos bajo el enemigo. ¿Te gustaría entrar al cerco de protección de Dios y quedarte allí siempre? Pídele que te muestre cómo quedarte con él siempre.

---

<sup>5</sup> ¿Por qué permitiría Dios que este niño muera? La Biblia dice que “se había hallado en él alguna cosa buena delante de Jehová.” El resto de los hijos de Jeroboam fueron tan malvados que ni siquiera fueron enterrados como corresponde después que murieron. Este niño era el único hijo justo que Jeroboam tenía. Al morir joven, es probable que se salvó de toda la maldad que estaba por venir.

# 12. Los reyes tibios de Judá

---

**... ¡El Señor permanecerá con ustedes mientras ustedes permanezcan con él! Cada vez que lo busquen, lo encontrarán; pero si lo abandonan, él los abandonará a ustedes.**

**2 Crónicas 15:2 (NTV)**



*1 Reyes 15:1-24; 2 Crónicas 13-16. | PR Capítulo 8*

Dios había prometido que alguien de la familia de David siempre estaría sobre el trono, porque David había amado tanto a Dios y había seguido sus mandamientos. Y Dios cumplió su promesa: siguió habiendo un descendiente de David en el trono, incluso después que el reino fuera dividido. La familia de David reinó sobre lo que ahora se llamaba el reino de Judá.

Después que murió Roboam, el hijo de Salomón, hubo un nuevo rey sobre Judá. Su nombre fue Abías<sup>6</sup>. Abías decidió hacer guerra contra Jeroboam. ¡Qué terrible el hacer guerra en contra de otros israelitas! No le preguntó a Dios si debía hacer esto. Dios no quería que las tribus israelitas se pelearan entre sí, incluso si ahora estaban divididos en dos reinos. Pero Abías siguió adelante y reunió a 400.000 hombres valientes y se preparó para la guerra. Jeroboam reunió el doble de hombres, y también se preparó para la batalla.

---

<sup>6</sup> También se lo conoce como Abijam.

Luego Abías subió a uno de los montes de Efraín y comenzó a hablarle a Jeroboam y a los israelitas desde allí. Dijo en voz alta, “Dios le dio el reino a David y su familia, ¡pero Jeroboam se lo quitó a Roboam!” Esto era mentira: Dios había decidido que el reino debía dividirse por la infidelidad de Salomón. Jeroboam no había “quitado” nada. Luego Abías continuó, “¡Ahora Jeroboam ha construido estos becerros de oro! Ha echado a los sacerdotes y levitas de su tierra, y otros están actuando como sacerdotes. Ustedes israelitas están adorando dioses falsos, pero nosotros estamos adorando a Jehová. Tenemos a los hijos de Aarón de sacerdotes, y tenemos a los levitas que cuidan del templo. Ustedes, los israelitas, han dejado a Dios, pero *nosotros* tenemos a Dios como nuestro capitán. Hijos de Israel, ¡no luchan contra el Dios de sus padres, porque no ganarán!”

Mucho de lo que Abías dijo era verdad: era verdad que Jeroboam había traído becerros de oro, y que Israel no estaba adorando más a Dios. Pero ¿será que Abías *realmente* estaba siguiendo a Dios yteniéndolo como capitán? ¿Le estaba realmente pidiendo a Dios que lo guiara? En realidad, no.

Jeroboam escuchó lo que dijo Abías, pero no le importó. No pensaba cambiar. Su ejército atacó de atrás al ejército de Abías, cuando no esperaban un ataque. ¡Ahora Abías y su ejército estaban con un gran problema! Clamaron a Dios por ayuda, y Dios los escuchó. Él “hirió” o “desbarató” a Jeroboam y su ejército en frente de Abías y su ejército. Cuando Dios “hiere”, no mata a nadie. Les muestra sus pecados y les da una oportunidad para arrepentirse. Este “herir” desbarató al ejército de Jeroboam; hizo que se sintieran temerosos y confundidos, porque no querían arrepentirse. Comenzaron a huir del ejército de Judá. ¿Notas como, incluso

después que Dios los “hirió”, ninguno estaba muerto?<sup>7</sup> Ahora el ejército de Judá decidió perseguir al ejército de Israel, y mataron a muchos. Les fue fácil hacerlo, porque el ejército de Jeroboam había perdido completamente la protección de Dios, ya que lo habían abandonado. Dios nunca le pidió al ejército de Judá que matara a los hombres de Jeroboam; esta fue su decisión. Después de esta guerra, Jeroboam quedó tan débil que murió al poco tiempo. Nunca se recuperó del todo.

Aunque Abías les dijo a los israelitas que debían regresar a Dios, él mismo no volvió a Dios. El resto de su reinado fue malvado. Nunca escuchó realmente la guía de Dios, y la Biblia dice que no fue un buen rey. Conocía todas las historias de David y Salomón y podría haber aprendido de ellas, pero lamentablemente, eligió no hacerlo.

Después que murió Abías, su hijo Asa fue el rey de Judá. Asa comenzó bien: quitó los ídolos y lugares de culto de su tierra. Siguió a Dios, por lo menos al comienzo. Por supuesto, como la mayoría de los reyes, se aseguró de tener ciudades fuertes y amuralladas, y un buen ejército, en caso de que otro ejército viniera a atacarlos. No se puso a pensar que, si su reino tenía la protección de Dios, no necesitaría ninguna de estas cosas. Sin embargo, Dios fue paciente con Asa.

Luego vinieron los problemas: el rey de Etiopía trajo un enorme ejército para atacar al reino de Judá. El rey Asa vio que este ejército era mucho más grande que su propio ejército. Decidió confiar en la protección de Dios, y clamó, “Señor, puedes ayudarnos, ¡sin importar el tamaño de nuestro ejército! Descansamos en ti; ¡eres nuestro Dios!”

---

<sup>7</sup> Un buen ejemplo de este “herir” se encuentra en 2 Samuel 24:10 (JBS) donde dice, “Y después que David hubo contado el pueblo, le hirió su corazón.” La RVR dice “le pesó en su corazón.” (Ver el vol. 3, *La conquista y los jueces*, historia 58 “Una plaga en Israel”)

Dios honró la fe del rey Asa, e hirió al ejército etíope, así como lo había hecho con las tropas de Jeroboam: esto significa que enfrentó estos hombres con sus pecados. Los etíopes no querían aceptar a Dios, así que solo sintieron miedo y confusión cuando Dios vino a ellos. Comenzaron a huir. Por supuesto, el ejército de Asa los persiguió y los mató, porque no podían imaginar el dejarlos ir. Después de matarlos, juntaron los despojos (los animales y posesiones que el ejército había traído con ellos).

Asa había mostrado fe en Dios, y esto era bueno. Dios envió al profeta Azarías para darle un mensaje de ánimo a Asa. Azarías le dijo al rey Asa, “El Señor estará contigo mientras estés con él. No olvides que cada vez que el pueblo de Dios le ha pedido ayuda, él les ha ayudado. Continúa siendo fiel a Dios y guiando al pueblo a adorarlo.”

El rey Asa se sintió animado cuando escuchó estas palabras. Buscó los ídolos que había en su reino y se deshizo de ellos. También decidió que su madre no sería más la reina porque había construido un ídolo y lo había adorado. Luego Asa invitó a todo el pueblo que se reuniera en Jerusalén. Vino gente de todo Benjamín, Judá y algunos de las diez tribus porque deseaban adorar a Dios. El rey Asa ofreció los despojos de guerra a Dios, y junto con el pueblo él hizo un pacto con Dios, prometiendo buscarlo con todo su alma y corazón. Después de eso, hubo paz en la tierra por mucho tiempo.

Luego le vino una prueba más de fe a Asa: el rey Baasa de Israel comenzó a causar problemas. ¿Le pediría Asa ayuda a Dios nuevamente, como lo había hecho cuando los etíopes lo atacaron? Lamentablemente, no lo hizo. Envío presentes de oro y plata a un rey pagano, el rey de Siria, con el mensaje, “Por favor, ayúdame a luchar contra Baasa rey de Israel.” El rey de Siria ayudó, y como Baasa no tenía la protección de Dios, perdió la batalla y dejó de molestar al

reino de Judá. Pero lo que Asa había hecho no era bueno. Un profeta llamado Hanani vino y dijo, “Rey Asa, ¿porqué confiaste en el rey de Siria en lugar de depender de Dios? Has sido necio. Ahora siempre tendrás guerras.”

El rey Asa podría haber aceptado su error. Podría haberse arrepentido, pero no lo hizo. En cambio, se enojó con el profeta Hanani y lo puso en prisión. Después de eso, no volvió a Dios. Cerca del final de su vida, tuvo una enfermedad horrible en sus pies. Incluso con esta enfermedad, no quiso venir a Dios. Tenía la esperanza de que los médicos lo curarían, pero no pudieron hacerlo. Finalmente murió, lejos de Dios. ¡Qué final triste! Había empezado confiando en Dios, luego cambió.

Cuán triste se habrá sentido Dios al ver a los reyes de Judá, los descendientes de David, alejarse de él. Qué triste que a veces quisieron seguirlo, pero no lo hicieron. Permitieron que otras cosas los separaran de Dios. Esto podría sucedernos a nosotros, también. De a poquito, podrían ir entrando cosas que nos comienzan a separar de Dios. Pídele que te muestre si hay algo que te está impidiendo seguirlo con todo tu corazón. Pídele que te ayude a evitar estas cosas, y que puedas enfocarte en él.

# 13. Los reyes malvados de Israel

---

**Son sus pecados los que los han separado de Dios. A causa de esos pecados, él se alejó y ya no los escuchará. Isaías 59:2 (NTV)**



1 Reyes 15:25-34; 16:1-33. | PR Capítulo 8

**E**l rey Jeroboam fue el primer rey de las diez tribus de Israel cuando se dividió el reino. Dios lo había elegido para que fuera rey. Podría haber usado esta oportunidad para traer a Israel a Dios, y para hacer todas las cosas que el rey Salomón no había hecho para Israel. Pero lamentablemente, Jeroboam tomó decisiones que alejó a la gente de Dios. Hizo becerros de oro y construyó nuevos lugares de adoración para que la gente no fuera al templo en Jerusalén. “Si el pueblo adora a Dios en Jerusalén, en el reino de Judá, podría perder mi poder como rey,” pensó con egoísmo. Debido a su maldad, Dios le hizo saber que todos sus hijos morirían, y su familia no seguiría en el trono. Había perdido completamente la protección de Dios porque había escogido dejar el cerco de protección de Dios.

Cuando murió Jeroboam, su hijo Nadab fue el rey. Pero Nadab solo reinó durante dos años. Era tan malvado que ni siquiera le caía bien a sus sirvientes. Uno de sus oficiales, Baasa, buscó ayuda de otros sirvientes y mató a Nadab. En cuanto Nadab estuvo muerto, Baasa se hizo rey, y mató a todos los demás hijos de Jeroboam.

Baasa fue rey durante veinticuatro años, pero fue tan malvado como Jeroboam; era tan malo como la familia real a la que él había matado. El profeta Hanani vino a darle a Baasa un mensaje de Dios. Este es el mismo profeta Hanani que había visitado al rey Asa de Judá para darle una advertencia de Dios. Le dijo al rey Baasa, “Has hecho lo malo igual que Jeroboam. Hiciste que Israel pecara, y los volviste en contra de Dios. Por lo tanto, así como en la familia de Jeroboam, tus hijos no estarán en el trono.”

Cuando Baasa murió, su hijo Ela fue rey. Pero solo reinó por dos años, como Nadab el hijo de Jeroboam. Ela murió igual como murió Nadab: uno de sus sirvientes, Zimri, lo mató a él y a todos sus hermanos. Zimri fue el siguiente rey, pero ¡solo duró siete días! El pueblo se enteró que él había matado a la familia del rey, y no les gustó. Eligieron a un nuevo rey llamado Omri. Cuando Zimri escuchó que había un nuevo rey, tuvo tanto miedo que fue a su palacio y comenzó a quemarlo. Mientras se quemaba el palacio, él murió en el fuego.

El nuevo rey que el pueblo había elegido, Omri, no fue mejor que los reyes antes que él. Hizo aun más mal que cualquiera de los otros. Comenzó una nueva ciudad llamada Samaria. Desde ese entonces, Samaria fue la capital del reino de Israel.

Cuando Omri murió, su hijo Acab fue rey. Acab fue el peor rey de todos. Se casó con una princesa pagana llamada Jezabel. Jezabel le enseñó a su esposa Acab a adorar un horrible ídolo llamado Baal. Por Jezabel, Acab construyó lugares de adoración para Baal, y él y los israelitas comenzaron a adorar a este horrible ídolo. Pronto Israel se había alejado de Dios, adorando a Baal y a otro ídolo, Asera (Astoret).

Israel estaba cada vez peor. Dios vio con gran tristeza cómo los reyes lo abandonaban y alejaban al pueblo de él. Ni uno de estos

reyes lo siguió - ¡ni siquiera uno! Eran igual que los reyes paganos, adorando a ídolos e intentando resolver sus problemas sin pedirle a Dios que los guíe y ayude. Llegaron al trono matando, mintiendo y engañando. Vivían en constante temor porque, así como habían matado a otros, estaban seguros que otros querían matarlos también. No tuvieron ni paz ni gozo. Dios miró con tristeza; ¡nunca había querido que los reyes vivieran de esta manera!

Pero Dios todavía no abandonó a su pueblo; siguió tratando de alcanzarlos. Todavía había hombres y mujeres que, a pesar de sus reyes malvados, estaban dispuestos a escuchar a Dios y adorarlo. Cuando los reyes fallaron completamente en guiar al pueblo a Dios, él comenzó a enviarles profetas buenos y fieles. No abandonaría al pueblo hasta que no hubiera intentado todo lo posible para traerlos a sí mismo.

Las historias de los reyes de Israel son de las más tristes de la Biblia. Estos reyes tenían todo lo que necesitaban para conocer a Dios y elegirlo, pero no lo hicieron. Tenían las Escrituras, conocían todas las historias de Abraham, Moisés, Josué, David y Salomón. Sabían que podían ir a Dios, pero eligieron no hacerlo. Esto podría pasarnos a cualquiera de nosotros: podremos saber mucho de la Biblia, o acerca de lo que Dios ha hecho por su pueblo, pero podríamos aun así tomar malas decisiones y no seguirlo. ¿Deseas seguir a Dios, y hacer de él tu guía y tu Dios? Pídele que te ayude a siempre estar cerca de él.

# 14. La sequía en Israel

---

**Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto. Jeremías 17:7-8 (RVR60)**



1 Reyes 17:1-7 | PR Capítulo 9

**E**l rey Acab ahora era rey de Israel. Y ¡qué rey malvado era! Su esposa, la reina Jezabel, adoraba a un horrible ídolo llamado Baal. ¡Ahora ella le estaba enseñando a Acab y al resto de Israel a adorar este ídolo! El rey Acab no estaba dispuesto a escuchar a Dios, pero mientras hubo esperanza, Dios intentó alcanzarlo. Una y otra vez, Dios envió a un profeta para que le hablara. Ese profeta se llamaba Elías.

Elías vivía en el campo, lejos de las ciudades. La maldad en las ciudades, y toda la idolatría, lo entristecían. Pasó mucho tiempo orando, y no tenía miedo de hablar cuando Dios le pedía que lo hiciera. “¡El pueblo está dejando al Dios de la vida! Por favor, Señor, ¡ayúdales a arrepentirse antes que sea demasiado tarde para ellos!” oraba. Dios contestó la oración de Elías y le dijo, “Permitiré una sequía en la tierra.” ¿Por qué? Porque el pueblo creía que el rocío y la lluvia venían de Baal, no de Dios. Necesitaban ver que Baal no les podía dar nada de lluvia. “Dile al rey Acab que habrá una sequía,” Dios le indicó a Elías.

Eliás dejó su casa de inmediato e hizo el largo viaje al palacio del rey Acab en Samaria. ¡Incluso viajó durante la noche para llegar más rápido! Cuando finalmente llegó al palacio, entró enseguida. Los guardias ni se dieron cuenta cuando él entró, y él no paró para pedirles permiso. Simplemente entró y fue directo a donde estaba el rey.

El rey Acab alzó la vista y se sorprendió al ver a Eliás. El profeta, vestido de ropas rústicas, alzó sus manos al cielo y anunció, “Tan cierto como que el Señor Dios vive, y a quien sirvo, ¡no habrá rocío ni lluvia en los próximos años!” ¿Ayudaría esto a que Israel viera que necesitaba de Dios, y que Baal no podía hacer nada por ellos?

Acab estaba tan sorprendido que ni siquiera supo qué decir. Y antes que pudiera decir algo, Eliás había desaparecido. Por supuesto, Acab estaba molesto por lo que dijo Eliás, y pronto él y la reina Jezabel comenzaron a buscarlo para matarlo. Pero no lo pudieron encontrar, porque Dios lo protegió.

“Ve y escóndete en el arroyo de Querit,” le indicó Dios a Eliás. Eliás estuvo bien escondido en este arroyo entre montañas. El arroyo le daba agua dulce para beber, y Dios también envió a unos ayudantes muy especiales: cada día, unos cuervos negros le traían pan y carne a Eliás para comer. Él podía confiar en Dios completamente: todas sus necesidades estaban suplidas. ¿Y qué hacía cuando llovía? Bueno, en realidad *no* llovía, porque así como Dios lo había dicho, la lluvia y el rocío dejaron de caer.

Al comienzo, nadie le creyó a Eliás cuando dijo que no llovería. Pero al pasar las semanas, se dieron cuenta que él había dicho la verdad. Comenzaron a orar a su ídolo, Baal, y a su otro ídolo, Astoret. “¡Envíanos lluvia!” rogaron. Pero no cayó ni lluvia ni rocío

sobre la tierra. El sol ardiente caía con fuerza sobre la tierra. Pronto la tierra estuvo tan seca que las plantas se murieron, las corrientes y los ríos se secaron, y las ovejas, vacas, cabras, caballos y asnos comenzaron a morir de hambre y sed.

¿Se acordaría el pueblo de Dios ahora? ¿Le pedirían a Dios que les diera lluvia? Lamentablemente, no; no lo hicieron. La reina Jezabel le decía a la gente, “¡Elías tiene la culpa de que no hay lluvia! Si lo matamos, entonces Baal enviará lluvia otra vez.” Pero nadie podía encontrar a Elías, porque Dios lo estaba escondiendo y protegiendo.

“Bueno, si no podemos matar a Elías, ¡por lo menos podemos matar a los profetas de Dios!” decidió Jezabel. Encontró a varios de los profetas y los mató, pero hubo muchos que ella no pudo encontrar. Eso es porque Abdías, el mayordomo de la casa de Acab, decidió ayudarlos. Escondió a cien profetas de Dios en una cueva y les enviaba comida y agua. Sabía que si la reina Jezabel se enteraba, lo mataría, pero estaba dispuesto a arriesgar su vida por estos buenos hombres.

Pasaron dos años, y la tierra estaba más seca que nunca. El pueblo estaba sufriendo. Los animales se estaban muriendo. Sin embargo, el pueblo todavía no le pedía ayuda a Dios. ¿No podían ver que sin Dios no hay vida? Le estaban pidiendo a Baal que los ayudara, pero Baal no estaba vivo; Baal no podía ayudarles. Dios estaba deseoso de ayudarles. ¿Se lo pedirían?

Elías confió en Dios, y Dios lo cuidó durante la sequía. Los cien profetas que Abdías escondió en la cueva también confiaron en Dios y los cuidó. Estoy segura que incluso los profetas que la reina Jezabel mató murieron confiando en que Dios les daría vida eterna. Pero el rey Acab, la reina Jezabel y la mayoría de los israelitas no confiaban

en Dios. Confiaban en Baal, un ídolo sin vida, y por eso Dios no podía bendecirlos como deseaba hacerlo. La falta de agua en Israel mostró que los israelitas no tenían al Espíritu de Dios guiándolos, porque el agua representa al Espíritu de Dios.

¿Confías en Dios? ¿Crees que él quiere darte vida y bendiciones? Pídele que su Espíritu te guíe y te ayude a ver todas las bendiciones maravillosas que él te ha estado dando.

# 15. La fe de la viuda de Sarepta

---

**¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia!**

**Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas.**

**Salmo 36:7 (RVR60)**



1 Reyes 17:8-24 | PR Capítulo 10

**H**abían pasado dos años de sequía. Todo ese tiempo Elías había estado a salvo, escondido en el arroyo de Querit. Pero después de tantos meses sin lluvia, el arroyo se comenzó a secar. Pronto no habría más agua para Elías. Dios le pidió, “Ve a la ciudad de Sarepta, en el país de Sidón. Vivirás allí con una viuda. Le he indicado que te diera de comer.” En Israel no había ninguna familia segura con quien Elías podría quedarse, así que Dios lo envió a vivir con una familia que no era israelita. Esta mujer sabía muy poco de Dios, pero creía en él, y siguió lo poquito que entendía.

Cuando Elías llegó a la puerta de Sarepta, encontró a esta viuda juntando leña para hacer un fuego. “Por favor, dame agua,” pidió Elías cortésmente. Mientras ella se iba para buscar el agua, Elías dijo algo más, “Por favor, también tráeme algo de pan.”

¡Qué pedido difícil que hizo Elías! La viuda se detuvo y contestó, “Solo tengo un puñado de harina y un poquito de aceite. Iba a cocinarlo para mí y para mi hijo, y luego moriremos, porque no hay más comida.”

Elías comprendía. Le aseguró, “No tengas miedo.” Pero le siguió insistiendo, “Haz lo que dijiste, pero tráeme a mí primero, luego haz un poco para ti y tu hijo. El Señor Dios de Israel dice que no te quedarás sin harina ni aceite hasta que él envíe lluvia sobre la tierra.”

¿Creería la viuda las palabras de Dios por medio de Elías? Elías era un extraño para ella; nunca lo había visto antes. ¿Tendría fe? Decidió que *sí*, le creería a Dios. Fue a su casa y usó lo poco que le quedaba de harina y aceite para hacerle pan a Elías. Mientras hacía el pan, se dio cuenta que el aceite seguía fluyendo de la jarra mientras lo necesitara, y que siempre había harina en su barril. ¡Dios había cumplido su promesa! Después de darle de comer a Elías, ella pudo hacer suficiente pan para ella y su hijo. Después de eso, mientras duró la sequía, ella siempre tuvo suficiente harina y aceite para hacer pan para Elías, su hijito y ella. Dios honró la fe de esta viuda y les dio suficiente alimento todo ese tiempo.

Todo parecía estar bien después de esto. La tierra seguía seca, y todavía era difícil encontrar comida, pero la viuda, su hijo y Elías estaban seguros. Cada día, la jarra de aceite y el barril de harina tenían suficiente para el pan que necesitaban. La viuda sabía que el Dios del cielo estaba haciendo esto por ella, y con alegría confió en él.

Luego sucedió algo terrible. Un día, el hijo de la mujer de repente se enfermó y murió. Ella estaba desconsolada. No podía entender cómo le podía suceder esto. Fue a Elías y, llena de dolor, le dijo, “¿Qué tienes en contra de mí, hombre de Dios? ¿Viniste aquí para recordarme mis pecados y matar a mi hijo?”

Esto es lo que la mayoría de la gente cree acerca de Dios. Piensan, “Soy un pecador, entonces Dios seguramente me quiere

castigar. Todas las cosas malas que me suceden son porque Dios me está castigando por mis pecados.” ¿Es verdad esto? ¡Por supuesto que no! Dios no quiere castigar; quiere *salvar*. Si nos sentimos como pecadores, es porque nos está mostrando nuestro problema, para entonces poder ayudarnos. *Todos* somos pecadores, pero Dios está haciendo todo lo que puede para *ayudarnos*, no para lastimarnos. ¿Podría la viuda entender esto?

Elías estaba triste por lo sucedido. “Dame tu hijo,” le dijo con bondad. Tomó al niño de los brazos de ella. La mujer le había dado a Elías un aposento donde dormir, y él llevó al niño allí. Con cuidado, colocó al niño sobre la cama. Luego comenzó a orar. “O Señor,” clamó, “¿Has traído aun más sufrimiento a esta mujer? Ella me está recibiendo aquí, ¡y ahora su hijo está muerto!” Incluso a Elías le costaba entender lo que estaba sucediendo, pero eligió confiar en Dios. ¿Cómo podría Dios mostrarle a esta viuda que él la amaba y cuidaba de ella? ¿Le devolvería la vida al niño? Ahora Elías se tendió sobre el niño tres veces, y lleno de fe, oró, “O Señor mi Dios, ¡por favor devuélvele la vida a este niño!” Dios escuchó la oración de Elías, y el niño abrió los ojos. ¡Dios le había devuelto la vida!

¡Cuán gozoso y aliviado se habrá sentido Elías! Alzó al niño en sus brazos y lo se devolvió, vivo, a su madre. “¡Mira!” le dijo con felicidad, “¡Tu hijo vive!” La mujer rebozaba de gozo. Mientras abrazaba a su hijito, le dijo a Elías, “Esto me muestra que eres un hombre de Dios, y que lo que Dios te dice es verdad.” Esta había sido una gran prueba de fe para ella, una prueba muy difícil. Sabía muy poco de Dios, pero ahora, con todo lo que había sucedido desde que tuvo a Elías en su casa, su corazón estaba completamente abierto a escuchar y aprender más. No sabemos de qué hablaron después de

esto, pero podemos estar seguros que ella escuchó con atención todo lo que Elías le compartió acerca del Dios del cielo. Ella había creído en Dios antes, pero ahora estaba aun más abierta para aprender lo más posible de él. ¡Qué maravilloso es aprender acerca de un Dios amoroso y misericordioso que nos consuela y cuida de nosotros! ¿Te gustaría conocer mejor a nuestro Dios de amor? Díselo hoy.

# 16. ¿Jehová o Baal?

---

**Los ídolos de ellos son plata y oro, obra de manos de hombres.**

**Tienen boca, mas no hablan; tienen ojos, mas no ven;**

**Salmo 115:4-5 (RVR60)**



1 Reyes 18:1-29 | PR Capítulo 11

**D**urante tres años, hubo una sequía en Israel. Todo ese tiempo, el rey Acab había buscado a Elías para matarlo. Pero Dios lo protegió y lo mantuvo a salvo, escondido del rey Acab.

Después de tres años, Dios le dijo a Elías, “Ve y preséntate ante el rey Acab, y yo enviaré lluvia sobre la tierra.” Elías inmediatamente se preparó para el largo viaje al palacio del rey. En el camino, Elías se encontró con Abdías, el mayordomo de la casa del rey Acab. Abdías estaba buscando pasto para los caballos y las mulas del rey. Era un buen hombre; había protegido y ayudado a cien profetas, para que el rey Acab y la reina Jezabel no los matara. Abdías se sorprendió y se alegró de ver a Elías. Elías le dijo, “Ve y dile al rey que estoy aquí.” “Oh, no, no puedo hacer eso,” contestó Abdías, “¿Qué pasa si vuelves a desaparecer? El rey estará muy enojado conmigo si escucha que te vi pero no te arresté. Te ha estado buscando por todos lados.” Elías le prometió a Abdías, “Me presentaré hoy ante el rey Acab.”

Abdías fue a decirle al rey Acab que Elías venía a verlo. Acab odiaba a Elías, pero también le tenía miedo. ¿Qué cosa terrible diría Elías ahora? Cuando el rey Acab vio a Elías, le dijo enojado, “¿Eres tú el que turbas a Israel?” El rey Acab quería culpar a Elías por la

seguía, aunque no era su culpa. Elías contestó con calma, “No he turbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, porque has dejado a los mandamientos de Dios y has seguido a otros dioses.” Elías no tenía miedo del rey Acab y todos sus soldados. Se sentía seguro, porque Dios estaba con él, y estaba haciendo la obra de Dios.

Elías le hizo una invitación al rey: “Encontrémonos en el monte Carmelo. Reúne a todo Israel allí, y a los 450 profetas de Baal.” Acab estuvo de acuerdo. Unos días más tarde, todos se reunieron en el monte Carmelo: los profetas de Baal, el rey Acab y Elías. El pueblo se paró en las laderas de la montaña y observó. Se preguntaban qué estaría sucediendo. Elías parecía tan solitario allí, el único adorador del Dios del cielo. Pero no estaba solo; había fuertes ángeles invisibles alrededor de él.

Elías miró a su alrededor. Todos podían ver que el altar de Dios, que había sido construido hacía mucho tiempo, estaba roto. Este altar les recordó que, por mucho tiempo, los Israelitas no habían adorado a Dios. Elías les habló a todos, diciendo, “¿Por cuánto tiempo vacilarán entre dos opiniones? Si el Señor es Dios, entonces síganlo. Si Baal es dios, entonces síganlo a él.” Elías esperó para ver si alguien diría, “¡Jehová es Dios!” Pero nadie dijo nada. Elías continuó, “Soy el único profeta del Señor que queda. Pero Baal tiene 450 profetas aquí. Traigamos dos becerros. Los profetas de Baal sacrificarán a un becerro y lo colocarán sobre la leña, pero no prenderán un fuego. Yo haré lo mismo. Pueden invocar los nombres de sus dioses, y yo invocaré el nombre de Jehová. El Dios que contesta con fuego, que él sea Dios.”

A todos les pareció que la sugerencia de Elías era buena. Ninguno de los profetas de Baal se animó a decir, “No, Elías, no haremos esto.” ¿No quedaría Baal mal parado? Todos dijeron, “Has

dicho bien, Elías.” Ahora que todos estaban de acuerdo, Elías dijo, “Pueden comenzar primero, ya que son muchos.”

Los profetas de Baal estaban aterrorizados. Sabían que su ídolo Baal probablemente no les enviaría fuego, pero fingieron ser fuertes y confiados. Prepararon la leña, mataron el becerro y lo colocaron sobre la leña. Luego comenzaron a invocar a Baal, pidiéndole que quemara su ofrenda. Durante horas bailaron, saltaron y gritaron. Hasta se cortaron sus pieles con cuchillos para que corriera la sangre. Esperaban que, al lastimarse, Baal les contestaría. Pero su ídolo no estaba vivo; no les contestó. Elías se burló de ellos, diciendo, “¡Griten más fuerte! Tal vez está conversando, o está ocupado, o estará de viaje. O capaz está durmiendo, ¡y necesitan despertarlo!” Por supuesto, no importó qué hacían los profetas de Baal; su ídolo no les envió fuego. Baal no les contestó.

Elías los vigiló de cerca. Sabía que querrían hacer trampa, y que intentarían empezar un fuego en secreto. Pero con Elías mirándolos, ninguno lo hizo. Satanás hubiera querido enviar fuego, pero Dios no se lo permitió. El becerro muerto estaba allí sobre la leña, y no había fuego.

Ya había pasado la mañana, y luego el mediodía. Ahora eran las tres de la tarde, la hora del sacrificio vespertino. Los profetas de Baal estaban exhaustos luego de todos esos gritos y danzas. Los cortes en sus pieles dolían, y sus ropas estaban manchadas de sangre. Los profetas de Baal estaban desesperados, y hasta enojados. ¡Estaban tan desesperados que comenzaron a insultar a Baal y decirle malas palabras! Pero todavía no caía fuego sobre el altar. Ahora que era de tarde, se dieron por vencidos. No sabían qué más hacer.

La gente había estado observando todo el día. “¡Lo que están haciendo los sacerdotes de Baal es horrible!” pensaron. Muchos ya

estaban cansados de ver a los hombres sangrando y bailando. Estaban cansados de escuchar los gritos fuertes. “¿Qué hará Elías ahora?” se preguntaron.

Quedaba claro que su ídolo hecho por manos humanas, Baal, no escuchaba ni le importaba. No podía escuchar, ni importarle el ayudarlos, porque no estaba vivo. Pero veremos en la próxima historia que Dios *sí* está vivo, y *sí* escucha y le importa. ¿No estás contento que tenemos un Dios que no nos pide que gritemos, bailemos ni que nos cortemos? No necesitamos hacer todas esas cosas para que nos escuche; nos escucha ahora mismo, y está dispuesto a ayudarnos. ¿Le agradecerás hoy?

# 17. ¡Jehová es el Dios!

---

**Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos. 1 Reyes 18:37 (RVR60)**



1 Reyes 18:30-40 | PR Capítulo 11

**E**ran las tres de la tarde, la hora del sacrificio vespertino. Los israelitas, el rey Acab, los 450 sacerdotes de Baal, y Elías estaban todos sobre el monte Carmelo. Elías había invitado a los sacerdotes de Baal que ofrecieran un sacrificio y le pidieran a Baal que envíe fuego para quemarlo. “Haré lo mismo y le pediré al Señor que envíe fuego, también. El Dios que envía fuego, él es el Dios verdadero,” sugirió Elías.

Los profetas de Baal comenzaron. Todo el día habían estado llamando a su ídolo, gritando, bailando y pidiéndole que enviara fuego para quemar su ofrenda. Hasta se habían cortado con cuchillos con la esperanza de que, si se lastimaban, Baal les contestaría. Pero no lo hizo; no cayó fuego. Ahora estaban cansados, y pararon. En silencio, se fueron del altar.

Los profetas de Baal se habían dado por vencidos. Los israelitas habían estado observando todo el día, y estaban cansados de los gritos, los bailes y la sangre. Se dieron cuenta que la adoración a Baal era horrible. Todos estaban en silencio. Elías, con delicadeza, invitó al pueblo: “Acérquense a mí.” Entonces fue hasta el altar roto del Señor. En silencio, tomó doce piedras, una para cada tribu de Israel,

y reconstruyó el altar de Jehová. La gente observó en silencio. Tenían miedo, porque no sabían qué esperar.

Cuando se arregló el altar, Elías cavó una zanja alrededor del altar. Luego colocó leña sobre el altar. Mató al becerro y también lo puso sobre el altar. Ahora indicó: “Llenen cuatro barriles de agua, y derrámenla sobre el sacrificio y el altar.” Quería que el altar estuviese *inundado* de agua. Tres veces derramaron cuatro enormes barriles de agua sobre el altar. El agua fluyó del sacrificio hacia el altar, y hasta la zanja estaba llena de agua. Era claro que ningún *humano* podría encender un fuego sobre este altar. Elías quería que cuando bajara el fuego, la gente estuviera segura que era Dios quien lo enviaba.

Ahora Elías dijo, “¡Por tanto tiempo han abandonado a Jehová! ¡Humillen sus corazones y vuelvan a Dios, para que él pueda bendecir su tierra nuevamente!” Luego se inclinó con reverencia, alzó sus manos, y oró. ¡Qué diferencia entre Elías y los profetas de Baal! No había gritos, ni baile, ni cortes con cuchillos. Elías oró, “Señor, que el pueblo hoy sepa que tú eres Dios, y que yo soy tu siervo. Muéstrales que eres superior a Baal, para que Israel pueda regresar a ti. Que el pueblo sepa que eres el Señor, y que vuelves a ti el corazón de ellos.”

En cuanto Elías terminó de orar, llamas de fuego descendieron del cielo y quemaron el sacrificio. No solo se quemó el becerro y la leña; ¡también se quemaron las piedras y el agua del altar! La gente estaba asombrada. No se atrevieron a mirar el fuego; en cambio, se inclinaron. Junta, toda la gente clamó en voz fuerte, “¡Jehová, él es el Dios! ¡Jehová, él es el Dios!”

La gente se dio cuenta, “Hemos deshonrado a Dios. Él es bueno, justo y misericordioso. También es poderoso. ¡Es tan diferente a este ídolo, Baal, que hemos estado adorando!”

Los sacerdotes de Baal miraban. Podrían haberse arrepentido. Podrían haberse unido al pueblo, pero no lo hicieron. Ahora estos hombres ya no estaban protegidos, porque en forma clara y deliberada habían rechazado al Dios del cielo. Ahora Dios le indicó a Elías, “Toma a los profetas de Baal; que ninguno de ellos se escape.” Estos hombres tenían que enfrentarse con su pecado de idolatría. ¿Le pedirían misericordia y perdón a Dios? ¿Habría alguien en la congregación que oraría por ellos y los animaría a volverse a Dios? ¿Oraría Elías por ellos, y los animaría a arrepentirse? No. Nadie intentó ayudarles a acercarse a Dios, y ninguno de estos hombres se arrepintió. En cambio, Elías y el pueblo entendieron que, como estos hombres eran culpables de idolatría y no se habían arrepentido, eran dignos de muerte. Ahora que los habían arrestado, los mataron. Al pueblo le fue fácil hacer esto, porque estos profetas habían rechazado al Dios que los podría proteger.

Cuando Dios nos confronta con nuestros pecados, lo hace como una invitación a que nos arrepintamos. Quería hacer lo mismo por estos profetas de Baal. Es triste que ninguno de ellos se arrepintió, y también es triste que a Elías y al pueblo ni siquiera se les ocurrió intentar ayudarles. En Deuteronomio 7, Dios ya había explicado cómo los israelitas debían “destruir” a los idólatras: “No permitas que tus hijos se casen con ellos, y no hagas pactos con ellos; destruye sus altares y lugares sagrados, y quema sus ídolos de madera.” Todo esto haría que los idólatras se fueran, de manera que eventualmente ya no habría más idólatras en la tierra.

Así es como Dios les había indicado a los israelitas que destruyeran a los idólatras. Pero durante tantas generaciones, los israelitas habían elegido matar, y Elías eligió hacer lo mismo. Más tarde se dio cuenta que no había seguido el plan de Dios al matar a estos falsos profetas. Se sintió desanimado y oró, “No soy mejor que mis padres.” Sus antepasados habían matado a sus enemigos, y ahora él también lo había hecho. Si Elías no lo hubiera matado, estos hombres probablemente hubieran muerto de alguna otra forma, ya que no tenían protección. Dios nunca le había ordenado a Elías que los matara.

Ese día, Dios contestó la oración de Elías. Le mostró al pueblo que él era Dios, y que *él* estaba volviendo sus corazones hacia él. Los amaba y estaba tratando de alcanzarlos, incluso después que ellos habían dejado de adorarlo. Él siempre intentará acercarnos a él, siempre y cuando no lo estemos rechazando. Si lo rechazamos, él respetará nuestra decisión y se irá. Pero no se dará por vencido si todavía hay esperanza. Qué hermoso que tenemos un Dios que nos busca, y que *él* es quien nos acerca a sí mismo. *Él* hace la obra; lo único que tenemos que hacer es aceptarlo y no rechazarlo, y él nos ayudará a conocerlo. ¿Se lo permitirás?

# 18. Dios consuela a Elías

---

**Por tanto, Jehová esperará para tener piedad de vosotros, y por tanto, será exaltado teniendo de vosotros misericordia; porque Jehová es Dios justo; bienaventurados todos los que confían en él. Isaías 30:18 (RVR60)**



1 Reyes 18:41-46; 19:1-8 | PR Capítulo 12

**P**or fin Dios podía volver a bendecir a Israel! Después de lo sucedido en el monte Carmelo, la gente confesó sus pecados y regresó a Dios. Querían pertenecerle a él otra vez. ¡Ahora Dios podía bendecirlos nuevamente con lluvia! Elías sabía esto, así que le dijo al rey Acab, “Levántate, come y bebe, porque se oye una gran lluvia.” No había siquiera una nube en el cielo todavía, pero Dios le dijo a Elías que la lluvia pronto vendría, y Elías creyó las palabras de Dios. Quería que el rey Acab llegara a su hogar a salvo, antes que viniera la tormenta.

Ahora Elías subió a la montaña para orar. Oró mientras esperaba que viniera la lluvia. Le dijo a su siervo, “Ve y mira al mar Mediterráneo, y dime si ya hay alguna nube.” El siervo fue y miró. Luego regresó y le dijo a Elías, “No hay nada.” ¡No había nubes! Pero Elías todavía confiaba en Dios. Siguió orando y pidiendo por lluvia. Una y otra vez, Elías envió a su siervo que mirara al Mediterráneo. Seis veces, el sirviente fue y miró, luego regresó diciendo, “No hay nada.” Elías no se dio por vencido. Siguió orando. Sabía que Dios les podía dar lluvia. Quería todas las bendiciones de Dios, por eso mientras oraba, también le pidió a Dios que le perdone sus pecados. No se sentía en paz después de haber matado a todos esos profetas

de Baal, aunque en su momento había parecido lo correcto. No quería que ningún pecado bloqueara las bendiciones de Dios para él y el pueblo.

Una última vez, la séptima vez, Elías envió a su siervo para ver si había nubes sobre el mar Mediterráneo. Esta vez, la séptima vez, el siervo regresó y dijo, “Hay una nubecita, como la mano de un hombre, que sube del mar.” Esto fue suficiente para Elías. Sabía que esta nubecita se transformaría en una gran nube llena de agua. Le dijo a su siervo, “Ve y dile al rey Acab que prepare su carro y que se vaya antes que la lluvia lo pare.” El siervo fue rápidamente al rey Acab.

Pronto llegó la noche, y comenzó a caer la lluvia. El rey Acab todavía se estaba preparando para salir. Ahora le sería difícil llegar a su palacio en la noche oscura, con toda la lluvia. Elías encontró al carro del rey Acab y comenzó a guiarlo hacia su casa. Durante muchas millas, corrió en frente del carro, mostrándole el camino. Elías corrió en la oscuridad y bajo la lluvia, y Dios le dio la fuerza para hacer esto para que pudiera ayudar al rey Acab a llegar sano y salvo a su hogar. El rey Acab era un rey malvado y nunca había respetado a Dios, pero Elías lo estaba tratando con bondad y respeto. Por sus acciones, Elías le estaba diciendo a Acab, “Todavía eres el rey de Israel. Te respeto.” El rey tendría que haber estado agradecido por lo que hizo Elías. Esta era su oportunidad para darse cuenta de lo mucho que Dios se preocupa por él. Si el profeta de Dios todavía lo estaba tratando con bondad y respeto, entonces ¡seguro que Dios lo amaba y le estaba dando una oportunidad para arrepentirse! El rey Acab todavía tenía la oportunidad de transformarse en un buen rey para el pueblo de Israel, y de alejarlos de los ídolos y volverlos a Dios.

Lamentablemente, Acab no se puso a pensar en todo lo que Dios había hecho por él ese día. En cambio, fue directo a su palacio y buscó a su esposa, la malvada reina Jezabel. Le dijo a Jezabel todo lo que sucedió ese día. “Elías mató a todos los 450 profetas de Baal,” le contó. La reina Jezabel se enfureció cuando escuchó esto.

Elías estaba afuera de la ciudad, y un mensajero vino a él y le dijo, “¡La reina Jezabel dice que te quiere matar mañana por lo que les hiciste a los profetas de Baal!” Elías tuvo miedo cuando escuchó esto. Cuando una persona mata a alguien, siempre tiene miedo que alguien lo matará a *él* después. Si no hubiera matado a nadie, no hubiera tenido miedo. Se hubiera quedado, y es muy probable que se hubiera encontrado con la reina Jezabel. Dios hubiera usado a Elías para enfrentar a la reina con sus pecados, y la gente hubiera comprendido con mayor claridad cuán malvada era esta reina. Lamentablemente, esta oportunidad se perdió, porque Elías, en lugar de quedarse, huyó por su vida. No paró para pedirle protección a Dios. Ni siquiera paró para pensar que Dios no le había pedido que huyera. Simplemente huyó. Elías no estaba siguiendo el plan de Dios al huir, pero Dios lo amaba profundamente. Dios entendía lo que sentía Elías, y tuvo paciencia con él.

Mientras Elías viajaba, tuvo pensamientos tristes y desanimados. “¿Por qué el rey Acab todavía está haciéndole caso a Jezabel, después de todo lo que sucedió? ¿Será que el pueblo de Israel alguna vez se vuelva a Dios?” Elías solo podía pensar en lo que parecía haber salido mal. No pensó en cuán maravilloso era que Dios se había manifestado al pueblo en el monte Carmelo. Elías debía haber estado pensando gozosamente, “¡Por fin el rey Acab y el pueblo pudieron ver que Jehová realmente es Dios, y que Baal no es nada!”

Pero no pensaba eso. En cambio, se decía, “¡Todo esto fue un fracaso! ¡El rey Acab todavía le hace caso a esa reina malvada, y el pueblo hará lo que hace Acab!” Elías no estaba pensando correctamente, y no estaba para nada feliz. Necesitaba consuelo, y este consuelo necesitaba venir de Dios. Solo Dios podía ayudarlo a cambiar sus pensamientos. Solo Dios podía ayudarlo a ver que no estaba comprendiendo las cosas correctamente. Pero Elías no fue a Dios. Solo siguió con sus pensamientos tristes y desalentadores.

Finalmente, Elías estaba demasiado cansado para seguir caminando. Había llegado al desierto. Estaba demasiado cansado para siquiera pensar. Se sentó, exhausto, bajo un arbusto. “Déjame morir, Señor,” oró, “No soy mejor que mis antepasados.” Elías se sentía tan solo y hasta sentía que Dios estaba lejos de él. Pero Dios estaba allí mismo. Amaba a Elías profundamente, y le dio lo que necesitaba en primer lugar: sueño. Elías estaba tan cansado que se acostó y quedó dormido. Dios sabía que después que Elías se sintiese descansado, podría escuchar su voz nuevamente.

Después de unas horas, Dios envió a un ángel para que despertara a Elías. El ángel lo tocó suavemente, y le habló en voz baja y en forma agradable. Elías se despertó aterrorizado, pero luego se dio cuenta que no había de qué temer. ¡Lo había despertado un ángel bondadoso! “Levántate y come,” le dijo el ángel con amabilidad. Elías miró y vio que había una vasija de agua fresca, y tortas cocinándose sobre las brasas. Elías comió, luego quedó dormido otra vez. Dios le dejó dormir.

Unas horas más tarde, el ángel volvió a despertarlo con bondad. “Levántate y come,” dijo el ángel, “Tienes un largo viaje por delante.” ¿A dónde llevaría Dios a Elías? Pronto lo sabría. Luego de comer, Elías hizo un largo viaje a donde Dios lo guio. Durante cuarenta días

y cuarenta noches caminó, hasta que llegó a una cueva en Horeb. Dios se había manifestado a todo Israel, pero aquí en Horeb, se mostraría a Elías en forma especial.

Elías había visto al profeta especial de Dios y había hecho grandes cosas, pero justo después se había desanimado y se sintió como un fracaso. Esto es porque había matado a todos esos profetas de Baal, y de repente tuvo miedo y se olvidó que Dios quería protegerlo. Dios tuvo paciencia con Elías. Sabía que Elías todavía tenía muchas cosas que comprender. Dios cuidó de él pacientemente, incluso cuando se desanimó y casi ni oró. Dios hizo todo lo que pudo para que se sintiese mejor. Quería que Elías lo conociera verdaderamente, y lo trajo a Horeb para esto.

Dios también te conoce y te entiende a ti. Comprende tu debilidad, tu tristeza y tu desánimo. Es paciente contigo, incluso si a veces te metes en problemas por tus malas decisiones. Siempre estará allí, tratando de traerte nuevamente a él. Quiere que lo conozcas como él es realmente. ¿Le agradecerás por su paciencia hacia ti? ¿Le pedirás que esté contigo y te muestre cómo es él realmente?

# 19. El silbo apacible

---

**... Pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado. 1 Reyes 19:11-12 (RVR60)**



1 Reyes 19:9-18 | PR Capítulo 13

Toda su vida, Elías había querido ayudar a que los Israelitas volvieran a Dios. Había visto con tristeza cómo la gente elegía sus ídolos en lugar de Dios. Había hablado valientemente con ellos y con el rey Acab de su problema. Luego, después de la larga sequía, Dios lo había usado para mostrarle al pueblo que el verdadero Dios era Jehová, y no Baal.

Había muchas cosas que Elías comprendía correctamente, y por eso Dios pudo usarlo para hablarle al pueblo. Pero todavía había algunas cosas que Elías no comprendía claramente, y necesitaría entenderlas antes de poder completar la obra de acercar al pueblo a Dios. Elías había sido valiente al hablar en contra de los pecados del pueblo, pero había tenido miedo cuando la reina Jezabel amenazó matarlo. ¿Por qué había tenido miedo? No necesitaba tener miedo, pero tuvo miedo porque en el fondo no entendía cómo era el carácter de Dios. Había matado a 450 profetas de Baal porque pensaba que eso era lo que Dios quería. Pero después de eso, tuvo miedo que alguien lo matara a él. Esto le hizo sentir triste y desanimado. Le costaba orar. Estaba confundido y enojado. ¿Por qué se sentía así, cuando había hecho tanto para Dios?

Dios quería quitar esta confusión de la mente de Elías. Lo trajo a la cueva en Horeb para poder revelarse a Elías en forma especial. Dios se encontró con Elías a la entrada de la cueva. Por medio de un ángel, le habló a Elías, diciendo, “¿Qué estás haciendo aquí, Elías? Te envié al arroyo Querit, luego a la viuda de Sarepta, y al monte Carmelo. Te di las fuerzas para guiar al carro del rey Acab a su casa. Pero ¿Quién te envió aquí?”

Elías estaba escondiéndose en el desierto ahora, pero Dios no le había dicho que hiciera esto. ¿Por qué estaba él aquí? Elías trató de justificarse. Sabía que no tendría que haber huido, pero tenía buenas razones para haberlo hecho. Contestó, “Siempre te serví de la mejor manera que pude, Señor, pero el pueblo abandonó tu pacto. Soy el único que queda que te adora, ¡y ahora me quieren matar!”

El ángel le dijo a Elías bondadosamente, “Sal de la cueva y ponte delante de Jehová, y escucha su palabra.” Dios estaba por mostrarle a Elías algo hermoso. ¿Qué ocurriría cuando el Señor pasara?

Mientras Elías todavía estaba dentro de la cueva, hubo un viento fuerte. Era tan fuerte que rompió los montes y quebró las piedras en pedazos. Pero, ¿estaba Dios en ese viento? No. Luego hubo un terremoto, pero Dios tampoco estaba en ese terremoto. Después de eso vino un fuego, pero Dios no estaba en el fuego. ¿Dónde estaba Dios?

Enseguida después de eso, Elías escuchó un silbo apacible, un susurro delicado. Así es cómo Dios es: apacible y amante, hablándonos con bondad. No es violento ni destructivo como un viento fuerte, un terremoto o un fuego. No lastima ni destruye; nos habla palabras de vida.

Ahora que Elías podía ver esto, Dios nuevamente le preguntó con bondad, “¿Qué haces aquí, Elías?” Elías seguía desanimado, y

contestó, “Siempre te he servido, pero los israelitas han roto tus altares y mataron a tus profetas. Soy el único profeta que queda, y me quieren matar.”

Con paciencia, Dios contestó, “Todavía tienes mucho trabajo que hacer. Regresa a Israel. Quiero que unjas a Hazael como rey de Siria, y a Jehú como rey de Israel. También quiero que unjas a Eliseo como profeta en tu lugar.” Luego Dios le dijo, “Hay siete mil personas en Israel que nunca han adorado a Baal.”

Elías escuchó. ¡No estaba solo! No era el único que adoraba a Dios – ¡había siete mil mas! Dios todavía estaba con él, y todavía le estaba dando una obra que hacer por él. Ya no necesitaba huir ni esconderse; podía confiar en la protección de Dios. ¿Por qué había dejado de confiar en Dios? Estaba agradecido por la paciencia y el amor de Dios hacia él.

Mientras Elías hacía el largo viaje de regreso a Israel, tuvo mucho de que pensar. *Dios no está ni en el viento, ni en el terremoto, ni en el fuego. Dios está en el silbo apacible.* Ya que esto era verdad, entonces ¿de dónde vinieron el viento, el terremoto y el fuego? Eran un reflejo de la violencia que estaba dentro del corazón de Elías. El viento, el terremoto y el fuego mostraron cómo era Elías, y no cómo es Dios. Dios no es un Dios de violencia. Sus caminos no lastiman ni destruyen. Él da vida, salud y paz. El matar a los 450 profetas de Baal con la espada no había sido parte de las instrucciones de Dios. Después de matar a estos hombres, era natural que Elías tuviera miedo que alguien vendría a matarlo a él. Elías estaba agradecido por la paciencia de Dios hacia él. Ahora tenía la seguridad que Dios seguiría protegiéndolo, y estaba ansioso de continuar haciendo la obra de Dios.

Dios está en el silbo apacible. Es bondadoso y amoroso. ¿Escuchas su silbo apacible? Pídele que te ayude a escucharlo, que te guíe, y que te dé un carácter apacible como el suyo.

# 20. Dios busca al rey Acab

---

**Porque así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré. Ezequiel 34:11 (RVR60)**

 1 Reyes 20

**E**l rey Acab de Israel era malvado. Sin embargo, Dios todavía usó cada oportunidad para alcanzarlo. ¿Volvería Acab a Dios alguna vez? ¿Le permitiría a Dios que lo guíe junto con el pueblo de Israel?

Un día, el rey de Siria, Ben-Hadad, decidió atacar a Israel. Invitó a treinta y dos otros reyes a unirse con él, y juntos formaron un enorme ejército. Este gran ejército rodeó la ciudad de Samaria, donde vivía el rey Acab. El rey Ben-Hadad le amenazó a Acab: “Tomaré tu oro, tu plata, tus bellas esposas y tus hijos.”

El rey Acab sabía que el ejército sirio era demasiado poderoso para él, así que contestó, “Yo y todo lo que tengo somos tuyos.” Luego Ben-Hadad dijo, “También quiero que me des lo que yo quiera de tu casa y de las casas de tus siervos.” Ahora el rey Acab no estaba contento. Dijo, “No, no te daremos eso.” ¿No es raro que el rey Acab había dicho que “sí” en darle sus esposas e hijos a Ben-Hadad, pero ahora no quería darle las cosas de sus casas? ¡Qué confundido estaba Acab!

Ben-Hadad amenazó: “Si no me das lo que te pedí, ¡te atacaré!” Todos sabían que el ejército sirio era más fuerte que el israelita; ¡Israel no tenía posibilidad de escapar! Pero Israel tenía un Dios que

era más fuerte que los ídolos sirios. ¿Permitiría Acab que Dios le ayude?

Un profeta vino al rey Acab y dijo, “El Señor dice que entregará este gran ejército en tus manos hoy, y sabrás que él es el Señor.” Acab ni siquiera le había pedido ayuda a Dios, pero Dios le estaba dando una oportunidad para confiar en él. El rey Acab no solía buscar la ayuda de Dios, pero ahora aceptó lo que Dios estaba ofreciendo, y preparó su ejército para la batalla.

Mientras tanto, Ben-Hadad y sus hombres esperaban afuera de la ciudad. Estaban tan seguros que ganarían, que comenzaron a beber alcohol descuidadamente, como si estuvieran celebrando. De repente vieron que algunos jóvenes líderes israelitas salían de la ciudad.

Ben-Hadad no tenía miedo de estos pocos hombres israelitas. Les dijo a sus soldados, “¡Agárrenlos y manténganlos vivos!” Pero de repente, todo el ejército israelita apareció justo detrás de estos jóvenes. Los sirios no esperaban que el ejército entero de Israel saliera, y se asustaron. Comenzaron a huir, y los israelitas corrieron detrás de ellos y mataron a muchos. Ben-Hadad se escapó en un caballo.

La batalla había terminado, e Israel había ganado, como Dios había dicho. Pero los problemas con Ben-Hadad no terminarían allí. El profeta le advirtió a Acab, “El rey de Siria volverá a atacar.”

Los sirios estaban enojados que habían perdido la batalla. Le dijeron a Ben-Hadad, “Los dioses de los israelitas son dioses de los montes, y nosotros luchamos en los montes, por eso ganaron. Su Dios no es Dios de los valles; tendríamos que pelear en un valle.” Ben-Hadad estuvo de acuerdo. Reunió nuevamente a su enorme ejército y fue a pelear contra Israel en uno de los valles.

El profeta le dijo a Acab, “Dios entregará a los sirios en tus manos, porque dicen que Dios es solo Dios de los montes, pero no de los valles. Sabrás que él es el Señor.” Cuando comenzó la batalla, los sirios estaban completamente desprotegidos de Dios. Podemos ver esto especialmente porque los sirios decidieron esconderse en una de las ciudades. Pensaban que estarían a salvo allí, pero de repente se cayeron las paredes de la ciudad sobre ellos, y miles de soldados sirios murieron. Ben-Hadad, el rey sirio, se había escondido en uno de los cuartos de la ciudad y sobrevivió. Salió y se acercó humildemente al rey Acab. “Por favor, déjame vivir,” rogó.

El rey Acab tendría que haberle preguntado a Dios qué hacer, pero no lo hizo. En cambio, dijo, “Ben-Hadad es mi hermano. Le devolveré algunas de sus ciudades. Que vuelva a su casa en paz.” Esto parece muy bondadoso, pero ¿era eso lo que él tenía que hacer? No lo estaba haciendo por bondad; lo hacía porque se sentía débil. Dios le había entregado a Ben-Hadad en sus manos, pero ahora Acab le estaba dando más poder. Él tendría que haber vigilado o guardado a Ben-Hadad, y preguntado a Dios qué hacer<sup>8</sup>.

Al permitir que el rey sirio se fuera, y al devolverle ciudades, estaba actuando como si no le importara lo que Dios había hecho por Israel ese día. Estaba haciendo exactamente lo que el rey Saúl había hecho mucho tiempo atrás con Agag rey de los amalecitas<sup>9</sup>.

Ahora el profeta tenía que mostrarle a Acab cuán equivocado estaba. Lo hizo de una manera muy extraña. Primero, el profeta se acercó a un hombre y le dijo, “El Señor dice que debes herirme.” El hombre no quiso hacerlo, así que el profeta le dijo, “Como no has

---

<sup>8</sup> Verás más adelante que el profeta dijo, “Se me dio un hombre para guardar/vigilar”, así como Acab recibió a Ben-Hadad para vigilar.

<sup>9</sup> Ver el Vol. 3, *La conquista y los jueces*, historia 36 “Saúl es rechazado.”

obedecido el mandamiento de Dios, un león te matará.” Es claro que el corazón de este hombre no estaba bien con Dios. ¿Qué otros mandamientos de Dios no había estado escuchando? Hubiera podido decir, “Señor, por favor perdóname. ¡Ayúdame a hacer lo que me pides!” Pero no dijo ni hizo nada, y la advertencia del profeta se hizo realidad. No estuvo protegido cuando vino el león.

Justo después de esto, el profeta encontró a otro hombre, y le dijo, “Hiéreme, por favor.” Este hombre le hizo caso, lo golpeó y lo hirió. ¡Qué extraño que Dios le pediría a alguien que hiera al profeta! ¿Por qué haría eso?

Ahora el profeta, herido, se cubrió los ojos con una venda para que nadie lo reconociera. Esperó al costado del camino para que pasara el rey. Cuando pasó Acab, el profeta le dijo, “Fui a la batalla, y alguien me trajo un hombre. Me dijeron que lo vigilara, y que, si se escapaba, tendría que pagar un talento de plata, o moriría. ¡Y el hombre escapó!” El rey Acab le contestó, “Te has juzgado a ti mismo; eso es lo que se te hará.”

Ahora el profeta se quitó la venda de los ojos, y el rey Acab lo reconoció. El profeta miró a Acab y le dijo, “El Señor dice que, como has dejado ir a Ben-Hadad, tú y tu gente morirán.”

El rey Acab no había querido entender lo que Dios le estaba pidiendo, así que, de esta forma muy extraña, Dios tuvo que ayudarlo a ver claramente lo que había hecho. Acab se dio cuenta, “Oh, he sido herido por Ben-Hadad, así como el profeta está herido. Lo dejé ir cuando tendría que haberlo vigilado.” A Acab no le gustó ver esto. Volvió a su palacio de mal humor y disgustado, porque sabía que había hecho las cosas mal.

Acab pensó, “Estuve de acuerdo en que el profeta debe morir porque dejó escapar al hombre. Pero yo también dejé ir a Ben-Hadad,

así que mi reino recibirá más ataques.” Sabía que, por su culpa, los sirios podrían seguir atacándolo a él y su pueblo. Sin embargo, ni siquiera después de esto quiso pedirle ayuda a Dios.

Todo este tiempo, Dios había intentado con paciencia alcanzar a Acab y los israelitas, ayudándolos y protegiéndolos, pero el rey Acab no quiso verlo. No quería arrepentirse ni pedirle a Dios que lo cambie; solo quería seguir haciendo las cosas a su manera, y se sentía peor que nunca. ¡Qué triste que no aceptó lo que Dios le ofrecía!

¿No es hermoso que tenemos un Dios que nos busca y nos ama antes que siquiera lo aceptemos? ¿No es hermoso que es tan amoroso y paciente y está dispuesto a ayudarnos? ¿Quieres aceptarlo hoy y permitirle ser tu guía?

# 21. El viñedo robado

---

**Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado;  
Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.  
Salmo 51:17 (RVR60)**



1 Reyes 21 | PR Capítulo 16

**E**l rey Acab era el rey más malvado que Israel tuvo alguna vez. Su esposa, Jezabel, era una mujer malvada, e influenció a Acab a ser más impío que antes. Jezabel era la hija de un rey pagano, y adoraba a Baal. Se aseguró que su esposo, el rey Acab, adorara a Baal con ella y dejara de adorar a Dios. Juntos, Acab y Jezabel hicieron que los israelitas adoraran a este ídolo y dejaran a Dios.

Parecía que todo lo que Acab hacía era malvado. Era idólatra, malo y egoísta. Es más, era tan egoísta que no soportaba cuando las cosas no se hacían a su manera. Lo que él quería, él conseguía, sin importar de qué manera lo lograba.

Un día, mientras el rey Acab estaba en su palacio, miró por la ventana y vio un hermoso viñedo que no estaba lejos del predio del palacio. El viñedo pertenecía a un hombre llamado Nabot. “¡Quiero ese viñedo!” pensó el rey Acab, “Puedo hacer una huerta allí. Queda tan cerca de mi palacio, que ¡debe ser mío!”

El rey Acab ofreció comprarle el viñedo a Nabot. “Dime cuánto cuesta, y te pagaré. O puedo darte otro viñedo a cambio, uno mejor,” ofreció Acab. Pero Nabot no quería vender su viñedo. “Lo lamento, rey Acab, pero este viñedo perteneció a mi padre, a mi abuelo y a su

padre. Pertenece a mi familia. No quiero venderlo,” contestó. Nabot tenía razón: el viñedo no debía venderse. Cuando los israelitas entraron a Canaán, Dios le había dado a cada familia un lote de tierra, y les había instruido que mantuvieran esa tierra dentro de la familia. No había razón para que Nabot vendiera su viñedo a nadie, ni siquiera al rey. Acab tendría que haber comprendido esto; él sabía lo que Dios le había dicho al pueblo acerca de la tierra. Pero a Acab no le importaba; lo único que sabía era que *quería ese viñedo*, y *tenía que tenerlo*. Mientras más pensaba en el viñedo que no podía tener, peor se sentía. Terminó tan malhumorado y desanimado que se enfermó y dejó de comer. Lo único que podía hacer era estar en cama, malhumorado.

La reina Jezabel vio a su esposa Acab y se sintió molesta. Según ella, nadie se atrevía a decirle que “no” al rey Acab. Decidió que ella misma resolvería este problema. Se dirigió a donde estaba Acab y le dijo, “Acab, ¿acaso no eres el rey? Ahora, levántate y come. ¡Alégrate! ¡Te daré ese viñedo!”

Luego la reina Jezabel se sentó y escribió cartas en nombre del rey Acab. En estas cartas, ella dio órdenes malvadas a los líderes del pueblo donde vivía Nabot. Escribió, “Debes acusar a Nabot de haber dicho cosas malas en contra de Dios y del rey. Luego llévenlo afuera y apedréenlo.” Los líderes del pueblo sabían que Nabot no había hecho ninguna de estas cosas, y que estaba mal hacerle eso. Tendrían que haberle dicho a Acab, “Esto no está bien. No queremos hacerle esto a un hombre inocente.” Pero lamentablemente, los líderes no trataron de hacer lo correcto; simplemente siguieron las órdenes de Jezabel. Acusaron a Nabot, y luego lo apedrearon.

Ahora Nabot estaba muerto; ya no podía evitar que el rey Acab se llevara el viñedo. La reina Jezabel fue a Acab y le dijo, “¡Levántate ahora, y busca tu viñedo!” A Acab no le importaba qué había hecho Jezabel para conseguir el viñedo. Simplemente se levantó, fue al viñedo de Nabot, y lo hizo suyo.

Esto estuvo mal. Dios amaba a Acab y estaba triste que estaba haciendo tanto mal. A lo largo de la vida de Acab, Dios intentó alcanzarlo para ayudarlo a arrepentirse y cambiar. Mientras el rey Acab todavía estaba en el viñedo de Nabot, Dios envió a Elías para hablar con él. Acab no esperaba que Elías lo visitara, así que se asustó cuando Elías apareció. No le gustó ver a Elías allí; sabía que lo que dijera no iba a ser agradable. “¿Me has encontrado, mi enemigo?” preguntó Acab.

¿Era Elías el enemigo de Acab? No, no lo era. Dios lo estaba enviando para ayudarlo a Acab, no para lastimarlo.<sup>10</sup> Elías le habló claramente al rey, diciendo, “El Señor dice, ‘Has matado y has tomado lo que no es tuyo. Has hecho mal. Ahora yo te haré mal, y quitaré tus descendientes, así como lo hice con los reyes Jeroboam y Baasa. Y en cuanto a Jezabel, los perros la comerán. Y a tus descendientes los comerán los perros y las aves.’” ¿Por qué sucedería esto? ¿Será que Dios realmente iba a hacer que muriera toda la familia de Acab? No, no sería Dios el que haría esto; esto es lo que Satanás les haría. Dios ansiaba proteger a Acab y su familia, y bendecirlos. Pero ellos habían elegido los caminos de Satanás, y habían escogido adorar a Baal. Habían rechazado a Dios. Él respetaría su decisión, se retiraría de ellos y permitiría que las consecuencias naturales del mal sigan su curso autodestructivo.

---

<sup>10</sup> Cientos de años más tarde, Jesús diría en Apocalipsis 3:19: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo”. Esto significa que les muestra sus defectos y les enseña cómo cambiar.

Acab se sintió mal cuando escuchó las palabras de Elías. Sabía que Elías no mentía, y que estas cosas sucederían. Rasgó sus vestiduras, se vistió de cilicio (una tela áspera, generalmente hecha de cabello de cabra), ayunó y anduvo por su palacio en silencio. De esta manera, mostró *algo* de arrepentimiento, pero no un arrepentimiento completo. La Biblia no nos dice si él pidió perdón, ni si devolvió el viñedo a la familia de Nabot. Pero por lo menos actuó con humildad después de escuchar las palabras de Elías. Dios le dijo a Elías, “Acab se ha humillado ante mí. Por eso, no traeré el mal mientras él vive. Sucederá cuando su hijo sea rey.” Dios es tan misericordioso que estaba dispuesto a esperar hasta después de la muerte de Acab antes de retirarse completamente de la familia de Acab. Acab aunque sea se había humillado ante Dios, e incluso *eso* era razón suficiente para que Dios le mostrara algo de misericordia. ¡Si tan solo Acab se hubiera vuelto a Dios completamente! ¡Dios podría haber hecho tanto por él y su familia!

La historia del rey Acab es triste, porque, aunque Dios ansiaba bendecirlo, él eligió una vida sin Dios. A lo largo de la vida de Acab, Dios lo llamó e intentó alcanzarlo. Hasta el final, Dios le mostró a Acab su amor y cuidado por él. Pero Dios respeta nuestras elecciones, y con gran tristeza, respetó la decisión de Acab de continuar viviendo sin él. Dios también respeta tus decisiones. ¿Quieres seguir a Dios, y disfrutar de su guía y bendiciones? Dile de tu decisión. Pídele que te ayude a tomar buenas decisiones, y que te ayude a acercarte más a él hoy.

# 22. El error de Josafat

---

**En su bondad, Dios los llamó a ustedes a que participen de su gloria eterna por medio de Cristo Jesús. Entonces, después de que hayan sufrido un poco de tiempo, él los restaurará, los sostendrá, los fortalecerá y los afirmará sobre un fundamento sólido.**

**1 Pedro 5:10 (NTV)**



1 Reyes 22:1-44; 2 Crónicas 17-19; 20:35-37. | PR Capítulo 15

**M**ientras el malvado rey Acab reinaba en Israel, el reino de Judá tenía un rey que era completamente diferente: el rey Josafat. Josafat era un buen rey; amaba a Dios y quería seguirlo. Su padre Asa había sido un buen rey, y él quería seguir a Dios como lo había hecho su padre. Intentó alejar al pueblo de Judá de la idolatría, y traerlos nuevamente a Dios.

Dios bendijo al rey Josafat. El pueblo lo amaba porque era bondadoso, y le trajeron muchos presentes. Hasta los reyes paganos le trajeron regalos de ovejas, cabras y plata. Con todos estos presentes, Josafat se volvió muy rico. Sin embargo, sus riquezas no hicieron que él dejase de ser fiel a Dios.

“¡Quiero que el pueblo siga a Dios!” decidió Josafat. Hizo todo lo posible para que esto ocurriera: destruyó todos los lugares donde la gente adoraba ídolos. También envió sacerdotes a todo Judá, para que visitaran los pueblos y enseñaran las Escrituras a la gente. El pueblo prestó atención a lo que enseñaban los sacerdotes, y se arrepintió de sus pecados. Se sentía como que la tierra de Judá estaba viva nuevamente; el pueblo había regresado a Dios, y había gozo y

paz en la tierra. Por muchos años disfrutaron de un tiempo de paz. Ninguna de las demás naciones vino a molestarlos. Dios pudo bendecirlos plenamente y protegerlos, porque lo habían elegido.

Pero luego Josafat cometió un error que traería problemas a Judá. Permitió que su hijo, Joram, se casara con Atalía, la hija del rey Acab y la reina Jezabel. Este no era el plan de Dios. ¿Por qué Josafat permitió que su hijo se casara con la hija del rey más malvado de Israel? Porque pensó que esto ayudaría a traer paz entre Israel y Judá. Pero lamentablemente, solo produjo desastres.

Ahora que el rey Acab y el rey Josafat eran cercanos, Acab le pidió a Josafat un favor: “Ayúdame a pelear contra los sirios.” El rey Josafat enseguida dijo que sí. “Somos un pueblo,” contestó. Pero se sentía un poco inseguro de lo que había acordado hacer. “Preguntémosle a Dios si esto es lo que deberíamos hacer,” le sugirió a Acab.

El rey Acab había dejado de consultar a Dios hacía mucho tiempo. Le trajo cuatrocientos falsos profetas, y en cambio los consultó a ellos. Él sabía que los profetas de Dios seguramente dirían, “No luchen contra los sirios; Dios no estará con ustedes.” Pero los falsos profetas dirían exactamente lo que él quería que dijeran. Todos dijeron, “Vayan; Dios entregará sus enemigos en sus manos.”

El rey Acab estaba satisfecho después de escuchar a los falsos profetas, pero el rey Josafat no. “Consultemos a un profeta del Señor,” insistió. Acab dijo, “Bueno, está Micaías, pero lo odio porque nunca dice nada bueno de mí.” “Traigámoslo igual,” insistió Josafat.

Un mensajero fue a buscar a Micaías. El mensajero dijo, “Te conviene decirles a los reyes que tendrán éxito; eso es lo que dijeron los demás profetas.” Micaías contestó seriamente, “Solo hablaré lo que Dios quiere que yo diga.”

Ahora Micaías se presentó a los dos reyes. Cada rey estaba sentado en un trono, vestido de lujosas ropas reales. Micaías miró a Acab y dijo lo que sabía que Acab deseaba escuchar: “Ve; el Señor entregará tus enemigos en tus manos.” El rey Acab *sabía* que Micaías no estaba diciendo la verdad; lo demostraba en la manera en que hablaba. “¡Dime la verdad!” demandó el rey Acab. Ahora que ambos reyes estaban listos para escuchar la verdad, Micaías habló. Y así como Acab temía, Micaías no tuvo nada agradable para decir. “Vi a Israel disperso en los montes, como ovejas sin un pastor,” dijo Micaías, “y el Señor dijo, ‘no tienen señor; que regresen a sus hogares en paz.’”

Esto no parecía bueno para nada. Micaías les estaba diciendo que la batalla contra Siria no terminaría bien. Dios les estaba advirtiéndoles que no lucharan. Pero Acab quería luchar de todas maneras. ¿Acaso no había vencido a los sirios anteriormente? Micaías siguió hablando: “Los demás profetas están mintiendo cuando dicen que les irá bien en la batalla.” Esto enojó al rey Acab. Les ordenó a sus soldados que pusieran a Micaías en prisión.

Josafat vio y escuchó todo, pero igual sintió que no le podía decir que no a Acab. “Ya le prometí que le ayudaría,” pensó Josafat. Él y su ejército terminaron uniéndose al ejército de Acab, aunque Dios les había advertido no hacerlo.

Así como había dicho Micaías, a Israel no le fue bien en la batalla. El rey Acab terminó gravemente herido, y murió esa tarde. Por misericordia, Dios protegió a Josafat, y no lo lastimaron. Esa tarde todos regresaron en silencio a sus casas, como lo había dicho Micaías.

Cuando Josafat regresó a Jerusalén, el profeta Jehú vino a él con palabras del Señor: “¿Porqué ayudaste al impío?” Josafat prestó atención y aceptó este mensaje. Jehú siguió diciendo, “Todavía hay buenas cosas en ti, porque has tratado de deshacerte de la idolatría y seguir a Dios.” Todavía había esperanza para Josafat; ¡no todo estaba perdido!

El rey Josafat aprendió de esta triste experiencia. Después de esto, intentó hacer las cosas mejor. Reinó con justicia. Eligió sacerdotes y levitas buenos y honestos, y los colocó como jueces sobre el pueblo. También fortaleció sus ciudades. A pesar de su error, se lo recuerda como un buen rey. Mientras tanto, Acab no aprendió nada. Gravemente herido después de la batalla, no quiso arrepentirse. Murió al poco tiempo, y se lo recuerda como el peor rey que Israel llegó a tener alguna vez.

Josafat cometió un último error más adelante. Se hizo amigo de Ocozías, el malvado hijo de Acab, el nuevo rey de Israel. Juntos, acordaron en construir barcos y enviarlos a Tarsis. Querían hacer negocio con esos barcos. Pero un profeta vino y le advirtió a Josafat: “Los barcos serán destruidos.” Dios permitió que una tormenta viniera y destrozara los barcos, y esto hizo que Josafat no hiciera más negocios con un rey tan malvado.

Dios es amoroso y paciente. Cuando nos equivocamos, como lo hizo Josafat, él está listo para perdonar, ayudar y restaurarnos. Si nos arrepentimos, todavía puede obrar en nuestras vidas, como lo hizo con Josafat. Pídele a Dios que te ayude a ver tus errores y que te dé arrepentimiento. Pídele que te restaure y que siga obrando en tu vida, para ayudarte a que estés cerca de él siempre.

# 23. El ejército que cantó

---

**Jehová os dice así: No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios. No habrá para qué peleéis vosotros en este caso; paraos, estad quietos, y ved la salvación de Jehová con vosotros... porque Jehová estará con vosotros. 2 Crónicas 20:15, 17 (RVR60)**



2 Crónicas 20:1-34 | PR Capítulo 15

**E**l rey Josafat era un buen rey. Un día recibió noticias terribles: “¡Los moabitas y amonitas han formado un gran ejército, y vienen a atacar a Judá!”

El rey Josafat había pasado varios años fortaleciendo su ejército y sus ciudades. Pero en este momento, no pensó en cuán fuerte eran sus ciudades ni su ejército. Pensó en cuán fuerte era su Dios. Después de su triste experiencia con el rey Acab, aprendió que tenía que pedirle a Dios ayuda antes de hacer cualquier cosa. Anunció al pueblo: “Vamos a ayunar y orar, pidiendo la protección de Dios.”

Todo el pueblo, inclusive los ancianos, las mujeres y los niños, se reunieron en el atrio del templo. Escucharon en silencio mientras el rey Josafat oraba y le pedía a Dios que los ayudara. “Nuestros ojos están sobre ti,” oró el rey Josafat. Luego el pueblo oró, “¡Confunde a nuestros enemigos, para que seas glorificado!” Mientras el pueblo seguía reunido, Dios le dio un mensaje a un levita llamado Jahaziel: “El Señor dice, no teman. Esta batalla no es suya, sino del Señor. Mañana descenderán contra ellos, pero no necesitarán luchar.

Párense y estén quietos, y vean la salvación del Señor. Él está con ustedes.”

¡Qué palabras de consuelo eran estas! El rey Josafat y el pueblo se inclinaron y adoraron. Alabaron a Dios con la ayuda de los músicos del templo. Cantar parecía ser lo mejor que podían hacer en ese momento.

Temprano a la mañana siguiente, el pueblo se reunió y fue a encontrarse con el enemigo. Josafat los animó, “¡Crean en el Señor!” Luego eligió cantantes para que cantaran alabanzas a Dios por su promesa de victoria. El grupo entero marchó, cantando alabanzas. “¡Alabado sea Dios, porque su misericordia es para siempre!” cantaron. ¡Qué manera extraña de pelear una batalla! Solo cantaron; no usaron espadas, lanzas ni flechas. Y así es *exactamente* como Dios quería que ellos pelearan la batalla. Así es como Dios siempre había querido que su pueblo “peleara”: confiando en él y adorándolo, y no yendo a matar gente.

Cuando Josafat y su pueblo llegaron a donde estaba el ejército enemigo, descubrieron algo impactante: ¡todos los soldados enemigos ya estaban muertos! No había siquiera un soldado vivo para atacarlos. ¿Qué había pasado?

Sin darse cuenta, el ejército enemigo se había destruido a sí mismo. Primero, los soldados amonitas y moabitas habían matado a otro grupo de gente, los que vivían sobre el monte de Seir. Luego se habían confundido y se mataron entre ellos. Ni un soldado sobrevivió.

El pueblo de Judá estaba sorprendido. ¡Dios había peleado esta batalla por ellos! Solo tuvieron que confiar en él, ¡y él lo hizo todo! Con gozo, comenzaron a juntar todas las posesiones valiosas de los

soldados muertos: alimentos, utensilios, ropas y armas. Había tantas cosas útiles para juntar, que ¡tardaron tres días en juntarlas todas!

Con mucho gozo y agradecimiento, regresaron a Jerusalén y se reunieron para cantar y alabar a Dios. ¡Qué Dios maravilloso que tenían! Las naciones alrededor escucharon lo que ocurrió, y temieron al Dios de Judá. Durante el resto de su reinado, el rey Josafat disfrutó de la paz; ninguna otra nación volvió a atacar su reino.

Dios ofrece pelear nuestras batallas por nosotros. Solo quiere que confiemos en él y le permitamos obrar. Hubiera deseado ayudar a los israelitas y al pueblo de Judá de esta manera desde el principio, si tan solo se lo hubieran permitido. Él quiere ayudarte a pelear tus batallas, también. ¿Le permitirás hacerlo? ¿Confiarás en él?

# 24. El rey Ocozías elige a un ídolo

---

**Por tanto, amados míos, huid de la idolatría. 1 Corintios 10:14 (RVR60)**



1 Reyes 22:45-53; 2 Reyes 1 | PR Capítulo 16

**D**espués que murió Acab, su hijo Ocozías fue rey. Ocozías era malvado al igual que su padre. Adoraba a Baal y no le prestaba atención a Dios. Dios no podía protegerlo ni ayudarlo. Durante su reinado, los moabitas constantemente molestaban a Israel, y Ocozías no tenía paz. Un día estaba en su habitación, en un piso de arriba, y tuvo un accidente: se cayó por una ventana y quedó muy herido. Llamó a unos sirvientes y les dijo, “Vayan a la tierra de Ecrón y pregúntenle a su dios Belcebú si voy a mejorar.” ¿Por qué el rey de Israel estaría consultando al ídolo de otra nación? ¿Acaso Israel no tenía a Jehová, el Dios verdadero?

Los sirvientes del rey Ocozías comenzaron su viaje a Ecrón. En el camino, un profeta de Dios se encontró con ellos. Les dijo, “Regresen al rey, y díganle: ¿Le consultas a Belcebú porque no hay Dios en Israel? Ahora, este es el mensaje del Señor: No te levantarás de tu cama; morirás.”

Los siervos estaban sorprendidos. No sabían quién era este hombre, pero regresaron al rey con el mensaje. El rey Ocozías preguntó, “¿Cómo era el aspecto del profeta?” Contestaron, “Tenía ropa hecha de pelo de animal, y un cinturón de cuero en su cintura.” Ahora el rey Ocozías sabía quién era este profeta: ¡era Elías! El rey

Ocozías también sabía que si Elías lo había dicho, se haría realidad. Tendría que haber estado agradecido que Dios había enviado a Elías con este terrible mensaje, porque si Dios lo estaba haciendo, significaba que todavía había esperanzas de que el rey se arrepintiera y cambiara. Pero ¿se arrepentiría? No, Ocozías no quiso admitir su culpa. En cambio, se enojó con Elías y envió una compañía de cincuenta soldados para que lo arrestaran.

Elías se sentó en la cima de un monte y vio cómo venían los soldados por él. El capitán le dijo a Elías desde abajo, “Hombre de Dios, el rey quiere que bajes.” Elías tenía miedo de ir con esos soldados, así que contestó, “Si soy un hombre de Dios, que caiga fuego del cielo y te consuma a ti y a tus cincuenta soldados!” Para el horror de todos, inmediatamente cayó fuego y quemó a todos los soldados.

El rey Ocozías envió a otra compañía de cincuenta soldados, y nuevamente Elías dijo, “Si soy un hombre de Dios, ¡que caiga fuego sobre ustedes!” Y nuevamente, cayó el fuego.

Todos los que miraban estaban seguros que Dios estaba enviando el fuego, porque Elías lo había pedido. Es más, muchos años más tarde<sup>11</sup>, cuando Jesús estuvo en la tierra, sus discípulos Santiago y Juan recordaron esta historia y la usaron como evidencia de que estaba bien desear que cayera fuego del cielo para quemar a los que se lo merecían. Pero ¿qué les dijo Jesús? Dijo, “Ustedes no saben de qué espíritu es esto.” Les hizo saber a sus discípulos que estaba mal pedir que cayera fuego sobre la gente y las quemara. Y recordemos que Dios ya le había mostrado a Elías que él no estaba en el fuego. Dios *no* había sido el que envió el fuego del cielo. ¿Por qué no?

---

<sup>11</sup> Ver el Vol. 1, *La vida de Jesús*, historia número 48, “Amando a los samaritanos”.

Primero, porque esto no es lo que Dios hace. Además, las palabras de Elías mostraron que tenía miedo y estaba dudando. Había dicho “*Si* soy un hombre de Dios”. ¿Por qué había dicho “*si*”? ¿Acaso Elías no estaba seguro de que era profeta de Dios? Cuando Satanás tentó a Jesús en el desierto<sup>12</sup>, le dijo a Jesús, “*Si* eres el hijo de Dios”; quería que Jesús dudara si era el Hijo de Dios. Ahora Elías estaba tentado a dudar si era un hombre de Dios. Si hubiera estado seguro, nunca hubiera dicho “*si*”. Lo único que necesitaba hacer era confiar en la protección de Dios, no decir “*si*”, ¡y no pedir que cayera fuego sobre los soldados! Satanás usó las palabras de Elías como una invitación para enviar el fuego, y como el ejército israelita no estaba protegido por Dios, pudo enviar este fuego.

Ahora el rey Ocozías envió a una tercera compañía de cincuenta soldados. El capitán de esta compañía sabía lo que ocurriría con él y sus hombres. Él y sus hombres vinieron a Elías humildemente. El capitán se inclinó frente a Elías y rogó, “O hombre de Dios, ¡que mi vida y las de estos cincuenta hombres sean de valor delante de tus ojos!” Le estaba tratando de decir a Elías, “*Sé* que eres un hombre de Dios. No estoy diciendo ‘*si*’. También ¡sé que puedes salvar nuestras vidas!” La fe y la humildad de este capitán salvó su vida y las vidas de sus hombres; Dios los protegió.

Antes que Elías pudiera decir algo, el ángel del Señor le instruyó, “Ve con estos hombres. ¡No tengas miedo!” Oh, si tan solo Elías no hubiera tenido miedo y hubiera esperado las instrucciones del ángel, ¡los otros cien soldados no hubieran muerto! Esta vez, Elías fue con el capitán para ver al rey Ocozías. Con valentía, Elías le dio al rey un mensaje de parte de Dios: “El Señor dice que has enviado a

---

<sup>12</sup> Ver el Vol. 1, *La vida de Jesús*, historia número 10, “Tentado en el desierto”.

mensajeros para consultar a Belcebú, el dios de Ecrón. ¿Acaso no hay un Dios en Israel a quien puedes consultar? Porque hiciste esto, no te recuperarás; morirás.” ¿Causaría Dios la muerte de Ocozías porque le estaba pidiendo consejos a un ídolo? No; Dios le estaba diciendo lo que iba a ocurrir si continuaba eligiendo a los ídolos en lugar de elegir al Dios de la vida. Ocozías se había ido del cerco protector de Dios, y se había colocado bajo las manos destructoras de Satanás. Dios estaba tratando de ayudarlo al darle la oportunidad de arrepentirse.

El rey Ocozías había visto las obras de Dios durante el reinado de su padre, pero no le importó. Conocía la historia de todo lo que Dios había hecho por Israel, pero no quiso prestarle atención. Al enviar a sus siervos a consultar a Belcebú, les decía a las naciones que lo rodeaban, “Confío más en el dios de Ecrón que en el Dios de Israel.” Había elegido a un ídolo en lugar de Jehová. Lamentablemente, murió sin jamás arrepentirse ni volverse a Dios. Como no tuvo hijos, su hermano Joram llegó a ser rey en su lugar.

A lo largo de la vida del rey Ocozías, Dios intentó alcanzarlo, pero al final Ocozías tomó su propia mala decisión, y Dios la respetó. Tú puedes tomar tu propia decisión, también. ¿Quieres vivir una vida con Dios? Díselo, y pídele que te guíe.

# 25. Elías y Eliseo

---

**Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Colosenses 3:12 (RVR60)**



1 Reyes 19:19-21; 2 Reyes 2:1-18 | PR Capítulo 17

**E**lías había sido un profeta poderoso para el Señor. Dios lo había podido usar para quebrantar la idolatría en Israel. Además, Elías se había acercado tanto a Dios que finalmente comprendió que el carácter de Dios es apacible y misericordioso, no violento ni cruel. Dios pronto lo llevaría al cielo con él, y Elías nunca moriría. Pero antes que él pudiera ser llevado al cielo, Dios quería preparar a otro hombre para que fuese su profeta en su lugar.

“Ve y unge a Eliseo para que tome tu lugar,” instruyó Dios. Eliseo venía de una familia que adoraba a Dios. Su padre nunca había adorado a Baal. Cuando Dios había dicho, “Todavía hay siete mil que no han adorado a Baal,” debe haber pensado en el padre de Eliseo.

Cuando Elías llegó a la casa de Eliseo, lo encontró arando los campos de su padre. Elías pasó por delante de Eliseo y echó su manto sobre los hombros de él. Luego siguió caminando. Eliseo comprendió: “¡Me está haciendo saber que seré profeta en su lugar!” Al instante, Eliseo corrió hacia Elías. “Por favor – ¡déjame despedirme de mis padres con un beso, y te seguiré!” Eliseo clamó.

Elías miró al joven Eliseo y le contestó con bondad, “Ve; vuelve. ¿Qué te he hecho?” ¿Lo seguiría Eliseo? ¿Estaría dispuesto a dejar su hogar cómodo y sus padres?

Sí, Eliseo estaba más que dispuesto. Para mostrar lo empecinado que estaba en dejar atrás su vida cómoda, tomó un par de bueyes y los mató. Utilizó el arado de los bueyes para hacer un fuego. Luego hirvió a los bueyes y preparó una comida para los que estaban con él. Una vez hecho esto, comenzó a seguir a Elías por todos lados, e hizo lo que Elías le pidiese.

Eliseo estaba feliz de aprender todo lo que Elías le enseñaba. No quiso dejarlo. El tiempo pasó, y el día en que Elías sería llevado al cielo, ambos fueron a visitar las escuelas de los profetas. Estas eran escuelas que el profeta Samuel había comenzado, pero se habían cerrado después que los israelitas comenzaron a adorar ídolos. Elías había trabajado mucho para volver a abrir estas escuelas y ayudarlas a crecer. Eran lugares donde los muchachos podían aprender la Palabra y los caminos de Dios. A estos jóvenes se los llamaba “los hijos de los profetas”, y ayudaron a animar a los israelitas a abandonar sus ídolos y seguir a Dios.

Elías y Eliseo visitaron las escuelas ese día. En cada escuela, Elías le había dicho a Eliseo, “Quédate aquí. El Señor quiere que yo siga.” Pero Eliseo había contestado, “No, ¡no te dejaré!” En cada escuela, los jóvenes le dijeron a Eliseo, “¿Sabías que Jehová te quitará a tu señor hoy?” “Sí, pero no hablen de eso,” contestó Eliseo. Él no quería que Elías se fuera, y estaba empecinado en estar con él hasta el último minuto.

Ahora habían dejado la última escuela y llegaron al Río Jordán. Cincuenta jóvenes observaron mientras Elías y Eliseo se paraban al borde del Jordán, listos para cruzarlo. Pero ¿cómo cruzarían este

profundo río? En silencio, Elías tomó su manto, lo enrolló y golpeó las aguas con él. Las aguas se abrieron, y los dos cruzaron el río sobre tierra seca.

Después de cruzar el río, Elías le dijo a Eliseo, “Antes que sea quitado de ti, pide lo que quieras que haga por ti.” Eliseo sabía exactamente qué pedir: “Por favor, que una doble porción de tu espíritu esté sobre mí.” ¿Qué estaba pidiendo Eliseo? Estaba pidiendo que el Espíritu de Dios lo guiara, así como lo había guiado a Elías. Y quería una doble porción porque sentía que realmente necesitaba la ayuda de Dios; no podía hacerlo solo. Era muy bueno que pidiese eso.

“Has pedido algo difícil,” contestó Elías, “Pero lo recibirás si me ves cuando fuere quitado de ti.” Los dos siguieron caminando y conversando, y de repente un carro de fuego con caballos de fuego apareció y rápidamente se llevó a Elías al cielo. Elías nunca murió; es como aquellos que estarán vivos cuando venga Jesús, y que nunca morirán.

Eliseo vio todo, y clamó, “¡Mi padre! ¡Mi padre! ¡Carro de Israel y su gente de a caballo!” Estaba triste que Elías ya no estaría con él; estaba agradecido por toda la guía que había recibido de él. Eliseo se rasgó la ropa en dos para expresar su tristeza. Luego levantó del suelo algo muy especial: el manto de Elías. Este manto se había caído cuando el carro celestial lo había levantado. El manto le recordó a Eliseo que había sido elegido para ser profeta de Dios en lugar de Elías.

Eliseo regresó hacia el Jordán. Cuando llegó a la orilla, hizo lo que había hecho Elías antes: golpeó el agua con el manto de Elías, y las aguas se partieron para que pudiera cruzar sobre tierra seca. Los hijos de los profetas lo vieron, y se dieron cuenta que Eliseo era

realmente el profeta elegido de Dios. Era en verdad el hombre que estaría en lugar de Elías. Vinieron a Eliseo y se inclinaron ante él, mostrándole que lo respetaban y lo aceptaban como profeta de Dios.

Eliseo sabía que Elías había sido llevado al cielo, pero algunos de los jóvenes no estaban tan seguros. “Podría estar en alguna montaña, o en un valle,” dijeron, “Enviemos a cincuenta jóvenes para buscarlo.” Eliseo les dijo que no hicieran eso, pero ellos insistieron, así que finalmente Eliseo dijo, “Envíenlos.” Por supuesto, estos cincuenta jóvenes buscaron y buscaron durante tres días, pero no encontraron nada. Ahora quedaron convencidos que Elías no volvería; él ahora estaba en el cielo.

Eliseo había sido elegido para realizar una de las tareas más grandes que se podía dar a un hombre: ser profeta de Dios. Aunque había sido elegido para esto, siempre permaneció humilde. No se creía importante, y sabía que necesitaba la guía y la sabiduría de Dios. Esta humildad, y esta confianza en Dios, lo hizo útil para la obra de Dios. Algún día verás que Dios también te ha elegido para una tarea especial. Pídele que te ayude a ser humilde y que estés dispuesto a aprender, así como Eliseo, para que puedas ser útil para la obra de Dios.

# 26. Cuando el valle se volvió rojo

---

**Mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna. Juan 4:14 (RVR60)**



2 Reyes 3:1-25

**E**l rey Acab estaba muerto. Su hijo Ocozías, que fue rey después de él, también estaba muerto. Ocozías no tuvo hijos, así que su hermano Joram fue rey después de él. Joram era malvado, pero no tan malvado como lo fue su padre Acab. Aunque no siguió a Dios realmente, por lo menos se deshizo de la imagen de Baal que sus padres habían hecho.

Un día, el rey Joram se sintió molesto. Se dio cuenta que el rey de Moab no estaba pagando todos los impuestos que pagaba mientras Acab seguía vivo. El rey de Moab tenía miles y miles de ovejas, y a menudo le había pagado al rey Acab con ovejas y lana. Pero ahora que Acab estaba muerto, el rey de Moab no quería entregarle más ovejas ni lana al nuevo rey de Israel.

“Quiero atacar a Moab,” decidió Joram. Contó sus hombres e invitó al rey Josafat de Judá que se le uniera en batalla. “Sí, por supuesto,” Josafat accedió. El rey de Edom también se les unió, y por siete días su enorme ejército cruzó el desierto. Pronto se quedaron sin agua, y no podían encontrar más. Los hombres necesitaban agua, y los animales también. ¿Qué podrían hacer ahora?

El rey Josafat, que estaba más cerca de Dios que los otros dos reyes, sugirió, “¿No hay un profeta del Señor, a quien podemos consultarle qué hacer?” “Eliseo está cerca,” alguien sugirió.

El rey Josafat y el rey Joram ambos fueron a ver a Eliseo. Eliseo miró a Joram y dijo seriamente, “Ve a los profetas de Baal que tu madre y tu padre tenían.” Pero Joram no quiso hacerlo. Él no adoraba a Dios, pero todavía quería escuchar lo que su profeta tendría para decir. Eliseo contestó, “La única razón por la que te contestaré es porque el rey Josafat está aquí.” Dios podría bendecir a Joram porque estaba con Josafat, un hombre que amaba a Dios.

Eliseo luego pidió, “Tráiganme un músico!” Mientras el músico tocaba el arpa, Dios le dio un mensaje a Eliseo para los dos reyes. Eliseo les dijo: “Llenen este valle de estanques. Entonces, aunque no haya viento ni lluvia, este valle estará lleno de agua. Será suficiente para ustedes, sus hombres y sus animales. Y Dios entregará a los moabitas en sus manos.”

Luego Eliseo les dijo, “Destruirán cada ciudad fortificada, cortarán cada árbol bueno, tapanán todas fuentes de agua, y llenarán de piedras todo terreno fértil.” Esto era algo que los reyes a menudo hacían cuando conquistaban una tierra. No era algo que Dios quisiera. Eliseo les estaba diciendo lo que *ellos* harían, no lo que *Dios* quería que ellos hicieran. Dios les había indicado, mucho tiempo antes, que nunca destruyeran los árboles frutales ni los campos de una ciudad que conquistaran.<sup>13</sup> *Ellos* eran los que querían destruir muros, pozos, árboles y tierra fértil, pero prefirieron pensar que, si

---

<sup>13</sup> Deuteronomio 20:19-20 “Cuando sites a alguna ciudad, peleando contra ella muchos días para tomarla, no destruirás sus árboles metiendo hacha en ellos, porque de ellos podrás comer; y no los talarás, porque el árbol del campo no es hombre para venir contra ti en el sitio. Mas el árbol que sepas que no lleva fruto, podrás destruirlo y talarlo, para construir baluarte contra la ciudad que te hace la guerra, hasta sojuzgarla.”

Elías lo había dicho, entonces Dios les estaba ordenando destruir estas cosas. Tendrían que haberse sentido horrorizados con la idea de destruir tierra fértil y buenos árboles, pero esto no les molestó.

Los israelitas siguieron las instrucciones de Dios de hacer estanques en todo el valle. Y así como Dios dijo, esa mañana el valle en seguida se llenó de agua. Dios honró la fe de ellos y les dio abundante agua - ¡más que suficiente!

Luego llegó el ejército moabita. Vieron el valle y se sorprendieron grandemente: ¡el valle estaba lleno de un líquido rojo! “¡Esto es sangre!” se dijeron entre ellos, “¡Están todos muertos! “Vayamos a tomar sus cosas!” Lo que vieron los moabitas no era sangre; era solo agua. El agua se parecía a sangre roja por la manera en que la luz del sol la iluminaba. Estaban seguros que todos los israelitas estaban muertos, y que esta era su sangre.

Los moabitas tendrían que haberse vuelto a sus hogares en seguida. Deberían haber entendido que el agua roja era una advertencia de que algo malo estaba por suceder. Podrían haberle pedido a Dios que los ayude y les dé sabiduría para saber qué hacer. Se horrorizaron cuando descubrieron que todos los soldados de Israel, Judá y Edom estaban vivos y fuertes. Estos soldados persiguieron a los moabitas y los mataron. También destruyeron sus ciudades y tierras, así como Eliseo había predicho.

Israel, Judá y Edom ganaron esta batalla, y Moab quedó débil después de eso. ¡Qué triste habrá sido para Dios el ver que todo esto sucedía! El rey de Moab era un hombre malvado, y su rechazo de Dios hizo que fuese imposible que Dios lo protegiera junto con su pueblo. En cuanto a Israel y Edom, ellos fueron bendecidos porque se habían unido al rey Josafat de Judá, un rey que deseaba adorar a

Dios y escuchar su voz. Dios hizo lo imposible por ellos; pensaban que se morirían de sed, pero les dio lo que necesitaban: agua.

¿Qué representa el agua en la Biblia? Representa al Espíritu de Dios. Al darles agua, les estaba diciendo que les estaba ofreciendo su Espíritu. Su Espíritu es vida – sin el Espíritu de Dios, no podemos tener vida, y Dios quería que ellos tuvieran vida. ¡Qué triste que después de esto, los reyes de Edom e Israel aún no abrieron sus corazones a Dios! ¡Imagina cuánto más Dios podría haber bendecido sus naciones!

Dios anhela darte su Espíritu también a ti. Este mundo es tan malvado que es como un valle seco, y Dios quiere que tengas el “agua” que necesitas para vivir; quiere que tengas su Espíritu. ¿Lo aceptas?

# 27. Dos reyes llamados Joram

---

**El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente. Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré. Él te librá de la mano del cazador, de la peste destructora. Salmo 91:1-3 (RVR60)**



2 Crónicas 21-22; 2 Reyes 8:16-29; 9 | PR Capítulo 16

**E**l rey Ocozías, hijo de Acab, estaba muerto. Como no tuvo hijo, su hermano Joram fue rey en su lugar. Mientras Joram era rey de Israel, Josafat rey de Judá murió. En su lugar, el hijo de Josafat, que también se llamaba Joram, fue hecho rey. ¡Ahora tanto Israel como Judá tenían reyes llamados Joram! Joram de Judá, el hijo de Josafat, se había casado con Atalía, la hermana del rey Joram de Israel. Esto significó que el rey Joram de Israel era el cuñado del rey Joram de Judá.

Ambos reyes se llevaban muy bien, pero lamentablemente, los dos eran malvados. Joram de Israel no era tan impío como lo había sido su padre Acab, pero igual era malvado. Joram de Judá era aun peor; su padre Josafat había sido un buen rey, pero él decidió ser cruel y malvado. Primero, mató a todos sus hermanos para asegurarse que ninguno le quitara el trono. Luego hizo que el pueblo de Judá volviera a la idolatría.

Como Joram era tan malvado, el profeta Elías le envió una carta<sup>14</sup>. Decía, “El Señor dice que, como no has seguido los caminos de tu padre Josafat y de Asa, sino que has hecho mal como los reyes de Israel, te vendrá una plaga. Tú, tus esposas y tus hijos estarán muy enfermos.” ¿Estaba Dios mismo enviando una plaga sobre Joram y su familia? No, no era Dios el que hacía esto; Dios le estaba haciendo saber a Joram lo que sucedería una vez que se salía de la protección de Dios.

Joram de Judá no se arrepintió después de leer esta carta, y quedó completamente desprotegido. Los filisteos y árabes invadieron su territorio. Se llevaron todas las cosas valiosas de su palacio. Mataron a todas sus esposas e hijos, menos su esposa Atalía, su hijo menor Ocozías, y su hija Josaba, que estaba casada con el sumo sacerdote. Después de esto, Joram de Judá se enfermó gravemente, como Dios le había predicho, y murió. Su hijo menor, Ocozías, fue rey en su lugar.

Ocozías fue un rey malvado, y solo duró un año en el trono. Constantemente siguió los malos consejos de su madre Atalía. Su tío Joram de Israel y su abuela Jezabel todavía vivían, y él los visitaba a menudo y escuchaba los malos consejos que ellos le daban.

Ahora tanto Israel como Judá tenían reyes malvados. Pero en el reino de Israel hubo tanta maldad, durante tanto tiempo, que ya hubo que escoger a una nueva familia para que reinara sobre Israel. Dios eligió a un hombre llamado Jehú, el capitán del ejército de Israel,

---

<sup>14</sup> ¿No era que Elías ya había sido llevado al cielo? Aunque las historias están escritas en este orden en la Biblia, hay evidencias de que Elías seguramente fue llevado al cielo *después* que fue testigo del ministerio de bondad de Eliseo. Así que, sí, cuando esta historia sucedió, él todavía no había sido llevado al cielo. Por medio del ministerio de Eliseo, Elías pudo aprender lo que no había comprendido antes acerca del carácter apacible y no violento de Dios. Para cuando Elías fue al cielo, él ya comprendía plenamente el carácter misericordioso de Dios, y estaba listo para ser trasladado al cielo.

para que fuese el nuevo rey. Jehú hizo lo que entendió que tenía que hacer: entró al palacio del rey para matar a toda la familia real. El rey Joram de Israel estaba en su palacio, sanando de heridas de batalla. Su sobrino Ocozías, rey de Judá, lo estaba visitando. Jehú entró y mató a los dos reyes y a la familia real dentro del palacio. También mató a los sirvientes y a los sacerdotes paganos que estaban con ellos. ¡Qué triste que los israelitas habían elegido, desde el principio, matar en lugar de permitir que Dios les resolviera los problemas! Pero estos reyes habían rechazado la protección de Dios, por eso Jehú los pudo matar tan fácilmente.

Luego la historia se puso aun más triste. La reina de Judá, Atalía, recibió la noticia de que su hijo, el rey de Judá, y toda su familia en Israel, estaban muertos. Cuando escuchó esto, hizo algo impensable: mató a todos los hijos del rey (¡sus propios nietos!) y a cualquiera que estuviese emparentado con el rey. ¿Por qué hizo esto? Quiso asegurarse que podría seguir siendo reina ahora que su hijo estaba muerto. Con todos los parientes muertos, ella estaba segura que nadie le quitaría el trono. Pero no sabía que uno de sus nietos seguía vivo: la esposa del sumo sacerdote había tomado al pequeño Joás y lo había escondido en el templo, para mantenerlo a salvo de la reina Atalía.

De a poquito, las advertencias que Dios le había dado al rey Acab se fueron haciendo realidad. Ahora casi toda la familia de Acab estaba muerta. ¡Qué diferente hubiera sido si estos reyes hubieran elegido adorar a Dios! ¡Cuánto deseaba Dios proteger a esta familia de la plaga y la muerte que vinieron! Pero ellos habían decidido rechazar a Dios y su protección, y Dios tuvo que respetar su decisión.

Dios nos invita a cada uno a morar “bajo la sombra del Omnipotente”; de tenerlo como nuestro refugio y fortaleza. No seas

como los reyes de Israel y Judá; no rechaces su cuidado y protección.  
¿Entrarás al abrigo del Altísimo, y bajo la sombra del Omnipotente, y  
confiarás en su cuidado y amor hoy?

# 28. El joven rey Joás

---

**Donde no hay dirección sabia, caerá el pueblo;  
Mas en la multitud de consejeros hay seguridad.  
Proverbios 11:14 (RVR60)**



2 Crónicas 23, 24; 2 Reyes 11-12 | PR Capítulo 16

**L**a malvada reina Atalía quería tener todo el poder en Judá. Cuando su hijo, el rey, murió, ella mató a todos sus nietos, y a todos los parientes del rey – a cualquiera que podría quitarle el trono. Pero no se dio cuenta que uno de sus nietos todavía vivía. El pequeño Joás sobrevivió porque su tía, la esposa del sumo sacerdote, lo tomó y lo escondió en uno de los cuartos del templo. El nombre de esta buena mujer era Josaba<sup>15</sup>, y su esposo, el sumo sacerdote, se llamaba Joiada.

En los cuartos secretos del templo, ella y su esposo criaron al niño. Le enseñaron acerca de Dios, y le dijeron que un día sería rey y traería al pueblo de Judá nuevamente a Dios. Mientras tanto, la malvada reina Atalía seguía reinando en Judá.

Durante seis años, el pequeño Joás se mantuvo escondido. Cuando cumplió siete años, fue tiempo de coronarlo rey. El sumo sacerdote Joiada hizo planes con los levitas y todos los líderes de Judá, y en secreto planificaron la ceremonia de coronación. Se aseguraron que habría soldados afuera del templo para proteger al pequeño Joás y a todos los hombres que estaban con él. Luego se

---

<sup>15</sup> Josaba era la hija del rey Joram, seguramente de otra esposa (no de Atalía). También era hermana del rey Ocozías.

reunieron en el templo y trajeron a Joás allí. El sumo sacerdote Joiada y sus hijos, los sacerdotes, ungieron a Joás y lo coronaron rey. “¡Dios salve al rey!” clamaron.

La gente estaba más que feliz de tener a este niño como su nuevo rey. Era descendiente del rey David, y había sido criado por el sumo sacerdote. ¡Sería un alivio que reinara él sobre ellos en lugar de la malvada reina Atalía! Todos clamaron con gozo.

Atalía, la reina malvada, escuchó todo el ruido y vino a ver lo que estaba sucediendo. Vio al pequeño rey parado, y a los que tocaban trompetas cerca de él. Los líderes de Judá lo rodeaban. Luego escuchó las trompetas, y los cantantes y músicos comenzaron a hacer música. La gente cantaba y alababa con ganas.

Atalía se enojó tanto que desgarró su ropa y comenzó a gritar, “¡Traición! ¡Traición!” Quería que los soldados se llevaran al pequeño Joás y lo mataran. Pero en cambio, los soldados siguieron las órdenes del sumo sacerdote, y se la llevaron a *ella*. Después que ella murió, hubo paz en Judá nuevamente. Ya no había nadie que impidiera que el pequeño Joás fuese rey.

Aunque Joás solo era un niñito, fue un buen rey. Siguió el consejo del sumo sacerdote y ayudó a traer el pueblo nuevamente a Dios. El pueblo de Judá lo siguió y quebrantó los ídolos y altares de Baal. Incluso mataron a los sacerdotes de Baal. Querían adorar a Dios en lugar de este horrible ídolo.

Mientras Joiada el sumo sacerdote estuvo vivo, el rey Joás hizo lo correcto. Joás se dio cuenta que el templo del Señor estaba roto y necesitaba arreglos. Estaba tan venido abajo que no era agradable adorar allí. Le indicó a los sacerdotes y levitas, “Junten dinero de las

ciudades de Judá y arreglen el templo.” Pero el tiempo pasaba, y nadie juntaba el dinero, y nadie arregló nada.

Después de unos años, Joás decidió que haría algo para resolver este problema. Hizo un gran cofre de madera y lo colocó en la puerta del templo. Luego le hizo una invitación a la gente: “Traigan sus ofrendas para el templo, así como Moisés le pidió al pueblo que lo hiciera cuando estaban en el desierto.” La gente estaba feliz de tener la oportunidad de ayudar a arreglar el templo. Le gustó la idea de traer ofrendas, así como los israelitas en el desierto lo habían hecho. Estaban felices de saber que pronto adorarían a Dios en un templo hermoso.

Cada día, los levitas traían el cofre al rey Joás y lo vaciaban en su presencia. Luego llevaban el cofre vacío nuevamente a la puerta, donde la gente seguía trayendo ofrendas. Cada día juntaron el dinero hasta que hubo suficiente para pagar por todos los materiales que necesitaban, y para pagarles a los obreros. Pronto el templo estuvo como nuevo, y la gente se sintió bendecida de poder adorar a Dios en un edificio hermoso.

Unos años después de la reparación del templo, el sumo sacerdote Joiada murió. Joás siempre había seguido su consejo. Pero ahora que el sumo sacerdote estaba muerto, el rey Joás comenzó a prestarle atención a los malos consejos de los líderes de Judá. Estos líderes adoraban ídolos, y el rey Joás se unió a ellos en este pecado. Dios le envió profetas para que les hablaran a él y a los líderes, pero ellos no quisieron escuchar las advertencias de Dios.

Uno de los hombres que vinieron a hablarle al rey Joás fue Zacarías, el hijo del sumo sacerdote Joiada. Zacarías y el rey Joás eran como hermanos; se conocían desde que eran pequeños, y el padre de Zacarías los había criado juntos. Zacarías amaba a Joás y

estaba preocupado por lo que ocurría en el reino. “Joás, ¿por qué has abandonado los mandamientos de Dios? Él no te puede ayudar a que te vaya bien si continúas así,” Zacarías le rogó al joven rey. Joás tendría que haberle hecho caso a Zacarías; tendría que haber sentido su amor y preocupación. Pero en cambio, se enojó e hizo lo peor que podría haber hecho: les ordenó a sus hombres que apedrearan a Zacarías. Estuvo dispuesto a matarlo, tan solo para no tener que escucharlo más.

Dios no pudo estar con Joás después de esto; Joás claramente había rechazado a Dios y su protección. Ahora Joás y el reino de Judá estaban completamente desprotegidos. El ejército de Siria vino y mató a varios de los líderes de Judá y se llevó muchas cosas valiosas de la tierra de Judá. El rey Joás fue herido en este ataque, y nunca se recuperó. Mientras todavía estaba en su cama en el palacio, tratando de sanar de sus heridas, sus propios sirvientes lo mataron. Se decían entre ellos, “El rey Joás mató a los hijos de Joiada el sumo sacerdote. ¿Cómo pudo hacer algo tan terrible?”

¡Qué final triste para una vida que podría haber sido hermosa! El rey Joás había sido salvado y elegido en forma especial, y comenzó siendo un buen rey. Pero después siguió los consejeros equivocados, tomó malas decisiones y abandonó a Dios por completo. Esto podría pasarnos a cualquiera de nosotros: si estás leyendo estas historias y estás aprendiendo de Dios, es porque Dios te ha elegido. ¿Lo seguirás? ¿Seguirás sus consejos?

# 29. El cuidado de Dios hacia las escuelas de los profetas

---

**Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús. Filipenses 4:19 (RVR60)**

 *1 Reyes 16:34; 2 Reyes 2:19-21; 4:38-44; 6:1-7. | PR Capítulos 18, 19*

Muchos años antes, el profeta Samuel había comenzado unas escuelas especiales llamadas “las escuelas de los profetas”. Se dio cuenta que los jóvenes no estaban aprendiendo bien la Palabra de Dios de parte de sus padres, así que abrió estas escuelas para que los jóvenes tuvieran la oportunidad de aprender la voluntad de Dios y estudiar las Escrituras. Estos jóvenes, llamados los “hijos de los profetas”, más tarde fueron líderes que enseñaron a los israelitas a abandonar sus ídolos y adorar a Dios. Después que murió Samuel, la gente lentamente abandonó estas escuelas y se olvidó de ellas. Elías había trabajado para volver a abrir estas escuelas, y asegurarse que los jóvenes recibieran la instrucción que necesitaban.

Ahora Eliseo había ocupado el lugar de Elías, y siguió trabajando a favor de estas escuelas. Las visitaba a menudo, y les mostró el cuidado y el amor de Dios mientras estuvo allí.

Una vez, Eliseo visitó la escuela cerca de Jericó. Cuando los hombres de Jericó escucharon que Eliseo estaba allí, fueron a él.

“Eliseo, tenemos un problema,” dijeron, “No hay buena agua en nuestra ciudad.” Los hombres de Jericó no merecían tener agua. ¿Por qué? Porque después que cayeron los muros de Jericó muchos años antes, Dios les dijo a los israelitas, “No vuelvan a construir Jericó.” Pero el malvado rey Acab había decidido reconstruirla, en contra de la voluntad de Dios. Y mientras construían la ciudad, algo terrible ocurrió: el principal constructor tenía dos hijos, y sus hijos murieron. Claramente la protección de Dios no estaba con los israelitas cuando estaban reconstruyendo a Jericó.

Y ahora los hombres habían venido a pedirle a Eliseo que les ayudara a encontrar agua para esta ciudad. Eliseo contestó, “Traigan una vasija nueva, y pónganle sal.” Los hombres trajeron lo que él pidió. Al hacer esto, mostraron que ahora tenían fe en Dios. Eliseo fue al manantial de agua y echó la sal de la vasija nueva al agua. Dijo, “El Señor dice que ahora ha sanado las aguas.” ¡Ahora toda la ciudad de Jericó tenía agua buena! Dios mostró su amor y compasión al hacer esto; ellos no merecían esta agua. ¿Verían los hombres de Jericó que Dios quería sanar sus corazones, así como había sanado las aguas?

En otra ocasión, Eliseo visitó la escuela en Gilgal. Había una hambruna en la tierra, y era difícil encontrar alimento. Uno de los jóvenes fue al campo y encontró unas calabazas salvajes. No sabía que esas calabazas eran venenosas; pensó que se podían comer. Con alegría las juntó, las cortó y las cocinó en una gran olla. Cuando la comida estuvo lista, todos se reunieron para comer. De repente uno de los jóvenes clamó, “¡Esta calabaza es venenosa! ¡Hay muerte en la olla! ¿Qué haremos, Eliseo?”

Eliseo, con tranquilidad, contestó, “Tráiganme harina.” Eliseo echó la harina en la olla, y luego indicó, “Sírvanla, para que todos

coman.” Los jóvenes le creyeron a Eliseo, y comieron. ¡Dios les había dado alimento bueno para comer ese día!

Otro día, un hombre vino a la escuela de Gilgal con una ofrenda para Eliseo: pan de su primera cosecha, y espigas nuevas de trigo. Eliseo le dijo a su siervo, “Alimenta a la gente con esto.” El siervo de Eliseo sabía que este pan y trigo no alcanzaban para alimentar a todos los hombres que estaban con ellos - ¡eran cien hombres! “¿Le daré esto a cien hombres?” preguntó, con tono dubitativo. “Sí,” contestó Eliseo, “Dáselos, porque el Señor dice que comerán, y habrá sobras.” Ellos creyeron las palabras de Eliseo, y todos se sentaron a comer. Y así como Dios dijo, hubo sobras.

En otro momento, los jóvenes de una de las escuelas le dijeron a Eliseo, “Esta escuela es demasiado chica para nosotros.” Tenían una idea: “Vayamos al Jordán, cortemos árboles y construyámonos un lugar allí. ¿Vienes con nosotros, Eliseo?”

A Eliseo le pareció una buena idea, así que fue con ellos. Llegaron al Jordán y comenzaron a cortar árboles. De repente uno de los jóvenes pegó un grito. “¡La cabeza de mi hacha se acaba de caer en el agua!” El río Jordán era profundo; sería imposible volver a encontrar el hacha. “Oh, no,” se preocupó el joven, “¡Era un hacha prestada!” ¿Cómo podría devolverla a su dueño?

Con bondad, Eliseo le preguntó, “¿Dónde se cayó?” El joven le mostró el lugar. Eliseo cortó un palo y lo tiró a donde había caído el hacha. Al instante, ¡la cabeza de hacha comenzó a flotar en el agua! Luego Eliseo le dijo al joven, “Ve y búscala.” El joven, feliz, entró al agua y agarró el hacha flotante. ¡Qué milagro! ¡Cuán agradecido a Dios habrá estado ese día!

Eliseo fue un profeta bondadoso que ayudó al pueblo a ver cuán amoroso y compasivo es Dios. En cada milagro, la gente podía ver

que Dios cuidaba de ellos y quería lo mejor para ellos. Ellos solo tenían que decidir si seguir a Dios o no.

Dios también quiere lo mejor para ti. Quiere suplir todas tus necesidades. ¿Lo aceptarás? ¿Confiarás en que él cuida de ti?

# 30. Respetando al profeta de Dios

---

**Hermanos, les pedimos que sean considerados con los que trabajan arduamente entre ustedes, y los guían y amonestan en el Señor. Ténganlos en alta estima y ámenlos por el trabajo que hacen. Vivan en paz unos con otros. 1 Tesalonicenses 5:12-13 (NVI)**

 2 Reyes 2:23-24; 4:1-7. | PR Capítulo 19

Los jóvenes que estudiaban en las escuelas de los profetas sabían que Eliseo era profeta de Dios, y lo amaban y respetaban. Por medio de Eliseo, aprendieron más acerca del amor, el cuidado y la compasión de Dios por ellos.

Pero no todos respetaron a Eliseo. Después que Eliseo sanó las aguas de Jericó, fue a Betel, donde estaba una de las escuelas. Luego de los milagros bondadosos que Dios había hecho por medio de Eliseo, uno pensaría que todos tratarían a Eliseo con amor y respeto. Pero cuando iba camino a Betel, un grupo de jóvenes lo encontró. Era un grupo grande; más de cuarenta muchachos. Vieron que Eliseo caminaba solo. Tendrían que haber pensado, “Ahora que Elías no está, Eliseo está solo. ¿Cómo podemos ayudarlo?”

Pero en cambio, comenzaron a burlarse de él. Se burlaron de él porque no fue al cielo como lo había hecho Elías, y también se mofaron de él por ser calvo. “¡Sube, calvo! ¡Sube, calvo!” decían, riéndose. Sus burlas eran una maldición para Eliseo; lo lastimaban. El

burlarse de Eliseo también los lastimaría a ellos, porque al burlarse de Eliseo, estaban rechazando a Dios.

Eliseo se dio vuelta y les hizo saber que estaban maldecidos; que estaban en peligro. ¿Por qué? Porque al rechazar al profeta de Dios, estaban rechazando la vida y la protección que Dios quería darles. ¿Se arrepentirían de lo que estaban haciendo?

No, no se arrepintieron. De repente, dos enormes osas salieron del bosque. Estas osas siempre habían estado en el bosque, pero nunca habían lastimado a nadie, porque Dios había estado protegiendo a su pueblo de ellas. Ahora que los muchachos estaban burlándose de Eliseo, perdieron la protección de Dios. Las osas los atacaron e hirieron gravemente a cuarenta y dos de ellos.

Aunque estos jóvenes no habían respetado a Eliseo, hubo otros que sí lo hicieron. Un día una mujer vino a ver a Eliseo. Ella comenzó a llorar, y dijo, “Soy viuda. Mi esposo fue estudiante en la escuela de los profetas; amaba a Dios y lo adoraba. Ahora que está muerto, tengo deudas que pagar. Si no pago, mis hijos serán tomados como esclavos.”

Eliseo le contestó con bondad, “¿Qué puedo hacer por ti? Dime, ¿qué tienes en tu casa?” Ella contestó, “Lo único que tengo es una vasija de aceite.”

Eliseo le indicó, “Ve a tus vecinos y pídeles prestado todas las vasijas que puedas conseguir. Luego entra a tu casa con tus hijos, cierra la puerta, y comienza a echar el aceite en todas las vasijas.”

La mujer hizo exactamente como Eliseo le había dicho. Quedó maravillada cuando vio que echaba y echaba, y el aceite seguía saliendo. Luego de llenar muchas vasijas, les dijo a sus hijos, “Tráiganme otra vasija,” y ellos contestaron, “No hay más.” En cuanto dijeron eso, el aceite dejó de fluir. ¡Ahora tenía un cuarto lleno

de vasijas llenas de aceite! Maravillada, fue a decirle a Eliseo lo que había sucedido.

“Ahora puedes vender el aceite y pagar tus deudas,” Elías le dijo con bondad. Dios había honrado la fe de la mujer. Ella había creído las palabras de Eliseo y había hecho todo lo que él le dijo hacer, y ahora tendría el dinero que ella y sus hijos necesitaban. ¡Cuán agradecidos habrán estado!

Cada persona en Israel tenía una elección: podía aceptar la profeta de Dios y recibir bendiciones de él, o podía rechazarlo y perder las bendiciones de Dios. Al aceptar a Eliseo, la gente mostraba que tenía fe en Dios; al rechazar a Eliseo, también estaba rechazando a Dios.

Dios ha puesto ciertas personas en tu vida, también, para que, por medio de ellas, Dios pueda bendecirte, guiarte y protegerte. ¿Sabes quiénes son esas personas? Agradece a Dios por ellas, y pídele que siempre estén cerca de Dios, para que puedan seguir siendo de bendición para ti y para los demás.

# 31. La bondadosa mujer sunamita

---

**Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe. Gálatas 5:22 (RVR60)**



2 Reyes 4:8-37; 8:1-2 | PR Capítulo 19

**E**l profeta Eliseo ayudó a la gente a conocer cuán compasivo y bondadoso es Dios. Para hacer esto, tenía que viajar mucho, y dependía de la bondad de otros para recibir alimento y un lugar donde dormir. Había una mujer en el pueblo de Sunem que siempre recibía a Eliseo en su hogar cuando él pasaba por allí, y se aseguraba que él tuviera para comer.

Un día, esta mujer, la sunamita, le dijo a su esposo, “Eliseo es un hombre de Dios, y pasa por aquí a menudo. ¿Por qué no construimos un cuartito para él, con una cama, una mesa, una lámpara y un banco, para que pueda tener donde dormir cada vez que viene?” Su esposo estuvo de acuerdo, y pronto el cuarto estuvo listo. Eliseo estaba encantado con el cuarto. ¡Qué considerada era esta familia para con él! Quiso hacer algo bondadoso por ellos a cambio.

Eliseo le dijo, “Has sido tan buena y bondadosa al hacer esto por mí. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Puedo hablar con el rey por ti? ¿Necesitas algún favor del rey?” La mujer le contestó, “Gracias, pero no necesito nada.” Ella estaba satisfecha con su vida y su hogar. Había hecho esto por Eliseo solo por bondad.

Pero Eliseo sabía que tenía que haber *algo* que podía hacer por ella. Su sirviente Giezi tuvo una idea. Le dijo a Eliseo, “Ella no tiene hijos, y su esposo está viejo.” ¡Sí! ¡Eso es lo que Eliseo haría por ella! Podía pedirle a Dios que le diera un hijo. Le dijo a la mujer, “El año que viene, por este tiempo, tendrás un hijo.” La mujer no había pedido esto, pero estaba muy feliz. ¡Qué hermoso sería tener un bebé!

Y así como dijo Eliseo, la mujer tuvo un varoncito. Ella amaba a su hijito, y disfrutaba de cuidarlo y verlo crecer. Un día, el niño salió al campo con su padre. Estaban haciendo la cosecha, y hacía calor. De repente, el niño comenzó a llorar de dolor, “¡Mi cabeza! ¡Mi cabeza!” Un siervo lo llevó con su madre, y él se sentó en su falda toda la mañana. La madre pensó que se sentiría mejor, pero no fue así. Se debilitó más y más, y murió al mediodía.

La mujer sunamita estaba angustiada. ¿Porqué moriría su hijito, su regalo de Dios? Decidió no decirle nada a su esposo todavía. Podía ser que, tal vez, Eliseo podría hacer algo. Colocó al niño sobre la cama de Eliseo y cerró la puerta. Luego fue a ver a su esposo. No le dijo nada de su hijo. Solo dijo, “Pídele a uno de los sirvientes que me busque un burro. Necesito ver al profeta Eliseo.”

“¿Porqué necesitas verlo ahora?” preguntó el esposo, confundido, “No es ni sábado ni novilunio; no es un día en el cual la gente suele visitar a un profeta.” Ella no dijo nada, y él le permitió ir a Eliseo. Si el profeta podía ayudar a su hijito, entonces su esposo nunca tendría que sentir la tristeza que ella sentía ahora.

Cuando llegó a donde estaba Eliseo, cayó al suelo frente a él y se aferró a sus pies. El siervo de Eliseo, Giezi, intentó frenarla, pero Eliseo dijo, “Déjala tranquila. Ella está muy angustiada. El Señor todavía no me ha dicho lo que pasó.” Ahora ella le contó acerca de

su hijito, y preguntó desesperada, “¿Acaso te pedí por este hijo? ¿Porqué, entonces, me lo diste?”

Eliseo se preparó para ir a Sunem con la mujer. Le dijo a Giezi, “Ve antes de nosotros, rápidamente. Toma mi bastón y colócalo sobre la cara del niño.” Giezi hizo esto, pero cuando puso el bastón sobre la cara del niño, nada cambió; el niño seguía muerto. Luego llegó Eliseo. Cerró la puerta y oró al Señor. Luego se acostó sobre el niño y puso su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre los ojos del niño, y sus manos sobre las manos del niño. El niño ya estaba más calentito ahora, pero no se despertaba. Entonces Eliseo se levantó y se paseó por la casa. Luego regresó a la habitación y se colocó nuevamente sobre el niño. Esta vez, el niño estornudó siete veces, luego abrió sus ojos.

¡El niño estaba vivo! Dios lo había resucitado. La mujer sunamita estaba tan aliviada y agradecida que se echó a sus pies y se inclinó ante él, luego tomó a su hijo y salió.

Eliseo hizo aun más por esta mujer bondadosa. Le dijo, “Habrá una hambruna pronto. Tú y toda tu casa deben ir a otro lugar durante siete años.” La mujer le creyó a Eliseo, y mudó a los de su casa a la tierra de los filisteos.

Luego de siete años, ella regresó. Fue al rey para pedirle que le devolviera su tierra y su casa. Cuando vino a ver al rey, vio que el siervo de Eliseo, Giezi, estaba hablando con él. El rey le había pedido a Giezi, “Cuéntame de las grandes cosas que ha hecho Eliseo.” Giezi contestó, “Resucitó al hijo de una mujer. Y, O rey, esta mujer que está pidiendo que le devuelvan su terreno – ella es la mujer. Eliseo resucitó el hijo de ella.”

El rey quedó impresionado por la historia. No había tenido interés en devolverle el terreno antes, pero cuando escuchó la

historia de Giezi, le ordenó a uno de sus oficiales que le devolviera a ella todo lo que le pertenecía.

La mujer sunamita había sido bondadosa con Eliseo sin esperar nada a cambio. Esta bondad vino del Espíritu de Dios; es un fruto del Espíritu. Ella estaba dejando que Dios la guiara, y esto la llevó a ser bondadosa y a ayudar al profeta de Dios. Al reflejar la bondad de Dios, ella también pudo recibir la bondad de Dios, en formas que nunca hubiera imaginado. Dios quiere enseñarnos también a nosotros a ser bondadosos, así como le enseñó a la sunamita. ¿Le pedirás que te dé su fruto en tu vida?

# 32. Naamán

---

**¿Quién hay entre vosotros que teme a Jehová, y oye la voz de su siervo?  
El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová,  
y apóyese en su Dios.  
Isaías 50:10 (RVR60)**



2 Reyes 5 | PR Capítulo 20

**E**l plan de Dios siempre había sido llegar a *todas* las naciones, no solo Israel. Era triste que Israel, el pueblo que Dios había elegido como sus mensajeros, no estaba siguiendo para nada su plan. Debido a la infidelidad de los israelitas, Dios quitó su cerco de protección ciertas veces, y los sirios pudieron invadirlos. Sin embargo, incluso estas invasiones podían ser de bendición, si tan solo los pocos fieles confiaban en Dios.

Durante una de las invasiones, los sirios se llevaron algunos israelitas como esclavos. Uno de estos israelitas fue una niña que creía en Dios y lo adoraba. Sus padres le habían enseñado de Dios, e incluso después que la llevaran prisionera, ella siguió creyendo en él. La llevaron a la casa del capitán Naamán, uno de los oficiales sirios más valientes, y ella se convirtió en la esclava de la esposa de Naamán.

Un día, esta niña se enteró que su señor Naamán estaba enfermo de lepra, la peor y más temida enfermedad de aquella época. ¿Cómo te sentirías si fueses esta niña? Ella podría haberse sentido feliz por dentro de que Naamán, el hombre que la había capturado y la había sacado de su casa, ahora estaba enfermo. Pero ella tenía el Espíritu

de Dios, lleno de amor, en su corazón. Se sintió triste por Naamán y su familia, y quiso ayudar. Luego hizo lo que Dios siempre había querido que su pueblo hiciera: usó esto como una oportunidad para compartir acerca de su Dios misericordioso. Le dijo a la esposa de Naamán, “El Señor Naamán podría ver al profeta Eliseo en Israel, y ser sanado.” Los ídolos sirios no podían sanar a Naamán, ¡pero el Dios de Israel sí podía!

Naamán decidió ir a Israel para pedir que lo sanaran. Juntó presentes y le pidió a su rey que le escribiera una carta al rey de Israel<sup>16</sup>. La carta decía, “Te estoy enviando a mi siervo Naamán. Por favor, sánalo.” Luego viajó a Samaria, donde estaba el rey de Israel. Cuando el rey de Israel leyó la carta del rey de Siria, se puso mal. Rasgó su ropa y dijo, “¿Crees que soy Dios, para que pueda sanar a este hombre? ¡El rey de Siria está buscando pelea conmigo!” Ni siquiera pensó en preguntarle a Dios qué hacer. Tampoco pensó en llamar a un profeta para pedirle consejo. Pero Eliseo escuchó lo que estaba ocurriendo, y dijo, “Que Naamán venga a mí, ¡y él conocerá que hay un profeta en Israel!”

Naamán viajó en carro hasta la casa de Eliseo. Se paró a la puerta y esperó que lo viniera a ver el profeta. Pero Eliseo no apareció; en cambio, envió un mensajero. El mensajero dijo, “Ve y lávate en el Jordán siete veces, y te sanarás.”

Naamán se enojó. ¿Solo eso le iba a decir? ¿Porqué Eliseo mismo no venía para hablar con él? ¿Acaso no era él, un oficial sirio, de suficiente importancia como para que el profeta lo viniera a ver? ¿Y por qué tenía que lavarse en un río? Enojado, dijo, “Los ríos de mi

---

<sup>16</sup> Seguramente el rey Joram, el hijo de Acab.

país son mejores y más bellos que el Jordán. ¿Por qué no me lavo allí?” Se dio vuelta y se preparó para regresar a su casa.

Pero los sirvientes de Naamán intentaron, con respeto, cambiarle de idea. “Señor,” dijeron, “Si el profeta le hubiera pedido hacer algo grande, ¿acaso usted no lo hubiera hecho? Entonces, ¿por qué no hacer esta cosa tan simple?” “Tienen razón,” concedió Naamán, “Me lavaré en el Jordán.” Naamán decidió creer las palabras que Eliseo le dio de parte de Dios, y se sumergió en el Jordán siete veces. La séptima vez, salió del agua ¡completamente sano!

Naamán estaba más que feliz. Regresó a la casa de Eliseo para decirle las gracias. “Por favor, toma estos regalos,” le insistió a Eliseo. Le ofreció oro, plata y ropa. “No,” respondió Eliseo. Dios quiso sanar a Naamán en forma gratuita; él no tenía que pagar nada para recibir las bendiciones de Dios. Naamán insistió en darle los regalos de todos modos, pero Eliseo, con bondad y firmeza, le dijo que no.

Mientras Naamán se iba, llevándose todos sus regalos, el sirviente de Eliseo, Giezi, miró con asombro. ¿Cómo pudo Eliseo decirle que no a regalos tan costosos? Pero Giezi tendría que haber comprendido. Él había estado con Eliseo muchos años, y había visto los milagros maravillosos que Dios había hecho libremente por medio de él. Las bendiciones de Dios eran gratuitas para todo el que creyese, y Naamán necesitaba entender esto. Hubiese estado mal que Eliseo le aceptara los regalos.

Pero Giezi no quiso entender. ¡Él quería los regalos! En secreto, alcanzó a Naamán y le mintió: “Señor Naamán, mi señor me pidió que viniera y te dijera que acabamos de recibir a dos visitas, y necesitamos algo de plata y ropa.” Naamán estaba feliz de darle a Giezi lo que le pedía, y le dio aun más.

Giezi fue rápidamente a su casa y escondió la plata y la ropa. Pensó que Eliseo nunca sabría lo que había hecho. Pero Eliseo lo supo. Le preguntó a Giezi, “¿De dónde vienes?” Esta era la oportunidad para que Giezi confesara lo que había hecho y pidiera perdón, pero no lo hizo. En cambio, mintió, “No fui a ningún lado.”

Eliseo estaba triste. Miró a Giezi con seriedad y le dijo, “¿Es este el tiempo de recibir riquezas? Ahora tú y tus descendientes recibirán la lepra de Naamán.” Dios sabía que, si Giezi dejaba su cerco de protección, Satanás podría hacer lo que quería con él, y le daría lepra. Le estaba advirtiendo a Giezi, por medio de Eliseo, lo que sucedería al menos que le pidiera ayuda a Dios. Es triste que Giezi no se arrepintió, ni le pidió ayuda a Dios. Se volvió leproso instantáneamente, y nunca se sanó.

Naamán estaba agradecido por su sanación. Desde ese momento, adoró solamente a Dios, y dejó de adorar a los ídolos sirios. Siguió a Dios de la mejor manera que pudo, con el poco conocimiento que tenía. ¡Qué diferente fue la historia de Giezi! Giezi había visto los milagros de Dios por medio de Eliseo y había escuchado las Escrituras, pero aun así decidió seguir sus propias ideas en lugar de las instrucciones de Dios.

¿Cuánto conoces de Dios y su Palabra? ¿Te gustaría ser como Giezi, que no hizo caso a lo que aprendió, y eligió sus propias ideas, o quisieras ser como Naamán, que siguió a Dios de acuerdo con lo que había aprendido? Pídele a Dios que te ayude a conocerlo más hoy, y a mostrarte cómo seguirlo.

# 33. Misericordia hacia Siria e Israel

---

**Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó.**

**Efesios 2:4 (RVR60)**



2 Reyes 6:8-33; 7 | PR Capítulo 21

**D**urante años, los sirios habían estado molestando a los israelitas. Cada vez que podían, planificaban ataques sobre los israelitas. Con el tiempo, el rey de Siria se dio cuenta de algo: cada vez le costaba más atacar a los israelitas. Parecía como si siempre se enteraban de lo que él estaba por hacer, y estaban preparados para los ataques. Esto sucedía porque ahora había más israelitas que escuchaban las enseñanzas de Eliseo y habían aceptado a Dios, entonces Dios los estaba protegiendo. Dios le avisaba a Eliseo lo que los sirios estaban por hacer, y Eliseo se lo hacía saber al rey.

El rey sirio estaba preocupado. “¿Cuál de mis hombres le está informando a los israelitas cuáles son mis planes?” preguntó. Sus siervos le contestaron, “Ninguno de tus hombres está haciendo eso. El profeta Eliseo es el que se entera y se lo dice al rey de Israel.” “Entonces quiero que lo agarren y me lo traigan,” les ordenó a sus hombres.

Esa noche, un enorme ejército de soldados, caballos y carruajes sirios rodeó la ciudad donde estaba Eliseo, y esperaron en silencio. El

siervo de Eliseo se despertó temprano y vio al gran ejército. Se asustó y clamó, “Eliseo, ¿Qué haremos?”

Eliseo contestó con calma, “No temas. El ejército que está con nosotros es más grande que el ejército de ellos.” ¿Ejército? ¿Qué ejército? El siervo de Eliseo solamente podía ver *un* ejército: el ejército sirio. ¿De qué estaba hablando Eliseo?

Eliseo oró, “Señor, por favor, abre sus ojos para que él vea.” De repente, el siervo de Eliseo vio algo que no había visto antes: ¡había caballos y carros de fuego rodeándolos! Era un ejército celestial, y ocupaba toda la montaña donde estaba la ciudad. ¡Dios los estaba protegiendo!

Ahora Eliseo oró, “Señor, por favor, hiere con ceguera al ejército sirio.” Y el ejército entero se volvió ciego. La ceguera mostraba que estos soldados eran ciegos espirituales; no podían ver las cosas de Dios, y ahora estaban físicamente ciegos también. Eliseo fue a los soldados sirios y dijo, “Este no es el camino. Esta no es la ciudad. Déjenme llevarlos donde deben ir.” Con delicadeza, los guio hasta Samaria, donde estaba el rey de Israel. Si los sirios querían luchar contra Israel, tendrían que haber ido a Samaria donde estaba el rey de Israel, no a la ciudad de Eliseo. Cuando todos los soldados estuvieron dentro de la ciudad, Eliseo, oró, “Señor, abre sus ojos para que vean.” Horrorizados, los soldados sirios se dieron cuenta que estaban atrapados dentro de Samaria. El rey de Israel estaba entusiasmado. “¿Los mataré, padre mío?”

¡Qué bueno que el rey de Israel<sup>17</sup> estaba *preguntando* qué hacer. No se había decidido hacer las cosas a su manera. ¡Por fin Dios podía mostrar su misericordia por medio del rey israelita! Eliseo contestó

---

<sup>17</sup> El rey Joram, hijo de Acab

claramente, “No, no los matarás. Aliméntalos, luego permite que regresen a sus casas.” El rey de Israel obedeció a Eliseo. Alimentó bien a los soldados sirios, y luego les dejó regresar a sus hogares en paz.

Así es como Dios hubiese querido que las naciones se traten entre ellas: con misericordia y bondad. Durante un tiempo, los sirios dejaron de molestar a los israelitas. ¿Cómo podían lastimar a los israelitas después de haber recibido tanta misericordia?

Lamentablemente, el rey Ben-Hadad de Siria no era un hombre bondadoso. Después de un tiempo, se olvidó de la misericordia del rey israelita, y decidió molestar nuevamente. El ejército sirio volvió a rodear la ciudad de Samaria por mucho tiempo. Fue por tanto tiempo que la gente de Samaria se quedó sin alimento, porque no podía entrar ni salir de la ciudad. Comenzaron a comer animales inmundos como burros, y luego algunos ¡hasta comenzaron a comer a otras personas!

El rey de Israel tendría que haberse dado cuenta que esto estaba sucediendo por causa de sus pecados. Tendría que haberse ido a Dios y arrepentido, pero en cambio, culpó a Dios por lo que sucedía. Y porque culpaba a Dios, quería el su profeta, Eliseo, fuese muerto. Envío a un mensajero para buscar a Eliseo.

Eliseo estaba sentado en su casa, hablando con los líderes de Israel. Cuando el mensajero del rey vino a buscarlo, Eliseo no fue con él. Pero les dijo a los líderes, “Mañana, todos podrán comprar comida a precios muy baratos.” ¿Cómo podía suceder esto? Parecía imposible. Uno de los oficiales del rey no le creyó para nada a Eliseo. Dijo, “Aunque Dios hiciera ventanas en el cielo, ¿podría esto suceder?” Eliseo le contestó, “Lo verás con tus propios ojos, pero no comerás de ello.”

Al día siguiente antes de la salida del sol, cuatro leprosos estaban sentados a la puerta de la ciudad. No podían entrar porque tenían lepra, pero generalmente pedían comida cerca de la puerta. Ahora, por supuesto, nadie les podía dar comida. “¿Por qué estamos sentados aquí?” se dijeron, “moriremos aquí. Pidamos comida al campamento sirio. Podrían matarnos, pero tal vez nos den algo para comer.”

Los cuatro leprosos fueron al campamento sirio, pero para su sorpresa, *¡no había nadie!* Todos los soldados sirios habían huido. Dios les había hecho escuchar el ruido de caballos, carros y un gran ejército. “Los egipcios vienen para ayudar a los israelitas!” pensaron. Huyeron aterrorizados, y dejaron todas sus cosas.

Los leprosos entraron a una carpa. Encontraron comida y la devoraron. También encontraron ropa, plata y oro, y lo escondieron. Luego se miraron y dijeron, “¡Estas son buenas noticias! Debemos decirle al rey. No estaría bien que quedemos callados y no les digamos a los demás.” Fueron rápidamente hasta la puerta de la ciudad y les dijeron a los guardias lo que habían visto.

Al principio, el rey de Israel tuvo miedo. “Los sirios seguramente están escondidos en el campo, esperando que salgamos.” Envío a algunos hombres para que revisaran el campamento y se aseguraran que era seguro. ¡Sí, el campamento era seguro! ¡Los sirios hasta habían dejado un caminito de ropa y utensilios, desde el campamento hasta el río Jordán! Dejaron caer estas cosas mientras huían, y los israelitas podían ver claramente por dónde habían pasado, y que se habían ido lejos. ¡Qué gozo tenía la gente! Con entusiasmo, tomaron toda la comida y las cosas que los soldados habían dejado.

Así como Elías había dicho, la gente de repente comenzó a vender comida a precios muy bajos. Todos podían comer nuevamente. ¿Se acuerdan del oficial que no le había creído a Eliseo? Él estaba parado en la puerta de la ciudad, viendo cómo la gente traía toda la comida. La gente estaba tan entusiasmada que ni se dio cuenta que él estaba allí; lo atropellaron mientras entraban a la ciudad, y él murió.

Dios mostró misericordia tanto a los sirios como a los israelitas: liberó a los israelitas de los sirios, y ninguno de los soldados sirios tuvo que morir. Mientras se lo permitieron, él cuidó de ellos y los protegió. Mostró su amor por ellos de todas las maneras posibles. No quería que ninguno de ellos muriera ni sufriera. ¿Por qué sus corazones estaban tan endurecidos hacia él?

Dios es amoroso y misericordioso también con nosotros. Hará todo lo posible para que seas salvo. ¿Aceptarás su amor y cuidado? ¿Le agradecerás por su misericordia y paciencia hacia ti?

# 34. Eliseo, los reyes y el amor de Dios

---

**Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras.**

**Salmo 145:9 (RVR60)**

 2 Reyes 8:7-15; 13 | PR Capítulo 21

**E**liseo era un profeta muy amado. En Israel y Judá la gente lo respetaba como un hombre de Dios y le pedían su consejo. Pero no solamente los de Israel y Judá consultaban a Eliseo; incluso el rey de Siria respetaba a Eliseo y confiaba en él.

Ben-Hadad, el rey de Siria, había atacado a Israel muchas veces. Sin embargo, cuando tenía preguntas, pensaba en Eliseo. Un día, Ben-Hadad se enfermó. Quería saber si se mejoraría, así que envió a su oficial, Hazael, para consultar con Eliseo. Hazael le trajo a Eliseo cuarenta camellos llenos de regalos, y dijo, “Ben-Hadad quiere saber si se recuperará de su enfermedad.”

Eliseo miró a Hazael con tristeza. “Dile que puede recuperarse,” contestó, “Pero el Señor me ha mostrado que morirá.” Luego Eliseo comenzó a llorar. Hazael se sintió incómodo. “Señor, ¿porqué lloras?” preguntó. Eliseo contestó, “Estoy llorando porque sé todo el daño que le harás a Israel.” “¿Yo?” preguntó Hazael, “Yo no soy nadie. ¿Cómo haría eso?” Eliseo respondió, “El Señor me ha mostrado que serás rey de Siria.”

Hazael regresó a su casa. Le dijo a Ben-Hadad, así como Eliseo había dicho, “El Señor dice que puedes recuperarte.” La enfermedad de Ben-Hadad no sería fatal. Pero Ben-Hadad igual murió. No murió de su enfermedad; murió porque Hazael decidió matarlo. Hazael pensó que, ya que Eliseo dijo que él sería rey de Siria, mejor sería matar a Ben-Hadad lo antes posible para poder ser rey enseguida.

Hazael tendría que haber agradecido que Dios le estaba avisando que sería rey. Podría haber pedido que Dios lo guiara y le mostrara cómo gobernar su país. Tendría que haber esperado hasta que Dios le dijera que era el momento de ser rey. Pero no le interesó seguir al Dios de Israel. ¡Qué triste que se perdió de tener a Dios como su protector, ayudador y guía!

Cuando Hazael se hizo rey de Siria, Joacaz era el rey de Israel. Joacaz era hijo del rey Jehú, el hombre que había matado a toda la familia de Acab. Joacaz era un rey malvado, y por eso, Dios permitió que Hazael de Siria oprimiera a Israel. Los israelitas sufrieron bajo los sirios, hasta que finalmente el rey Joacaz le rogó a Dios, “¡Por favor, líbranos!” Dios es misericordioso, y gustoso salvó a los israelitas. Después de eso, ¿crees que los israelitas volvieron a Dios? Lamentablemente, no. Siguieron adorando a sus ídolos, incluso después que Dios fue tan bueno con ellos.

Cuando Joacaz murió, su hijo Joás comenzó a reinar. Joás también fue un rey malvado que adoró ídolos. Sin embargo, al igual que los reyes sirios, le gustaba hablar con Eliseo, aunque nunca entregó su corazón a Dios.

Un día el rey Joás vino a visitar a Eliseo. Eliseo estaba enfermo y a punto de morir, pero de todas formas recibió al rey y habló con él. Joás estaba preocupado porque los sirios estaban atacando a Israel. Lloró y le preguntó a Eliseo qué hacer.

Eliseo le indicó, “Levanta tus arcos y flechas. Ahora, sostiene tu arco.” Él sostuvo su arco, y Eliseo puso sus manos sobre las manos del rey. “Ahora, abre la ventana hacia el este,” dijo Eliseo. Luego dijo, “Dispara.” Después que el rey disparó su flecha, Eliseo dijo, “Dios te librará de Siria, y los herirás.”

Ahora Eliseo indicó, “Toma tus flechas. Ahora, golpea el suelo.” El rey golpeó el suelo tres veces, sin ganas, con sus flechas, luego dejó de hacerlo. Eliseo estaba decepcionado. Le dijo al rey, “Tendrías que haber golpeado cinco o seis veces, y hubieras herido a Siria por completo. Pero ahora, solo herirás a Siria tres veces.”

Al golpear el suelo solo tres veces, el rey mostró que no tenía mucha fe en las palabras de Dios por medio de Eliseo. Esta falta de fe afectaría a todo Israel. El rey Joás podría haberse arrepentido en ese momento, pero no lo hizo. Simplemente aceptó lo que Eliseo dijo, y no intentó cambiar. Lo que Eliseo dijo se hizo realidad: Joás solo venció a los sirios tres veces después de eso, pero los sirios siguieron atacándolo durante el resto de su reinado.

Poco después de esto, Eliseo murió. Había sido un fiel profeta de Dios, muy amado por el pueblo. Les había mostrado cuán amoroso y misericordioso es Dios. Hasta les había mostrado el amor y cuidado de Dios a reyes que nunca aceptaron ese amor.

Eliseo había sido un hombre tan especial, tan cercano a Dios, que algo maravilloso ocurrió incluso después de su muerte. Los israelitas estaban luchando contra los moabitas cuando uno de sus hombres murió. Justo cuando lo llevaban para enterrarlo, vieron de repente que una banda de soldados enemigos los estaba siguiendo. Apurados, colocaron al hombre muerto dentro de la tumba de Eliseo para poder escaparse rápido. Pero cuando el hombre muerto cayó sobre los huesos de Eliseo, ocurrió un milagro: ¡resucitó! Se levantó y escapó

con el resto de los hombres. Este milagro increíble tendría que haber ayudado a los israelitas a ver, realmente, que Eliseo era profeta de Dios, y que Dios quería darles vida. ¡Cuán endurecidos estaban sus corazones!

¿Puedes ver el amor y el cuidado de Dios por ti? ¿Puedes recordar las cosas que ha hecho por ti y tu familia? No seas como los reyes israelitas y sirios que consultaban, pero nunca entregaron sus corazones a Dios. Que Dios te guíe completamente, como le hubiera gustado hacerlo con aquellos reyes desagradecidos.

# 35. Jonás

---

**Porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal. Jonás 4:2 (RVR60)**



*Jonás; Mateo 12:40, 41 | PR Capítulo 22*

Nínive era una ciudad muy impía. Los peores crímenes ocurrían allí. Era una ciudad en la tierra de Asiria, y los asirios eran enemigos de los israelitas. Ninguno de los israelitas jamás hubiera pensado que a Dios le importara esta ciudad malvada y pagana. Pero a Dios sí le importaba; le importaban *todas* las ciudades y *todas* las personas, y sabía que en esta ciudad todavía había gente cuyos corazones estarían abiertos para aprender de él, si tan solo se les daba la oportunidad.

Dios le habló a un profeta llamado Jonás y le dijo, “Ve a Nínive, y adviérteles que están en peligro por su maldad.” ¿Advertirle a Nínive? ¿Por qué perder tiempo con una ciudad tan impía? Dios no podía salvar a gente tan horrible, ¿o sí? Jonás no quería hacer lo que Dios le estaba pidiendo. Entonces, en vez de ir a Nínive, tomó el camino opuesto: viajó a Joppe y tomó un barco hacia Tarsis.

Dios tuvo paciencia con Jonás, aunque Jonás se estaba escapando de él. Dios quería mostrarle que *sí* podía salvar a las personas, incluso en las peores circunstancias. Mientras Jonás viajaba en el barco, una gran tormenta vino sobre el mar. Todos estaban aterrorizados. Hicieron todo lo posible para salvar el barco, pero no sirvió. Los que estaban dentro del barco eran idólatras que no

conocían a Dios, y oraron a sus ídolos, pero la tormenta no paraba. Luego encontraron a Jonás: estaba durmiendo en un rincón. El capitán lo despertó y dijo, “¿Por qué estás durmiendo? ¡Órale a tu Dios, para que no muramos!”

La tormenta no paraba, así que dijeron, “Tal vez uno de nosotros hizo enojar a sus dioses. Echemos suertes para ver quién es.” Echaron suertes, y la suerte cayó sobre Jonás. Ahora todos miraron a Jonás y le preguntaron, “¿De dónde vienes? ¿Qué oficio tienes?” Jonás les dijo la verdad: “Soy un hebreo. Adoro al Dios del cielo, pero ahora me estoy escapando de él.” Todos los hombres estaban preocupados. “¿Qué haremos?” le preguntaron a Jonás. Él contestó, “Tírenme al mar, y se calmará. Esta tormenta es culpa mía.”

¿Quién tuvo la idea de que Jonás debía ser lanzado al mar? Fue idea de Jonás, no de Dios. Jonás se había juzgado a sí mismo.

Los hombres no querían tirar a Jonás al mar. No querían matarlo. Siguieron remando lo más que pudieron para que el barco llegara a tierra, pero finalmente se dieron cuenta que no podían salvar el barco y las personas dentro al menos que tiraran a Jonás al mar. Le oraron a Jehová, al Dios de Jonás, y dijeron, “Por favor, ¡no nos castigues por lanzar este hombre al mar!” Luego tiraron a Jonás al agua, y en seguida se calmó la tormenta, y el mar estuvo calmo. Los hombres estaban maravillados. Adoraron al Dios de Jonás allí mismo. Dios pudo usar esta situación desagradable para ayudar a estos hombres a conocerlo. También usó esta situación para mostrarle a Jonás que incluso los paganos son bondadosos; estos hombres se habían sentido mal de arrojarlo al mar. Sus corazones *sí* podían estar abiertos a aprender acerca del Dios verdadero.

Dios también le mostró a Jonás su amor y cuidado, porque en cuanto Jonás cayó al agua, un enorme pez vino y lo tragó. Jonás estuvo en ese pez durante tres días y tres noches. Dios lo mantuvo a salvo de esa manera, y Jonás tuvo tiempo de pensar y orar. Estaba arrepentido por lo que había hecho, y le pidió perdón a Dios. Confió en que Dios lo salvaría. Después de tres días y tres noches, el pez lo vomitó sobre la orilla.

Una vez más, Dios le hizo una invitación a Jonás: “Ve y predica al pueblo de Nínive.” Esta vez, Jonás no se escapó. Fue directo a Nínive. Habló con voz fuerte a la gente, anunciando, “¡En cuarenta días, Nínive será destruida!” De calle en calle, dio su mensaje, y para su sorpresa, la gente prestó atención. Se arrepintieron. Incluso el rey de Nínive se arrepintió. La gente ayunó y se vistió de cilicio. Su rey se levantó de su trono y se sentó sobre cenizas. Ni siquiera les dieron alimento y agua a sus animales durante este tiempo. “Quizás Dios tenga misericordia de nosotros, y nos permitirá vivir,” dijeron.

Dios vio, Dios escuchó, y Dios tuvo misericordia de Nínive. No permitió que viniera la destrucción a esta ciudad. Esta ciudad idólatra pudo experimentar el amor y el cuidado de Dios.

Jonás tendría que haber estado feliz que la gente había aceptado su mensaje, y que la ciudad se salvó. Pero en cambio, estaba enojado. “La gente dirá que soy un falso profeta, porque mis advertencias no se hicieron realidad,” pensó. Además, a él no le gustaba la gente de Nínive, y había tenido esperanzas de que Dios no los salvaría. Enojado, le dijo a Dios, “Tú eres misericordioso y bondadoso - ¡por eso hui a Tarsis!” Jonás estaba contento que Dios había sido misericordioso con él en el mar, pero ¡no quería esa misma

misericordia para los de Nínive! Todo esto lo enojó tanto que incluso oró, “¡Solo déjame morir!”

Pero Dios no permitió que Jonás muriera. Fue paciente y amoroso con Jonás. Con bondad, Dios preguntó, “Jonás, ¿haces bien en enojarte tanto?” Jonás no contestó. Salió afuera de la ciudad, construyó una enramada, y se puso a observar lo que pasaría en la ciudad. En silencio, Dios hizo que una calabacera creciera rápidamente sobre la enramada de Jonás, para que él pudiera tener sombra y estar protegido del sol caliente. Jonás estaba contento de tener esta planta; le trajo consuelo. ¿Te acuerdas cuando Elías también había estado mal y quería morirse?<sup>18</sup> Dios le había dado descanso, alimento y bebida; lo había consolado antes de tratar de hablar y razonar con él nuevamente. Ahora Dios estaba haciendo lo mismo para el malhumorado Jonás: lo estaba consolando al darle sombra. ¿Será que ahora Jonás estaría dispuesto a escuchar a Dios?

Jonás pasó la noche bajo esa enramada. A la mañana siguiente, algo desagradable ocurrió: un gusano se comió la planta, y ésta se secó. Ahora Jonás no tenía su cómoda sombra. El sol quemaba, y el viento era incómodo. Jonás tenía tanto calor que se desmayó. “¡Solo quiero morirme!” pensó, enojado.

Ahora Dios le habló a Jonás, y dijo, “Jonás, estás tan enojado por esta planta, pero ni siquiera la plantaste ni la cuidaste. Solo apareció y vivió por un día. Si te sientes así por una planta, ¿cómo crees que me siento acerca de las 120.000 personas de Nínive, y sus animales?” A Dios le importaban estos idólatras que no conocían algo mejor, y se preocupaba por ellos. ¿Acaso esa gente no era más valiosa que una planta? ¿Y no eran acaso tan valiosos y tan amados como Jonás?

---

<sup>18</sup> Ver la historia 18 de este libro, “Dios consuela a Elías”.

Dios buscó al pueblo de Nínive, así como buscó al pueblo de Jonás. Siglos más tarde, Jesús habló de la gente de Nínive. Dijo, “Ellos escucharon la advertencia de Jonás y se arrepintieron.” ¡Qué diferente que fue su actitud, comparada con la actitud de los líderes judíos, que tenían las Escrituras, pero no se arrepintieron! Los judíos incluso tuvieron a *Jesús*, ¡y la mayoría no lo aceptó! ¿Qué más pudo haber hecho Dios por ellos?

Dios también nos busca, así como intentó llegar a esa gente. Es misericordioso y amoroso con todos, y desea que cada uno de nosotros lo escuche y confíe en él. ¿Aceptarás sus mensajes para ti, y su invitación a seguirlo?

# 36. Los últimos profetas a Israel

---

**Pero así dice Jehová a la casa de Israel: Buscadme, y viviréis. Amós 5:4 (RVR60)**



*Amós, Oseas | PR Capítulo 23*

Israel había dejado a Dios. Los reyes de Israel eran idólatras, y uno detrás de otro, hicieron maldad tras maldad. Dios siguió tratando de alcanzarlos mientras hubo esperanza. Si Israel no cambiaba, Dios tendría que permitirles vivir sin él y su protección. ¡Esto sería terrible para ellos! Dios envió a dos hombres para advertirles lo que estaría por suceder. Estos hombres fueron Amós y Oseas.

Amós era un pastor de ovejas. Fielmente cuidaba de los animales y cosechaba fruta de su campo. Pero un día, Dios le pidió a este hombre fiel y trabajador que fuese otro tipo de pastor: un pastor para su pueblo. Amós comenzó a predicar el mensaje de Dios para Israel, advirtiéndolo, “¡Habrá un desastre! ¡Serán llevados cautivos! ¡Arrepiéntanse y vuelvan a Dios!” Siguió advirtiéndolo a Israel y los países vecinos de las cosas que podrían suceder. Entre las visiones de Amós, vio que podía venir una plaga de langostas. Luego vio que podría venir un gran fuego. Oró con fervor, “Por favor, Señor, ¡perdona! ¡No permitas que esto suceda!” Dios escuchó la oración de Amós, y le aseguró, “Esto no sucederá.” ¡Cuánto ansiaba Dios que su

pueblo orara! Hubiera querido evitar todas las cosas terribles que estaban por sucederle a Israel.

Lamentablemente, la mayoría de los israelitas no le hicieron caso a Amós. Había un hombre en particular que lo odiaba: Amasías, el sacerdote idólatra en Betel. Era sacerdote de uno de los becerros de oro que el rey Jeroboam había construido tantos años antes. Fue al rey y dijo, “O rey, ¡Amós está hablando en tu contra!” También le dijo a Amós, “Ve a profetizar en Judá. ¡No te queremos aquí!” Pero Amós no dejó de profetizar. “Cuando era solo un pastor, Dios me pidió que diera este mensaje,” respondió. Su mensaje era desagradable para los israelitas porque no querían cambiar. Amós les dijo una y otra vez que había esperanza, que Dios quería restaurarlos, pero ellos no quisieron escuchar.

Oseas fue otro profeta que profetizó de los peligros en los que estaba Israel. Pero no solamente *habló*, sino que su *vida* fue un ejemplo de cómo Dios se sentía por su pueblo. Verás, Oseas tenía una esposa que lo ponía muy triste. Su nombre era Gomer. Oseas la amaba mucho, pero ella le era infiel. Lo abandonaba para estar con otros hombres. Tuvo tres hijos, pero nadie sabía realmente si los dos hijos más pequeños eran hijos de Oseas, o si otro era el padre. La mayoría de los hombres hubieran abandonado a Gomer porque ella era tan infiel, pero Oseas no lo hizo. Cada vez que ella se iba de la casa, él la buscaba. Un día la encontró en el mercado. Ella se estaba vendiendo a sí misma porque se había quedado sin dinero. Él pagó el dinero por ella y la trajo a la casa, cuando la mayoría de los hombres la hubieran dejado donde estaba. La perdonó. Crio a todos sus hijos como si fueran suyos. Oseas no quiso dejarla; ella era su esposa, y la amaba. Nada podría cambiar eso. Seguía esperando que ella se

arrepintiera y le fuese fiel. Mientras tanto, siempre la trató con amor y bondad.

Así es exactamente como Dios se sentía por su pueblo, Israel. Los amaba y cuidaba de ellos como un buen esposo ama y cuida de su esposa, y estaba dispuesto a perdonarlos por serles infiel. Se sentía triste cuando los veía sufrir, así como Oseas se sintió triste cuando encontró a su esposa vendiéndose en forma tan vergonzosa. Oseas amaba a su esposa y la perdonó, así como Dios nos perdona cuando hacemos algo mal.

“¡Arrepiéntanse y vuelvan a Dios!” Oseas le decía a la gente, mientras él esperaba que su propia esposa se arrepintiera y volviera a él. “¡Dios quiere salvarlos de los desastres que vendrán si dejan su cerco de protección!” le suplicó a la gente, mientras él deseaba salvar a su esposa del daño de otros hombres, y de la vergüenza que ella sentía después de ser infiel. ¿Se arrepentiría Israel? ¿Se arrepentiría Gomer, la esposa de Oseas?

Lamentablemente, Israel no se arrepintió. Solo unos pocos permanecieron fieles a Dios, mientras la mayoría de Israel, incluyendo sus líderes, eligieron la idolatría y no quisieron escuchar las advertencias de los profetas de Dios. La buena noticia es que Gomer, la esposa de Oseas, *sí* se arrepintió. Finalmente comprendió cuán valioso era el amor de su esposo, y ya no quiso rechazarlo ni lastimarlo más. El matrimonio de Oseas con Gomer se sanó y se restauró. Dios añoraba que su relación con Israel también se restaurara. “Hay esperanza; Dios quiere sanarlos,” Oseas le decía a Israel. Pero muy pocos hicieron caso.

Dios no podía hacer mucho por el pueblo después que rechazaran los últimos mensajes de amor que envió por medio de

Amós y Oseas. Podemos leer los libros de Amós y Oseas hoy. Sus mensajes también son para nosotros. Dios nos ha dado tantas declaraciones de su amor y cuidado por nosotros, y advertencias de lo que el pecado nos hará si elegimos al pecado en lugar de estar bajo la protección de Dios. ¡Agradezcamos a Dios por su amor, cuidado y paciencia hacia nosotros!

# 37. Los últimos reyes de Israel

---

**Te perdiste, oh Israel, mas en mí está tu ayuda. ¿Dónde está tu rey, para que te guarde con todas tus ciudades; y tus jueces, de los cuales dijiste:**

**Dame rey y príncipes?**

**Oseas 13:9-10 (RVR60)**



*2 Reyes 14:23-29; 15:8-12; 15:13-31; 17:1-4. | PR Capítulo 23*

**L**os últimos reyes de Israel fueron todos malvados. Podrían haber sido luces para el mundo, pero todos rechazaron al Dios de luz. También rechazaron a los profetas que Dios les envió para ayudarles. Llegaron al trono matando y haciendo maldad. Hicieron que el resto del pueblo adorara ídolos y abandonara a Dios. Dios finalmente les dio lo que deseaban: tuvo que retirar su presencia de ellos – y si la presencia de Dios no estaba con ellos, entonces tampoco lo estaba su protección. Y por un tiempo, pareció que fuese tan grave; no todas las cosas malas cayeron sobre ellos de repente, porque Dios se retiró lentamente, por misericordia hacia ellos.

El rey Jeroboam II de Israel reinó durante 41 largos años, pero fue un rey malvado. No hizo caso a las advertencias de los profetas Eliseo, Oseas ni Amós. Amós le dio mensajes que eran especialmente para él, pero él no los escuchó. Permitió que su sacerdote idólatra lo echara a Amós. Dios le ayudó a Jeroboam II a ganar batallas importantes. Incluso envió al profeta Jonás para que lo animara antes

de una de esas batallas, pero él no fue agradecido, y no se volvió a Dios. Murió sin jamás haber entregado su corazón a Dios.

El hijo de Jeroboam II, Zacarías, fue rey en su lugar. Reinó solo seis meses porque era tan malvado. ¿Cómo murió tan pronto? Un hombre llamado Salum lo mató y fue rey en su lugar. Salum mató para poder ser rey, y murió de la misma manera. Solo fue rey durante un mes, y un hombre llamado Manahem lo mató y fue rey en su lugar.

Manahem era un rey muy cruel, y reinó durante diez años. Mientras fue rey, los asirios vinieron a atacar a Israel. Manahem le cobró a todo el pueblo impuestos de plata para poder pagárselos todos al rey de Asiria. De esta manera, los asirios permitieron que los israelitas vivieran en sus propias casas y tierras, por lo menos por un tiempo. Manahem tendría que haber estado agradecido a Dios que él y su pueblo todavía tenían permitido vivir en Israel y no fueron llevados cautivos a otras tierras. Tendría que haberse dado cuenta que Dios estaba siendo misericordioso con ellos en ese momento, y podría haberse arrepentido, pero no lo hizo.

Cuando murió Manahem, su hijo Pekaía fue rey de Israel. Pekaía fue muy impío, y solo reinó por dos años. Uno de sus capitanes, Peka, lo mató y fue rey en su lugar. Peka reinó durante veinte años, pero durante todo ese tiempo fue tan malvado como todos los reyes antes de él. Durante la época de Peka, los asirios entraron y se llevaron a varios cautivos. ¿Se arrepintió el rey? ¿Se arrepintieron los Israelitas? No. Podrían haberle pedido a Dios que los ayude, pero no lo hicieron. Siguieron adorando a sus ídolos inútiles.

Peka también murió como muchos de los reyes antes que él: un hombre llamado Oseas lo mató y fue rey en su lugar. Pero el rey Oseas casi ni tuvo poder; Israel ya estaba debilitada después que los

asirios se llevaron a sus cautivos. Oseas fue malvado, y Dios ya no pudo protegerlo ni pudo proteger a su reino. Los asirios vinieron y obligaron a Oseas a que le pagara impuestos. Pero entonces Oseas dejó de pagarles. También le envió un mensaje al faraón de Egipto, diciendo, “¡Por favor, ayúdame en contra de los asirios!” Esto enojó mucho a los asirios. También le dio tristeza a Dios. Él deseaba ayudar a Israel, pero el rey de Israel había elegido, en cambio, ¡pedirle ayuda a Egipto! Con este claro rechazo final del rey de Israel, Dios tuvo que permitir que los asirios hiciesen lo que querían. Se llevaron al rey Oseas y lo pusieron en prisión, luego capturaron a todo Israel. El reino de Israel había llegado a un triste final.

Los últimos reyes de Israel podrían haber ayudado a traer al pueblo nuevamente a Dios, pero hicieron lo opuesto. Dios había deseado ser el rey de Israel, pero el pueblo había elegido, en cambio, a hombres, y estos hombres les fallaron. Dios todavía quiere ser el rey en cada uno de nuestros corazones. Quiere darnos su Espíritu para que nos guíe constantemente y nos dé paz. No seas como el pueblo de Israel, que eligió que los hombres fueran sus reyes. No seas como sus reyes, que rechazaron a Dios. ¿Permitirás que Dios sea tu rey?

# 38. La cautividad de Israel

---

**Pero Israel ha rechazado lo bueno, y por eso lo perseguirán sus enemigos. Oseas 8:3 (DHH)**

 2 Reyes 17; 18:9-12 | PR Capítulo 23

**L**os reyes de Israel habían rechazado a Dios. Se habían rehusado escuchar sus invitaciones, consejos y advertencias. Habían ignorado a los profetas que Dios les envió, y habían elegido hacer su propia voluntad. Habían preferido pedirles ayuda a otros reyes paganos, y a sus ídolos, en lugar de pedirle ayuda a Dios. Dios finalmente tuvo que darles lo que querían: tuvo que retirarse y no interferir más en sus vidas. Con corazón quebrantado, vio cómo comenzaron a caer los desastres sobre Israel.

Oseas fue el último rey de Israel. Los asirios vinieron e invadieron a Israel, y por un tiempo permitieron que los israelitas vivieran en sus casas y tierras, siempre y cuando el rey Oseas estuviera de acuerdo en pagarles impuestos todos los años. Pero después de un tiempo, Oseas no quiso pagarles más. Quería la libertad, y en lugar de consultar a Dios, le envió un mensaje al faraón egipcio para pedirle ayuda. Cuando los asirios se enteraron de esto, se enojaron mucho.

Ahora los asirios ya no estaban dispuestos a ser bondadosos con Israel. El rey de Asiria trajo su ejército a Samaria, la capital de Israel, y la rodeó. Durante tres años, Samaria fue rodeada por el ejército asirio. A esto se le llama “sitio”. Cuando una ciudad es sitiada, nadie puede entrar ni salir de la ciudad libremente. Tampoco pueden traer

alimento a la ciudad. La gente en Samaria se quedó sin comida. Más adelante, hasta se quedaron sin agua. Después de tres años de este sitio, Samaria se rindió ante el ejército asirio. Los asirios llevaron a la gente de Samaria a otros lugares. Ahora los israelitas eran cautivos; eran prisioneros y ya no podían vivir en sus casas y tierras, y el rey Oseas fue llevado preso.

A esto se le llama “la dispersión” de Israel; fueron dispersos por todo el reino asirio. Dios les había advertido que esto sucedería si lo abandonaban y elegían ir con sus ídolos. Los ídolos no podían protegerlos; solo Dios podía hacerlo. A Dios se le partía el corazón al permitirles obtener lo que habían elegido.

El rey de Asiria trajo a gente de otras naciones para que viviera en Samaria y en las ciudades que la rodeaban. Estas personas comenzaron a vivir allí en lugar de los israelitas. Pensaban que estarían a salvo en esta tierra, pero pronto vinieron leones y mataron a varios de ellos. Dios había protegido a los israelitas de los animales salvajes que podrían lastimarlos, pero esta gente nueva que acababa de mudarse no estaba interesada en Dios ni en su protección para nada, así que nada impidió que los leones atacaran<sup>19</sup>.

Esta gente habló con el rey de Asiria y le dijeron, “No conocemos la ley del Dios de esta tierra. Ahora ha enviado leones que nos maten.” ¿Será que Dios había enviado los leones para que lastimaran a la gente? No. Pero esto es lo que ellos pensaron. El rey dijo, “Envía a uno de los sacerdotes cautivos para que les enseñe del Dios de esa tierra.” Pronto trajeron a uno de los sacerdotes que había sido llevado cautivo de Israel, y él empezó a enseñarles de Dios. Ahora esta gente

---

<sup>19</sup> 2 Reyes 17:25 dice que Jehová “envió contra ellos leones”. En la Biblia, a menudo cuando dice que Dios hizo algo, significa que lo permitió; que no evitó que sucediera. Él no envió a los leones directamente, sino que no protegió a la gente de estos animales debido a sus decisiones.

tuvo la oportunidad de aprender acerca del Dios de la vida. Por un tiempo, respetaron a Dios. Pero lamentablemente, nunca abandonaron por completo a sus ídolos. Eventualmente, dejaron de adorar a Dios y se volvieron por completo a la idolatría. ¡Qué triste que no usaron la oportunidad que Dios les dio para ir a él!

Dios todavía quería que los israelitas fuesen luces para él entre las naciones paganas. Como habían fracasado en esto cuando estaban en su propia tierra, como nación, Dios permitió que fuesen dispersos por todo el imperio asirio. Había unos pocos israelitas que todavía eran fieles a Dios y no adoraban ídolos. Dios utilizaría a estos pocos valientes y fieles para compartir la verdad de Dios y su carácter entre los paganos asirios. Dios todavía podía transformar esta situación tan triste en una bendición para aquellos que estuviesen dispuestos a seguirlo y adorarlo.

No era el plan de Dios, ni su voluntad, que Israel fuese llevada cautiva. Pero tuvo que darles lo que escogieron. Ellos habían “rechazado lo bueno”, y ahora sus enemigos tuvieron poder sobre ellos. ¡Qué triste que perdieron su tierra y las bendiciones que Dios deseaba darles! Sin embargo, todavía había esperanza: Dios seguiría obrando por medio de los pocos que le eran fieles.

Israel había “rechazado lo que es bueno”, pero nosotros no necesitamos tomar las mismas malas decisiones que ellos tomaron. Dios nos está ofreciendo su Espíritu – nos ofrece todo lo que es bueno; nos quiere dar vida, paz y un carácter hermoso como el suyo. ¿Aceptarás lo que Dios te está ofreciendo?

# 39. Tres reyes buenos de Judá

---

**Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Colosenses 3:2 (RVR60)**



*2 Crónicas 25; 26; 27; 2 Reyes 14:1-22; 15:1-7, 32-38. | PR Capítulo 25*

**L**os últimos reyes de Israel fueron todos malos. Pero mientras estos reyes reinaban, el reino de Judá todavía tuvo algunos reyes buenos. Por eso, el reino de Judá no fue llevado cautivo junto con el reino de Israel.

Uno de estos reyes buenos fue Amasías. Él era hijo del rey Joás. El rey Joás fue ese niño que había empezado siendo un buen rey, pero que más adelante se alejó de Dios. Cuando Amasías se hizo rey, mató a los sirvientes que habían matado a su padre, pero por lo menos permitió que las familias de estos sirvientes vivieran, porque Moisés había escrito que “los hijos no morirán por los pecados de sus padres.” Al igual que su padre, Amasías intentó seguir a Dios, pero no lo hizo de todo corazón.

Antes que Israel fue llevada cautiva por Asiria, Amasías comenzó a formar un gran ejército, y quiso que los hombres del reino de Israel se le unieran. Incluso pagó grandes cantidades de plata a Israel para su ejército. Mientras hacía esto, un profeta vino y le advirtió, “No tengas a hombres de Israel como parte de tu ejército; Dios no está con Israel. Si haces esto, perderás la batalla.” Amasías preguntó, “¿Qué de toda la plata que le pagué a Israel por todos esos

hombres?” El profeta contestó, “Dios puede darte mucho más que esa plata.”

Amasías le creyó al profeta. Decidió enviar a los soldados israelitas de nuevo a sus hogares, y luchar sin ellos. Los soldados tendrían que haber regresado en paz, pero no lo hicieron. Se enojaron porque habían esperado recibir los despojos de la batalla, además de su pago. Entonces, mientras Amasías y su ejército fueron a luchar contra Edom, los iracundos soldados israelitas atacaron a varias ciudades de Judá y se llevaron despojos de allí.

Dios estuvo con Amasías y le ayudó a vencer a Edom. Pero luego Amasías hizo algo terrible: trajo los ídolos de Edom a Judá, y comenzó a adorarlos. Tendría que haber adorado a Dios y dado gracias por su protección, pero ignoró a Dios ¡y adoró a los mismos ídolos que *no* habían protegido a los edomitas! Otro profeta vino al rey Amasías y le preguntó, “¿Por qué adoras a estos ídolos? ¡Ni siquiera pudieron proteger al pueblo de Edom!” Amasías no quiso escuchar más al profeta. Amenazó con matarlo si continuaba hablando. El profeta advirtió, “Serás destruido porque no has escuchado este consejo.” Las decisiones de Amasías lo iban a lastimar. ¡Si tan solo hubiera hecho caso a esta advertencia y se arrepentía!

Ahora Amasías quiso luchar contra Israel. Estaba enojado que los soldados israelitas habían atacado sus ciudades. Envío un mensaje al rey de Israel, el rey Joás (nieto de Jehú). El rey de Israel no quería pelear, y trató de convencerlo que no lucharan. “Ya has vencido a los edomitas. Disfruta de la paz en tu casa. Tu reino podría sufrir si luchas contra nosotros.” Pero Amasías insistió, así que los dos ejércitos se enfrentaron para pelear. Dios no estuvo con Amasías esta

vez, y Judá perdió en forma humillante. El rey de Israel rompió parte del muro de Jerusalén, y su ejército se llevó muchas cosas valiosas del templo y del palacio del rey.

Después de eso, Amasías tuvo un reino débil. Su pueblo ya no confiaba en él. Se enteró que algunos de sus hombres lo querían matar, así que huyó a la ciudad de Laquis. Pero allí lo encontraron y lo mataron. ¡Cuán diferente hubiera sido su reinado si hubiera estado dispuesto a escuchar a Dios!

Después de Amasías, su hijo Uzías (también llamado Azarías) fue rey de Judá. Uzías solo tenía dieciséis años cuando se hizo rey. Hizo lo bueno. Siguió el consejo de un profeta llamado Zacarías (no es el mismo Zacarías que escribió el libro de la Biblia). Por su justicia, Dios estuvo con él cuando fue a la batalla contra sus enemigos. Algunas de las naciones a su alrededor le pagaban impuestos. Uzías también construyó torres, fortificó los muros de las ciudades, cavó pozos en el desierto, tuvo muchísimos animales, y formó un gran ejército. Su reino era fuerte.

Lamentablemente, toda esa fuerza enorgulleció al rey Uzías. Un día decidió, “Voy a adorar al Señor, pero quemaré incienso yo mismo en el lugar santo. ¿Por qué solo los sacerdotes pueden hacerlo?” Esto era completamente contrario a las instrucciones de Dios; solo los sacerdotes podían entrar al lugar santo; solo los sacerdotes podían quemar incienso.

El rey entró al templo. El sacerdote Azarías, junto con 80 sacerdotes más, intentaron frenar al rey, con respeto, pero con firmeza. “No deberías hacer esto; Dios eligió a los de la familia de Aarón para que quemaran incienso. Necesitas irte del lugar santo,” le rogaron. Pero Uzías no quiso irse. Levantó el incensario que tenía en la mano e insistió en quemar incienso él mismo. Miró a los sacerdotes

con enojo. De repente, los sacerdotes se dieron cuenta que el rey tenía lepra en su frente. Rápidamente lo sacaron del templo. El rey Uzías ahora quedó humillado. Permitió que lo sacaran de allí, porque sabía que los leprosos no podían estar en el templo. El rey vivió el resto de su vida en una casa aparte, lejos de la gente. Nunca se recuperó de su lepra. No sabemos si le pidió a Dios que lo perdonara y lo sanara. ¡Este es otro final triste para una historia que podría haber sido tan diferente!

En cuando el rey Uzías se volvió leproso, su hijo Jotam comenzó a reinar en su lugar. Cuando Uzías murió, Jotam fue el rey oficial de Judá. Jotam fue un buen rey, e hizo lo correcto. Nunca adoró ídolos, pero tampoco hizo demasiado para ayudar a que el pueblo abandonara sus ídolos y volviera a Dios.

El rey Jotam arregló las paredes de Jerusalén que se habían roto durante una batalla varios años antes. Construyó ciudades, torres, castillos, e incluso una puerta del templo. Los amonitas le pagaban impuestos caros porque los había vencido en batalla. Durante su reinado, Judá disfrutó mayormente de paz y prosperidad. El rey Jotam terminó bien su reinado. Es uno de los pocos reyes que fue fiel a Dios toda su vida.

Amasías, Uzías y Jotam fueron, en mayor medida, buenos reyes. O por lo menos, no fueron reyes completamente malvados. Estos reyes ayudaron a Judá a mantener la protección de Dios. Sin embargo, ¿cuánto más podría haber hecho Dios por Judá si cada uno de estos reyes lo hubiera seguido completamente? Amasías comenzó bien, pero después terminó en idolatría. Uzías adoró a Dios y no fue idólatra, pero su orgullo lo transformó en un leproso. Solo Jotam fue fiel toda su vida. ¿Por qué algunos de estos reyes se distrajeron con cosas que los alejaron de Dios? Porque no pusieron “la mira en las

cosas de arriba”, y en cambio, se enfocaron en cosas terrenales. Esto es lo que los alejó de Dios durante la última parte de sus vidas.

¿Deseas estar cerca de Dios toda tu vida? Pon la mira, o tus pensamientos, en las cosas de arriba. No te enfoques en cosas terrenales que nos alejan de Dios. Pídele que llene tu mente con sus palabras y su vida, para que no seas distraído por cosas terrenales sin valor.

# 40. Dios llama a Isaías

---

**y tocando con él [el carbón encendido] sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado. Isaías 6:7 (RVR60)**

 *Isaías 6 | PR Capítulo 25, 26*

**D**urante el reinado del rey Uzías de Judá, Dios eligió a un hombre llamado Isaías para que fuera su profeta. Isaías venía de la familia real de Judá. ¿Será que los reyes de Judá, y la gente de Judá, escucharía su mensaje? Mientras Oseas y Amós le advertían a Israel de su peligro, Isaías estaba haciendo lo mismo en Judá.

Unos años después que Isaías comenzó a dar sus mensajes, el reino de Israel terminó. Los asirios vinieron a Samaria, la capital de Israel, tomaron a las diez tribus cautivas y las esparcieron por todo el reino asirio. Si el pueblo de Judá no se volvía pronto a Dios, lo mismo les sucedería a ellos. Isaías les advirtió esto una y otra vez. Con cada advertencia, también les recordó cuánto Dios los amaba y ansiaba salvarlos.

Isaías estaba preocupado por el pueblo. Estaban lejos de Dios, y no tenían interés en aprender de él. Eran malos y egoístas, y lastimaban a otros. Cuando Dios lo llamó, Isaías se preguntó, “¿Les digo? ¿Escucharán? ¿Acaso no rechazarán lo que les diga?”

Mientras Isaías pensaba esto, estaba parado a la entrada del templo. De repente, tuvo una visión: el Hijo de Dios, alto y sublime, estaba sentado sobre un trono en el lugar santísimo. La orla de su

manto llenaba el templo; su gloria llenaba el templo. Por encima del trono vio ángeles serafines. Cada uno de estos ángeles tenía seis alas: un par de alas cubría sus rostros, otro par de alas cubría sus pies, y con el último par podían volar. Clamaban, “¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria!” ¿Por qué clamaban la palabra “santo” tres veces? Porque en el hebreo antiguo, cuando alguien repetía una palabra como “santo” tres veces, significaba “santísimo” o “muy, muy santo”. Los ángeles estaban diciendo que Dios es el más santo de todos. Y porque su Hijo estaba sobre el trono en esta visión, el Hijo de Dios es tan santo como su Padre.

A medida que cantaban sus alabanzas, los quiciales de las puertas temblaron, y el templo se llenó de humo. Cuando Isaías vio esto, sintió su pecaminosidad con más profundidad que nunca. Allí estaba, mirando al santo Hijo de Dios, mientras era tan pecador. Clamó, “¡Oh, no! ¡Seré destruido, porque cada palabra que digo es inmunda, y vivo entre un pueblo que dice cosas inmundas, y ahora mis ojos han visto al Rey, al Señor de los ejércitos!”

En cuanto dijo esto, uno de los serafines voló hacia él para consolarlo. El serafín usó tenazas para levantar un carbón encendido del altar. Luego colocó el carbón encendido sobre la boca de Isaías, y dijo, “Esto ha tocado tus labios. Tu pecado te es quitado; estás perdonado.”

Luego Isaías escuchó que el Señor preguntó, “¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros?” al instante, Isaías contestó, “Aquí estoy; envíame a mí.”

El serafín le dijo que la mayoría del pueblo rechazaría su mensaje, pero que él debía predicarlo igual. El pueblo sería llevado cautivo, y Judá y sus ciudades serían destruidas, porque iban a

rechazar las advertencias de Dios. ¡Qué mensaje terrible! Pero Dios también le dijo a Isaías que había esperanza. El ángel dijo, “Un remanente regresará; unos pocos van a regresar al final.” El mensaje de Isaías era importante porque por lo menos ayudaría a aquellas pocas personas que todavía estaban dispuestas a adorar a Dios y escuchar sus palabras.

Isaías ahora estaba listo para compartir el mensaje que Dios le estaba dando. Estaba seguro que Dios lo amaba y lo había perdonado, y que es misericordioso y compasivo para con todos. Después de esta visión, Isaías estuvo seguro que Dios le daría su Espíritu para poder compartir el mensaje con el pueblo. Esta visión le dio la fuerza para ser un profeta durante sesenta años. Durante estos sesenta años, la mayoría rechazó lo que él tuvo para decir. Pero lo dijo igual, porque Dios estaba con él.

“¡Dios puede sanar tu corazón pecaminoso!” le decía a la gente, “¡Quiere salvarte del pecado! ¡No te puedes sanar a ti mismo, pero él puede y quiere hacerlo! ¡Quiere ayudarte, aunque no lo merezcas!”

Aunque la mayoría de la gente rechazó su mensaje, hubo unos pocos que escucharon y lo aceptaron. Estos pocos fueron fortalecidos y animados. Cuando Judá fue llevada cautiva, estos pocos fieles pudieron seguir adorando a Dios y compartiendo su verdad en los países paganos donde fueron llevados.

Somos pecaminosos, pero Dios quiere sanarnos. Esta sanación vendrá si admitimos que somos pecadores, y aceptamos el perdón de Dios. Él no puede sanarnos si nosotros no queremos que lo haga. Dios quiere consolarnos y utilizarnos para su obra, para que podamos ayudar a otros a conocerlo, también. Cuando Dios pregunta, “¿A quién enviaré?” ¿Le contestarás, “Aquí estoy, Señor, envíame a mí”?

# 41. El viñedo y el conocimiento de Dios

---

**No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar. Isaías 11:9 (RVR60)**



*Isaías 5; 4:2; 11; 53; 58*

Dios le dio a Isaías hermosos mensajes para su pueblo. Uno de estos fue el poema del viñedo y las uvas silvestres. En este poema, Dios le dijo a Isaías, “Mi Hijo tenía un viñedo en una ladera fértil. Preparó el suelo, plantó las mejores vides, y construyó un cerco alrededor del viñedo para protegerlo. También construyó una torre y un lagar allí, para estar listo cuando maduraran las uvas. ¡El viñedo tendría que haber producido las uvas más dulces y jugosas! Pero a pesar de todo su amor y cuidado, el viñedo produjo uvas silvestres; uvas que no se pueden comer.”

¡Qué decepción tan grande! Después de todo ese cuidado, ¿cómo podía ser que el viñedo produjera fruta tan mala? Luego Dios dijo, “Ahora el cerco que protegió al viñedo será quitado, y los animales salvajes comerán las vides y las pisotearán. Ya nadie cuidará estas plantas, así que crecerán espinas sobre ellas. ¡Ni siquiera caerá la lluvia sobre este viñedo!”

Isaías explicó, “El viñedo es Israel y Judá. Dios buscó buenos frutos allí, buscó justicia, pero en cambio, encontró maldad.” Ahora, por la maldad de Israel y Judá, la tierra pronto estaría vacía.

¿Por qué Israel y Judá produjeron tan malos frutos, tanta maldad? Porque no estaban conectados con el Hijo de Dios. Isaías explicó, “El Hijo de Dios es el retoño, o el brote, de Isaí, y es la raíz de Isaí.” Isaí fue el padre del rey David, y el Hijo de Dios nacería dentro de la familia de David. El Hijo de Dios es como la raíz perfecta, o el retoño perfecto, y si estamos conectado a él, produciremos buenos frutos. Si no estamos conectados, produciremos uvas silvestres.

¿Cómo es el fruto, o el carácter, de Jesús? Es completamente desinteresado y está enfocado en hacerle el bien a los demás. Isaías dijo, “El Hijo de Dios vendrá a la tierra y sufrirá por nosotros. Los hombres lo rechazarán y lo odiarán, pero él igual cargará nuestros pecados y nuestra tristeza. Hará esto para que podamos ser sanados. Morirá como un criminal, aunque nunca será violento, y siempre dirá la verdad.” Este es el carácter de Jesús, y el carácter pacífico que quiere dar a sus seguidores (nosotros), para que podamos mostrar su amor y bondad a los demás, incluso cuando nos estén maltratando.

¡Cuán diferente es el carácter de Jesús del de los líderes de Israel! Isaías escribió con tristeza que los líderes eran egoístas y mentirosos. No prestaban atención a las leyes de Dios. Los que eran religiosos ni siquiera les importaba Dios; solo les importaba quedar bien parados frente a otros. Ayunaban (dejaban de comer durante largos periodos de tiempo) como si eso los haría santos, pero Isaías dijo, “Cuando haces ayuno, solo te agradas a ti mismo. Aún sigues tratando mal a tus sirvientes. Peleas con otros durante tu ayuno. Pero el verdadero ayuno que Dios desea es que vivas sin egoísmo; que te humilles, que

des alimento, ropas y techo a los que lo necesitan. Entonces Dios te sanará, te guiará y te protegerá. Serás como una luz en la oscuridad.” Isaías también dijo, “Respeten el sábado y enfóquense en Dios; él los recompensará.” ¡Si tan solo la gente hubiera seguido ese consejo! ¡Hubiera tenido una relación cercana con Dios y hubiera encontrado tanta paz!

El conocer a Dios en profundidad lo es todo. ¡Es vida! La presencia de Dios es lo que hará que el cielo y la tierra nueva sea un lugar tan maravilloso. Isaías escribió: “El lobo y el cordero vivirán juntos. El leopardo se acostará con el cabrito, así como también el ternero con un león. Y un niño los guiará. Niños pequeños jugarán con víboras, ¡y no será peligroso!” Isaías escribió, maravillado: “No lastimarán ni destruirán, *porque la tierra estará llena del conocimiento de Dios.*”

Estos son solo algunos de los hermosos mensajes que Isaías compartió con el pueblo de Dios. Podemos encontrar más en su libro. Dios compartió estos mensajes porque deseaba que su pueblo lo conociera, para que la tierra fuese “llena del conocimiento de Dios.” ¿Qué pasa cuando la gente conoce a Dios profundamente? Producen los frutos de un buen carácter, y guardan sus leyes porque lo aman y aman sus caminos. ¡Qué hermoso lugar será la tierra nueva, llena de gente que conoce al Señor y lo ama!

¿Quieres conocer a Dios? Pídele que te dé más conocimiento de él, y que su Espíritu produzca buenos frutos en ti.

# 42. El rey Acaz y sus ídolos

---

**Mas tú, Señor, Dios misericordioso y clemente,  
Lento para la ira, y grande en misericordia y verdad. Salmo 86:15  
(RVR60)**



*2 Reyes 16; 2 Crónicas 28, Isaías 7, 8. | PR Capítulo 27*

**E**l rey Acaz fue uno de los reyes más malvados que tuvo Judá. ¿Cómo podía ser esto? Su padre, el rey Jotam, había sido un buen rey, fiel a Dios. Su hijo Ezequías, que fue rey después de él, también fue un rey fiel y maravilloso. Pero Acaz no lo fue.

Acaz subió al trono cuando tenía veinte años. Desde el principio de su reinado, adoró a los ídolos y se alejó de Dios. Estaba tan profundamente metido en la idolatría que hasta hizo una de las cosas más horribles que hacían los idólatras: ¡quemó algunos de sus hijos como ofrendas a sus ídolos! Dios le había pedido a su pueblo que nunca jamás hiciera algo tan terrible. Les había dicho que los Cananeos quemaban a sus hijos en sacrificio, y esta era una de las razones por las cuales se los sacó de sus tierras. ¿Qué llevó a este rey a hacer algo tan horrible?

El rey Acaz hizo estas cosas terribles porque estaba desesperado. Se dio cuenta que su reino era débil, y las naciones que lo rodeaban lo estaban atacando. ¿Y de dónde pensó que podría encontrar protección? ¡De los ídolos paganos! ¿Cómo podía pensar de esa forma? Su nación tenía al Dios del cielo, sin embargo, Acaz lo

ignoraba. Dios siguió tratando de alcanzar al rey Acab durante toda su vida, pero este rey testarudo rechazó la ayuda de Dios.

Una vez, dos naciones atacaron a Judá, una detrás de otra. Primero los sirios atacaron y se llevaron cautivos. Luego el rey Peka, uno de los últimos reyes de Israel, atacó a Judá, y se llevó a 200.000 cautivos. ¡Hasta los niños fueron llevados cautivos! ¿Cómo podían los israelitas hacerle esto a los de Judá?

Cuando los soldados israelitas traían sus cautivos a Samaria, un profeta llamado Oded vino y le dijo al rey de Israel, “Dios entregó a Judá en tus manos por sus pecados. Ahora tienes a todos estos cautivos y estás planeando que sean tus esclavos. Pero no olvides que *tú* también has pecado contra Dios. Sería mejor si dejas que esta gente regrese a sus hogares. Dios no está de acuerdo con que te los quedes.”

Cuatro de los líderes de Israel estaban escuchando atentamente al profeta, y sabían que tenía razón. “No te quedes con los cautivos,” le rogaron al rey, “ya hemos pecado contra Dios; no pequemos aun más.” Se prepararon para ayudarles a los cautivos a volver a sus casas: les dieron de comer, y se aseguraron que tuvieran ropa y calzado puesto. Luego los dejaron libres. Los israelitas incluso se dieron cuenta que algunas de las personas estaban débiles, así que a éstas les dieron burros para que puedan ir cabalgando a sus hogares. ¡Qué maravilloso que los cautivos de Judá volvieran a sus hogares! El rey Acáz tendría que haber visto esto como un acto de misericordia de Dios, pero no pareció notarlo. Siguió adorando sus ídolos.

Pronto el reino de Judá recibió otro ataque, esta vez por los edomitas y filisteos. El rey Acáz podría haberle pedido ayuda a Dios, pero en cambio le pidió a su enemigo, el rey de Asiria, que lo

ayudara. Le pagó con presentes caros. El rey de Asiria solo le ayudó a Judá un poquitito, luego dejó de ayudar. Pero todavía esperaba que el rey Acaz le siguiera enviando su pago.

Acaz y su reino estaban en mucho peligro ahora. Siria e Israel estaban enojados porque le había pedido ayuda a Asiria. Como ellos eran enemigos de Asiria, ahora también eran enemigos del rey Acaz.

Acaz no pensó en pedirle ayuda a Dios, pero Dios igual se la ofreció. Envío al profeta Isaías y a su hijo Sear-Jasub para que hablaran con él. “No tengas miedo de Siria e Israel! No dependas de Asiria para recibir ayuda,” lo animó Isaías. Pero el rey Acaz no dijo nada. Quería ignorar lo que Isaías estaba diciendo.

Isaías insistió, “¡Pídele a Dios una señal! ¡Si Dios cumple esta señal, ¿confiarás en él?” El rey Acaz no quería confiar en Dios. Con terquedad, dijo, “No pediré; no tentaré a Dios.” ¿Cómo podía ser que ni siquiera quería *probar* de confiar en Dios? Sin embargo, incluso después de esto, Dios no quiso darse por vencido con Acaz. Le envió un mensaje por medio de Isaías, que decía, “Aquí hay una señal: una virgen tendrá un hijo. Este hijo elegirá el bien y rechazará el mal. Además, antes que este niño aprenda cómo rechazar el mal y elegir el bien, los reyes de Siria e Israel, que te están molestando, ya no existirán.”

Dios le estaba diciendo al rey Acaz, “Mi Hijo Jesús nacerá, y él elegirá lo que es bueno. Aunque tú no quieras trabajar conmigo ahora, mi Hijo vendrá, y aún habrá salvación para los que la aceptan.” También le estaba prometiendo ayudarle contra sus enemigos. ¿Aceptaría el rey Acaz el ofrecimiento de Dios?

Luego Dios envió una señal más por medio de Isaías. Dijo que la esposa de Isaías pronto tendría un hijo. “Antes que este niño aprenda

a decir ‘Papá’ o ‘Mamá’, el rey de Asiria se llevará las riquezas de Siria e Israel.” Cuando nació el hijo de Isaías, todos sabían que las señales que Dios había dado se cumplirían. ¿Creería el rey Acaz ahora? ¿Se volvería a Dios?

No, el rey Acaz no lo hizo. En cambio, comenzó a adorar a otro ídolo, uno de Siria. Siria acababa de perder una gran batalla contra Asiria, así que el rey Acaz sabía que este ídolo no había protegido a Siria. ¿Por qué pensó que podría proteger a Judá? ¿Acaso Dios no lo protegería mejor?

Luego las cosas empeoraron aun más: el rey Acaz quiso seguir pagándole a Asiria para que lo protegiera, así que quebró los utensilios más valiosos del templo, y le dio los metales al rey de Asiria. Luego cerró la puerta del templo para que nadie pudiera adorar allí. Construyó altares y lugares para adorar ídolos en todo su reino. Acaz rechazó completamente a Dios y no quiso saber nada de él.

Después de eso, no hubo nada más que Dios pudiera hacer por él. El rey Acaz vivió un poquito más, luego murió. La gente de Judá ni siquiera lo enterró en el lugar especial donde enterraban los reyes, porque había sido un rey tan malo.

¡Con cuánta paciencia Dios intentó llegar al rey Acaz toda su vida! Le ofreció ayuda y hasta le dio señales para ayudarlo a creer. Fue misericordioso. Pero nada de eso ablandó el corazón de este rey impío. Dios es así de amoroso, paciente y misericordioso con cada uno de nosotros. ¿Aceptarás su amor y cuidado por ti? ¿Permitirás que te guíe y que sea tu Dios?

# 43. El Profeta Miqueas

---

**Mas yo a Jehová miraré, esperaré al Dios de mi salvación; el Dios mío me oirá.**

**Miqueas 7:7 (RVR60)**

 *Miqueas*

**M**ás o menos al mismo tiempo que Dios llamó a Isaías, también llamó a un hombre llamado Miqueas. Isaías era de la familia real, pero Miqueas venía de una familia de campo, cerca de un pueblo llamado Moreset. Aunque Miqueas e Isaías venían de familias muy diferentes, Dios usó a ambos para hacer una obra importante para su pueblo.

Miqueas comenzó a advertir que los reinos de Israel y Judá estaban en peligro. “Asiria atacará! ¡Se llevará cautivos de Israel!” advirtió. Además escribió: “También Babilonia vendrá a Jerusalén, y causará aun más daño.” ¿Por qué sucedería todo esto? Miqueas explicó que Israel y Judá se habían alejado de Dios. Los líderes trataban a la gente en forma injusta y se hacían ricos porque engañaban a los pobres. Miqueas dijo, “Los líderes son tan injusto, que ¡es como si se estuvieran comiendo a la gente!” Los sacerdotes enseñaban lo que sea que la gente quería escuchar, aunque no fuese verdad. Los profetas decían lo que le traería dinero, aunque fuese todo mentiras. “Dios está con nosotros,” decían los falsos profetas. Pero esto no era verdad. Dios estaba retirando su protección de Israel, porque los líderes y el pueblo habían rechazado sus leyes.

Dios le suplicó al pueblo, “¿Qué mal te he hecho? Te saqué de Egipto y te liberé de la esclavitud.” Dios solo había hecho cosas buenas por ellos, pero ellos habían elegido dejarlo e ignorar su voz. La gente incluso había comenzado a pensar, “Dios me pide demasiado. ¿Cuántas ovejas será que tengo que ofrecer? ¿Cuánto aceite es suficiente? ¿Será que tengo que sacrificar a mis propios hijos? ¿Es eso lo que Dios quiere?” Dios nunca había pedido nada de eso. Miqueas escribió: “Dios pide que hagas lo bueno, que ames la misericordia, y que camines humildemente con él.” Si nos mantenemos cerca de Dios, él hará el resto por nosotros. No está esperando que le demos ofrendas caras para merecer su amor.

Miqueas dijo, “Dios quitará los caballos, carros, fortalezas, y hechicerías e ídolos de ellos.” Todas estas cosas estaban manteniendo al pueblo lejos de Dios. Cuando Asiria y Babilonia los atacaran, estas cosas serían quitadas. Solo quedaría Dios con ellos, si es que lo aceptaban.

Nuevamente, Miqueas miró lo que estaba sucediendo en Israel y Judá, y escribió con tristeza: “Hay tanta maldad que es como si se juntaron los frutos, y ya no queda nada en los campos. No queda gente buena en la tierra.” Es más, la situación era tan mala que Miqueas escribió: “Nadie puede confiar en sus amigos, los hijos son irrespetuosos con sus padres, y los miembros de familia se vuelven enemigos.” La única esperanza de Israel y Judá estaba en Dios. ¿Se volverían a él?

Dios todavía quería bendecir a Israel y Judá. Miqueas escribió que el Mesías nacería en Belén, un pequeño pueblo de Judá. Dios todavía estaba dispuesto a enviarles su Hijo. ¿Se darían cuenta de cuánto él los amaba? Miqueas insistió, “Dios perdona, se deleita en la misericordia. Echará todos nuestros pecados en la profundidad del

mar.” ¡Qué hermosas verdades escribió Miqueas acerca del carácter de Dios!

Lo que Miqueas escribió de Israel y Judá no fue agradable. Pero cuando Dios advierte, también ofrece esperanza y consuelo. Miqueas escribió la hermosa promesa de Dios: “Reuniré a mi pueblo, así como un pastor junta a sus ovejas. Los traeré a buenos pastos y volveré a ser su rey.” Miqueas también dijo, “Aunque el templo terminará destruido, un día Dios lo reconstruirá. Pueblos de muchas naciones vendrán al templo y le pedirán a Dios que les enseñe sus caminos, y vivirán en paz y serán prosperados.” Miqueas escribió que Jerusalén sería reconstruida después del cautiverio. Pero también escribió de un momento aun mejor: la segunda venida de Jesús y el reino que establecerá. En ese momento, los hijos de Dios de todas las naciones serán reunidos, y viviremos en paz, con Jesús como nuestro rey.

El mensaje de Miqueas no fue en vano. El rey Ezequías (hijo del rey Acáz) prestó atención a sus profecías e hizo todo lo posible para ayudarlo a Judá a regresar a Dios. Como el rey escuchó a Miqueas, Dios pudo prolongar su ayuda para con Judá. Si tan solo *todos* los reyes hubieran respetado a los profetas de Dios, ¡Jerusalén nunca se hubiera destruido!

¡Qué hermosas promesas nos dio Dios por medio de Miqueas! Nos animan a nosotros hoy, justo antes de la segunda venida, de la misma forma que animaron al pueblo de Judá en aquellos días. ¿Estás dispuesto a “mirar a Jehová”? ¿Crees que “te escuchará”? Díselo hoy.

# 44. Se abre el templo

---

**En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él [Ezequías] entre todos los reyes de Judá. Porque siguió a Jehová, y no se apartó de él, sino que guardó los mandamientos que Jehová prescribió a Moisés.**

**2 Reyes 18:5-6 (RVR60)**



*2 Reyes 18:1-8; 2 Crónicas 29, 30, 31. | PR Capítulo 28*

**D**espués que el malvado rey Acaz murió, su hijo Ezequías, que tenía veinticinco años, fue rey de Judá. Ezequías fue completamente diferente a su padre; amaba a Dios y lo siguió con todo su corazón.

Ezequías sabía que su reino estaba débil. Algunos de su pueblo ya habían sido llevados cautivos. Este rey quiso traer a su pueblo de regreso a Dios. “Abriré el templo que mi padre cerró,” decidió. Reparó las puertas rotas. Trajo a los sacerdotes y levitas, y les dijo, “Santifíquense, y purifiquen este templo. Nuestros padres hicieron lo malo. Cerraron el templo, y nadie podía venir aquí para adorar a Dios. ¡Y ahora miren las cosas terribles que les están sucediendo a Israel y Judá! Quiero hacer un pacto con el Señor. Sacerdotes y levitas, Dios los ha elegido para hacer esta obra hoy.”

Los sacerdotes y levitas obedecieron al rey. Limpiaron el templo. Incluso encontraron ídolos que el rey Acaz había dejado allí, y se deshicieron de ellos. Encontraron todos los utensilios y los colocaron donde pertenecían. Cuando el templo estuvo listo, fueron y le avisaron al rey.

Al día siguiente, el rey Ezequías se despertó temprano y fue al templo con los líderes de la ciudad. Ofrecieron sacrificios para pedirle a Dios que perdonara a Judá. Luego ofrecieron sacrificios por Israel, aunque no estaba ningún líder de Israel con ellos. Entonces los músicos del templo tocaron y cantaron alabanzas a Dios. La música continuó y las trompetas sonaron, mientras se ofrecieron los animales sobre el altar.

El pueblo miró en silencio mientras todo esto sucedía. Cuando esto terminó, el rey y todos los que estaban con él se inclinaron y adoraron. Luego el rey Ezequías invitó al pueblo a traer sus ofrendas y sacrificios. ¡La gente estaba muy feliz! De repente, miles de personas comenzaron a traer sus sacrificios. Eran tantas, que ¡no había suficientes sacerdotes para hacer todo el trabajo! Esto es porque algunos de los sacerdotes no se habían santificado, entonces no podían ayudar con los sacrificios. Ahora estos sacerdotes se sentían avergonzados, porque los levitas que se habían santificado en forma debida tuvieron que venir y ayudar en su lugar.

Ezequías estaba lleno de gozo. Su padre, Acaz, había cerrado el templo, pero ahora habían abierto el templo nuevamente, y la gente podía adorar al Dios verdadero nuevamente. Decidió organizar una gran fiesta de Pascuas para celebrar, e invitó a todos los de su reino que vinieran. Pero no paró allí; también envió invitaciones a todas las diez tribus de Israel. No quiso dejarlas afuera, aunque él no era su rey.

Los mensajeros recorrieron todo Judá e Israel, compartiendo la invitación del rey Ezequías para venir a festejar la Pascua. La gente de Judá aceptó su plan, pero lamentablemente, la mayoría de Israel se burló de los mensajeros y rechazaron la invitación. Solo hubo unos

pocos de Israel que aceptaron y que gozosos hicieron el viaje a Jerusalén para estar a tiempo para la fiesta.

La fiesta de la Pascua se festejó un mes más tarde que la fecha usual porque había tanto para preparar. Pero Dios aceptó esta celebración, y el pueblo se unió al festejo con mucho gozo. El día de Pascuas, aun más de los sacerdotes y levitas vinieron y se santificaron. Estos sacerdotes y levitas se sentían avergonzados porque anteriormente no habían tomado al rey Ezequías en serio, pero ahora quería ser parte de la celebración y ayudar. Su ayuda era necesaria, porque ¡había mucha gente entrando y trayendo sus ofrendas y sacrificios a Dios!

Muchos del pueblo que venían de Israel ni siquiera sabían cómo celebrar correctamente. No comprendían que tenían que purificarse antes de comer el cordero pascual o el pan sin levadura. Los levitas ayudaron a esta gente en todo lo que pudieron, y el rey Ezequías oró, “Señor, por favor, perdónalos. Te están buscando. Hicieron lo mejor que pudieron.” Dios escuchó la oración de Ezequías y aceptó a cada uno de los adoradores.

Durante siete días, la gente disfrutó de una fiesta maravillosa. Cuando los siete días de la fiesta terminaron, la gente no quiso irse. “¡Guardemos esta fiesta durante otros siete días!” decidieron. A Ezequías le gustó esta decisión. Donó mil becerros y diez mil ovejas para que todos, incluso los más pobres del pueblo, pudieran tener los animales que necesitaban para los sacrificios. La última vez que el pueblo había celebrado una pascua tan grande había sido cuando vivía el rey Salomón.

Luego de la Pascua, el rey Ezequías y aquellos que estaban con él hicieron aun más para acercar al pueblo a Dios. Rompieron todos los ídolos, santuarios y altares en su reino. Hasta rompieron la serpiente

de bronce que Moisés había hecho en el desierto, porque lamentablemente, ¡la gente había comenzado a adorar esta serpiente en lugar de Dios! Después de esto, todos regresaron a sus hogares en paz.

Ahora que la gente había regresado a Dios, comenzaron a traer sus diezmos al templo. Durante tanto tiempo, los sacerdotes y levitas no habían recibido diezmos. Ahora entraba tanto que no podían usarlo todo, y comenzó a apilarse dentro del templo. El rey Ezequías se dio cuenta de esto, y dio la orden: “Preparen cuartos dentro del templo para guardar los diezmos.” Pronto todos los diezmos estuvieron guardados en forma ordenada, listos para usar cuando fuese necesario.

El rey Ezequías había hecho lo posible para ayudar al pueblo a volver a Dios. Ahora Dios podía comenzar a bendecir al reino de Judá nuevamente. El reino de Ezequías se hizo más fuerte después que se restauró el templo y él y su pueblo comenzaron a adorar a Dios otra vez. Dios desea que cada uno de nosotros venga a él y confíe en él como lo hizo Ezequías. ¿Vendrás a él hoy? Está esperando bendecirte y ayudarte.

# 45. Cuando el reloj retrocedió

---

**Clemente es Jehová, y justo; sí, misericordioso es nuestro Dios. Salmo 116:5 (RVR60)**



2 Reyes 20; 2 Crónicas 32:24-33; Isaías 38, 39 | PR Capítulo 29

**E**l rey Ezequías era un buen rey. Había sido fiel a Dios toda su vida, y había traído a la gente de Judá nuevamente a Dios. Un día, él se enfermó. Llamó a los médicos para que lo ayudaran, pero ninguno pudo sanarlo. Entonces el profeta Isaías vino a verlo. Le dijo a Ezequías, “El Señor dice que deber poner tus cosas en orden, porque pronto morirás.”

El rey Ezequías no quería morir. Oro y le rogó a Dios que le permitiera vivir más tiempo. “Te he seguido toda mi vida y he hecho lo que es correcto,” dijo, mientras le lloraba a Dios. Isaías dejó la presencia del rey y comenzó a alejarse. Cuando llegó al atrio del medio, Dios le dijo a Isaías, “Vuélvete y habla nuevamente con el rey.” Dios tenía un mensaje nuevo para Ezequías, y con gozo Isaías se lo compartió, “Dios ha oído tus oraciones y ha visto tus lágrimas. Te sanará, y vivirás quince años más.” Dios también le hizo saber cómo tratar su enfermedad: “Coloca una masa de higos sobre la parte enferma.”

El rey Ezequías preguntó, “¿Cuál será la señal de que Dios me sanará?” Ezequías no hubiera necesitado una señal. ¿No eran suficientes las palabras de Isaías? Sin embargo, Dios tuvo paciencia y

compasión para con el rey Ezequías. Isaías le contestó, “Puedes elegir: que la sombra del reloj se adelante diez grados, o que se retrase diez grados.” Ezequías pensó, “Sería mucho más difícil que la sombra se atrase en lugar de adelantarse. Le pediré que la sombra se retrase.” Con bondad, Dios hizo este milagro por el rey Ezequías, para darle la seguridad de que se mejoraría.

Ezequías tenía razón: era imposible que la sombra del reloj se retrasara. Nadie jamás había visto que eso sucediera; solo podía ocurrir si Dios lo hacía. Ese día, las sombras en todos los relojes se retrasaron diez grados. Algunos sabios de Babilonia lo notaron. “¿Cómo sucedió esto?” se preguntaron. Pronto escucharon, “Es porque el rey Ezequías de Judá estaba enfermo. Dios le prometió que lo sanaría. Como señal, hizo que la sombra se retrasara diez grados.” Los babilonios estaban maravillados. ¡Solo un Dios grande y poderoso podía hacer algo así!

El rey de Babilonia escuchó la historia. Decidió enviar a algunos de sus oficiales con una carta y un presente para el rey Ezequías. “Quiero felicitarlo porque se sanó. Además, averigüen más acerca de este Dios que puede hacer tales maravillas,” ordenó.

¡Qué oportunidad maravillosa era esta para que el rey Ezequías compartiera la verdad acerca de Dios con los oficiales babilonios! Pero lamentablemente, no lo hizo. En lugar de contarles del Dios maravilloso que lo había sanado y había hecho un milagro al retrasar al sol, les comenzó a mostrar lo rico que era, y cuán rico era su reino. Ezequías tenía todas estas riquezas porque Dios lo había bendecido; él tendría que haber alabado a Dios frente a sus visitantes. Pero en cambio, los llevó a la casa de sus tesoros y les mostró todas sus posesiones valiosas: oro, plata, especies, ungüentos, armamentos, y cosas caras.

Cuando las visitas de Babilonia se fueron de Judá y regresaron a su país, no estaban pensando en el Dios maravilloso de Judá. Estaban pensando, “¡Todas esas riquezas! Nuestro rey necesita saber de ellas. ¡Esas riquezas deben pertenecer a Babilonia!” Hasta sabían exactamente dónde estaban guardadas esas cosas valiosas. ¡Qué gran error había cometido Ezequías!

El profeta Isaías vino al rey Ezequías y dijo, “Esto no estuvo bueno. Ahora estos hombres le dirán a su rey acerca de los tesoros en Jerusalén. Harán planes para venir a conseguirlos. Se llevarán todos los tesoros, y tus hijos, a Babilonia.”

El rey Ezequías sabía que Isaías tenía razón. Se dio cuenta que Dios había permitido que esto ocurriera para revelar el orgullo que tenía en el corazón, y el peligro en el cual estaba. Aceptó lo que le dijo Isaías, y se arrepintió y humilló. Debido a eso, Dios no permitió que esas cosas malas le sucedieran a Judá mientras él viviera.

Dios hizo cosas maravillosas para Ezequías. En su amor y misericordia, lo sanó y le dio más años de vida. Ezequías tendría que haberse enfocado en eso en lugar de mostrar sus riquezas. ¿Qué ha hecho Dios por ti? ¿Piensas en ellos? ¿Le cuentas a otros lo que Dios ha hecho por ti? Si nos enfocamos en Dios y en su bondad hacia nosotros, y dejamos de enfocarnos en nosotros mismos, los demás podrán conocerlo. Pídele a Dios que te ayude a enfocarte en él y en su bondad hacia ti.

# 46. Salvados de Asiria

---

**Ahora, pues, oh Jehová Dios nuestro, sálvanos, te ruego [Ezequías], de su mano [Asiria], para que sepan todos los reinos de la tierra que solo tú, Jehová, eres Dios.**

**2 Reyes 19:19 (RVR60)**

 *2 Reyes 18:13-37; 19; 2 Crónicas 32:1-23; Isaías 10:5-34; 36; 37. | PR*  
*Capítulo 30*

**E**l rey Ezequías estaba preocupado. ¡El ejército asirio le estaba causando muchos problemas a su reino! “Ya se llevaron cautivo a Israel,” pensó el rey Ezequías, “¡Y ahora, los asirios han capturado algunas de las ciudades fortificadas de Judá! ¡Necesito recuperar mis ciudades!”

Para recuperar sus ciudades, el rey Ezequías acordó pagarle al rey de Asiria. Tuvo que sacar oro de los pilares y las puertas del templo, ¡con tal de juntar suficiente para poder pagarle! Por un tiempo, esto pareció funcionar; los asirios dejaron a Judá tranquila.

Pero la paz con los asirios no fue duradera. ¿Recuerdas que el rey Ezequías se había enfermado, y Dios prometió sanarlo y darle una señal? Bueno, después que Ezequías se sanó, el ejército asirio regresó y rodeó Jerusalén.

Esta vez, el rey Ezequías no buscó una forma de pagarle a los asirios; decidió confiar plenamente en Dios. Animó a su pueblo, y dijo, “No teman; ¡Dios está con nosotros y peleará nuestras batallas!”

Ezequías había hecho todo lo que pudo para proteger a Jerusalén. Había construido una pared más alta y más ancha; había

almacenado alimento, agua, y muchas armas y escudos. Incluso había cortado todas las fuentes de agua que estaban fuera de la ciudad, para que fuese más difícil que los soldados asirios encontraran agua. No había más nada que Ezequías podía hacer, salvo confiar en la protección de Dios. Estaba seguro que, aunque el reino de Israel ya había desaparecido, Dios todavía protegería al reino de Judá.

Los oficiales del rey Ezequías salieron de la ciudad para hablar con los oficiales asirios. Los asirios comenzaron a decir cosas terribles: “¡Ríndanse ahora! Dios no puede salvarlos. Miren a las demás naciones - ¡sus dioses tampoco las salvaron! ¡Y miren lo que pasó con Samaria! ¿No era que Samaria adoraba el mismo Dios que ustedes?” Dijeron cosas terribles acerca de Jehová, el Dios de Judá. No tuvieron nada de respeto por él. ¡Qué triste esto! Israel y Judá habían sido infieles a Dios durante tanto tiempo, que para esta altura ningunas de las naciones paganas respetaban a Dios.

Los oficiales asirios decían todas estas cosas con voz fuerte, y en hebreo. Los hombres del rey Ezequías se sentían mal. Sabían que los soldados hebreos que estaban sobre el muro podían escuchar las cosas terribles que los asirios decían, y estarían desanimados. No querían que el pueblo de Judá perdiera su fe en Dios.

“Por favor, señores,” les suplicaron a los oficiales asirios, “continuemos esta conversación en la lengua siria. No queremos que los guardias del muro la escuchen.” Pero a los asirios no les importó; ellos *querían* que la gente de Jerusalén perdiera su fe y tuviera miedo. Continuaron hablando en hebreo, y más fuerte que antes: “No escuchen a su rey cuando les diga que su Dios los puede salvar; está mintiendo. Ni siquiera Samaria fue librada, ¡y ellos adoraban al

mismo Dios que ustedes! ¡Los asirios son más fuertes que cualquier nación!”

Ninguno de los judíos sobre el muro dijo nada; el rey Ezequías les había ordenado que no les respondieran a los asirios. Pero se sentían muy mal. ¿Cómo podían los asirios decir cosas tan malas de su Dios? Los oficiales judíos estaban tan mal que rasgaron sus vestiduras. El rey Ezequías se quitó sus ropas reales y se vistió de cilicio. Luego fue al templo, y le pidió al profeta Isaías que se encontrara con él allí y orara con él.

Tanto Isaías como el rey Ezequías lloraron y le oraron a Dios. Luego Isaías le dijo al rey, “Dios dice, no tengas miedo de lo que los oficiales de Asiria dicen en contra mío. Su rey regresará a su país, y después morirá por la espada en su propia tierra.”

Luego llegó una carta del rey de Asiria. En la carta, este rey repitió las mismas cosas terribles acerca de Dios que habían dicho sus oficiales. “Tu Dios no los va a liberar,” se mofó. Cuando Ezequías leyó la carta, decidió confiar en Dios. Volvió al templo y extendió la carta ante el Señor. “Por favor, ayúdanos, Señor,” oró, “Los dioses que los asirios destruyeron no eran dioses de verdad; eran solo ídolos de madera y piedra creados por hombres. Por favor, sálvanos, Señor, para que todas las naciones sepan que todavía vives y reinas, ¡y que eres el único Dios!”

Isaías vino y le dijo al rey, “Dios ha oído tu oración. Ahora dile al rey de Asiria, ‘Has hablado en contra del Señor, y quieres destruir la tierra de su pueblo. El Señor pondrá un gancho en tu nariz y un freno en tus labios, y volverás de donde viniste.’” Los ganchos y frenos se colocaban en los animales para manejarlos; estos animales no podían elegir a donde ir. Lo mismo sucedería con el rey de Asiria; él no podía hacer lo que quería; Dios estaba en control.

Isaías también le dijo al rey Ezequías, “Los asirios ya han arruinado gran parte de la tierra de Judá. Pero ustedes podrán comer durante dos años de cosechas que crecerán solas. Al tercer año, podrán cultivar sus propias cosechas nuevamente. Y Jerusalén estará a salvo; los asirios regresarán a sus casas.”

Esa noche, 185.000 soldados asirios murieron en su campamento. ¿Cómo sucedió esto? La Biblia dice que el ángel de Jehová “salió” del campamento. La Biblia también dice que el ángel “mató” al ejército asirio. Sabemos que los ángeles de Dios no matan; ¡ellos quieren protegernos! Pero esta vez, el ángel tuvo que irse del campamento asirio, y ya no los protegió. Sin esta protección, algo sucedió que mató a todos estos soldados<sup>20</sup>. El rey de Asiria iba en camino a Jerusalén para pelear, pero cuando se enteró que 185.000 de sus soldados habían muerto, regresó a su casa temeroso y avergonzado. Al poco tiempo, sus propios *hijos* lo mataron ¡mientras él estaba adorando a uno de sus ídolos! Sus ídolos no lo protegieron tanto como él se habían jactado, después de todo.

¡La oración de Ezequías fue contestada! ¡Jerusalén ya estaba a salvo! La gente en Jerusalén se regocijó y agradeció a Dios. Se reunieron en el templo para adorarlo y alabarlos por salvarlos. Ahora todas las naciones alrededor de Judá estaban seguras que Dios era poderoso, y que no era sabio hablar mal de él. Dios fue glorificado por la fe de la gente de Jerusalén. ¿Te gustaría tener esa fe que ayude a otros a ver cuán maravilloso es Dios? Pídele a Dios esta fe. Pide que él sea glorificado en tu vida.

---

<sup>20</sup> Flavio Josefo fue un judío que vivió durante la época de los apóstoles. Él no es uno de los autores de la Biblia, pero escribió con esmero la historia del pueblo judío. Él escribió que los soldados asirios murieron de una plaga. La Biblia no nos cuenta eso, pero es una posibilidad que, como los soldados estaban desprotegidos, se enfermaron de la plaga y murieron.

# 47. Dos líderes diferentes

---

**La soberbia del hombre le abate;  
Pero al humilde de espíritu sustenta la honra.  
Proverbios 29:23 (RVR60)**

 *Isaías 22:15-25; 2 Reyes 18:17-37*

**E**l ejército asirio ya había conquistado a Israel, luego trató de conquistar a Jerusalén. Pero el rey Ezequías fue a Dios y le pidió ayuda, y Dios salvó a Judá de ser conquistada por los asirios.

Todo este tiempo, Isaías había estado advirtiéndolo a los líderes de su peligro. Casi todos los líderes de Judá eran egoístas, y lo único que les importaba era enriquecerse. No les importaba de qué manera se hacían ricos; hacían todo lo que podían para conseguir lo que quisieran. Eran crueles e injustos con los que trabajaban para ellos, y durante esa época, muchos de los pobres se hicieron aun más pobres.

Dios le dio a Isaías un mensaje especial acerca de dos de los oficiales de Judá, Sebna y Eliaquim. Ellos trabajaban en el palacio del rey Ezequías. Fueron los que hablaron con los oficiales asirios cuando el ejército asirio rodeó Jerusalén<sup>21</sup>.

Sebna era el escriba del rey Ezequías, y Eliaquim era el mayordomo del palacio. Ellos fueron quienes escucharon a los oficiales asirios decir cosas terribles acerca de Dios. Se sintieron tan tristes y angustiados cuando escucharon esto, que rasgaron sus

---

<sup>21</sup> Ver la historia anterior.

vestiduras y fueron a contarle al rey Ezequías lo que los asirios habían dicho.

También fueron Sebna y Eliaquim los que les suplicaron a los asirios, “Por favor, ¡no digan estas cosas en hebreo! ¡No queremos que nuestra gente escuche esto!” Hicieron todo lo posible para evitar que la gente dentro de la ciudad se preocupara. Ayudaron a mantener la calma y el orden en Jerusalén cuando todos sentían preocupación e incertidumbre.

Sin embargo, aunque estos hombres trabajaron juntos, uno de ellos no estaba bien con Dios. Dios le envió un mensaje por medio de Isaías para advertirle del peligro en el cual se encontraba.

El hombre en peligro era Sebna. Tenía una posición importante en el reino de Judá. Era el tesorero y escriba del palacio, uno de los líderes más respetados. Pero este honor no le alcanzaba; quería más. La Biblia no nos dice nada acerca de sus padres, así que él probablemente venía de una familia poco conocida en Judá. Él quería que eso cambie. Deseaba que su nombre fuese bien conocido, y que la gente lo recordara como un hombre rico e importante.

Cuando Sebna estaba a cargo del palacio del rey Ezequías, el reino de Judá estaba en gran peligro. Sebna tendría que haber pensado en cómo ayudar a la gente y proteger el reino. Pero en cambio, estaba pensando en cómo parecer rico e importante. Decidió comprarse una tumba para sí mismo y su familia. En aquellos días, las tumbas eran cuevas con puertas de enormes piedras. La gente rica pagaba para que sus tumbas se excavaran en laderas rocosas. Estas tumbas rocosas eran caras, porque costaba tanto trabajo excavarlas. La familia de Sebna seguramente no tenía una tumba así, por eso él quiso asegurarse de ser el dueño de una. Incluso talló un letrero y lo

colocó a la entrada de la tumba, para que todo el que pasara supiera que Sebna era el dueño.

Al hacer esta tumba, Sebna estaba mostrando que era orgulloso y egoísta. Le importaba más lucir bien que cuidar de las necesidades del pueblo. En lugar de mirar a Dios para recibir ayuda y sabiduría, miró su riqueza para sentirse mejor. En lugar de pensar en su reino y cómo podía ayudar a su pueblo, pensó en cómo mejorar su propia vida.

Isaías le dijo a Sebna, “Terminarás siendo cautivo. Además, ya no serás el tesorero del palacio. Eliaquim tomará tu lugar. Eliaquim será como un padre para el pueblo. Ellos podrán depender de él.” En ese momento, la gente de Judá necesitaba un líder que estuviera dispuesto a ser como un padre para ellos, guiando y protegiéndolos. Sebna no había estado haciendo esto.

No sabemos cómo reaccionó Sebna cuando Isaías le dio su mensaje de parte de Dios. Lo más probable es que no se arrepintió, porque la Biblia no nos cuenta de ello. ¿Cuán diferente hubieran sido las cosas si él hubiera pedido perdón, y hubiera cambiado? ¿Cuánta gente podría haber sido bendecida por Sebna si él hubiera dejado de ser orgulloso y egoísta? ¡El pueblo lo hubiera amado, y lo hubiera recordado!

No sabemos en qué momento Eliaquim reemplazó a Sebna, ni cómo Sebna dejó de trabajar en el palacio. No sabemos cuándo Sebna fue llevado cautivo, ni si su familia alguna vez usó la tumba tan cara que él había comprado. Sí sabemos que Dios intentó advertirle de su peligro para ayudarlo. También sabemos que Judá necesitaba líderes humildes y confiables. Sebna podría haber estado entre esos líderes, pero en cambio, eligió su orgullo.

El orgullo nos aleja de Dios. Los orgullosos no pueden ser utilizados por Dios en su obra, porque no están dispuestos a escuchar su voz ni a seguir sus instrucciones. Dios tenía grandes planes para Sebna y Eliaquim, pero solo uno de estos hombres estuvo dispuesto a ser lo suficientemente humilde como para que Dios lo utilizara. Dios también tiene grandes planes para ti. Quiere trabajar a través tuyo. ¿Estás dispuesto a ser utilizado por él? Pídele que te ayude a no ser orgulloso, sino que puedas depender siempre de él.

# 48. El rey más malvado de Judá

---

**¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia. Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados. Miqueas 7:18-19 (RVR60)**



2 Reyes 21:1-18; 2 Crónicas 33:1-20 | PR Capítulo 32

**E**l rey Ezequías había sido un rey bueno y fiel, aunque su padre Acaz, el rey anterior, había sido terriblemente malvado. Podríamos decir que Acaz fue uno de los reyes más malvados de Judá, así que fue reconfortante cuando su hijo, Ezequías, resultó ser un buen rey. Cuando Ezequías murió, su hijo Manasés fue el siguiente rey. ¿Crees que Manasés hizo lo correcto, o que hizo lo malo? Lamentablemente, Manasés resultó ser un rey malvado. Es más, fue el rey más malvado que Judá tuvo alguna vez. Podría haber seguido el ejemplo de su padre, haciendo lo bueno, pero en cambio, eligió hacer justo lo opuesto.

Manasés comenzó a reinar, junto con su padre, cuando tenía solo doce años. Durante unos diez años, reinó junto con su padre. Esto tendría que haberle ayudado a ser un buen rey, pero en cambio, cuando murió su padre, Manasés comenzó a deshacer todas las cosas buenas que su padre había hecho. Reconstruyó los santuarios y lugares altos que Ezequías había destruido, y trajo ídolos. ¡Incluso

colocó ídolos paganos dentro del templo y les construyó altares! También hizo la cosa más terrible que un idólatra podría hacer: ¡ofreció a su propio hijo para ser quemado como ofrenda para un ídolo! Mientras Manasés hacía estas cosas, guio al pueblo de Judá para que hiciera lo mismo. Llevó a Judá a una idolatría tan profunda, que la Biblia dice que estaban haciendo “peor que los paganos” – aun peor que las naciones cananeas que habían sido destruidas cuando los israelitas entraron en la tierra.

Hubo gente que se preocupó cuando vio lo que su rey hacía. Le rogaron que dejara de hacerlo y que volviese a Dios. Le advirtieron que Judá estaría en peligro. Isaías fue una de esas personas. El rey no quiso escuchar a ninguno, así que los mandó a matar, incluso al profeta Isaías. Mucha gente buena e inocente murió porque el rey Manasés no quiso escucharla hablar en contra de lo que él estaba haciendo.

Dios le advirtió a Manasés de su peligro, pero Manasés no quiso escuchar. Finalmente, Dios tuvo que permitirle tomar sus propias decisiones. Ya no estuvo protegido por Dios, y un día, los asirios vinieron y se lo llevaron cautivo a Babilonia.

Ahora Manasés era prisionero en una tierra lejana. Sabía que Dios había intentado advertirle de esto. Se dio cuenta que había cometido un grave error. Se humilló y comenzó a orar a Dios. Se arrepintió y le pidió perdón a Dios. Dios oyó sus oraciones, y aunque Manasés había hecho tantas cosas terribles, Dios lo perdonó. Incluso hizo posible que Manasés regresara a Jerusalén y fuese rey otra vez. Dios es tan bondadoso, amoroso y paciente que aceptó el arrepentimiento del rey más malvado de Judá. Acepta nuestro arrepentimiento, también.

Ahora que Manasés había regresado a Jerusalén, hubo un gran cambio. Adoró solo a Dios. Arregló los muros de la ciudad que los asirios habían roto. Quitó todos los ídolos y altares paganos del templo y de Jerusalén, y volvió a abrir los servicios del templo, para que el pueblo pudiera adorar a Dios. Pero lamentablemente, ya se había hecho mucho daño, y no todos volvieron a Dios. Tantos años de idolatría habían arruinado al reino. Dios podría salvar a cada persona que elegía seguirlo, pero había muy poco que podía hacer para salvar al reino de Judá. Solo era cuestión de tiempo antes que Judá fuese llevada cautiva.

Dios amaba al pueblo de Judá. Amaba al rey Manasés. Hizo todo lo posible para alcanzarlos. Los que se volvieron a él y se arrepintieron fueron perdonados. Incluso el rey Manasés, el rey más malvado de Judá, fue perdonado. ¡Qué reconfortante es saber que Dios está esperando y dispuesto a recibirnos y perdonarnos, sin importar lo que hemos hecho! Está deseoso de sanarnos y ayudarnos. ¿Vendrás a él?

# 49. El rey Josías oye las escrituras

---

**Hijo mío, está atento a mis palabras;  
Inclina tu oído a mis razones.  
No se aparten de tus ojos;  
Guárdalas en medio de tu corazón;  
Proverbios 4:20-21 (RVR60)**



*2 Reyes 21:19-26; 22; 2 Crónicas 33:21-25; 34:1-28. | PR Capítulos 32, 33*

**E**l reino de Israel ya no existía; sus habitantes habían sido llevados cautivos a diferentes partes de Asiria. Ahora solo quedaba el reino de Judá. Algunos de los reyes de Judá habían sido buenos, pero otros habían sido malvados. Si Judá no se volvía completamente a Dios, estaría en peligro. Dios siempre quiso llegar a cada rey, pero por supuesto, cada rey tuvo que elegir si escuchar a Dios o no.

Leímos la historia de Manasés, el peor rey de Judá. Él se arrepintió al final, pero para ese entonces, la mayoría del pueblo de Judá había abandonado a Dios y se había vuelto a los ídolos. El siguiente rey fue Amón, el hijo de Manasés. Fue tan malvado como lo había sido su padre. Adoró los mismos ídolos que su padre había adorado, e ignoró a Dios completamente. Pero Amón no duró mucho; solo reinó durante dos años. Un día, sus propios sirvientes se cansaron de él y lo mataron. Pero al pueblo de Judá no le gustó esto;

mataron a los hombres que habían matado al rey Amón, e hicieron que su hijo Josías fuese el nuevo rey.

Josías fue rey de Judá cuando solo tenía ocho años. Desde muy chico, él quiso seguir a Dios. Durante este tiempo hubo varios profetas que dieron mensajes al pueblo. Habacuc, Sofonías y Jeremías le advirtieron al pueblo del peligro en el cual estaba Judá. También les aseguraron que Dios ofrecía esperanza, si tan solo confiaban en él.

Al rey Josías no se le había enseñado a creer en Dios, pero estuvo abierto al Espíritu de Dios. Es posible que escuchó estos profetas y los tomó en serio. Cuando tenía dieciséis años, le entregó su corazón y Dios y prometió servirle. Cuando tenía veinte años, comenzó a deshacerse de los ídolos de su reino. Incluso fue a la tierra de Israel, donde solo quedaban unos pocos israelitas, y se deshizo también de los ídolos de allí.

En el año dieciocho de su reinado, cuando tenía veintiséis años, dio la orden para que se reparara el templo. Durante tantos años, el templo había estado abandonado. Inmediatamente comenzó esta tarea. Mientras los hombres arreglaban el templo, el sumo sacerdote Hilcías encontró algo muy valioso que estaba escondido en uno de los cuartos: ¡Los rollos de la Escritura! Estos rollos habían estado perdidos durante años; nadie sabía donde estaban. Seguramente alguien los escondió del rey Manasés muchos años antes, para protegerlos. Hilcías el sumo sacerdote le entregó los rollos a Safán el escriba. Safán leyó las Escrituras con gran interés, y le contó al rey Josías lo que habían encontrado.

“Léanme los rollos,” ordenó el rey Josías. Dios había indicado que debían leer las Escrituras en voz alta al pueblo cada año, pero durante muchos años nadie había hecho esto. La mayoría del pueblo

ya ni sabía lo que decían las Escrituras. El rey Josías tampoco lo sabía. Escuchó con gran interés mientras Safán se las leía en voz alta.

Mientras Josías escuchaba las Escrituras, sintió una profunda tristeza. Dios le había advertido al pueblo de su peligro, y ellos no habían escuchado. Dios ya les había dicho claramente lo que necesitaban, y cuál era su voluntad, pero el pueblo lo había ignorado. Una y otra vez, las Escrituras decían, “¡Elijan el camino de la vida! ¡Serán una bendición para todas las naciones!” Las Escrituras también decían, “¡Dios quiere salvarlos y perdonarlos! ¡Confíen en él!”

El rey Josías rasgó sus vestiduras y lloró con tristeza. “Nuestros padres han rechazado las palabras de Dios. ¡Miren! ¡Algunas de las advertencias de Dios ya están sucediendo!” Con gran tristeza, el rey Josías comenzó a orar, pidiéndole a Dios que perdonara a él y a su pueblo. ¿Había aún tiempo para salvar a su nación? ¿La gente ya estaba tan profundamente metida en la idolatría! ¿Volverían a Dios?

El rey Josías decidió pedirle consejos a Hulda, una profetiza que vivía cerca del templo. Envío a sus consejeros más cercanos con el siguiente mensaje, “Acabamos de encontrar las Escrituras. Nuestros padres no han guardado estas palabras. Pregúntale al Señor: ¿hay alguna manera de salvar a Judá de la ruina?”

La profetiza Hulda le contestó con un mensaje triste: “Jerusalén será destruida. Ya es demasiado tarde para evitar esto, aunque el pueblo se humille ahora ante Dios.” Dios sabía que la gente no se arrepentiría de verdad; solo unos pocos se volverían a él con todo su corazón. La mayoría del pueblo simplemente volvería a sus ídolos cuando dejara de temer el peligro.

Pero Dios quiso consolar al rey Josías. Hulda dijo, “Dios dice, te escuché, he visto tus lágrimas y cómo te humillaste. Esta destrucción

no sucederá mientras estés vivo. Morirás en paz, y no verás a Jerusalén destruida.”

Esta noticia quebrantó el corazón de Josías. ¡Cuánto anhelaba él que Judá regresara a Dios! Aunque había muy poca esperanza para su nación, él haría todo lo posible para que el pueblo regresara a Dios.

El rey Josías no había crecido con las Escrituras, pero cuando las encontró, las atesoró y tomó sus palabras en serio. Dios también nos ha dado las Escrituras, y están llenas de consejos para ayudarnos a tomar buenas decisiones. ¡Qué bendición que es tener las Escrituras, leerlas y aprender de ellas! ¿Le agradecerás a Dios hoy por darte su Palabra, la Biblia? ¿La tomarás en serio, como lo hizo Josías?

# 50. El rey Josías comparte las escrituras

---

**No hubo otro rey antes de él [Josías], que se convirtiese a Jehová de todo su corazón, de toda su alma y de todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés; ni después de él nació otro igual. 2 Reyes 23:25 (RVR60)**



1 Reyes 13:2; 2 Reyes 23:1-30; 2 Crónicas 34: 29-33; 35. | PR Capítulo 33

**J**osías era el rey de Judá. Su padre había sido muy, muy malvado, pero el rey Josías decidió entregar su corazón a Dios. Se deshizo de los ídolos paganos de su reino y reparó el templo roto para que el pueblo pudiese adorar a Dios nuevamente. Mientras se arreglaba el templo, el sumo sacerdote encontró algo valioso: ¡las Escrituras! Durante muchos años, nadie las había leído ni escuchado. La mayoría de la gente se había olvidado lo que decían.

El rey Josías escuchó las palabras de las Escrituras por primera vez. Estaba muy triste que su nación había rechazado esas palabras. ¡Y mira ahora el resultado de rechazar esas palabras! El reino de Israel había terminado, y ahora el reino de Judá pronto terminaría, también. La profetiza Hulda le había dicho a Josías, “Es demasiado tarde; Jerusalén será destruida. Pero porque te has humillado ante Dios, esto no sucederá mientras estés vivo.”

Aunque la nación eventualmente sería destruida, todavía había mucho que se podía hacer para salvar a todas las personas que fuese posible. El rey Josías invitó a los líderes y al pueblo que se reunieran en el atrio del templo. Ellos también necesitaban escuchar las

Escrituras. Cuando todos estuvieron reunidos, el mismo rey Josías leyó las Escrituras en voz alta al pueblo. Mientras leía, todos podían ver que el corazón del rey se estaba quebrantando. Sus corazones se conmovieron al escuchar las palabras de las Escrituras, y mientras oían, veían la profunda tristeza de su rey.

Después de leer, el rey Josías hizo un pacto con Dios de seguirlo y guardar sus mandamientos, e invitó al pueblo a unirse a él. Ellos estuvieron de acuerdo y prometieron guardar el pacto. El pueblo todavía no comprendía que lo que Dios realmente quería era que ellos simplemente escucharan su voz y no lo rechazaran, y *él* les ayudaría a guardar todos sus mandamientos. Ellos no podían guardar los mandamientos por sí mismos. Pero por lo menos estaban intentando volver a él, y esto era bueno.

Después de esto, Josías rompió cada ídolo que todavía quedaba en su reino. Hasta había vasijas para la adoración de Baal dentro del templo; Josías sacó estas vasijas y las quemó. Luego mató los falsos sacerdotes y se deshizo de los hechiceros que estaban en su reino. Después de hacer esto en su propio reino, no paró allí: cruzó a la tierra de Israel, que ya no tenía rey, y fue hasta Betel. Betel es donde el rey Jeroboam, muchos años antes, había colocado un becerro de oro para que los israelitas lo adoraran. El rey Josías encontró este ídolo y lo destruyó. Trescientos años antes, un profeta había dicho, “Alguien de la familia de David, llamado Josías, destruirá este altar.” ¡El rey Josías estaba feliz de poder cumplir esta profecía!<sup>22</sup>

Luego Josías organizó una gran e inolvidable fiesta de Pascuas. Él y los ancianos donaron miles de animales para que todos tuvieran lo

---

<sup>22</sup> Ver la historia 11 de este tomo, “Una mano seca, un león y un asno.”

que necesitaban para sus sacrificios. Fue la Pascua más grande que se había celebrado desde el tiempo del profeta Samuel.

Todo lo que el rey Josías hizo ayudó a algunos a abandonar sus ídolos y volver a Dios, pero no fue suficiente para que el pueblo como nación regresara a Dios. La maldad de los reyes antes de él había sido demasiado grande. El pueblo siguió a Dios solo mientras Josías estuvo vivo, pero después de eso, la mayoría volvió a sus viejas costumbres.

El rey Josías siguió a Dios de todo corazón toda su vida. La Biblia solo menciona un error que cometió, justo antes de morir. Josías decidió luchar en contra de Neco, el faraón de Egipto. Pero Neco le envió un mensaje con una advertencia: “No quiero luchar contra ti, Josías; estoy aquí para pelear en contra de otra nación. Dios me envió aquí; está conmigo. No luches contra Dios, o te destruirá.” ¡Qué mensaje extraño de parte de un rey pagano! Dios usó este rey para advertirle a Josías que no peleara. No era el plan de Dios que Josías peleara esta batalla, entonces la protección de Dios no estaría con él. Lamentablemente el rey Josías fue igual a la batalla, y murió. A pesar de esto, a Josías se lo recuerda como un buen rey que siguió a Dios con todo su corazón. Su pueblo lo amaba, y cuando murió lo extrañaron mucho.

Al Josías se lo recuerda como uno de los mejores reyes de Judá. Pudo hacer mucho para ayudar a su pueblo a regresar a Dios. Tú también puedes elegir entregar tu corazón a Dios, así como lo hizo el rey Josías. Dios también puede usarte para influenciar a otros a dejar sus ídolos y volverse a Dios. ¿Le entregarás tu corazón?

# 51. Mensajes de Consuelo

---

**He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá. Habacuc 2:4 (RVR60)**

 *Nahum, Habacuc, Sofonías*

Cuando Josías fue rey, e incluso después cuando Joacim, el hijo del rey Josías, fue rey, Dios envió hombres con mensajes de advertencia, esperanza y consuelo para Judá. Entre estos hombres estaban Nahum, Habacuc y Sofonías. ¿Escucharía y aceptaría estos mensajes el pueblo de Judá?

Nahum significa “consolador”. ¡Cuánto Dios añoraba consolar a su pueblo! Israel ya había sido llevada en cautiverio, y lo mismo pronto le sucedería a Judá. Había aún otro grupo que estaba en grandes problemas: los ninivitas de Asiria. Unos 140 años antes, el profeta Jonás había visitado a Nínive, y ellos se habían arrepentido y vuelto a Dios. Pero ahora, todos estos años después, la gente se había olvidado de Dios. Habían vuelto a sus maldades, y ahora eran más crueles que antes. Habían hecho sufrir a la gente de Judá por su terrible crueldad. Dios les advirtió con tristeza, por medio de Nahum, “Nínive llegará a su fin,” Dios sabía que Nínive no cambiaría, pero por lo menos la gente de Judá podría sentir algo de consuelo al saber que sus crueles enemigos ninivitas pronto dejarían de atacarlos.

Habacuc significa “abrazo”. Por medio de Habacuc, Dios quiso abrazar y consolar a su pueblo. ¡Había tanta maldad! Los líderes de Judá eran malvados e injustos. En una visión, Habacuc le preguntó a Dios, “¿Por cuánto tiempo continuará este mal?” Parecía como si

Dios no estaba haciendo nada para terminar con la maldad en Judá. Pero Dios *sí* estaba haciendo algo: le contestó a Habacuc, “Babilonia pronto será una nación fuerte. Debido a la maldad de Judá, Babilonia los llevará cautivos.”

¿Qué? ¿Una nación impía como Babilonia iba a conquistar Judá? ¿Es así como terminaría la maldad de Judá? ¿Cómo podía ser eso posible? Habacuc no comprendía por qué Dios permitiría que su pueblo fuese llevado cautivo por una nación pagana como Babilonia. ¡No parecía justo! “¿Por qué, Señor?” Preguntó.

Está bien hacerle a Dios preguntas difíciles acerca de las cosas que no comprendemos. Él nos tiene paciencia y no se enoja con nuestras preguntas. Con bondad, Dios le contestó a Habacuc, “El justo por su fe vivirá.” Dios le estaba pidiendo a Habacuc y al resto de sus seguidores que tuvieran fe y creyeran que él estaba haciendo lo mejor, aunque era difícil de comprenderlo. Dios también sabía que Habacuc necesitaba consuelo después de escuchar un mensaje tan difícil. Le aseguró a Habacuc, “Babilonia no será un poder mundial para siempre. Otra nación conquistará a Babilonia más adelante.” Una nación impía como Babilonia no tendría poder infinito.

Mientras Habacuc hablaba con Dios, se sintió consolado. Ahora sabía que no necesitaba saber todas las respuestas, siempre y cuando tuviera fe en el amor y la bondad de Dios. “La tierra será llena del conocimiento de la gloria de Dios!” se dio cuenta con gozo. Se sintió bien al saber que Dios estaba al control de todo lo que sucedía, y que el mal no durará para siempre. Con alegría alabó a Dios: “Yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación. ¡Él es mi fortaleza!”

“Escribe esta visión,” le indicó Dios a Habacuc. Ahora, en el libro de Habacuc, podemos leer esta conversación entre él y Dios. Podemos ver que a Dios le importa lo que nos está sucediendo, y que podemos tener fe que él está al control de todo.

Otro profeta de esa época fue Sofonías. Era descendiente del rey Ezequías, así que era un pariente cercano del rey de Judá, al igual que lo había sido Isaías. ¿Escucharía el rey a su propio pariente? Sofonías significa “el Señor ha protegido.” Dios quería proteger a Judá por medio de los mensajes de Sofonías. ¿Lo escucharían?

Sofonías advirtió: “¡Judá caerá!” También dijo, “¡Las demás naciones también caerán!” ¡Había tanta maldad en todas esas naciones! En cuanto a Judá, sus sacerdotes y líderes eran tan malvados que Dios ya ni siquiera podía reconocerlos como su pueblo. “Los líderes son como leones rugientes. Los jueces son como lobos nocturnos que devoran todo. Los profetas enseñan mentiras, y los sacerdotes han contaminado el santuario y quebrantado la ley,” escribió Sofonías. Parecía que no había esperanza para el pueblo de Dios.

Pero Dios consoló a sus seguidores por medio de Sofonías con hermosas promesas que hablaban del regreso a Jerusalén. También dio promesas de la segunda venida de Jesús. “Dios reunirá a todas las naciones,” escribió Sofonías, “Habrá un remanente que confiará en el Señor, aunque parezcan pobres y débiles. Dios los traerá y quitará su cautividad.”

Para los pocos que todavía eran fieles a Dios, los mensajes de Nahum, Habacuc y Sofonías fueron de consuelo. Dios los cuidaba y haría que todo fuese para su bien. Lo único que necesitaban hacer era tener fe en él. Los mensajes de estos profetas también son para nosotros. ¿Vivimos por fe? ¿Confiamos que Dios quiere lo mejor para

nosotros, aunque no entendamos por qué permite que ciertas cosas sucedan? Pídele que te de más fe en él hoy.

# 52. Abdías y Joel

---

**Vosotros también, hijos de Sion, alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios; porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio. Joel 2:23 (RVR60)**

 *Abdías, Joel*

El pueblo de Dios se alejaba cada vez más de Dios. Estaban en peligro, porque al dejar a Dios, estaban dejando su cerco de protección. Dios los amaba tanto que envió profetas para advertirles de su peligro y para invitarlos a regresar a él. Dos de los profetas que Dios llamó fueron Joel y Abdías. Nadie sabe exactamente cuándo vivieron estos hombres, pero podría haber sido en la época en que terminó el reino de Judá, o tal vez un poco antes.

El nombre Abdías significa “siervo de Jehová.” No sabemos mucho más acerca de la vida de este hombre, pero podemos estar agradecidos que escribió su libro. ¿Sabías que Abdías es el libro más corto del Antiguo Testamento? Este libro tiene advertencias de Dios para Edom. Los edomitas eran descendientes de Esaú y vivían cerca de Israel. Podrían haber sido amigos de los israelitas, ya que sus ancestros, Jacob y Esaú, habían sido mellizos. Pero en cambio, los edomitas fueron crueles con los israelitas. Dios sabía que en pocos años Judá sería tomada cautiva por Babilonia, y les advirtió, por medio de Abdías, que Edom usaría esta ocasión como una oportunidad para saquear sus ciudades. Edom no los iba a defender

cuando estuvieran en peligro. Israel y Judá no estaban haciendo lo bueno, pero tampoco lo estaba haciendo Edom. En su amor, Dios les advirtió de esto.

Abdías profetizó, “Edom es altiva, y esto la hará caer.” Los edomitas vivían en una ciudad fuerte tallada en las rocas de la ladera,<sup>23</sup> y esto los hacía sentir fuertes y poderosos. Pero Edom no era la única nación altiva; justo antes de la segunda venida de Jesús, las naciones del mundo también estarán llenas de orgullo. Abdías explicó que estas naciones altivas no heredarán la tierra; solo el pueblo de Dios la recibirá.

Fue difícil para la gente escuchar que todas estas cosas terribles estaban por suceder. Pero Dios también quiso darles esperanza por medio del mensaje de Abdías. Les aseguró que había esperanza si se volvían a él. Cuando terminara su cautividad, volverían a la tierra. Y si perdían la tierra nuevamente por su infidelidad, Dios les aseguró que cuando Jesús regrese por nosotros y restaure la tierra, heredaremos la tierra, esta vez para siempre.

Mientras tanto, el profeta Joel también tenía un mensaje de Dios para el pueblo. Joel significa “Jehová es Dios.” Los líderes de Israel y Judá necesitaban recordar quién era Dios; se habían olvidado de él. “Son como borrachos, y no tienen consciencia de su peligro,” escribió Joel. Los borrachos no entienden lo que sucede a su alrededor; no pueden pensar con claridad. El mismo nombre de Joel, “Jehová es Dios”, tendría que haber despertado a estos líderes de su estado de borrachera. ¿Comenzarían a recordar que “Jehová es Dios”?

---

<sup>23</sup> Esta ciudad es Petra. Unos cientos de años después, un pueblo llamado los Nabateos construyó las hermosas casas talladas de la ladera rocosa, las cuales son tan famosas hoy. Pero los edomitas vivieron y construyeron algo allí antes.

Durante la época de Joel, una enorme plaga de langostas vino y atacó la tierra. Fue la plaga más grande que se había visto en mucho tiempo. Las langostas se comieron todas las plantas verdes, y cuando terminaron eso, comenzaron a comer las cortezas de los árboles. La tierra lucía seca y triste.

Joel advirtió que, así como las langostas estaban destruyendo las cosechas, el mismo pueblo sería destruido en una guerra terrible. “Vendrá una nación. Será como un ejército de langostas, y tendrá dientes como un león,” Joel escribió. Por supuesto, los soldados enemigos no tienen dientes como los leones, pero estos soldados enemigos serían tan fuertes como si tuvieran dientes de león. Y sería imposible frenarlos, así como es imposible frenar una plaga de langostas.

Después de esto hubo una sequía. Las cosechas de trigo estaban destruidas. La fruta dulce que la gente disfrutaba, como las uvas, granadas, los dátiles y las manzanas no crecieron, porque las plantas se habían secado. Luego hubo fuegos. Estos fuegos quemaron los campos que los israelitas habían plantado, y también quemaron los pastos del desierto. Las vacas, ovejas, y todos los demás animales sufrieron por falta de alimento y agua.

Joel les insistió a los líderes que reunieran al pueblo para orar juntos. “Si se vuelven a él, él quitará el ejército de la tierra, y les enviará alimento. Las naciones alrededor suyo verán lo que Dios hará por ustedes. Las cosechas volverán a crecer, y también crecerán los árboles frutales. Los animales volverán a tener alimento. Dios traerá nuevamente a los cautivos,” escribió. También les recordó, “Todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo.” ¿Invocarían su nombre?

Joel también escribió para los que estamos esperando que venga Jesús. Dijo, “Habrá terremotos. El sol se oscurecerá, la luna se pondrá roja, y las estrellas dejarán de brillar.”

¡Todo esto suena terrible y da miedo! Pero Joel escribió, “¡Alégrense! Dios les ha enviado la lluvia temprana; ¡también enviará la lluvia tardía!” ¿Qué significa esto? Cuando se plantan las cosechas, éstas primero necesitan una “lluvia temprana” para comenzar a crecer. Luego necesitan una “lluvia tardía” para terminar de crecer y producir fruto. Así como las cosechas necesitan una lluvia temprana y una lluvia tardía, nuestros corazones también necesitan esta lluvia. Cuando primero entregamos nuestro corazón a Jesús, recibimos la “lluvia temprana”, y comenzamos a crecer espiritualmente. Luego, para producir el fruto del Espíritu, necesitamos la “lluvia tardía”. Dios ha prometido que pronto enviará el derramamiento final de la “lluvia tardía”, la cual completará nuestra comprensión y producirá el hermoso fruto del Espíritu, el carácter de Jesús, en nuestros corazones.

¿Cómo respondería el pueblo a los mensajes de estos profetas? Apenas escucharon. Las mentes de los líderes de Israel estaban como si estuvieran borrachos; no prestaron atención a los profetas. ¿Cómo responderemos nosotros a estos profetas? Los mensajes de Abdías y Joel son también para nosotros. Podemos leer sus advertencias y promesas y creerlas. Podemos pedirle a Dios que derrame su lluvia tardía sobre nosotros, su Santo Espíritu, para que nuestros caracteres puedan ser hermosos y puros como el carácter de Jesús. ¿Le pedirás a Dios por la lluvia tardía de su Espíritu?

# 53. Dios llama a Jeremías

---

**Y me dijo Jehová [a Jeremías]: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. Jeremías 1:7 (RVR60)**

 *Jeremías 1 | PR Capítulo 34*

**E**l reino de Israel ya no estaba más. El reino de Judá todavía existía, pero estaba en gran peligro. Dios hizo todo lo posible para advertirle a Judá de su peligro. Llamó a profetas para que les dieran mensajes al rey y al pueblo. Uno de los hombres que Dios eligió fue Jeremías. Él vivió en la misma época que Nahum, Habacuc y Sofonías.

Jeremías había sido entrenado desde muy joven para trabajar en el templo. ¿Por qué? Porque era un levita, el hijo de Hilcías, uno de los sacerdotes. No sabemos si su padre, Hilcías, fue el mismo Hilcías que fue sumo sacerdote y encontró los rollos perdidos de la Escritura que leyó el rey Josías, pero tal vez lo fue. O tal vez su padre fue otro sacerdote llamado Hilcías. Dios llamó a Jeremías para que fuera su profeta durante el año trece del reinado del rey Josías.

Cuando Jeremías todavía era joven, escuchó las hermosas palabras de Dios que le decían, “Antes de que te formara en el vientre de tu madre, yo te conocía. Te santifiqué antes que nacieras, y te he elegido para que seas un profeta para las naciones.”

Jeremías sentía que no era digno de un honor tan grande. “O Señor, soy solo un niño; no puedo hablar,” dijo. Pero el Señor le aseguró, diciendo, “No digas que eres un niño. Irás a todos aquellos a

quienes te envíe, y dirás todo lo que te mande. No tengas temor de ellos, porque estoy contigo.”

Jeremías no necesitaba preocuparse por lo que diría, porque Dios lo guiaría y le daría las palabras. Ahora el Señor estiró su mano y tocó la boca de Jeremías. “Mira, he puesto mis palabras en tu boca,” le aseguró a Jeremías. También le dijo que le daría mensajes no solamente para Judá, sino para las demás naciones que los rodeaban. Dios no amaba solamente a Judá, sino que amaba a cada una de las naciones, y mientras éstas escucharan, les hablaría por medio de Jeremías.

Ahora el Señor le mostró a Jeremías una vara de almendro. La palabra “almendra” en hebreo es la misma que “mirar” y “apresurar”. El Señor dijo, “Yo apresuro mi palabra para ponerla por obra.” Ahora cada vez que Jeremías vería un almendro, recordaría la palabra “apresurar”, que sonaba igual que “almendro” en hebreo. Y se sentiría seguro que no necesitaba tener miedo, porque Dios mismo se apresuraría para cumplir su palabra. Jeremías solo tenía que decir las palabras que Dios le diera para hablar.

Luego el Señor le mostró a Jeremías una olla caliente. Esta olla estaba inclinada hacia el norte. El Señor dijo, “Vendrá el mal desde el norte, y será derramado sobre aquellos que están en la tierra. Los reyes de los reinos del norte vendrán y pondrán sus tronos a las puertas de Jerusalén. Vendrán a toda Judá. Mi pueblo recibirá su juicio por adorar ídolos y abandonarme.”

Dios debe haber dicho esto con mucho dolor. Pronto le daría al pueblo lo que ellos querían, el juicio que ellos mismos habían elegido. Lo estaban rechazando, y estaban rechazando su protección, y él sabía que una vez que recibían lo que querían – una vida sin Dios –

serían atacados, heridos, muertos o llevados cautivos. Si les avisaba de su peligro, ¿escucharían?

Nuevamente el Señor animó a Jeremías, “¡Prepárate! Diles todo lo que te mandé decir. No tengas miedo de ellos. Hoy te he hecho como una ciudad protegida, como un pilar de hierro, como un muro de bronce, para que puedas mantenerte en pie en contra de todos ellos. Los reyes de Judá, los ancianos (líderes), los sacerdotes y el pueblo lucharán en contra de ti, pero no te vencerán porque estoy contigo y te libraré.”

Jeremías aceptó el llamado de Dios para ser su profeta. Creyó las palabras de Dios y confió en él. Durante cuarenta años, dio mensajes al pueblo. No solamente escribió a los reyes de Judá; también lo hizo para las naciones vecinas. Les advirtió de todo su peligro, pero también les aseguró del amor de Dios y la esperanza que él ofrecía. Ninguno de ellos le prestó atención a lo que Jeremías les dijo. Jeremías vio cuando a Jerusalén la destruían y a la gente se la llevaba cautiva. Pero en todo eso, Dios lo protegió, así como lo había prometido.

Jeremías recibió su llamado cuando era muy joven, y aceptó el llamado de Dios y confió en él. ¿A qué te llamará Dios? ¿Confiarás en él? Si Dios te llama, créele, y no tengas miedo de ser demasiado joven. Pídele hoy cómo puedes conocerlo mejor y ayudar para que otros también lo conozcan.

# 54. Los hijos del rey Josías

---

**Oh esperanza de Israel, Guardador suyo en el tiempo de la aflicción,  
¿por qué te has hecho como forastero en la tierra,  
y como caminante que se retira para pasar la noche? Jeremías 14:8  
(RVR60)**



2 Reyes 23:31-37; 24; 25:27-30; 2 Crónicas 36:1-10; Jeremías 22: 1-13, 24-30; 52:31-34. | PR Capítulos 34, 35

**E**l pueblo amaba al rey Josías. Cuando él murió, pusieron a su hijo, Joacaz, como rey. Lamentablemente, Joacaz no era para nada como su padre. Fue malvado, al igual que su abuelo.

Dios envió a Jeremías para que hablara con el rey Joacaz en su palacio. Jeremías le advirtió, “Trata con bondad a tu pueblo. No te aproveches de los extranjeros, los huérfanos ni las viudas. Haz lo que es correcto. Si obras así, Dios protegerá a tu reino y a ti. Pero si no, esta tierra terminará desolada. Todas las naciones que te rodean sabrán que esto sucedió porque abandonaste a Dios y elegiste adorar ídolos.” Jeremías continuó, “El Señor dice que serás llevado cautivo, y nunca regresarás a Judá.”

Joacaz escuchó a Jeremías, pero no prestó atención. Demasiado pronto, las tristes advertencias de Dios se hicieron realidad. Joacaz no duró mucho en el trono: tres meses después de hacerse rey, el faraón de Egipto, Neco, vino a Judá. Neco ya había matado al rey

Josías en batalla, así que le fue muy fácil hacer lo que quisiera en Judá. Decidió que Joacaz *no* sería el rey de Judá. Anunció, “El nuevo rey será Eliaquim, el otro hijo de Josías. Eliaquim nos pagará los impuestos que le pedimos. En cuanto a Joacaz, lo llevaremos a Egipto.”

Ahora Joacaz estaba lejos, en Egipto, y Eliaquim era el nuevo rey. Pero el faraón hizo aun más cambios. Le dijo al rey de Judá, “Tu nombre ya no será Eliaquim; tu nuevo nombre es Joacim.” Al cambiar su nombre, estaba mostrando que Egipto dominaba al rey de Judá. Joacim fue obediente al faraón de Egipto. Le pagó caros impuestos de oro y plata. Pero para poder hacer esto, tuvo que cobrarle impuestos caros a su propio pueblo. ¡Era una situación terrible! ¿Por qué no le pedía ayuda Dios? ¿No había aprendido nada de su padre, el buen rey Josías?

Luego las cosas empeoraron aun más: los babilonios vinieron e invadieron Judá. Se llevaron cautivos, entre ellos a Daniel y sus tres amigos<sup>24</sup>. También se llevaron las vasijas y los tesoros del templo en Jerusalén, y los colocaron dentro de sus propios templos paganos.

El rey Joacim fue malvado, así como su hermano Joacaz. Dios le envió mensaje tras mensaje por medio de Jeremías, pero él no quiso cambiar. Finalmente, Jeremías le dijo, “El Señor dice que tu hijo después de ti no será rey por mucho tiempo. Ninguno de tus hijos continuará en el trono.”

Así como Dios lo había advertido, el hijo de Joacim, Joaquín,<sup>25</sup> fue rey durante solo tres meses y diez días. Los babilonios vinieron y se lo llevaron a Babilonia junto con su madre, sus esposas y sus hijos.

---

<sup>24</sup> Veremos las historias de Daniel en el próximo libro. Él y sus amigos fueron cautivos y trabajaron en la corte del rey de Babilonia.

<sup>25</sup> También llamado Jeconías.

Se llevaron a todos los oficiales de Judá y a los soldados fuertes, además de los artesanos y herreros. El profeta Ezequiel<sup>26</sup> estaba entre estos cautivos. Después de esto, solo los más pobres y débiles, y los que tenían menos educación, quedaron en Judá. Ahora el reino de Judá estaba débil, pobre e indefenso.

El rey de Babilonia, Nabucodonosor II, dijo, “El resto de la gente puede vivir en Judá. Colocaremos a otro de los hijos de Josías, Matanías, como rey. Él hará todo lo que le decimos.” Luego el rey de Babilonia decidió, “Tu nombre ya no será Matanías; será Sedequías.” Al cambiar su nombre, los babilonios se estaban asegurando que *ellos* tenían autoridad sobre el rey de Judá. Sedequías fue último rey de Judá.

En cuanto a Joaquín (el hijo de Joacim), él nunca regresó a Judá. Fue prisionero en Babilonia por el resto de su vida. Sin embargo, Dios fue bueno con él, incluso en Babilonia. Joaquín estuvo en prisión durante 37 años. Luego Babilonia tuvo un nuevo rey llamado Evil-Merodach. Este nuevo rey decidió, “Sacaré a Joaquín de prisión. Se vestirá con ropas lujosas otra vez, y ya no usará vestimenta de prisionero. Comerá de la misma comida que yo desde ahora en más.” No sabemos por qué el rey de Babilonia de repente fue tan bondadoso con Joaquín, pero esto tendría que haberle hecho sentir gratitud hacia Dios. Podría haberse vuelto a Dios, y podría haber compartido el conocimiento de Dios con el nuevo rey de Babilonia. Pero lamentablemente, incluso después de tanta bondad, el corazón de Joaquín no cambió.

Cuatro reyes: tres hijos y un nieto de Josías. Todos ellos recibieron mensajes de Dios de parte de Jeremías, pero no quisieron

---

<sup>26</sup> Veremos las historias del profeta Ezequiel en el próximo tomo.

escuchar. Todos fueron malvados. Dios deseaba alcanzarlos, ayudarles y salvarlos, pero ellos no quisieron su presencia en sus vidas; lo trataron como un forastero, como alguien que no pertenecía cerca de ellos. Jeremías dijo con tristeza, “Señor, eres la esperanza de Israel, pero te están tratando como un forastero, ¡como si no vives aquí!” Con gran tristeza, Dios tuvo que permitirles hacer lo que querían. Trataron a Dios como un forastero, y al final, terminaron siendo forasteros en otras tierras, sirvientes de reyes forasteros. Hasta sus nombres fueron cambiados a lenguas forasteras. ¡Cuán diferente hubiera sido la historia, si tan solo hubieran creído en la bondad de Dios, y hubiera elegido permanecer dentro de su cerco de protección!

Hoy podemos elegir si queremos que el Espíritu de Dios viva en nuestros corazones, o si lo trataremos como un forastero. ¿Qué elegirás? ¿Le permitirás ser tu esperanza y tu salvador hoy?

# 55. La vasija de barro

---

**Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros. Isaías 64:8 (RVR60)**



*Jeremías 14:12-14; 17:19-27; 18; 19; 20; 25. | PR Capítulos 34, 35*

**D**ios llamó a Jeremías para que fuese su profeta. Durante cuarenta años, Jeremías habló y escribió los mensajes de Dios para Judá. Un día, Dios le dijo, “Párate en la puerta de Jerusalén y háblale al pueblo. Jeremías lo hizo. Con voz fuerte y ferviente, Jeremías, dijo, “¡Guarden el sábado! No trabajen ni lleven cargas el sábado. Dios los bendecirá si lo oyen.” Les advirtió que Judá estaba en peligro por descuidar el sábado.

¿Por qué la gente necesitaba guardar el sábado? Porque Dios quería que pasaran tiempo con él en lugar de preocuparse por sus trabajos y negocios. El guardar el sábado les ayudaría a aprender a confiar que Dios cuidaría de todas sus necesidades. ¡Imagina todas las bendiciones que recibirían si guardaban el sábado! ¡Qué diferencia haría eso en Judá!

Luego el Señor le dijo a Jeremías, “Ve a la casa del alfarero. Hay algo que quiero enseñarte allí.” Jeremías encontró al alfarero trabajando. Estaba haciendo una vasija de barro, pero no le salió bien. El alfarero deshizo la vasija y la hizo de nuevo – y esta vez salió bien.

El Señor le dijo a Jeremías, “¿No puedo hacer con Israel así como hizo el alfarero? Israel está en mis manos, así como la arcilla

está en manos del alfarero. ¿Se arrepentirá Israel? ¿Puedo rehacerla y que sea algo bueno nuevamente?”

Jeremías le dijo al pueblo lo que Dios había dicho. Tendrían que haber comprendido esta parábola, porque muchos años antes *Isaías* había dicho, “Señor, tú eres nuestro Padre y Alfarero, y nosotros somos el barro. Todos somos la obra de tus manos.” Jeremías le suplicó al pueblo que se arrepintiera. Lamentablemente, ellos no quisieron escucharlo. Se burlaron de él y le dijeron cosas malas. Esto entristeció mucho a Jeremías.

Ahora Dios utilizaría otra vasija de barro para dar su mensaje al pueblo. Esta vez, le dijo a Jeremías, “Busca una botella de barro de un alfarero, y llévala al valle del hijo de Hinom.”

Jeremías lo hizo. La gente observó para ver qué haría Jeremías. Él levantó la botella, y dijo, “Reyes de Judá y pueblo de Jerusalén, el Señor dice que vendrá lo malo a esta tierra porque se han vuelto a los ídolos y lo han abandonado. ¡Esta tierra será desolada!”

Luego Jeremías rompió la botella y dijo, “Así como esta botella está rota y no se la puede arreglar, la gente en esta ciudad se romperá. ¡Incluso esta ciudad será rota!” La gente no le respondió a Jeremías; todos quedaron callados.

Después de esto, Jeremías fue al atrio del templo. Se paró allí y dijo en voz fuerte, “¡Regresen a Dios! ¡Arrepiéntanse de sus malos caminos!” Lo que Jeremías decía molestó a muchos allí. Un hombre en particular se enojó con Jeremías. Su nombre era Pashur, y él era hijo de uno de los sacerdotes importantes del templo. Pashur usó su poder para lastimar a Jeremías. Logró que lo azotaran y he hizo que al día siguiente lo pusieran en un cepo. No había ninguna razón para

tratar a Jeremías de esta forma, pero a Pashur simplemente no le gustó escuchar el mensaje de Jeremías.

Cuando liberaron a Jeremías, él le dijo a Pashur, “Tu nombre ya no será Pashur; será ‘Terror’, porque terminarás siendo un terror para ti y tus amigos. Verás a todos tus amigos morir a espada, y serás llevado cautivo a Babilonia, y allí morirás. Profetizaste mentiras a tus amigos, pero yo les estoy diciendo lo que en realidad les sucederá a todos ustedes.”

Esta era una advertencia para Pashur. ¿Se arrepentiría? ¿Le pediría a Dios que le ayude a hacer las cosas en forma diferente, para que él y sus amigos pudieran salvarse de todas estas cosas terribles? Lamentablemente, no se arrepintió; no le prestó atención a lo que dijo Jeremías. Hubo otras personas que escucharon lo que Jeremías le acababa de decir a Pashur. Ellos podrían haber vuelto a Dios, pero en cambio, se burlaron de Jeremías por lo que dijo.

Esta fue la primera vez que trataron a Jeremías con crueldad, y se entristeció mucho. ¿Por qué la gente era tan testaruda? ¿Por qué no querían escuchar a Dios? ¿No les importaba que podrían terminar hechos pedazos, como la vasija de barro que Jeremías les había mostrado? No querían que Dios los moldeara como un alfarero moldea una vasija de barro para hacerla perfecta. Pero Jeremías confiaba que Dios estaba con él, y eso le dio la fuerza para continuar, aunque a menudo parecía que estaba solo.

Jesús es nuestro Alfarero, y quiere hacernos vasijas fuertes y útiles. Pablo dice<sup>27</sup> que somos como vasijas de barro en las cuales Dios coloca su tesoro, su conocimiento y su Espíritu. Cuando los hijos de Dios, que son simples seres humanos (al igual que simples vasijas

---

<sup>27</sup> 2 Corintios 4:7

de barro) aceptan a Jesús en sus vidas, son llenados de un tesoro tan grande, que todos alrededor de ellos lo notarán. Dios anhelaba hacer esto con Judá, y lo anhela hacer con nosotros. Dios le dijo a Jeremías que, si su conocimiento no llenaba las vidas del pueblo, ¿qué sucedería? “Serán como botellas llenas de vino con alcohol.” Sus corazones se llenarían del mal.

Jesús quiere ser nuestro Alfarero y llenarnos con su Espíritu. ¿Le permitirás ser tu Alfarero y que te moldee hoy? ¿Le permitirás que derrame su Espíritu y su carácter en tu vida?

# 56. Este templo será como Silo

---

**Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Isaías 66:1 (RVR60)**



*Jeremías 7; 25:8-11; 26 | PR Capítulo 34*

**J**eremías tenía un mensaje para el pueblo de Judá. Viajaba de pueblo en pueblo dando este mensaje. También iba al templo para hablar en voz alta a todos los que estaban dispuestos a escuchar. “¡Arrepiéntanse! ¡Vuelvan a Dios! ¡Dejen sus ídolos!” le insistía a la gente, “¡Dios quiere sanarlos y salvarlos! Si lo abandonan, terminarán cautivos en una tierra extranjera. Judá será cautiva en Babilonia durante setenta años, ¡y esta tierra estará desolada y vacía todo ese tiempo!”

Esta no fue la única vez que Jeremías habló en el templo. Otro día, el Señor le dijo a Jeremías, “Ve a la puerta del templo, y habla mis palabras a los que han venido allí para adorar.” Jeremías se paró en la puerta y habló fuerte para que todos pudieran escuchar, “¡Cambien sus caminos! ¡Obedezcan los mandamientos de Dios! ¡Traten a las viudas, los huérfanos y extranjeros con bondad! ¡Vuelvan a Dios, y abandonen sus ídolos!” Jeremías también dijo, “Si no se arrepienten, ¡este templo terminará como Silo!”

¿Qué era Silo? Era donde Josué y los israelitas colocaron el tabernáculo y el arca cuando primero llegaron a Canaán<sup>28</sup>. Durante 369 años, el arca estuvo en Silo. Luego los israelitas la llevaron para luchar contra los filisteos, y la perdieron porque los filisteos se la robaron.<sup>29</sup> Sesenta años más tarde, el rey David trajo el arca a Jerusalén<sup>30</sup>. En esos años, los israelitas no tuvieron el arca en su lugar de adoración. El arca representaba la presencia de Dios, así que cuando el arca desapareció de Silo, la presencia de Dios dejó Silo. Cuando Jeremías dijo, “¡Este templo terminará como Silo!” la gente entendió que él quiso decir, “La presencia de Dios dejará este templo.” Por supuesto, no les gustó escuchar eso.

La gente preguntó, enojada, “¿Por qué estás diciendo que el templo será como Silo? ¿Por qué estás diciendo que esta ciudad estará vacía, y que nadie vivirá aquí?” Los sacerdotes, los falsos profetas y la gente se juntaron alrededor de Jeremías y amenazaron con matarlo. Los príncipes, o líderes, salieron del palacio del rey para ver qué estaba pasando. Los sacerdotes y falsos profetas les dijeron, enojados, “¡Jeremías debería morir! ¡Ha profetizado cosas malas en contra de Jerusalén!”

Pero Jeremías se paró y habló con valentía: “El Señor me envió para decir estas cosas. Arrepiéntanse y cambien sus caminos, obedezcan la voz de Dios, y él no permitirá que sucedan estas cosas malas. En cuanto a mí, estoy en sus manos y pueden hacer lo que quieran conmigo. Pero deben saber que, si me matan, será un pecado contra ustedes y esta ciudad.”

---

<sup>28</sup> Ver el Vol. 3, *La conquista y los jueces*, historia 8, “Dividiendo la tierra de Canaán”.

<sup>29</sup> Ver el Vol. 3, historia 29, “Los filisteos se llevan el arca”.

<sup>30</sup> Ver el Vol. 3, historia 49, “Traen el arca a Jerusalén”.

¡Qué valiente que fue Jeremías! La gente, incluso los príncipes, de repente sintió respeto por él. Los únicos que todavía querían matarlo eran los sacerdotes y los falsos profetas. Los príncipes decidieron, “Este hombre no merece morir. Nos ha hablado en el nombre del Señor.”

Luego uno de los ancianos dijo, “¿Recuerdan al profeta Miqueas<sup>31</sup>? Él profetizó cuando Ezequías era rey. También dijo que Jerusalén sería destruida. Pero Ezequías no lo mató; respetó a Dios, y Dios no permitió que Jerusalén fuese destruida.

El anciano continuó diciendo, “Había otro profeta llamado Urías. Él también profetizó que Jerusalén y esta tierra terminarían destruidas. El rey Joacim quiso matarlo, pero él se escapó a Egipto. Entonces el rey Joacim envió hombres a Egipto para buscarlo. Éstos lo encontraron y lo trajeron al rey Joacim, y el rey lo mató.”

Todos escuchaban. ¿Acaso no fue bueno que el rey Ezequías no había dado muerte a Miqueas? Y en cuanto a Urías, ¿no hubiese sido mejor si el rey Joacim le hubiese permitido vivir? Las palabras del anciano convencieron a todos que debían liberar a Jeremías. Otro hombre llamado Ahicam se aseguró que no mataran a Jeremías. Ahicam era hijo de Safán, el escriba que le había leído las Escrituras al rey Josías. La familia de Safán era leal a Dios.

Es difícil decir la verdad cuando la mayoría no la quiere oír, pero siempre hay unos pocos que reciben el mensaje y son bendecidos por él. A Jeremías le daba tristeza cuando la gente se le burlaba y rechazaba la invitación de sanación y salvación que Dios les ofrecía. Pero Jeremías confió en Dios, y Dios le dio la fuerza para seguir hablando sus palabras a la gente.

---

<sup>31</sup> Este es el mismo profeta Miqueas que escribió el libro de Miqueas en la Biblia.

Como nación, Judá terminaría rechazando a Dios, y su presencia tendría que dejar su templo; Dios no se queda donde no quieren que esté. De esto estaba advirtiéndolo Jeremías. Hoy no tenemos un templo con un arca dentro, pero Dios dice que nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo. Podemos recibir el Espíritu Santo en nuestros corazones y tener la presencia de Dios con nosotros. ¿Permitirás que Dios te dé su Espíritu? ¿Harás lugar para él? No dejes que tu corazón termine como Silo, sin la presencia de Dios.

# 57. Una pared de bronce

---

**Y te pondré en este pueblo por muro fortificado de bronce, y pelearán contra ti, pero no te vencerán; porque yo estoy contigo para guardarte y para defenderte, dice Jehová. Jeremías 15:20 (RVR60)**



*Jeremías 11:18-23; 12:1-6; 14; 15; 16:1-9*

**D**ios llamó a Jeremías para un trabajo que no era fácil. Desde el comienzo de su obra como profeta, Jeremías enfrentó el rechazo y la persecución. En todos sus años trabajando para Dios, encontró fuerzas en la promesa que Dios estaría con él. Jeremías también encontró fuerzas en la oración. Cuando oraba, le contaba a Dios exactamente cómo se sentía, aunque tuviera pensamientos tristes o enojados. A menudo, le preguntaba, “¿Por qué a los malos les está yendo bien? ¿Por qué están tan felices?” Confiaba en Dios como en un amigo, y Dios lo consolaba. Luego Dios cambiaba su corazón y le daba los pensamientos correctos hacia los hombres que lo habían lastimado.

Durante este tiempo, hubo una gran sequía en Judá. Por mucho tiempo no llovió, y las cosechas no crecieron, y no había suficiente pasto para todos los animales. Se hizo cada vez más difícil encontrar agua; incluso las familias más ricas tenían dificultad para encontrar agua. La sequía en la tierra revelaba la sequía que había en los corazones del pueblo: así como la tierra no tenía agua, los corazones del pueblo no tenían el “agua viva”, el Espíritu de Dios. ¿Se volverían a Dios? ¿Le pedirían por su Espíritu en sus corazones, para que

también el agua pudiera venir a su tierra? Es triste, pero no lo hicieron.

Jeremías les advertía de su peligro, pero ellos no quisieron escuchar. Prefirieron escuchar a los falsos profetas. Estos profetas malvados decían las mentiras que el pueblo deseaba escuchar: “No se preocupen, ¡nadie les va a hacer daño! ¡Ya no habrá más sequía! ¡Vendrá paz a Judá!”

Dios le dijo a Jeremías, “Yo no envié estos hombres. Lo que están diciendo no es verdad; se están engañando a sí mismos y al pueblo.” Dios también dijo, “Estos falsos profetas dicen que la espada y la hambruna no lastimarán a la tierra. Pero la espada y la hambruna matarán a estos hombres y a los que les hacen caso.” Esto le preocupó a Jeremías. Oró por todo el pueblo y le pidió a Dios que perdonara a Judá. El Señor, con tristeza, le dijo a Jeremías que ya era demasiado tarde. “Aunque Moisés y Samuel estuviesen aquí orando por el pueblo, ni aun así cambiarían,” dijo Dios con gran tristeza.

Ya era bastante duro que el pueblo de Judá lo rechazara, pero Jeremías se enfrentó a un desafío aún mayor: la gente de su propio *pueblo* lo rechazó. Jeremías venía de un pueblo llamado Anatot. La gente de Anatot tendría que haber estado orgullosa que Dios había elegido a uno de sus jóvenes como profeta. Pero en cambio, hicieron un plan malvado: “Vamos a matarlo. ¡Nos vamos a deshacer de él y su mensaje! Si no deja de profetizar en el nombre del Señor, le quitaremos la vida.”

Jeremías ni siquiera sospechaba que su propia gente, la que lo había visto crecer y lo conocía bien, le haría esto. Solo se enteró porque el Señor le reveló que lo que estaba sucediendo. El Señor

también le dijo con tristeza, “Esta gente va a terminar mal. Los jóvenes morirán a espada. Sus hijos morirán de hambre.”

Lo más triste de todo era que no solo los del pueblo de Jeremías querían deshacerse de él; ¡hasta su propia *familia* estaba en su contra! El Señor le advirtió a Jeremías, “No son honestos contigo. Te han traicionado y están en tu contra. No confíes en ellos, aunque hablen bien de ti.”

Luego el Señor le dijo a Jeremías que nunca se casaría ni tendría hijos. Estaban por ocurrir cosas terribles en Judá, y Dios le hizo saber a Jeremías, con tristeza, que muchas mujeres y niños sufrirían muertes terribles. Algunos morirían de hambre, otros serían muertos por soldados babilonios, y los pocos que quedaran terminarían siendo esclavos en otras tierras. Jeremías tenía suficientes preocupaciones como profeta; era mejor que no tuviera, además, una esposa e hijos de los cuales preocuparse.

Jeremías se sintió triste y desanimado que toda su gente, incluso su propia familia y los de su pueblo, estaban conspirando contra él. Se quejó con Dios, “¡Soy el único que está causando problemas y desacuerdos, aunque no he sido injusto con nadie!” Estaba tan desanimado que deseó no haber nacido, y se quejó con Dios de eso. Se sentía solo, y se preguntó si Dios realmente estaba con él.

Dios oyó a Jeremías con paciencia y lo consoló. Luego le dijo, “Necesitas volver a mí, para que yo pueda sanarte. Arrepiéntete de pensar así, para que puedas seguir siendo mi boca y dar mis mensajes.” Dios comprendía el dolor de Jeremías, pero no quería que Jeremías se enfocara en pensamientos de autocompasión; no era bueno para él. Si se seguía teniendo lástima, no podría enfocarse más en la obra de Dios. Para consolarlo, Dios le recordó de una promesa

que le había hecho mucho tiempo atrás: “Yo te haré como un fuerte muro de bronce. El pueblo luchará contra ti, pero no vencerá. Estoy contigo para salvarte y liberarte.” ¿Se había olvidado Jeremías de esta promesa?

¡Jeremías no estaba solo! ¡Dios estaba con él, y le estaba ofreciendo toda su fuerza y consuelo! Se sintió fortalecido y listo para continuar compartiendo las palabras de Dios con el pueblo, aunque lo hubieran rechazado. Confió que Dios lo fortalecería como una pared de bronce, fuerte y estable incluso cuando lo atacaran.

Dios también quiere darnos su fuerza, para que podamos continuar creyendo sus verdades incluso cuando otros nos traten mal. Es difícil defender la verdad cuando la gente se burla de nosotros, nos rechaza o nos lastima, pero Dios ofrece su fortaleza para que podamos mantenernos firmes. Pídele a Dios que te haga fuerte como una pared de bronce, para que puedas seguirlo, así como lo hizo Jeremías.

# 58. Los fieles recabitas

---

**Oye, pues, oh Israel, y cuida de ponerlos [a los mandamiento y estatutos de Dios] por obra, para que te vaya bien en la tierra que fluye leche y miel, y os multipliquéis, como te ha dicho Jehová el Dios de tus padres.**

**Deuteronomio 6:3 (RVR60)**



*2 Reyes 10: 15-17; Jeremías 22:13-30; 35 | PR Capítulo 35*

**E**ra la época en la cual el rey Joacim, hijo del rey Josías, era rey de Judá. Joacim escuchó las advertencias de Jeremías para con Judá, sin embargo no le importó. Había escuchado a Jeremías cuando su padre Josías todavía vivía. Luego escuchó a Jeremías cuando su hermano Joacaz fue rey, hasta que se lo llevaron cautivo a Egipto. Ahora que Joacim era rey, Jeremías siguió hablando. Joacim no prestó ninguna atención.

El rey Joacim tendría que haber estado preocupado por su reino. Tendría que haber vuelto a Dios y podría haber estado haciendo todo lo posible para proteger su tierra y su gente. En cambio, comenzó a construir un enorme palacio. Él ya tenía un palacio; no necesitaba uno nuevo. Pero quería uno mejor y más grande. Quería sentirse rico y poderoso. Para construir su palacio, necesitó mucho oro y plata. No tenía todo este oro y plata, así que comenzó a engañar al pueblo y maltratarlo, para que no tuvieran más opción que darle su oro y plata.

Jeremías vino al rey Joacim y lo reprendió. “Rey Joacim, ¡esto no está bien! Estás construyendo este palacio mientras tratas injustamente a tu pueblo. ¿Piensas que el tener una casa mejor te

hace ser mejor rey? Tu padre Josías fue un buen rey y trató a la gente con justicia. Pero en cuanto a ti, la gente no estará triste cuando mueras. ¡Ni siquiera te enterrarán donde se enterraron a los demás reyes!”

Jeremías no tuvo miedo de decir la verdad. Sus palabras le dieron a Joacim la oportunidad de pensar en lo que estaba haciendo, y arrepentirse. Pero lamentablemente, Joacim no se arrepintió. No le prestó atención a la reprensión de Jeremías.

La mayoría del pueblo de Judá también ignoró los mensajes de Jeremías, pero hubo unos pocos que todavía escuchaban y eran fieles. Había familias que todavía adoraban únicamente a Dios, y no tenían ídolos. Algunas de ellas ya habían sido llevadas cautivas por el rey de Babilonia, Nabucodonosor. Dios usó a estas personas para compartir sus verdades en Babilonia.

Sin embargo, no todos los fieles fueron llevados a Babilonia; algunos todavía seguían en Judá. Entre ellos, Dios tenía a los recabitas<sup>32</sup>. Los recabitas eran una familia que adoraba a Dios. Su ancestro, Jonadab hijo de Recab, había sido fiel a Dios según lo mejor que él pudo entender. Le había ayudado al rey Jehú de Israel a destruir los ídolos de Baal que estaban en Israel.

Dios le instruyó a Jeremías que llevara a los recabitas a uno de los cuartos del templo, y Jeremías lo hizo. Trajo vasijas llenas de vino, y copas para cada uno. “Tomen vino,” les ofreció. “Oh, no; no tomaremos vino,” le contestaron con cortesía. Le explicaron, “Nuestro padre, Jonadab, le ordenó a su familia que no tomara vino.

---

<sup>32</sup> Los recabitas eran descendientes de los kenitas, una tribu madianita que entró a Canaán con los israelitas. El suegro de Moisés era un kenita.

Tampoco plantamos viñedos. No construimos casas ni sembramos campos.”

No tiene nada de malo tomar jugo de uva sin alcohol, construir casas o sembrar campos. El ancestro de los recabitas les habría dado estas instrucciones porque ellos tenían otra obra más importante que hacer para Dios, y necesitaban enfocarse en eso.

También le dijeron a Jeremías, “Se nos indicó que viviéramos en carpas, y fuésemos como forasteros.” Al vivir en carpas, podían mudarse con facilidad y vivir donde sea que se sintieran guiados por Dios. Podían hacer la obra de Dios donde se sentían llamados a ir. “En este momento estamos en Jerusalén, porque queremos estar protegidos de los ejércitos de Babilonia y Siria,” explicaron.

Jeremías comparó a los recabitas con Judá. Dijo, “Los recabitas no aceptaron tomar el vino que les ofrecí, porque fueron obedientes a las instrucciones de su padre Jonadab. Pero el pueblo de Judá no obedeció los mandamientos de su Padre, Dios.” Le dijo a la gente de Judá, “Su Padre les está pidiendo que vengan a él, que abandonen sus ídolos, y que cambien sus caminos. Quiere que puedan vivir en esta tierra para siempre. Pero ustedes se rehúsan a escuchar.”

Jeremías explicó que los recabitas serían bendecidos por su obediencia. “Siempre habrá un hombre de la familia de Recab que esté en la presencia de Jehová,” dijo, “pero Judá no podrá recibir las bendiciones de Dios.” ¡Si tan solo el pueblo de Judá confiara en Dios y siguiera sus mandamientos, así como los recabitas estaban siguiendo las instrucciones de su padre! ¡Si tan solo Dios podría bendecir a Judá, así como estaba bendiciendo a los recabitas! Pero ¿cómo podía hacerlo, si lo seguían rechazando? ¿Cómo podía darles algo que no querían?

Dios quiere bendecirnos, también. Quiere que escuchemos sus instrucciones y confiemos en él. ¿Escucharás su voz hoy? Pídele que te ayude a oírlo, y que te ayude a acercarte más a él hoy, para que puedas “estar en la presencia de Jehová” para siempre, así como lo hicieron los fieles recabitas.

# 59. Joacim rechaza los rollos de Dios

---

**Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan.**

**Lucas 11:28 (RVR60)**



*Jeremías 36; 45; 2 Reyes 24:1-7; 2 Crónicas 36:5-8. | PR Capítulo 35*

**J**eremías recorrió las diferentes ciudades de Judá y le dio al pueblo el mensaje de advertencia y esperanza de parte de Dios. Todos en Judá tuvieron la oportunidad de escucharlo. Lamentablemente, la mayoría de ellos ignoraron lo que dijo. Solo unos pocos prestaron atención.

Dios no solo quería que la gente *oyera* sus palabras; también quería que pudieran *leerlas*. Quiso que su mensaje quedara por escrito para que se lo pudiera leer incluso cuando Jeremías no estaba allí para hablar. Le dijo a Jeremías, “Escribe todos los mensajes que te he estado dando.” Dios le había estado dando mensajes a Jeremías durante ya casi veinte años. Había mensajes para Judá además de otras naciones como Babilonia y Egipto. Todo esto tenía que quedar por escrito.

Jeremías llamó a Baruc, su escriba, para que le ayudara. Jeremías le decía a Baruc qué escribir, y Baruc lo escribía todo en un rollo. Cuando terminó el libro, Jeremías quiso compartirlo con la gente. No podía hacerlo él mismo, porque los oficiales le habían prohibido que entrara al templo. Entonces Jeremías le dijo a Baruc, “Ya que no se

me permite entrar al templo, por favor ve tú, y lee este libro en voz alta a la gente. Ve un día en el que estén ayunando y viniendo al templo. Tal vez escucharán las palabras de Dios y volverán a él.”

Baruch fue. Comenzó a leer el rollo en voz alta. ¿Recuerdas a Safán, el escriba que le había leído las Escrituras al rey Josías? Su nieto<sup>33</sup> escuchó lo que Baruc estaba leyendo, y pensó que era tan importante que se lo fue a decir a los príncipes de Judá para que pudieran escucharlo también. Los príncipes dijeron, “Trae el rollo aquí.” Baruc fue al salón donde estaban los príncipes, y comenzó a leerles el libro.

Los príncipes escucharon atentamente. El mensaje les preocupó. “Necesitamos decirle al rey estas palabras,” dijeron seriamente. También le indicaron a Baruc, “Ve y escóndete, y esconde a Jeremías, para que nadie sepa dónde están.” Querían proteger a Jeremías y Baruc por si el rey rechazaba las palabras.

El rey Joacim aceptó escuchar el libro. Le pidió a su siervo Jehudí que se lo leyera en voz alta. El rey estaba en su palacio de invierno, sentado al lado de un fuego calentito mientras escuchaba. Varios de los príncipes estaban con él. El rey Joacim escuchó la primera parte del rollo, pero no le gustó lo que escuchó. Cortó esa sección con un cuchillo y la tiró al fuego. Luego pidió escuchar el resto. A medida que escuchaba cada porción, la cortaba y la tiraba al fuego. Tres de los príncipes le suplicaron, “Por favor, ¡no quemes el libro!”<sup>34</sup> Pero el rey no prestó atención. Parte por parte, quemó el libro entero. A ninguno de los demás príncipes pareció importarles que el rey hiciera esto. Luego el rey Joacim ordenó, enojado, “¡Traigan a

---

<sup>33</sup> El nieto de Safán era Micaías hijo de Gemarías.

<sup>34</sup> Estos fueron Elnatán, Delaía y Gemarías hijo de Safán.

Jeremías y Baruc!” ¡Qué buena idea había sido decirle a Baruc que se escondieran él y Jeremías! Nadie sabía dónde estaban, y nadie podía encontrarlos.

Ahora el Señor le habló a Jeremías otra vez. “Jeremías, toma otro rollo y escribe en él todo lo que escribiste en el primer rollo. El rey Joacim lo ha quemado.” El Señor le dijo a Jeremías que agregara esto al libro: “No te gustó leer que el rey de Babilonia destruirá esta tierra, y quemaste el libro. Ahora, ninguno de tus hijos será rey.” Jeremías y Baruc comenzaron a escribir el libro de nuevo. Escribieron todo lo que había sido escrito en el primer libro, y le agregaron aun más.

El rey y la mayoría de sus oficiales habían leído y escuchado las palabras de Jeremías antes de quemar el libro. Podrían haber tomado esto como una invitación de Dios para arrepentirse y volverse a él, pero no lo hicieron. Eran demasiado orgullosos para arrepentirse. Rechazaron a Dios aun más que antes. ¿Cómo podía Dios ayudar a una nación que no quería su ayuda?

Baruc estaba triste por lo que estaba sucediendo. Pero Jeremías le dijo, “Baruc, el Señor te dice, tú crees que estás pasando por una gran dificultad. Pero mira lo que el Señor está enfrentando: tiene que deshacer lo que le llevó cientos de años construir. Tiene que arrancar lo que él plantó.” Dios había construido a Israel y había cuidado de ella, así como un hombre construye un edificio especial o planta un bello jardín. Pero ellos lo rechazaron y eligieron vivir sin él. A Dios se le quebrantó el corazón porque tendría que permitirles elegir, pero sabía que sin su presencia y protección serían destruidos, así como a los edificios se los desarma y a las plantas se las arranca.

Después de esto, las cosas empeoraron cada vez más para el rey Joacim. Ya era un sirviente del rey Nabucodonosor; tenía que pagarle impuestos. Si Joacim hubiera seguido obedeciendo a Nabucodonosor,

él y el pueblo de Judá hubieran estado a salvo y en paz. Pero él solo fue obediente a Babilonia durante tres años, luego rompió su promesa a Nabucodonosor y se rebeló.

Dios no podía proteger más a Joacim. Lo atacaron los sirios y los amonitas. Finalmente, el ejército Babilonio atacó, porque Nabucodonosor estaba enojado con Joacim. Se lo llevaron a Babilonia como prisionero. Nabucodonosor también se llevó muchos utensilios de oro del templo, y los colocó en el templo de su propio dios en Babilonia.

El rey Joacim murió en Babilonia. Su propio pueblo no lo extrañó porque había sido un rey tan malo. Los líderes de Babilonia lo odiaban porque les había mostrado que no podían confiar en él. Su hijo Joaquín solo fue rey por dos meses antes que Nabucodonosor también lo sacara, y ninguno de los hijos de Joacim fueron reyes después de eso.

Dios le había dado a Joacim todas las oportunidades para volverse a él y arrepentirse. ¡Hasta le envió un libro con sus palabras! ¡Qué triste que Joacim lo rechazó todo! Dios también nos está queriendo alcanzar a todos. Nos ha dado su Palabra para que podamos comprender cómo es él realmente, cuánto nos ama y cuánto anhela sanarnos y salvarnos. ¿Escucharás su Palabra y la aceptarás? ¡No seas como Joacim, que no quiso escuchar!

# 60. Un yugo para Judá

---

**Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás.**

**Isaías 50:5 (RVR60)**



2 Reyes 24:17-20; 2 Crónicas 36:11-13; Jeremías 27; 28; 29:1-10; 52:1-3. | PR

Capítulo 36

**E**l rey Joacim ya no era más el rey de Judá; Nabucodonosor rey de Babilonia lo había llevado cautivo. Incluso Joaquín, el hijo de Joacim, había sido llevado prisionero. Nabucodonosor decidió que Matanías, el hermano menor de Joacim, sería rey de Judá ahora. Y le cambió el nombre a Sedequías. Sedequías no lo sabía todavía, pero sería el último rey de Judá.

Sedequías subió al trono cuando tenía veintiún años, y reinó durante once años. No fue un buen rey. Podía ver que su reino estaba en graves problemas, pero no se volvió a Dios. Tenía las Escrituras y todas las advertencias de Jeremías, pero ni aun así escuchaba, porque no le gustaba lo que le decía Jeremías.

Al principio, Nabucodonosor rey de Babilonia confió en el rey Sedequías y permitió que el pueblo viviera en Judá. Si Sedequías hubiese sido obediente y respetuoso para con Nabucodonosor, a su pueblo le hubiera ido bien. Su buen comportamiento también podría haberle ayudado a Nabucodonosor a conocer a Dios. Jeremías decía constantemente, “Dios no les ayudará a vencer a Babilonia, pero salvará sus vidas si obedecen a Babilonia. No luchen contra ella. Si lo

hacen, morirán.” También le advirtió a Sedequías, “Judá ha sido tan malvada que pronto Jerusalén será destruida.”

Esto no era lo que el rey Sedequías y el resto de Judá quería escuchar. Querían deshacerse de Babilonia; no querían tener que obedecer a Nabucodonosor. Mientras Jeremías decía estas cosas, había otros hombres, falsos profetas, que daban el mensaje opuesto. “¡El Señor nos ayudará a vencer a los babilonios!” mentían. Jeremías le insistía a la gente, “¡No les crean a estos falsos profetas! Sean obedientes a Babilonia. Serán sus sirvientes durante setenta años. Acepten esto pacíficamente; no lo resistan.”

Un día, unos mensajeros vinieron a hablar con el rey Sedequías. Estos mensajeros eran de Tiro, Moab, Edom y otras naciones. Estas naciones tenían un plan, que querían que Sedequías se les uniera. Le explicaron, “Queremos formar un gran ejército para luchar en contra de Babilonia y vencerla. ¿Te unirás a nosotros?”

Era muy tentador, pero Jeremías le aconsejó al rey Sedequías, “¡No lo hagas! Diles a los reyes de estos países que tampoco deberían hacerlo.” Para que el mensaje quede claro, Jeremías hizo algo raro: se puso un yugo de madera alrededor de su cuello. Con este yugo puesto, dijo, “Rey Sedequías, debes colocarte un yugo en tu cuello, y envía yugos a cada uno de estos reyes. Todos ustedes necesitan comprender que Babilonia tendrá poder sobre todas las naciones, y todas deben someterse a Babilonia. Si luchan contra ella, serán destruidos. Si le obedecen, podrán permanecer en sus propias tierras. No escuchen a los falsos profetas que les digan lo contrario. Esto es lo que dice el Señor.”

El rey Sedequías y sus oficiales escucharon, sorprendidos. Pero los falsos profetas no se dieron por vencidos; continuaron tratando de convencer a la gente que Jeremías estaba equivocado. Un falso

profeta llamado Hananías anunció, “¡En dos años, el Señor volverá a traer todos los utensilios de oro que Nabucodonosor se llevó del templo!” ¡Esto era tan diferente a lo que Jeremías había dicho! El mensaje de Jeremías había sido, “Todavía hay unos pocos utensilios de oro en el templo. Nabucodonosor se los llevará a todos a Babilonia!”

Hananías el falso profeta continuó diciendo, “El Señor traerá de vuelta al rey Joaquín, hijo de Joacim, y traerá a todos los cautivos de Judá.” Jeremías contestó, “A todos nos gustaría que el Señor hiciese eso. Nos gustaría ver que regresen a Judá los cautivos y los utensilios de oro. Pero recuerden, la mayoría de los profetas del pasado tuvieron que profetizar de las cosas malas que estaban por suceder.”

Hananías se acercó a Jeremías. Jeremías todavía tenía puesto el yugo alrededor de su cuello. Hananías se lo sacó y lo rompió. Luego mintió, “Así es como el Señor quitará el yugo de Babilonia de todas las naciones. En dos años, todos estaremos libres de Babilonia.” Jeremías decidió no insistir más, porque claramente, no querían escuchar. Se fue del salón.

Más tarde, Dios envió a Jeremías con un nuevo mensaje para Hananías. Jeremías dijo, “Hananías, has roto el yugo de madera que tenía en mi cuello. Pero ahora las naciones tendrán yugos de hierro, que son peores que yugos de madera. Todas estas naciones servirán a Babilonia.” Jeremías también le advirtió a Hananías, “No has recibido un mensaje de parte de Dios; has estado diciendo mentiras. Debido a que has enseñado al pueblo a rebelarse contra Dios, este año morirás.” Dios quería salvar a Hananías. Le estaba advirtiendo, “¡Estás por morir! ¡Ven a mí para recibir ayuda!” Pero Hananías no se arrepintió. Y así como lo profetizó Jeremías, Hananías murió dos meses después.

La gente prefería escuchar a los falsos profetas en lugar de Jeremías, y esto se veía en su comportamiento. No eran pacíficos. No aceptaban la autoridad de Babilonia. Nabucodonosor comenzó a sospechar que el rey Sedequías no le era leal. Mandó la orden que Sedequías viajara hasta Babilonia para verlo.

Cuando el rey Sedequías se encontró con el rey Nabucodonosor, le prometió, “Te seré leal.” El rey Nabucodonosor no estaba seguro si Sedequías realmente hablaba en serio. Lo miró seriamente y le dijo, “Prométemelo en el nombre de Jehová Dios de Israel.” Nabucodonosor había estado aprendiendo de Dios por medio de Daniel y sus amigos, y creía que Dios podía ayudarle a Sedequías a cumplir su promesa. ¡Creía más en Dios que el mismo Sedequías!

¡Qué gran honor que tuvo Sedequías! ¡Si tan solo hubiera cumplido su promesa! Hubiera podido ser un ejemplo ante el rey Nabucodonosor – un ejemplo de cómo un rey debe permitir que Dios lo guíe en todas sus decisiones. Pero lamentablemente, Sedequías no cumplió su promesa. No pasó mucho tiempo antes que Nabucodonosor se diera cuenta que no podía confiar en Sedequías.

Qué triste que el rey Sedequías, con todo lo que sabía, eligió rebelarse contra Dios y el rey de Babilonia. ¡Qué diferente hubiera sido la historia de Judá si tan solo hubieran escuchado lo que Dios les estaba diciendo! Escucharon los consejos de profetas falsos e ignoraron el consejo que Dios envió a través de Jeremías. ¿Qué consejos estamos escuchando hoy? ¿Aceptas lo que Dios te aconseja en su Palabra? Pídele que abra tus oídos hoy, y que te ayude a recibir su Palabra y no rechazarla.

# 61. Los ejemplos prácticos de Jeremías

---

**Y les daré corazón para que me conozcan que yo soy Jehová; y me serán por pueblo, y yo les seré a ellos por Dios; porque se volverán a mí de todo su corazón.**

**Jeremías 24:7 (RVR60)**



*Jeremías 4; 17:1,13; 13:1-11,23; 23; 24*

**J**eremías fue fiel en dar los mensajes de Dios para el pueblo. La mayoría no escuchó, pero Jeremías continuó hablando. Si aunque sea una persona prestaba atención y se arrepentía, valdría la pena.

Mientras Jeremías daba sus mensajes, los falsos profetas daban los suyos. Jeremías dijo, “¡Estos falsos mensajeros son como pastores que están lastimando a sus ovejas! Las están echando en lugar de acercarlas y protegerlas.” Jeremías continuó, “Dios promete que reunirá a todas las ovejas dispersas que quedan, y las juntará. Serán fuertes nuevamente.” Incluso después que el pueblo de Judá fuera disperso en muchos países, Dios los reuniría nuevamente. Jeremías dijo, “Dios les dará nuevos pastores que cuidarán bien de ellos.” El mejor Pastor de todos sería el Hijo de Dios, el Mesías. Esta era la esperanza más reconfortante de todas.

Un día, justo después que los babilonios se habían llevado a Joaquín el hijo de Joacim, y a todos los carpinteros y herreros de Jerusalén a Babilonia, Dios le mostró a Jeremías una visión. Vio dos

canastos de higos frente al templo. Uno de los canastos tenía higos dulces y maduros que eran buenos para comer. El otro canasto tenía higos malos que no podían comerse. El Señor le dijo a Jeremías, “Los higos buenos son como los fieles de Judá que han sido llevados cautivos. Yo los cuidaré, los construiré y los plantaré; no los arrancaré. Me conocerán y me seguirán con todo su corazón, serán mi pueblo y yo seré su Dios.” Luego Dios dijo, “En cuanto a los higos malos, son los que todavía están en esta tierra y que han huido a Egipto. Serán llevados a otros países, pero no será bueno para ellos. Terminarán muriendo por espada, hambruna y pestilencia.”

Los buenos higos le recordaron a Jeremías que todavía había mucha gente que amaba a Dios y lo seguía con todo su corazón; Jeremías no era el único fiel. Dios conocía a cada una de estas personas y las cuidaba atentamente. Incluso en tierra extrañas, habría testigos para él. En cuanto a los infieles, no había mucho que Dios pudiera hacer por ellos; ellos ya habían tomado su decisión, y no querían arrepentirse ni cambiar.

Dios dijo que los pecados de los infieles de Judá estaban escritos con una pluma de hierro, con la punta de un diamante; sus pecados estaban escritos en sus corazones como si estuviesen tallados en piedra. Estaban tan sumidos en su pecado que ya no se podían borrar, así como las palabras talladas en piedra no podían borrarse. Jeremías dijo con tristeza, “¡Esta gente ha abandonado la fuente de aguas vivas!” Dios es como aguas vivas, la fuente de vida, y la gente lo estaba rechazando. Sus corazones estaban tan endurecidos contra Dios que él dijo, “¿Puede un etíope cambiar el color de su piel? ¿Puede un leopardo cambiar sus manchas?” No, nada de esto se puede cambiar. La gente podría haber ido a Dios para que les ayude a cambiar, pero no quisieron hacerlo.

Jeremías también invitó al pueblo, “Aren el suelo que ahora está duro; no planten donde hay espinas.” Esto significaba que cuando la gente rechazara la verdad y eligiera el mal, sería como si estaban plantando sobre suelo malo. ¡Nada bueno podía salir de eso!

Jeremías advirtió, “¡El león saldrá del bosque y te lastimará!” A Satanás a menudo se lo describe como un león. La gente estaba completamente desprotegida de los ataques de Satanás, el león, por causa de sus propias malas decisiones.<sup>35</sup>

Luego Dios le indicó a Jeremías, “Ponte un cinturón<sup>36</sup> de lino nuevo, y no lo pongas en agua.” Después le dijo, “Lleva el cinturón de lino que tienes puesto, y escóndelo en un agujero al lado del río Éufrates.” Jeremías hizo esto. Unos días más tarde, Dios dijo, “Ve y sácalo de su escondite.” Jeremías fue, cavó y sacó su cinturón. Por supuesto, estaba podrido, completamente arruinado.

Dios dijo, “Así es como terminará Judá. Tiene tanto orgullo ahora, pero terminará arruinada como este cinturón. Yo mantuve a Judá e Israel cerca de mí, así como tú llevabas el cinturón cerca de tu cuerpo. Pero no quisieron escucharme.” Israel, lejos de Dios, era tan indefensa e inútil como un cinturón escondido en un agujero.

Dios le dio a Jeremías ilustraciones de cosas diarias, para que el pueblo pudiera constantemente recordar sus palabras. Cada día veían ovejas, pastores, higos y fuentes. Miraban el bosque y recordaban que había leones y leopardos escondidos allí. Pensaban en las palabras de Jeremías cada vez que araban sus campos. Cuando se vestían, recordaban lo que Dios había dicho acerca del cinturón arruinado.

---

<sup>35</sup> Al reino de Babilonia también se lo representa como un león en profecía bíblica (Jeremías 50:43-44; Daniel 7:4). Los babilonios también construían monumentos con leones alados. Tiene sentido que Jeremías también estaría diciendo “el león te lastimará,” porque Babilonia pronto conquistaría a Judá.

<sup>36</sup> Algunas versiones dicen “calzoncillo de lino”.

Estos recordatorios eran invitaciones constantes de parte de Dios para que se volvieran a él. ¡Qué triste que la mayoría rechazó lo que Dios les estaba ofreciendo!

Dios también nos da invitaciones a nosotros. Desea que vengamos a él. Anhela darnos su Espíritu. No seas como el pueblo de Judá, que no hizo caso de las muchas invitaciones que Dios le hizo. ¿Aceptarás hoy lo que Dios te ofrece?

# 62. Cartas a los cautivos

---

**Pues yo sé los planes que tengo para ustedes—dice el Señor—. Son planes para lo bueno y no para lo malo, para darles un futuro y una esperanza.**

**Jeremías 29:11 (NTV)**



2 Crónicas 36:14-16; Ezequiel 8, Jeremías 29. | PR Capítulo 36

**E**l ejército de Babilonia ya había venido dos veces a Judá y se había llevado cautivos. Llevó a Babilonia a la gente más educada y a los mejores obreros para que trabajasen para el rey Nabucodonosor. Entre estos cautivos estuvieron Daniel, sus tres amigos, y el profeta Ezequiel.

Jeremías quería animar a aquellos que habían sido llevado cautivos. Incluso como siervos en una tierra extraña, podían ser testigos para Dios. El Señor podía transformar su situación desagradable en algo bueno para ellos y para los babilonios. Jeremías se enteró que el rey Sedequías iba a viajar a Babilonia para ver al rey Nabucodonosor<sup>37</sup>, así que escribió una carta para los exiliados y le pidió a uno de los hombres del rey que les llevara esa carta.

En su carta, Jeremías escribió, “El Señor dice, serán cautivos durante setenta años. Por eso, establézcanse en la tierra donde están ahora. Construyan casas, planten, y permitan a sus hijos adultos que se casen y tengan hijos. Vivan pacíficamente en la tierra donde los han llevado. Dios tiene planes para ustedes. Quiere hacerles el bien y darles paz. Cuando llegue el tiempo, Dios los reunirá y los traerá nuevamente a Jerusalén.”

---

<sup>37</sup> Ver la historia 60, “Un yugo para Judá” en este libro.

Jeremías también escribió, “Los que todavía están en la ciudad, los falsos profetas, son como higos malos que no se pueden comer. Serán destruidos por espada, hambruna y pestilencia. Son malvados, porque no quisieron escuchar los mensajes que Dios envió por medio de sus profetas.”

Jeremías les advirtió a los exiliados acerca de dos falsos profetas llamados Acab y Sedequías.<sup>38</sup> Estos dos hombres profetizaban mentiras. Jeremías advirtió, “El rey Nabucodonosor dará muerte a estos hombres.” Seguramente ellos habían animado a la gente a rebelarse contra Babilonia, y esto enojó al rey Nabucodonosor. Dios le estaba diciendo a su pueblo, “Sean pacíficos. Sirvan a los babilonios ahora que están cautivos.”

Los exiliados leyeron la carta de Jeremías. A uno de ellos, Semaías, no le gustó la carta para nada. Este hombre era un falso profeta. Quiso impedir que Jeremías diera más mensajes, así que rápidamente escribió una carta al sacerdote Sofonías<sup>39</sup>. En su carta, él les pidió a los sacerdotes que impidieran que Jeremías transmitiera más mensajes. Escribió, “¿Por qué no han reprendido a Jeremías por escribir un mensaje así?”

El sacerdote Sofonías leyó la carta y se la mostró a Jeremías. ¿Qué podía hacer Jeremías? El Señor le dijo a Jeremías, “Escribe otra carta a los cautivos. Diles que yo no envié a Semaías al pueblo; él ha profetizado mentiras, y ha hecho que los cautivos creyesen mentiras. Le enseñó a la gente a rebelarse contra mí. Por esto, Semaías no tendrá hijos. Además, no podrá ver las cosas buenas que haré por mi pueblo cuando se cumpla el tiempo.”

---

<sup>38</sup> Estos no fueron los reyes Acab y Sedequías, aunque tenían los mismos nombres.

<sup>39</sup> No se refiere al profeta Sofonías.

Dios también le dijo a Jeremías, “Escribe en un libro todas las palabras que te he dicho.” En este libro, Jeremías escribió que la gente entraría en cautividad, pero eventualmente Dios reuniría a los cautivos y los traería de nuevo. Les aseguró del amor y la compasión de Dios. “Hay esperanza al final,” escribió Jeremías. Escribió que el pueblo de Dios eventualmente entraría en el pacto de Dios, el nuevo pacto – el pacto al que Dios siempre anheló entrar con su pueblo, pero que ellos nunca aceptaron plenamente. En este pacto, el pueblo de Dios permitiría que él obrara por medio de ellos. Ellos no lo detendrían rechazando sus palabras. ¡Ahora estamos en una época en la historia en la cual podemos entrar en este maravilloso pacto con Dios! ¿Te gustaría hacerlo?

Hubo otro hombre que también escribió mensajes de Dios que eran parecidos a lo que decía Jeremías. Este hombre fue el profeta Ezequiel. Mientras Jeremías escribía desde Jerusalén, Ezequiel escribía desde Babilonia, donde estaba cautivo. Incluso como cautivo, Ezequiel permitió que Dios lo usara. Compartió mensajes de consuelo y esperanza de Dios para los demás cautivos.

Ezequiel escribió, “Es insensato que el rey Sedequías escuche a los falsos profetas. ¡La verdad es que Jerusalén será destruida! ¡Los falsos profetas están mintiendo cuando dicen que Jerusalén estará a salvo!

Dios le mostró a Ezequiel visiones de las cosas malvadas que los líderes de Judá estaban haciendo. Incluso dentro del templo, los líderes estaban cometiendo pecados que eran impensables. Habían escondido ídolos dentro de los cuartos del templo, y los adoraban. ¡Hasta adoraban al sol! El Señor le mostró estas cosas a Ezequiel, y dijo, “¿Has visto esto? ¡Mira las cosas terribles que están haciendo! ¡Mira lo que los sacerdotes y falsos profetas están haciendo en el

templo! ¡Están haciendo lo que hacen los paganos!” Dios no podía estar con Judá si sus líderes hacían estas cosas. Ahora no había más nada que Dios pudiera hacer por ellos.

Tanto Ezequiel como Jeremías comprendieron que Judá pronto llegaría a su fin porque los líderes habían abandonado a Dios. Se habían burlado de cada advertencia que vino de los profetas de Dios. Habían dicho con aire de suficiencia, “¡Falta mucho para que sucedan estas cosas!” Pero Ezequiel insistió, “No; estas cosas sucederán muy pronto.”

A Dios le importaba su pueblo, y por eso les envió mensajes por medio de sus profetas. Aquellos que recibían sus palabras encontrarían paz en cualquier situación en la que se encontraran. A Dios le importas tú, también. Quiere consolarte y animarte en cualquier situación que estés enfrentando. ¿Aceptarás sus palabras? ¿Crearás que tiene “planes para lo bueno”, o pensamientos de paz, para contigo?

# 63. Libertad para los esclavos

---

**Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.**

**2 Corintios 3:17 (RVR60)**

 *Jeremías 34*

**L**os babilonios se cansaron de la rebelión de Judá. El rey Nabucodonosor había sido bueno con el rey Sedequías, pero Sedequías no fue agradecido. Sedequías le había prometido al Nabucodonosor, “Se te seré leal,” pero pronto se olvidó de esa promesa. No quiso ser más el siervo de Nabucodonosor, así que le pidió a Egipto que le ayudara a luchar en contra de Babilonia. Jeremías le había advertido, “No te rebeles en contra de Babilonia; obedece al rey Nabucodonosor.” Pero al rey Sedequías no le importó; quería ser libre.

Nabucodonosor se enteró que Sedequías le había pedido ayuda a Egipto. Rápidamente envió su ejército para que rodeara a Jerusalén. Ya no sería bondadoso con Judá, porque su rey no había sido honesto con él.

El rey Sedequías miró al enorme ejército babilonio que rodeó Jerusalén. ¿Qué podía hacer? ¡Quería ser libre de Babilonia! De repente tuvo una idea: “¡Vamos a liberar a nuestros propios esclavos que están en Jerusalén!” Dio el anuncio: “¡Todos los esclavos hebreos deben ser liberados!” Si no podía liberar toda la ciudad de Babilonia,

por lo menos podía darles un poquito de libertad a los que eran esclavos.

Los líderes y el pueblo estuvieron de acuerdo con el rey Sedequías. Hicieron un pacto entre ellos: liberarían a sus esclavos. Para hacer este pacto, siguieron una costumbre de las naciones vecinas: mataron un ternero y lo cortaron en dos. Luego caminaron entre las dos partes del ternero. Al hacer esto, estaban anunciando, “Estoy haciendo una promesa. Si quebranto mi promesa, terminaré muerto como este ternero.” ¿Recuerdas otra historia en la Biblia donde alguien hizo un pacto cortando animales en dos partes? Fue Abraham, cuando hizo un pacto con Dios<sup>40</sup>. Dios nunca le pidió al pueblo que hiciera pactos de esta forma; era la costumbre de las naciones paganas. Pero Dios tomó en serio su pacto. Ellos habían hecho una promesa, y Dios esperaba que la cumplieran.

El rey Sedequías y sus líderes les anunciaron a todos los esclavos hebreos en Jerusalén, “Son libres. No tienen que servirnos más. Pueden irse.” ¡Qué alivio habrán sentido estos esclavos! El ejército babilonio todavía rodeaba la ciudad, pero este poquito de libertad de parte de sus propios amos hebreos les hizo sentir mucho mejor.

Era fácil para el rey Sedequías y sus hombres liberar sus esclavos mientras Babilonia los rodeaba. No podían salir a trabajar en sus campos. No sintieron una pérdida demasiado grande cuando liberaron a los esclavos, porque de todas maneras no había demasiado trabajo que podían hacer.

Pero de repente, las cosas cambiaron. La gente de Jerusalén recibió una noticia que les dio esperanza: “¡Viene el ejército egipcio! ¡Van a atacar a Babilonia y ayudarán a liberar a Jerusalén!” Ahora

---

<sup>40</sup> Ver el vol. 2, *Los libros de Moisés*, historia 18 “Un pacto de hombres.”

vieron que el ejército babilonio se alejaba de Jerusalén. Iba a encontrarse con el ejército egipcio y lucharía contra él. De repente Jerusalén ya no estuvo rodeada del ejército de Babilonia.

El rey Sedequías sintió alivio. “¡Babilonia se fue de Jerusalén! ¡No volverán! ¡Ahora estaremos libres!” Comenzaron a pensar en todas las cosas que querían hacer ahora que eran libres de Babilonia. Podían volver a sus campos. Podían trabajar en sus emprendimientos otra vez. De repente pensaron en todos los esclavos que habían liberado. Ahora deseaban no haberlos dejado ir. “Volveremos a nuestras actividades normales ahora que se ha ido el ejército de Babilonia. ¡Necesitamos recuperar a nuestros esclavos!” decidieron. Llamaron a los esclavos que habían liberado, y anunciaron, “Ahora deben regresar a nosotros. Tienen que obedecernos y trabajar para nosotros otra vez.”

¿Qué clase de líderes eran estos? Había sido su propia decisión liberar a los esclavos - ¡hasta habían entrado en un pacto para hacerlo! Pero ahora estaban cambiando de parecer. ¡Qué tristes y desilusionados se habrán sentido los esclavos! No había nada que podían hacer; eran nuevamente esclavos, les guste o no. ¡Qué injusto y egoísta era esto! Los líderes ansiaban ser libres de Babilonia, pero ni siquiera le podían dar libertad a su propia gente.

A Dios no le agradó lo que el rey Sedequías y los líderes les hicieron a los esclavos. El Señor le dijo a Jeremías, “Les he dicho a los israelitas, desde el tiempo de Moisés, que nunca deberían hacer que alguien sea su esclavo por más de seis años. Cada séptimo año los esclavos deben recibir su libertad. Pero nadie ha obedecido esta instrucción. Sedequías hizo lo correcto cuando liberó a los esclavos. No es bueno que otra vez están forzando a los esclavos a trabajar para ellos.” Dios les hizo saber cuáles serían las consecuencias

naturales para ellos: “Ustedes tampoco tendrán su libertad.” Además, ¿no habían prometido que si quebrantaban su palabra terminarían como el ternero que habían matado? Dios les hizo saber que sus vidas estaban en peligro: “Terminarán muriendo en manos de sus enemigos, o por pestilencia o hambruna.” ¿Escucharían la advertencia de Dios y se arrepentirían? ¿Volverían a liberar a sus esclavos? Lamentablemente, no lo hicieron. Podrían haber hecho lo correcto, pero no quisieron hacerlo.

Dios nunca quiso que los israelitas tuvieran esclavos. No era su plan. Pero, así como con tantas otras costumbres, los israelitas insistieron en hacer lo que las demás naciones hacían. Dios entonces les dio leyes para que trataran a sus esclavos con más bondad que las demás naciones. Pero el pueblo no había hecho caso.

El rey Sedequías recuperó a sus esclavos, pero no tuvo paz. ¿Cómo podía tener paz? ¡No estaba siguiendo ninguna de las instrucciones de Dios! Llamó a Jeremías para hablar con él. “¡Ora por nuestra nación!” le rogó. Jeremías dijo con tristeza, “Los egipcios regresarán a su tierra; perderán esta batalla. Los babilonios pronto regresarán a Jerusalén y la destruirán.”

El rey Sedequías añoraba la libertad – la misma libertad que le había quitado a sus esclavos. Si tan solo se volvía a Dios, escuchaba su voz y recibía su Espíritu, encontraría la mejor clase de libertad: la libertad del pecado y la culpa. Esta es la libertad que Dios quiere darnos a cada uno de nosotros. ¿Deseas esta libertad? Pídele a Dios que te dé su Espíritu, y que te ayude a oír su voz, para que puedas disfrutar de la libertad que él quiere darte.

# 64. Jeremías en los calabozos

---

**Y a este pueblo dirás: Así ha dicho Jehová: He aquí pongo delante de vosotros camino de vida y camino de muerte. Jeremías 21:8 (RVR60)**



*Jeremías 21; 37; 38. / PR Capítulo 36, 37*

Ahora que el ejército de Babilonia no estaba rodeando Jerusalén<sup>41</sup>, Jeremías decidió salir de la ciudad por unos días. Había cosas que necesitaba hacer fuera de la ciudad, y sabía que las tenía que hacer rápidamente, antes que regresaran los babilonios. Pero justo cuando llegó a la puerta de la ciudad, uno de los guardias lo detuvo. El guardia lo acusó, “¡Estás saliendo para unirme a los babilonios!” Jeremías contestó, “Eso no es verdad; no estoy uniéndome a los babilonios.” El guardia no prestó atención. Llevó a Jeremías a los príncipes de Judá.

Los príncipes ya estaban enojados con Jeremías, así que usaron esto como una oportunidad para azotarlo y ponerlo en prisión, aunque él no había hecho nada malo. Lo pusieron dentro de un horrible calabozo que pertenecía a un hombre llamado Jonatán.

Demasiado pronto, el ejército de Babilonia regresó y rodeó Jerusalén. El rey Sedequías estaba preocupado. Sacó a Jeremías del calabozo y lo trajo secretamente a de su palacio. Le preguntó ansioso, “¿Hay algún mensaje del Señor?” Tenía esperanzas de que esta vez

---

<sup>41</sup> Ver la historia anterior.

Jeremías le daría buenas noticias. Pero Jeremías contestó, “El Señor dice que serás entregado en mano del rey de Babilonia.”

Entonces Jeremías le habló sinceramente a Sedequías: “¿Qué he hecho para ofenderte a ti y a tus oficiales? ¿Por qué me han puesto en prisión? Ha habido falsos profetas que te dijeron que vencerías a Babilonia. ¿Recuerdas cómo murieron? Ahora, por favor, no me envíes nuevamente al calabozo de Jonatán. Podría morir allí.”

Al rey Sedequías le caía bien Jeremías, y quería seguir su consejo, pero tenía un carácter débil. Tenía miedo que sus oficiales se burlaran de él o se enojaran si obedecía a Jeremías. Por eso hacía solamente lo que ellos querían que él hiciera. El rey Sedequías tendría que haber liberado a Jeremías, pero temía demasiado a sus oficiales para hacer eso. Pero por lo menos lo envió a una mejor prisión: el patio de la cárcel. Allí por lo menos le daban de comer. Sedequías ordenó: “Denle a Jeremías un pedazo de pan todos los días, hasta que se acabe el pan en la ciudad.” Así de mal estaban las cosas en Jerusalén – se estaban quedando sin comida, porque el ejército babilonio los había rodeado por completo, y no podían traer comida a la ciudad.

Incluso desde su prisión, Jeremías siguió diciéndoles a los líderes, “¡Ríndanse a Babilonia! ¡No luchen contra ellos, sino serán destruidos! Dios ahora les está ofreciendo el camino de vida: vayan a los babilonios ahora y ríndanse, y vivirán. ¿Elegirán el camino de vida, o el camino de muerte?”

A los líderes no les gustó lo que Jeremías decía. Le dijeron al rey, “¡Está hablando en contra de nuestra nación! ¡Mátalo!” Pero ¿era verdad que Jeremías estaba hablando en contra de Judá? No. ¡Él estaba tratando de salvar sus vidas! El débil rey Sedequías tuvo miedo de defender a Jeremías, así que permitió que los líderes lo pusieran

en otro calabozo, uno que pertenecía a un hombre llamado Malquías. Este calabozo era peor que el de Jonatán. Era tan profundo que tuvieron que bajar a Jeremías con sogas. El fondo del calabozo tenía solo barro húmedo y profundo. Jeremías se hundió en el barro frío. No le daban agua ni alimento en este horrible lugar.

Uno de los sirvientes del rey se sintió triste y preocupado cuando escuchó que Jeremías estaba en esta cisterna profunda y lodosa. Era un eunuco etíope llamado Ebed-melec. Fue al rey y le rogó, “Por favor, ¡sácalo de allí, o morirá!” El rey Sedequías estuvo de acuerdo. Dijo, “Toma treinta hombres contigo, y saca a Jeremías de la cisterna.” Ebed-melec rápidamente hizo sogas con trapos viejos. Echó estas sogas a Jeremías y le dijo, “¡Pon éstos debajo de tus brazos, así te podemos levantar!” ¡Qué alivio habrá sentido Jeremías! Una vez que salió del calabozo, el rey Sedequías le permitió volver al patio de la prisión.

Luego el rey Sedequías trajo a Jeremías a su palacio, en secreto, una vez más. “¿Qué mensaje tiene Dios para Jerusalén?” preguntó ansiosamente. Jeremías le contestó seriamente, “Si te lo digo, ¿prometes no darme muerte? ¿Y seguirás mi consejo?” El rey Sedequías le prometió, “No te daré muerte, y no permitiré que los líderes te hagan nada.”

Jeremías le aconsejó, “Si vas a los líderes babilonios y te rindes, vivirás, y Jerusalén no será quemada. Pero si no te rindes, esta ciudad será quemada, y tú no escaparás.” Babilonia llevaría a Judá cautiva. Pero si el rey Sedequías obedecía a Dios esta vez, entonces su cautividad no sería tan terrible. Todavía había una oportunidad para que este rey escuchara a Dios e hiciera algo por su pueblo.

Sedequías le confesó a Jeremías, “Tengo miedo de lo que el pueblo me hará si me rindo.” Jeremías le prometió, “No te harán nada. Por favor, O rey, ¡obedece la palabra del Señor, y vivirás!”

Sedequías dudaba. ¡Qué vergonzoso sería tener que admitir que se había equivocado, y que tendría que haberle hecho caso a Dios antes! Sentía que ya no podía cambiar. Jeremías lo miró y comenzó a llorar. Con lágrimas cayendo, le suplicó al rey, “¡Sálvate! ¡Salva a tu pueblo! ¡Morirás, y Babilonia se llevará todos los tesoros de Judá!”

Jeremías le caía bien a Sedequías. Pero Sedequías tenía un carácter tan débil que rechazó su consejo. Dijo con terquedad, “Jeremías, si le dices a alguien que hablé contigo, morirás. Lo único que le puedes decir a los líderes es que me pediste que no te enviara de nuevo al calabozo de Malquías. No les cuentes el resto de lo que me dijiste.”

¡Si tan solo el rey Sedequías hubiera tenido la valentía de obedecer a Dios! Sus oficiales lo hubieran respetado, y ¡hubiera evitado tanto sufrimiento para Judá! Pero en lugar de elegir el camino de vida que Dios le ofrecía, dudó y esperó hasta que fue demasiado tarde. Dios también nos ofrece el camino de vida. Quiere que evitemos el “camino de muerte” porque nos quiere dar vida, gozo y paz. ¿Aceptas lo que Dios te ofrece hoy?

# 65. Un prisionero compra un terreno

---

**¡Oh Señor Jehová! he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti.**  
**Jeremías 32:17 (RVR60)**



*Jeremías 32, 33 | PR Capítulo 38*

**J**eremías estaba preso en el patio de la cárcel del rey Sedequías. ¿Qué había hecho para terminar allí? Le había dicho al rey Sedequías, “¡Ríndete a Babilonia! No ganarás si luchas contra ellos. Sálvate a ti mismo y a tu pueblo, y sométete a Babilonia.” Dios estaba usando a Jeremías para darles este mensaje al rey y los líderes, pero no era lo que querían escuchar. Las palabras de Jeremías los enojó, y lo trataron muy mal. Y ahora él estaba en prisión.

Mientras Jeremías era prisionero en este patio, recibió un mensaje del Señor: “Tu primo Hanameel vendrá a verte. Quiere vender su campo en Anatot, y te preguntará si lo quieres comprar.” El primo de Jeremías necesitaba el dinero, pero quería que el terreno quedara dentro de la familia, y tenía esperanzas que Jeremías lo compraría.

Este era un muy mal momento para comprar tierra. Judá estaba por caer en manos de Babilonia, y Jeremías estaba diciendo, “Babilonia va a vencer. Seremos siervos de Babilonia por setenta años. Nos llevarán a otras tierras por muchos años.” Comprar tierra

en este momento ¡no parecía razonable para nada! Pero Jeremías sabía que Dios quería que él comprara este terreno. ¿Por qué? Porque tenía fe que, después de setenta años, su familia regresaría a esta tierra. Necesitaba mostrarle al pueblo que, aunque él creía que pronto serían cautivos, también creía que un día Dios los regresaría a este lugar. Al comprar terreno, les estaba haciendo saber que había esperanza, y que Dios les devolvería la tierra a los hebreos después de setenta años.

Aunque parecía insensato, Jeremías estuvo de acuerdo en comprar el campo de su primo. Les pidió a algunos hombres que fuesen testigos mientras él hacía la compra. Sobre dos rollos escribió que él había comprado el campo. Uno de estos rollos quedó abierto; el otro se selló y se lo guardó en un lugar seguro. Así es como la gente compraba terreno en aquellos días. Luego Jeremías le pagó 17 siclos de plata a su primo Hanameel, y le pidió a su escriba, Baruc, que guardara el rollo.

Ahora Jeremías les dijo a Baruc, Hanameel y los demás que estaban allí de testigos: “El Señor dice que guarde estos rollos en una vasija de barro, para que estén seguros. Quedarán allí mucho tiempo. Pero el Señor también dice que vendrá el día cuando la gente volverá a ser dueña de tierra y casas en Judá.”

Aunque Dios le había indicado a Jeremías que comprara el campo, Jeremías se comenzó a preguntar si había hecho lo correcto. ¡Parecía tan raro comprar un campo que nunca usaría! Sabía que no estaría vivo dentro de setenta años, cuando su pueblo regresara a la tierra. ¿Valía la pena hacer esto, solo para animar a la gente de Judá? ¿Traería Dios realmente a su pueblo de regreso a Judá después de setenta años? ¡Parecía que había tan pocos que estaban siguiendo a

Dios! Pero no se dejó llevar por sus dudas, sino que oró y le contó a Dios cómo se sentía.

Oró, “Señor, tú has creado el cielo y la tierra. No hay nada demasiado difícil para ti. Eres bueno y amoroso, y permites que cada uno reciba las consecuencias de sus propias decisiones. Hiciste esto por Israel, pero no obedecieron tu voz. Ahora los babilonios nos han rodeado. Tú nos advertiste que esto sucedería. Ahora me has dicho que compre este terreno, aunque los babilonios tomarán esta ciudad.”

El Señor le contestó a Jeremías, “¿Hay alguna cosa que es difícil para mí? El rey Nabucodonosor destruirá Jerusalén por las malas decisiones de Israel y Judá. Me dieron la espalda, y no el rostro. No han escuchado mis enseñanzas. Han elegido adorar ídolos de la manera más horrible.” Con estas decisiones terribles, alejaron a Dios completamente de ellos.

Luego Dios continuó hablando, y esta vez dio palabras de esperanza: “Reuniré a mi pueblo de todos los países donde fueron llevados, y los traeré nuevamente. Vivirán aquí en paz. Serán mi pueblo, y yo seré su Dios. Les traeré todo el bien que les he prometido.”

Más adelante, Dios le habló nuevamente: “Sanaré a Judá e Israel. Los cautivos regresarán. Perdonaré sus pecados. Todas las naciones de la tierra oirán lo que he hecho por ellos. Ahora esta tierra está vacía, pero se llenará nuevamente de gente gozosa y rebaños de animales.”

Dios transformaría la cautividad de Judá en algo bueno. Todavía trabajaría por medio de los cautivos que escucharan su voz. Dios le pidió a Jeremías que comprara este campo, el cual nunca podría disfrutar él mismo, solamente para que su pueblo tuviera ánimo. Cada vez que los fieles recordaran que Jeremías había comprado un

terreno, podrían decir, “¡Nada es demasiado difícil para el Señor! ¡Él nos restaurará!”

Nada es demasiado difícil para el Señor. ¿Parece demasiado difícil que él cambie nuestros corazones? ¿Parece demasiado difícil que el evangelio se predique en todo el mundo? Él lo puede hacer posible. Pídele que te dé fe de que él puede hacer todo lo que se propone hacer a través de ti.

# 66. La destrucción de Jerusalén

---

**Y Jehová el Dios de sus padres envió constantemente palabra a ellos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su habitación. 16 Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo, y no hubo ya remedio. 2 Crónicas 36:15-16 (RVR60)**

 2 Reyes 25:1-21; 2 Crónicas 36:17-21; Jeremías 39; 40:1-6; 52 | PR Capítulo 37

**E**l rey Sedequías quedó sentado, pensando y dudando. Jeremías había dicho, “¡Ríndete al rey de Babilonia! ¡No luches en su contra!”<sup>42</sup> Sedequías le creía a Jeremías, y en su corazón deseaba seguir su consejo. Pero el temor lo detuvo. Tenía miedo que sus oficiales se burlaran de él. Tenía miedo que la gente le perdiera el respeto si él cambiaba de parecer. Tenía temor de lo que sucedería si admitía, “He cometido un error. Tendría que haberme rendido ante el ejército de Babilonia hace mucho tiempo. ¡Tendría que haberle hecho caso a Jeremías antes!”

Mientras el rey Sedequías dudaba, él esperaba. Pero el tiempo se estaba acabando. También se estaba acabando el alimento, porque el ejército babilonio ya había rodeado Jerusalén durante 18 meses. Jeremías miró al rey Sedequías y lloró; las lágrimas rodaban por sus

---

<sup>42</sup> Ver la historia anterior.

mejillas. Suplicó, “¡Por favor, O rey – tú puedes salvar a tu pueblo de tanto sufrimiento! ¡Puedes salvar tu propia vida! ¡Por favor, ríndete!”

Demasiado pronto, el ejército babilonio entró a Jerusalén. Los soldados por fin habían logrado romper una sección del muro para poder entrar. Y cuando eso sucedió, Sedequías no tuvo más tiempo para seguir el consejo de Dios. Demasiado pronto, los soldados babilonios comenzaron a buscar a los hebreos dentro de la ciudad y matarlos con sus espadas.

Los soldados encontraron los pocos utensilios de oro que quedaban en el templo y se los llevaron a Babilonia, así como Jeremías había advertido. También encontraron todos los tesoros del rey y de los líderes y se los llevaron.

Luego rompieron completamente el muro de la ciudad. Entraron al hermoso templo de Salomón y le prendieron fuego, hasta que quedó destruido. También quemaron los lujosos palacios que estaban en Jerusalén. Todos los edificios caros que una vez fueron el orgullo de los judíos ya no estaban más.

Unos pocos hombres más fuertes lograron escapar de la ciudad durante la noche. El rey Sedequías estaba entre ellos. Pero no fueron libres por mucho tiempo; los soldados babilonios los agarraron y los llevaron ante el rey de Babilonia. Sedequías ahora tuvo que enfrentar al rey Nabucodonosor una vez más. Nabucodonosor siempre había sido bondadoso con él, pero ya no lo sería. Sedequías le había mostrado que no era confiable, así que ya no había más amistad entre ellos. Con horror, Sedequías vio a los soldados babilonios matar a sus hijos varones en frente suyo. Luego los soldados le sacaron los ojos y lo dejaron ciego. Antes, Sedequías no había querido ver las verdades de Dios por medio de Jeremías; ahora, no podía ver nada. Luego los

soldados le pusieron cadenas y lo llevaron a Babilonia. Fue prisionero allí hasta que murió.

Los babilonios mataron a casi toda la gente en Jerusalén. Los que no murieron fueron llevados cautivos a Babilonia, para que fuesen sirvientes del rey Nabucodonosor. En cuanto a los líderes de Israel, ellos fueron llevados a Babilonia primero, y allí los mataron como traidores. Solo quedaron en la tierra de Judá unos pocos pobres, sin educación y sin nada, para cultivar lo que pudieran.

Jeremías estuvo preso en Jerusalén mientras todo esto sucedía, pero Dios lo protegió. El rey Nabucodonosor les ordenó a sus soldados, “Lleven a Jeremías, y trátenlo bien. Hagan lo que él les diga.” ¡Qué extraño que Babilonia, el enemigo, estaba tratando con bondad a Jeremías, mientras que su propio pueblo lo había tratado con tanta crueldad! El rey se habrá enterado que Jeremías le había aconsejado a Sedequías que se rindiera, y por eso lo trató bien.

Nabucodonosor decidió, “Gedalías será el gobernador de los que queden en Judá.” Gedalías era el nieto de Safán, el escriba que le había leído las Escrituras al rey Josías varios años antes<sup>43</sup>. Era un hombre honesto, y Nabucodonosor confiaba en él. Sería un buen líder, y leal a los babilonios.

Hubo otro hombre que estuvo a salvo durante este ataque terrible: Ebed-melec, el eunuco etíope que había sacado a Jeremías de la profunda y lodosa cisterna de Malquías. Justo antes que Jerusalén fuera atacada, Dios le había dado un mensaje para Ebed-melec: “Verás a Jerusalén atacada y destruida, pero estarás a salvo. Los babilonios no te matarán; tu vida será tu recompensa, porque

---

<sup>43</sup> Ver la historia 59 en este libro, “Joacim rechaza los rollos de Dios”, para ver cómo los parientes de Gedalías (Gemarías y Micaías) le suplicaron al rey Joacim que dejara de quemar los rollos que Jeremías había escrito. Gemarías era el tío de Gedalías, y Micaías era su primo.

confiaste en el Señor.” Si tan solo más de los líderes hubieran sido como Ebed-melec, ¡también hubieran vivido!

Los soldados babilonios encontraron a Jeremías y le pusieron cadenas. Seguramente no sabían quién era, y lo encadenaron al igual que a todos los demás, y lo llevaron junto con muchos otros a una ciudad llamada Ramá en Judá. Aquí el capitán babilonio se dio cuenta que Jeremías estaba en cadenas cuando no correspondía que él fuese prisionero. Rápidamente liberó a Jeremías, y le dijo, “Puedes elegir a donde ir. Si vienes a Babilonia conmigo, te cuidaré. Si quieres quedarte aquí en Judá entre los judíos que quedan, puedes hacerlo. El rey Nabucodonosor ha elegido a Gedalías para que sea su gobernador.” Luego el capitán le dio alimentos y un presente a Jeremías, y lo dejó libre. Jeremías escogió unirse a Gedalías y los judíos que estaban con él. Tanto Jeremías como Gedalías estaban de acuerdo en que ahora tenían que obedecer a los babilonios, y no rebelarse contra ellos.

Gedalías les dijo a los de Judá que quedaron, “No tengan miedo de ser siervos de los babilonios. Vivan en la tierra, cultívenla, y sean obedientes al rey de Babilonia, y les irá bien.” Esto era lo único que podían hacer; Dios les había dicho por medio de Jeremías que tenían que someterse a Babilonia. La época en que fueron una nación se había terminado; el reino de Judá no existía más.

Durante 900 años, los israelitas habían vivido en esta tierra. Dios les había dado todo lo que necesitaban, y todas las oportunidades para vivir vidas prósperas y en paz. Lamentablemente, rechazaron sus palabras. Ahora todo estaba destruido. No quedaba nada de los muros, edificios, palacios, ni del templo de Jerusalén. La tierra estaría vacía durante setenta años, salvo las pocas personas que quedaran. La gente había sido tan impía que no solo había arruinado su propia

vida, sino que también había arruinado la tierra. Ahora la tierra descansaría; disfrutaría de un sábado de setenta años, para recuperarse de todo el mal que le habían hecho los hebreos. Mientras tanto, Dios seguiría obrando por medio de los cautivos que todavía estaban dispuestos a escuchar su voz. No abandonaría a su pueblo. En setenta años, ellos regresarían, y él volvería a comenzar. Pero por ahora la tierra esperaba, vacía.

Dios intentará alcanzarnos mientras haya esperanza, así como buscó alcanzar al pueblo de Israel y Judá. Nos ama y hará todo lo posible por salvarnos. Pero al final, la elección es nuestra, y él la respetará, así como respetó la elección de Judá de rechazar su guía. ¿Entraremos al cerco de protección de Dios, y permitiremos que sea nuestro Padre, nuestro Dios y nuestro Guía, o rechazaremos su ofrecimiento? ¿Qué elegirás hoy?

# Reyes y Profetas de Israel y Judá

| PROFETAS DE JUDÁ   | REINO DE JUDÁ                    | REINO DE ISRAEL | PROFETAS DE ISRAEL |
|--------------------|----------------------------------|-----------------|--------------------|
| Samuel<br>Natán    | Saúl<br><br>David<br><br>Salomón |                 |                    |
| Semaías<br>Azarías | Roboam                           | Jeroboam I      | Ahías              |
|                    |                                  | Nadab           | Jehú               |
|                    | Abías/Abijam                     | Baasa           |                    |
| Hanani             |                                  | Ela             |                    |
|                    | Asa                              | Zimri           | Micaías            |
|                    |                                  | Omri            | Elías              |
|                    | Josafat                          | Acab            | Eliseo             |
|                    |                                  | Ocozías         |                    |
|                    | Joram                            | Joram           |                    |
|                    | Ocozías                          | Jehú            | Eliseo             |
|                    |                                  | Joacaz          |                    |
|                    |                                  | Joás            |                    |
|                    | Atalía                           | Jeroboam II     | Jonás              |
|                    | Joás                             |                 | Amós               |
|                    | Amasías                          | Zacarías        | Oseas              |
|                    |                                  | Salum           |                    |
|                    | Uzías/Azarías                    | Manahem         |                    |
| Isaías<br>Miqueas  | Jotam                            | Pekaía          |                    |
|                    |                                  | Peka            |                    |
|                    | Acaz                             | Oseas           |                    |

**CAUTIVIDAD  
ASIRIA**

**Ezequías**

**Manasés**

**Amón**

**Josías**

Joel  
Sofonías  
Habacuc  
Jeremías  
Ezequiel  
Abdías

**Joacaz**

**Joacim/Eliaquim**

**Joaquín/Jeconías**

**Matanías/Sedequías**

Daniel  
Hageo  
Zacarías  
Malaquías

**CAUTIVIDAD  
BABILÓNICA**

# Índice Temático

---

Hemos provisto este índice para ayudarte a encontrar historias específicas. Los números se refieren a las historias (no a los números de página) dentro de este volumen.

|                                 |                                                              |
|---------------------------------|--------------------------------------------------------------|
| Abdías (mayordomo) 14, 16       | Anatot 57                                                    |
| Abdías (profeta) 52             | Asa 12                                                       |
| Abías (hijito de Jeroboam) 11   | Asiria 35, 37, 38, 39, 42, 43, 46, 51                        |
| Abías/Abijam (rey) 12           | Asno 11                                                      |
| Abiatar (sacerdote) 1           | Astoret/Asera 13                                             |
| Acab 13, 14, 16, 17, 18, 20, 21 | Atalía 22, 27, 28                                            |
| Acaz 42                         | Azarías (profeta) 12                                         |
| Aceite 15, 30                   | Azarías (sacerdote) 39                                       |
| Adonías 1                       | Baal 13, 16, 17                                              |
| Ahías 6                         | Baasa 12, 13                                                 |
| Alfarero 55                     | Babilonia 43, 45, 48, 51, 54, 56, 59, 60, 62, 63, 64, 65, 66 |
| Alimentar, milagro 29           | Barco 22, 35                                                 |
| Almendo 53                      | Baruc 59, 65                                                 |
| Altar se rompe 11               | Becerro de oro 11, 12, 50                                    |
| Amasías (rey) 39                | Belcebú 23                                                   |
| Amasías (sacerdote idólatra) 36 | Benaía 1                                                     |
| Amonitas 23, 39, 59             | Ben-Hadad 20, 33, 34                                         |
| Amós 36, 37                     | Brasas calientes 40                                          |

Burlas de jóvenes 30  
 Burro 11  
 Calabaza venenosa 29  
 Calabozos 64  
 Cantar, ejército 23  
 Capa, 12 partes 6, 11  
 Carmelo, monte 16  
 Carro de fuego 25  
 Carro, guiar 18  
 Cartas 62  
 Cautividad de Israel 38  
 Cautividad de Judá 66  
 Cautivos devueltos 42  
 Ciego, ejército 33  
 Cinturón de lino 61  
 Cofre 28  
 Comprar campo 65  
 Cuarto para Elías 31  
 Cuervos 14  
 Cueva 19  
 Daniel 54  
 Destrucción del ídolo en Betel 50  
 División del reino 9  
 Ebed-melec 64, 66  
 Eclesiastés 7  
 Edomitas 6, 26, 39, 42, 52, 60  
 Efraín, montes 12  
 Ejército celestial 33  
 Ela 13  
 Eliaquim 47, 54  
 Elías 14, 16, 17, 18, 19, 25, 27  
 Eliseo 25, 29, 30, 31, 32, 33, 34  
 Esclava hebrea 32  
 Escondiendo 100 profetas 14  
 Escrituras, rollos 49, 50  
 Escuelas de los profetas 25, 29, 30  
 Estanques, cavar 26  
 Etíope 61, 63, 66  
 Etiopía 12  
 Ezequías 44, 45, 46, 56  
 Ezequiel 54, 62  
 Faraón 1, 6, 10, 37, 38, 54  
 Filisteos 27, 31, 42, 56  
 Flechas 34  
 Fuego 24, 36  
 Gedalías 66  
 Giezi 31, 32  
 Gilgal 29  
 Gomer 36  
 Habacuc 51  
 Hacha flotante 29  
 Hadad 6  
 Hanaías (falso profeta) 60  
 Hanani (profeta) 13  
 Harina 15

|                                                             |                                  |
|-------------------------------------------------------------|----------------------------------|
| Hazael 34                                                   | Jotam 39                         |
| Higos 45, 61, 62                                            | Langostas 36, 52                 |
| Hilcías, sumo sacerdote 49                                  | León 11, 20, 38, 51, 52, 61      |
| Hiram de Tiro 4, 5                                          | Leopardo, manchas 61             |
| Horeb 19                                                    | Leproso, rey 39                  |
| Hulda 49                                                    | Leprosos 33                      |
| Incendio de palacio 13                                      | Libertad para esclavos 63        |
| Insultos a Dios (asirios) 46, 51                            | Lluvia temprana y tardía 52      |
| Isaías 39, 40, 41, 42, 45, 46                               | Manahem 37                       |
| Jehú (profeta) 22                                           | Manasés 48                       |
| Jeremías 53, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66 | Mano seca 11                     |
| Jericó 29                                                   | Matanías 54                      |
| Jeroboam 6, 9, 11, 12                                       | Micaías (profeta) 22             |
| Jeroboam II 37                                              | Miqueas (profeta) 43, 56         |
| Jezabel 13, 14, 18, 21                                      | Moabitas 23, 24, 26, 60          |
| Joab 1                                                      | Mujeres, dos 3                   |
| Joacaz 34, 54                                               | Naamán 32                        |
| Joacim 54, 56, 58, 59                                       | Nabot 21                         |
| Joaquín 54                                                  | Nabucodonosor 54, 60, 62, 63, 66 |
| Joás de Israel 34, 39                                       | Nadab 13                         |
| Joás de Judá 28                                             | Nahum 51                         |
| Joel 52                                                     | Nínive 35                        |
| Joiada 28                                                   | Ocozías (rey) 22, 24, 27         |
| Jonás 35                                                    | Olla caliente 53                 |
| Joram 22, 26, 27                                            | Omri 13                          |
| Josaba 27, 28                                               | Osas 30                          |
| Josafat 22, 23, 26                                          | Oseas (rey) 37, 38               |
| Josías 49, 50                                               | Oseas (profeta) 36               |

|                                |                                                 |
|--------------------------------|-------------------------------------------------|
| Pacto Nuevo 62                 | Sanando las aguas 29                            |
| Pacto partiendo animales 63    | Sarepta, viuda 15                               |
| Pared de bronce 57             | Sebna 47                                        |
| Pascuas 44, 50                 | Sedequías 54, 60, 62, 63, 64, 66                |
| Pastor 36                      | Semaías (falso profeta) 62                      |
| Pasur 55                       | Semaías (profeta) 9, 10                         |
| Peka 37, 42                    | Señales de Dios 42                              |
| Pekaía 37                      | Sequía 14, 52, 57                               |
| Pez 35                         | Serafín 40                                      |
| Pies, enfermedad 12            | Silbo apacible 19                               |
| Planta 35                      | Silo 56                                         |
| Pluma de hierro 61             | Simeí 1                                         |
| Profetisa 49                   | Siria 6, 12, 19, 20, 22, 28, 32, 33, 34, 42, 59 |
| Querit, arroyo 14              | Sitio de Samaria 33, 38                         |
| Recabitas 58                   | Sofonías (sacerdote) 62                         |
| Reina de Sabá 3                | Sofonías (profeta) 51                           |
| Reloj 45                       | Sulamita 8                                      |
| Resucitar 15, 31, 34           | Sunamita 31                                     |
| Rezón 6                        | Templo, construcción y dedicación 4             |
| Roboam 9, 10                   | Templo, maldad dentro 62                        |
| Rojo, valle 26                 | Templo, restauración 44                         |
| Rollos, Escrituras 49, 50      | Tumba tallada 47                                |
| Rollos, quemar 59              | Urías (profeta) 56                              |
| Sabiduría 2, 3                 | Uzías 39                                        |
| Safan y familia 49, 56, 59, 66 | Vasija de barro 55                              |
| Sal 29                         | Vendaje sobre ojos 20                           |
| Salomón 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 |                                                 |
| Salum 37                       |                                                 |
| Samaria, fundación 13          |                                                 |

Viñedo 21, 41

Viuda 15, 30

Yugo 60

Zacarías (hijo del sumo  
sacerdote) 28

Zacarías (rey) 37

Zadok 1

Zimri 13

# *Los Profetas y* **LOS REYES**

Los israelitas ahora tenían un rey. Pero este no había sido el plan original de Dios para ellos. ¿Qué haría Dios ahora? No los abandonó. Siguió tratando de alcanzarlos por medio de sus reyes y profetas. ¿Aceptaría el pueblo todas las bendiciones que él tenía pensado para ellos?

Sigue leyendo para descubrir cómo Dios buscó incansablemente a un pueblo que, en mayor medida, no quiso escuchar. Verás cómo, eventualmente, luego que Dios les hubo rogado constantemente y ellos claramente lo rechazaron, terminaron siendo exiliados en tierras extranjeras. ¿Habría esperanza para ellos después de esto? En estas historias, aprenderás acerca de un Dios que solamente es amoroso y compasivo. Está listo para intentar llegarle incluso a un pueblo testarudo, al cual busca ayudar y restaurar.

